

A M O D E L ESPACIO



FREDRIC BROW **Lectulandia**

Es innegable que el hombre que busca a una mujer verde, el detective que, en lugar de entregar los maleantes a la policía, los convierte en personas decentes, el último hombre sobre la Tierra que oye llamar a su puerta, la rata que habla con acento alemán, etc., tienen todos un parecido: lo insólito. Estos relatos de Fredric Brown son todos ellos dignos de figurar en una antología de cuentos de Anticipación. Después de haber leído, por ejemplo, *Pi en el cielo* —este rasgo de humorismo futurista que nos recuerda a Wodehouse— o *Llamada* —este feliz hallazgo de describir todo el patetismo y la intriga de una situación en sólo dos líneas— o *Ratón estelar* —en que lo fantástico se mezcla con lo cómico y lo sentimental en una armonía de una delicadeza exquisita— o *Ven y enloquece* —donde se impresiona profundamente al lector con una obsesionante historia de gran fondo filosófico que nos recuerda a Edgar Poe—, el lector de *Amo del espacio* estará de acuerdo en que en muchas novelas de dimensiones corrientes, el autor no ha dado tanto de sí como en estos relatos.

Lectulandia

Fredric Brown

Amo del espacio

ePUB v1.0

chungalitos 09.10.11

más libros en lectulandia.com

Título original: *Space on my Hands*
Traducción: Félix Monteagudo
© 1953 by Fredric Brown
© 1956 E.D.H.A.S.A
Av. Infanta Carlota 129 - Barcelona

Edición digital: [Sadrac](#)

Prólogo

por Miguel Masriera

COLECCIÓN NEBULAE presentó ya a Frederic Brotan a los lectores de habla castellana con la novela «Universo de locos» (Nº 18), que ha tenido el éxito que merecía, dejando al público con ganas de saborear más obras de este autor. Para satisfacerlas nos ha parecido oportuno publicar esta otra novela, o colección de novelas *Amo del espacio* (en inglés *Space on my hands*).

Como verá el lector las historietas que componen esta novela están completamente desligadas entre sí en el argumento, de manera que pueden leerse independientemente sin que al parecer tengan otro nexo común que el haber sido escritas por el mismo autor. Digo al parecer porque creo que, reflexionando bien, puede encontrarse una semejanza a todas ellas y es el que en todas se muestra algo tan fuera de lo corriente, tan paradójico, aunque en realidad se justifique, que el lector no puede dejar de reconocer, como rasgo común, una imaginación prodigiosa, una originalidad indiscutible y un estilo tan directo, vivo y ágil que hacen que la lectura sea siempre amena e interesante.

Quizá por esto el autor antepone a la colección una lista de los protagonistas de cada historia, aunque sean personajes que en el libro no se relacionen nunca, pero no me negarán ustedes que el hombre que busca una mujer verde, el detective que, en lugar de entregar los maleantes a la policía, los convierte en personas decentes, el último hombre sobre la Tierra que oye llamar a su puerta, el asesinado de cinco maneras diferentes, la rata que habla con acento alemán, etc., tienen todos un parecido: lo insólito.

Según mi humilde criterio estas novelitas son, casi todas, dignas de figurar en una antología de novelas cortas de este género, porque son lo que debe ser la novela corta o sea, no un capítulo de una novela larga, sino una novela concentrada. Cualquiera de las que forma esta colección podría evidentemente haberse ampliado a las dimensiones de una novela corriente; hay en ellas suficiente originalidad y argumento para ello, es más: hubiera sido muy fácil hacerlo y si Brown no lo ha hecho es sin duda para, en un alarde de su poderosa inventiva, dar al público, en una novela, material suficiente para haber escrito nueve.

Después de haber leído, por ejemplo, «Pi en el cielo» —este rasgo de humorismo futurista que nos recuerda a Woodhouse— o «Llamada» —este feliz hallazgo de describir todo el patetismo; la intriga de una situación en tan sólo dos líneas— o «Ratón estelar» —en que lo fantástico se mezcla con lo cómico y lo sentimental en una armonía de una delicadeza exquisita— o «Ven y enloquecen —donde, por rutas completamente distintas, se impresiona profundamente al lector con una obsesionante

historia de gran fondo filosófico que nos recuerda a Edgar Poe—, el lector espero que estará de acuerdo conmigo en que en muchas —en la mayoría, por desgracia— de novelas de dimensiones corrientes, el autor no ha puesto tanto de sí como en estas historietas, alcafoide de buena novela.

Querría, para terminar, que el lector me permitiese darle un consejo y es el de no dejarse influir por el Prefacio del autor. En él, éste, con el desenfado y la soltura que le son habituales quiere alardear de despreocupado e incluso parece asomar una punta de cinismo en su confesión de que ha escrito estas novelas tan sólo para ganar dinero. Francamente, después de leerlas, no puedo creerle. Desde luego, no tengo el gusto de conocer personalmente a Frederic Brown, pero no me lo imagino con la desfachatez y la despreocupación de que alardea. No; apostarí mucho a que Frederic Brown quiere darnos esta impresión de sí mismo por coquetería o incluso (si se quiere, por aquello de que se presume siempre de lo que a uno le falta), por timidez. Estoy seguro de que estas novelas no están escritas a vuela pluma, sino poniendo en ellas, con esmero y cariño, lo mejor de la extraordinaria fantasía, de la gran sensibilidad literaria y de los enormes recursos de este gran novelista que es Frederic Brown.

Presentamos a:

McGarry, el hombre que perdió treinta años de vida, y se daría por satisfecho si a cambio encontrara una mujer, aunque ésta fuese de color verde.

Bela Joad, quien supo cómo dominar el detector de mentiras, de una vez para siempre.

Roger Flutter, en la época que descubrió la primera estrella de la serie que fueron robadas.

Walter Phelan, quien halló con sorpresa que no era tan terrible ser el último varón sobre la Tierra, cuando llaman a la puerta.

Elmo Scott, un escritor que lleva monstruos en la cabeza.

Teniente Rod Caquer, que se encuentra con que un simple caso de asesinato, no es siempre un caso simple de...

Capitán Wherry, que podía reírse de una cucaracha que habla.

Mitkey, el ratón con acento alemán.

George Vine; ¿quién está loco, él o... usted?

Prefacio del autor

Sentado frente a la máquina de escribir, y ya dispuesto a empezar el prefacio a esta colección de historias, lo primero que se me ocurre es una pregunta: —¿Qué falta hace un prefacio?— Ninguna de estas novelas cortas es bastante seria para sentirse molesta si alguien las lee sin haber sido debidamente presentada.

Sentiré haber fracasado en el propósito que me guiaba al escribir este libro, si una de ellas resulta ser lo bastante envarada para querer saber su nombre y poder contestar que se siente dichosa de haberle conocido, antes de querer que la lea.

¿Por qué, entonces, estoy escribiendo esto?

¿Y por qué lo hace cualquier escritor —a menos que tenga un mensaje definido que teme que pase desapercibido y desee destacarlo al lector— al escribir el prefacio a un libro?

Yo voy a contar la verdad; ello se debe a que el editor del libro, ávido de unas cuantas páginas más gratis, lo ha acorralado diciéndole que el prefacio es necesario. De manera que el escritor pierde una tarde que podría mejor usar, de una de las muchas maneras en que una tarde puede pasarse agradablemente, tal como ¿pero, qué voy a contarles? Yo podría estar disfrutando de una de esas tardes en este momento.

De modo que ya ven, como me han obligado a que escriba un prefacio, voy a ser honesto y admitir que yo odio al escribir: prefacios, historias, novelas, cartas o tarjetas postales. Ninguna de estas novelas fue escrita porque yo disfrutara al escribirla, aunque me haya sentido muy satisfecho después de haberlas escrito, una vez terminadas y entregadas a la editorial.

También debo confesar lo siguiente: Las novelas de fantasía científica son las que menos me duelen escribir, y cuando he puesto Fin en la última página de una, siento mayor satisfacción que con cualquier otra clase de historias. Posiblemente ello es debido a que he escrito pocas novelas de fantasía científica en comparación a las que he publicado de misterio y policíacas, pero no creo que ello sea un factor muy importante. La razón principal es que la fantasía científica, dando mayores límites a la imaginación e imponiendo menos reglas y restricciones, se acerca más que ninguna otra clase de novela a poder expresar el verdadero arte del escritor.

El escritor de fantasía científica tiene el privilegio, que se niega a los escritores de cualquier otro tema, excepto los de pura fantasía, de adaptar el ambiente y el universo a la historia que quiere escribir y por lo tanto, puede alcanzar una unidad e integración en su obra, vedada al escritor que solamente tiene un universo en el que plantear sus argumentos y que debe retorcer y recortar los productos de su imaginación para que se adapten al molde inflexible de los hechos. Una palabra horrible hechos, cuando ésta nos impide llegar al futuro y a las estrellas.

Grandes palabras para tan pequeñas historias. Pero estoy satisfecho de haberlas

escrito, porque hasta que no lo hice, no he comprendido cuan verdaderas son.

Por lo tanto, y arrepentido, escribiré mi prefacio por fin:

Lector, te presento mis historias; el pequeño ratón que no llegó a alcanzar la luna; los Monstruos que llegaron para alegrar la reunión; el hombre que se enamoró de la proyección telepática de una cucaracha; el detective que llevaba un traje rojo para pasar inadvertido; el avestruz con la corbata de pajarita y la nave espacial dentro de un bocadillo y la gallina que no podía hablar.

¡Y ojalá que disfrutes tanto leyéndolas, como yo he disfrutado al cobrar los cheques que me han pagado por ellas!

FREDRIC BROWN

VERDE TIERRA

(Something Green)

El enorme sol carmesí brillaba en el cielo violeta. En el límite de la planicie marrón, salpicada de arbustos marrones, se extendía la selva roja.

McGarry avanzó hacia ella dando zancadas. Explorar esas selvas rojas constituía una tarea ardua y peligrosa, pero era preciso hacerla. Había explorado un millar de selvas; ésta era, simplemente, una más.

Dijo:

—En marcha, Dorothy. ¿Todo listo?

La pequeña criatura de cinco patas que descansaba sobre su hombro no respondió, en realidad nunca lo hacía. No sabía hablar, pero era algo con lo cual hablar. Era una compañía. Por su tamaño y su peso, se parecía asombrosamente a una mano que reposara sobre su hombro.

Tenía a Dorothy hacía... ¿cuánto tiempo? Cuatro años, suponía. Estaba aquí hacía aproximadamente cinco, según calculaba, y la había encontrado alrededor de un año después. De cualquier manera, daba por sentado que Dorothy pertenecía al bello sexo, por la sencilla razón de que reposaba sobre su hombro como lo haría la mano de una mujer.

—Dorothy —anunció—, creo que debemos prepararnos para enfrentar problemas. Allí debe haber leones o tigres.

Deshebilló la funda de su pistola solar y apoyó la mano en la culata del arma, listo para sacarla rápidamente. Era por lo menos la milésima vez que agradecía a su buena estrella que el arma que había logrado rescatar de los restos de su nave espacial fuera una pistola solar, la única arma que funcionaba prácticamente siempre, sin recarga ni munición. Una pistola solar absorbía energía y, al apretar el gatillo, la descargaba. Con ningún arma, salvo con una pistola solar, hubiese subsistido siquiera un año en Kruger III.

Incluso antes de llegar al límite de la selva roja, vio un león. No se parecía en nada a los leones que se ven en la Tierra, por supuesto. Éste era magenta brillante, un color tan diferente de los purpurinos arbustos tras los que se agazapaba que él podía distinguirlo nítidamente. Tenía ocho patas totalmente desarticuladas y tan flexibles y fuertes como el tronco de un elefante, y una cabeza escamosa con un pico semejante al de un tucán.

McGarry le llamaba león. Tenía tanto derecho a llamarlo así como de cualquier otro modo porque jamás se le había dado nombre. De lo contrario, el nombrador nunca había regresado a la Tierra para informar sobre la flora y la fauna de Kruger III. Por lo que mostraban los archivos, una sola nave había llegado allí antes que la de

McGarry, y jamás había vuelto a levantar el vuelo. Ahora él se dedicaba a buscarla; la había estado buscando sistemáticamente durante los cinco años que llevaba allí.

Si la encontraba, era posible —sólo posible— que contuviera intactos algunos de los transistores electrónicos que se habían destruido cuando su propia nave se estrelló. Y si tenía un número suficiente, podría regresar a la Tierra.

Se detuvo a diez pasos escasos del borde de la selva roja y apuntó con la pistola solar a los arbustos tras los cuales se agazapaba el león. Apretó el gatillo y se produjo un brillante destello verde, fugaz pero hermoso —¡y qué hermoso!— y los arbustos desaparecieron, igual que el león.

McGarry rió suavemente entre dientes.

—¿Has visto eso, Dorothy? Era verde, el único color que no tenéis en vuestro rojo y sangriento planeta. El color más hermoso del universo, Dorothy. ¡Verde! Y yo sé dónde existe un mundo que es casi totalmente verde, y llegaremos a él, tú y yo. Seguro que lo haremos. Es el mundo del que he venido, y el lugar más bello que existe, Dorothy. Te encantará.

Se volvió y echó un vistazo a la planicie marrón con arbustos marrones, el cielo violeta en lo alto y el sol carmesí. El sol de Kruger eternamente carmesí, que nunca se ponía en el lado diurno del planeta y una de cuyas caras siempre lo miraba, igual que una cara de la luna de la Tierra siempre mira a la Tierra.

No existían el día ni la noche..., a menos que uno pasara la línea de sombra a la cara nocturna, que era demasiado gélida para albergar vida. Tampoco se sucedían las estaciones. La temperatura era uniforme e invariable, no había vientos ni tormentas.

Pensó, por milésima o millonésima vez, que no estaría mal vivir en ese planeta, si tan sólo fuese verde como la tierra, si existiera algo verde en él, además del ocasional destello de su pistola solar. Su atmósfera era respirable, la temperatura moderada oscilaba entre los cuatro grados cerca de la línea de sombra y alrededor de treinta y dos directamente debajo del rojo sol, donde sus rayos caían en línea recta y no oblicuamente. Rebosaba alimentos y, tiempo atrás, había aprendido qué vegetales y animales eran comestibles y cuáles le hacían daño. Nada de lo que había probado era declaradamente venenoso.

Sí, un mundo hermoso. Incluso se había acostumbrado a ser la única criatura inteligente que lo habitaba. Dorothy era útil: algo a lo cual hablar, incluso aunque no respondiera.

Salvo que —¡oh, Dios!— quería volver a ver un mundo verde.

La Tierra, el único planeta del universo conocido donde el verde era el color predominante, donde la vida vegetal se basaba en la clorofila.

Otros planetas del sistema solar, vecinos de la Tierra, no tenían nada que ofrecer salvo las vetas verdosas de sus raras rocas, una ocasional y minúscula sombra animada que podría considerarse verde pardusco, si así lo preferías. Podías vivir

durante años en cualquier planeta, en cualquier lugar del universo, y no ver nunca el verde..., salvo en la Tierra.

McGarry suspiró. Había estado pensando para sus adentros, pero ahora habló en voz alta para Dorothy sin interrumpir la línea de sus pensamientos. A Dorothy no le importó.

—Sí, Dorothy —comentó—, es el único planeta en el que merece la pena vivir... ¡la Tierra! Verdes campos, prados llenos de hierbas, árboles verdes. Dorothy, cuando regrese a ella jamás la abandonaré. Me haré una choza en el bosque, entre los árboles, pero no árboles tan frondosos que la hierba no pueda crecer a sus pies. Hierba verde. Y pintaré la choza de color verde, Dorothy. En la Tierra también tenemos pigmentos verdes.

Suspiró y contempló la selva roja que se extendía ante sus ojos.

—¿Qué me has preguntado, Dorothy?

Ella no le había preguntado nada, pero simular que lo hacía era un juego, un juego que le permitía a toda costa conservar la cordura.

—¿Si me casaré cuando vuelva? ¿Eso has preguntado? —Reflexionó un momento—. Bien, Dorothy, depende. Quizá sí, quizá no. Tú has recibido el nombre de una mujer que está en la Tierra, lo sabes. Una mujer con la que iba a casarme. Pero cinco años es mucho tiempo, Dorothy. Fue informada de que yo estaba extraviado y probablemente muerto. Ignoro si ella ha esperado todo este tiempo. Si lo ha hecho, bien, me casaré con ella, Dorothy. ¿Preguntas qué ocurrirá si no ha esperado? Bueno, no lo sé. No nos preocupemos por eso hasta que regresemos, ¿eh? Claro que si encontrara una mujer que fuera verde o incluso una que tuviera el pelo verde, la amaría con locura. Pero en la Tierra casi todo es verde, excepto las mujeres.

Rió ante semejante idea y, con la pistola solar preparada se internó en la selva, la roja selva en la que no había nada verde, excepto el ocasional destello de su pistola solar.

Resultaba gracioso. En la Tierra, el destello de una pistola solar era violeta. Aquí, bajo el rojo sol, cuando la disparaba, emitía un destello verde. Pero la explicación era sencilla. Una pistola solar extraía energía de una estrella cercana y el destello que emitía al dispararse era del color complementario de su fuente de energía. Cuando absorbía energía del sol, un sol amarillo, el destello era de color violeta. Si se trataba de Kruger, un sol rojo, el destello era verde.

Tal vez eso había sido lo único —además de la compañía de Dorothy— que le había mantenido cuerdo, pensó. Un verde varias veces al día. Algo verde que le recordaba cómo era el color. Y que mantenía sus ojos habituados a éste, si es que alguna vez volvía a verlo.

Resultó ser un pequeño fragmento de selva, como todos los fragmentos de selva de Kruger III, uno entre lo que parecía incontables millones de fragmentos. Y tal vez

eran realmente millones: Kruger III era más grande que Júpiter. Pero menos denso, de modo que la gravedad resultaba fácil de soportar. De hecho, le hubiera llevado más de una vida recorrerlo. Lo sabía pero no se permitió pensar en la cuestión. Por lo menos no más de lo que se permitía pensar en que la nave podría haberse estrellado en la cara oscura, la cara fría. O no más de lo que se permitía dudar de que, una vez que diera con la nave, encontraría los transistores que necesitaba para hacer funcionar nuevamente la suya.

El fragmento de selva apenas medía una milla cuadrada, pero tendría que dormir una vez y comer varias veces antes de terminar de recorrerla. Mató dos leones más y un tigre. Cuando concluyó, rodeó la circunferencia, quemando cada uno de los árboles más grandes que crecían a lo largo del borde exterior: así no volvería a explorar esta misma selva. Los árboles eran blandos; su cortaplumas separó la roja corteza del centro rosado con tanta facilidad como si hubiera pelado una patata.

Volvió a atravesar la monótona planicie marrón, esta vez con el arma expuesta al sol con el propósito de recargarla.

—Ésa no, Dorothy. Tal vez la próxima. Aquélla, cerca del horizonte. Quizá está allí.

Cielo violeta, sol rojo, planicie marrón.

—Las verdes colinas de la Tierra, Dorothy. ¡Oh, cómo te gustarán!

La interminable planicie marrón.

El invariable cielo violeta.

¿Había sonado algo allá arriba? Era imposible. Jamás había ocurrido. Pero levantó la mirada. Lo vio.

Una minúscula mancha negra se movía en el cielo violeta. Una nave espacial. Tenía que ser una nave. En Kruger III no había pájaros. Y las pájaros no dejaban estelas de fuego tras ellos...

Sabía lo que debía hacer. Había pensado un millón de veces cómo haría señales a una nave, si alguna vez aparecía ante su vista. Levantó su pistola solar, la apuntó directamente al aire violeta y apretó el gatillo. No se produjo un gran destello, dada la distancia de la nave, pero fue un destello verde. Si el piloto estaba mirando, o si tan sólo mirara antes de salir del alcance de la vista, no podría pasar por alto un destello verde en un mundo donde no había otra cosa verde.

Volvió a apretar el gatillo.

Y el piloto de la nave lo vio. Apagó y encendió sus reactores tres veces —la respuesta clásica a una señal de socorro— y empezó a dar vueltas en círculo.

McGarry comenzó a temblar. Una espera tan prolongada y un final tan repentino. Se palpó el hombro izquierdo y tocó al ser de cinco patas, cuyo contacto fue para sus dedos —así como para su hombro desnudo— como el de la mano de una mujer.

—Dorothy —le dijo—, es... —Se quedó sin palabras.

La nave se acercaba girando para aterrizar. McGarry se vio a sí mismo — súbitamente consciente y avergonzado de su cuerpo— tal como aparecería a los ojos de su salvador. Iba desnudo: sólo llevaba el cinturón que sujetaba su pistolera y del que colgaba su cuchillo y unos pocos utensilios más. Estaba sucio y probablemente olía mal, aunque no percibía su propio olor. Bajo la mugre, su cuerpo era flaco y consumido, casi viejo, pero eso se debía, naturalmente, a las deficiencias de su dieta; unos pocos meses de alimentación adecuada, de alimentos de la Tierra, lo solucionarían.

¡La Tierra! ¡Las verdes colinas de la Tierra!

Empezó a correr, tropezando a veces a causa de su impaciencia, hacia el lugar donde la nave estaba aterrizando. Pudo ver que se trataba de un aparato de una sola plaza, igual que el suyo. Pero eso estaba bien: en caso de emergencia podría llevar a dos personas, al menos hasta el planeta más cercano, donde él conseguiría otro medio de transporte para volver a la Tierra. A las verdes colinas, los verdes campos y los valles verdes.

Rezó y maldijo alternativamente mientras corría. Las lágrimas rodaban por sus mejillas.

Estaba allí, esperando, cuando la portezuela se abrió y salió un joven alto y delgado vestido con el uniforme de la Patrulla Espacial.

—¿Me llevará de vuelta? —gritó.

—Por supuesto —dijo el joven serenamente—. ¿Hace mucho que está aquí?

—¡Cinco años! —McGarry sabía que estaba gritando pero no podía evitarlo.

—¡Santo Dios! —exclamó el joven—. Soy el teniente Archer. Claro que le llevaré de vuelta, hombre. Tan pronto como mis reactores se enfríen lo suficiente para el despegue. De cualquier manera, le llevaré hasta Cartago, en Aldebarán II; allí puede abordar una nave hacia cualquier parte. ¿Necesita algo ahora mismo? ¿Comida? ¿Agua?

McGarry meneó la cabeza en silencio. Comida, agua... ¿qué importaba todo eso ahora?

¡Las verdes colinas de la Tierra! Regresaría a ellas. Eso era lo que importaba, lo único que importaba. Una espera tan larga y un final tan repentino. Vio que el cielo violeta ondulaba y súbitamente se ennegrecía, mientras se le doblaban las rodillas.

Estaba tendido; el joven sostenía un frasco junto a sus labios y él bebió un sorbo de la fuerte bebida que contenía. Se incorporó, animado ahora. Comprobó con la mirada que la nave seguía allí y se sintió maravillosamente bien.

El joven dijo:

—Anímese, veterano; saldremos dentro de media hora. Dentro de seis estará en Cartago. ¿Quiere charlar mientras se repone? ¿Quiere contarme todo lo que ocurrió?

Se sentaron a la sombra de un arbusto marrón y McGarry contó todo lo ocurrido.

Los cinco años que pasó buscando la otra nave que, según había leído, se estrelló en ese planeta y que tal vez conservaba intactas las piezas que él necesitaba para reparar la suya. La prolongada búsqueda. Le habló de Dorothy, que seguía sobre su hombro, y de que había sido algo con lo cual conversar.

Pero por alguna razón, el rostro del teniente Archer cambiaba de expresión a medida que McGarry hablaba. Se volvía aún más solemne, aún más conmovido.

—Veterano —pregunté Archer con tono amable—, ¿en qué año llegó aquí?

McGarry lo vio venir. ¿Cómo podía uno tener idea del tiempo en un planeta en el que el sol y las estaciones eran invariables? Un planeta donde siempre era de día, siempre verano... Dijo resueltamente:

—Llegué aquí en el dos mil doscientos cuarenta y dos. ¿Por cuánto me he equivocado, teniente? ¿Cuántos años tengo... en lugar de treinta, como yo pensaba?

—Estamos en el dos mil doscientos setenta y dos, McGarry. Usted llegó aquí hace treinta años. Ahora tiene cincuenta y cinco. Pero no se preocupe por eso. La medicina ha avanzado. Todavía tiene una larga vida por delante.

—Cincuenta y cinco. Treinta años —dijo McGarry quedamente.

El teniente le miró con pena. Luego preguntó:

—Veterano, ¿le cuento de una sola vez el resto de las malas noticias? Hay varias cuestiones. No soy psicólogo, pero pienso que quizá para usted sea mejor saberlo ahora, de una vez, mientras todavía está a tiempo de reconsiderar la idea de volver. ¿Está en condiciones de oírlo, McGarry?

No podía haber nada peor que lo que ya sabía: treinta años de su vida desperdiciados aquí. Claro que podría oír el resto de lo que fuera, con tal de regresar a la Tierra, la verde Tierra.

Miró fijamente el cielo violeta, el sol rojo y la planicie marrón. Luego respondió en voz baja:

—Puedo oírlo. Adelante.

—Se las ha arreglado estupendamente, McGarry, teniendo en cuenta que han pasado treinta años. Puede dar gracias a Dios por haber creído que la nave de Marley se estrelló en Kruger III; en realidad cayó en Kruger IV. Jamás la habría encontrado aquí pero la búsqueda, como usted dice, le mantuvo... razonablemente cuerdo. —Hizo una pausa. Cuando continuó, su voz era cordial—. No hay nada sobre su hombro, McGarry. Esa Dorothy es un invento de su imaginación. Pero no se aflija, esa ilusión probablemente le ha salvado del colapso total.

McGarry levantó la mano y se tocó el hombro. No había nada.

Archer continuó:

—Dios mío, hombre, es prodigioso que, sin embargo, esté usted bien en todos los demás sentidos. Treinta años solo; es casi un milagro. Y si su ilusión persiste, ahora que sabe que es una ilusión, un psiquiatra de Cartago o de Marte puede curarle en un

santiamén.

McGarry dijo con voz apagada:

—No persiste. Ya no está. Teniente... ni siquiera estoy seguro de haber creído realmente en Dorothy. Creo que la inventé a propósito, para hablarle, así que salvo por eso, me he mantenido cuerdo. Ella era... era como la mano de una mujer, teniente. ¿O ya se lo he dicho?

—Me lo ha dicho. ¿Quiere que le cuente lo demás ahora, McGarry?

McGarry le miró fijamente.

—¿Lo demás? ¿Qué más puede haber? Tengo cincuenta y cinco años en lugar de treinta. He malgastado treinta años, desde que tenía veinticinco, buscando una nave que jamás encontraría, puesto que cayó en otro planeta. He estado loco, aunque sólo en cierto sentido, la mayor parte del tiempo. Pero ahora que voy a regresar a la Tierra, nada de eso importa.

El teniente Archer meneaba la cabeza lentamente.

—No regresará a la Tierra, veterano. A Marte, si lo desea, a las hermosas colinas marrones y amarillas de Marte. O, si no le molesta el calor, al purpúreo Venus. Pero a la Tierra no, McGarry. Ya nadie vive allí.

—¿La Tierra ha... desaparecido? Yo no...

—No ha desaparecido, McGarry. Sigue allí. Pero es una bola carbonizada, oscura y árida, desde la guerra contra los arcturianos, hace veinte años. Ellos nos atacaron y tomaron la Tierra. Nosotros los tomamos a ellos, vencimos, los exterminamos, pero la Tierra sucumbió antes de que empezáramos. Lo siento, pero tendrá que establecerse en algún otro sitio.

McGarry dijo:

—La Tierra ya no existe. —No había expresión en su voz, ni la más mínima expresión.

Archer prosiguió:

—Ése es el resultado, veterano. Pero Marte no está tan mal. Se acostumbrará a él. Ahora es el centro del sistema solar y en él viven tres mil millones de terráqueos. Echará de menos el verde de la Tierra, claro, pero no es un mal lugar.

McGarry repitió:

—La Tierra ya no existe. —No había expresión en su voz, ni la más mínima expresión.

Archer asintió:

—Me alegro de que lo tome así, veterano. Debe ser un golpe para usted. Bien, supongo que podemos marcharnos. Los tubos ya deben haberse enfriado lo suficiente. Lo comprobaré para asegurarme. —Archer se puso de pie y se encaminó hacia la pequeña nave.

McGarry desenfundó la pistola solar y le disparó. El teniente Archer desapareció.

McGarry se levantó y caminó hacia la pequeña nave. Apuntó contra ella la pistola solar y apretó el gatillo. Parte de la nave se evaporó; media docena de disparos y desapareció por completo. Los pequeños átomos que habían constituido la nave y los pequeños átomos que habían sido el teniente Archer de la Patrulla Espacial podían estar danzando en el aire, pero eran invisibles.

McGarry volvió a poner el arma en la pistolera y echó a andar hacia la roja mancha de la selva cercana al horizonte.

Levantó la mano hasta su hombro para tocar a Dorothy y ella estaba allí, como había estado allí durante cuatro de los cinco años que él llevaba en Kruger III. Ella parecía, en contacto con sus dedos y su hombro desnudo, la mano de una mujer. McGarry le dijo:

—No te preocupes, Dorothy. La encontraremos. Quizá la próxima selva sea la que corresponde. Y cuando la encontremos...

Ahora estaba cerca del borde de la selva, la roja selva, y un tigre salió corriendo a su encuentro para devorarlo. Un tigre color malva con seis patas y una cabeza semejante a un barril. McGarry apuntó su pistola solar y apretó el gatillo; se produjo un brillante destello verde, fugaz pero hermoso —¡y que hermoso!— y el tigre desapareció.

McGarry rió entre dientes:

—¿Viste eso, Dorothy? Era verde, el color que no existe en ningún planeta salvo en aquel al que iremos. El único planeta verde del sistema, y de él provengo. Te encantará.

—Sé que así será, Mac. —La gangosa y suave voz de Dorothy le resultó absolutamente familiar, tan familiar como la suya propia; ella siempre le había respondido.

Levantó la mano y la tocó mientras ella descansaba sobre su hombro desnudo. Parecía la mano de una mujer.

Se volvió y contempló la planicie marrón tachonada de arbustos marrones, el cielo violeta en lo alto, el sol carmesí. Rió; su risa no era una risa enajenada sino apacible. No tenía importancia, porque pronto encontraría la nave y así podría regresar a la Tierra.

A las verdes colinas, los verdes campos, los valles verdes. Una vez más, acarició la mano que descansaba sobre su hombro, le habló y oyó su respuesta.

Luego, con el arma preparada, penetró en la selva roja.

POLICÍA 1999

(Crisis, 1999)

El hombre bajito con el escaso cabello gris y su vulgar traje de color rojo brillante, se detuvo en la esquina de las calles State y Randolph para comprar un microdiario, el Sun Tribune de Chicago, del día 21 de marzo de 1999. Nadie se fijó en él, cuando entró en el superalmacén de la esquina de enfrente, y se sentó a una mesa vacía. Dejó caer una moneda en el automático y mientras la máquina le servía café, miró los titulares escritos en la página diminuta que tenía unas dimensiones de siete por diez centímetros. Sus ojos eran extraordinariamente agudos; podía ver fácilmente los titulares sin la ayuda del microlector. Pero ni en la primera ni segunda página había nada que le interesara; se referían a asuntos internacionales, al tercer cohete que se había lanzado en viaje a Venus y el último desfavorable informe de la novena expedición lunar. Pero en la página tres había dos reportajes sobre las actividades del hampa y sacó un pequeño microlector del bolsillo y lo colocó encima de la página, para leer aquella información mientras bebía el café.

El hombre bajito se llamaba Bela Joad. Este era su nombre verdadero, pero había usado tantos nombres en tantos lugares diferentes, que solamente una memoria fenomenal podía haber llevado el registro de todos ellos, pero él tenía una memoria fenomenal. Ninguno de aquellos nombres había aparecido nunca en los periódicos, ni tampoco su rostro ni su voz habían sido vistos ni oídos en las pantallas de televisión. Menos de una docena de personas, todas ellas desempeñando cargos de importancia en varias jefaturas de Policía, sabían que Bela Joad era el primer detective del mundo.

No estaba a sueldo de ningún Departamento de Policía, no recibía primas ni dinero para sus gastos y nunca había cobrado ninguna recompensa. La razón de aquello podía ser que tenía medios propios de fortuna y se complacía en la investigación del crimen como simple amateur. Pero también podía ser que ganase dinero, gracias a sus actividades contra el crimen, o que consiguiese que los bandidos pagasen, de un modo u otro, los gastos de sus campañas contra ellos.

Cualquiera que fuese la razón, él no trabajaba para nadie; trabajaba contra el crimen. Cuando un delito o una serie de delitos le interesaban, se dedicaba a su investigación, a veces de acuerdo con el jefe de Policía de la ciudad donde se habían cometido, a veces operando sin el conocimiento de la Policía, hasta que se presentaba en la oficina del jefe, para entregarle las pruebas que permitirían realizar las detenciones necesarias y obtener las merecidas condenas.

Él nunca había aparecido, ni siquiera como testigo, en las salas del juzgado. Y mientras él conocía a los principales personajes del hampa en una docena de ciudades, no había ningún delincuente que pudiese identificarlo, excepto bajo alguna

identidad falsa, con otra apariencia, que rara vez volvía a utilizar.

Ahora, mientras bebía su café matinal, Bela Joad leía con atención, a través de su microlector, los dos reportajes del Sun Tribune que le habían llamado la atención. Uno se refería a un caso que había sido uno de sus pocos fracasos, la desaparición, posiblemente el secuestro, del Doctor Ernst Chappel, profesor de criminología en la Universidad de Columbia. El titular decía: «Nueva Pista en el Caso Chappel» pero después de leer toda la información, el detective se dio cuenta de que la pista era nueva sólo para aquel periódico; él mismo la había seguido hasta un callejón sin salida, hacía ya dos años, cuando Chappel acababa de desaparecer.

La otra información se refería a un tal Paul (Gyp) Girard, que había sido absuelto del asesinato de su principal competidor en el control de las casas de juego del Norte de Chicago. Joad leyó el reportaje con minuciosa atención.

Seis horas antes, sentado en una cervecería de Nuevo Berlín, Alemania Occidental, había escuchado las primeras noticias sobre aquella absolución por la pantalla de televisión pública, sin detalles. Había salido en el primer estratoavión para Chicago.

Cuando hubo terminado de leer el microdiario, apretó el botón de su radioreloj de pulsera, el cual estaba en sintonía automática con la estación horaria más próxima y pudo escuchar, con el volumen necesario para que sólo él oyera: «Las nueve y cuatro minutos». Sin duda, el jefe de Policía, Dyer Rand, ya estaría en su despacho.

Nadie se fijó en él cuando dejó el superalmacén. Nadie le prestó atención, mientras caminaba con la muchedumbre a lo largo de la calle Randolph, hasta llegar al gran edificio que albergaba la jefatura de Policía, situado en la esquina de la calle Clark.

La secretaria del jefe Rand aceptó su tarjeta —no la suya verdadera, pero una que Rand podría reconocer fácilmente— sin mirarle dos veces.

Rand le estrechó la mano por encima de su escritorio y luego apretó el botón de su comunicador interno, encendiendo una señal en la mesa de su secretaria que significaba: «Que no se me moleste». Se inclinó hacia atrás en su sillón giratorio y cruzó las manos por encima de los severos y pequeños tres centímetros cuadrados de su camisa violeta y amarilla. Luego dijo:

—¿Ha leído las noticias de la absolución de Gyp Girard?

—Por eso estoy aquí.

Rand sonrió y luego volvió a quedarse serio.

—Las pruebas que me envió —dijo— eran perfectas, Joad. Debían haber significado una condena a la silla. Pero quisiera que me las hubiera traído en persona, en vez de enviarlas por correo, o que hubiera habido alguna forma de ponerme en contacto con usted. Le habría dicho que posiblemente no íbamos a conseguir que el tribunal le condenase. Joad, algo terrible está sucediendo. Tengo la impresión que

usted es la última esperanza que me queda. Si hubiese tenido la oportunidad de hablarle antes...

—¿Hace dos años?

Rand pareció sorprendido.

—¿Por qué dice eso?

—Porque hace dos años que el Dr. Chappel desapareció en Nueva York.

—¡Oh! —dijo Rand—. No, no hay ninguna conexión entre los dos casos.

—Pensé que quizá sabía algo del asunto, cuando mencionó los dos años. No ha estado sucediendo durante tanto tiempo, desde luego, pero es bastante cerca.

Se levantó de su escritorio de plástico y empezó a caminar a lo largo de su oficina.

—Joad —dijo—, durante el pasado —teniendo en cuenta sólo este tiempo, aunque realmente empezó hace cerca de dos años—, de cada diez delitos importantes cometidos en Chicago, siete no han podido ser resueltos. Técnicamente sin solución, desde luego; de cada cinco de esos siete, sabemos quién es el culpable, pero no lo podemos probar. No podemos conseguir que los condenen.

»El hampa nos está venciendo, Joad, mucho más de lo que han hecho en cualquier época desde la era de la prohibición, hace setenta y cinco años. Si esto sigue, vamos a volver a días como aquellos y aún peores.

»Durante los veinticuatro años últimos hemos conseguido condenar a los culpables de ocho de cada diez delitos importantes. Inclusive veinte años atrás —antes de que el uso del detector de mentiras en los Tribunales fuese declarado legal— teníamos un porcentaje superior al que conseguimos ahora. Allá por la década del 1970 al 1980, por ejemplo, conseguíamos el doble de condenas de las que obtenemos ahora; podíamos condenar a los responsables de seis de cada diez crímenes. Este año pasado, sólo han sido tres de cada diez.

»Y el caso es que conozco la razón, pero no sé qué hacer para remediarlo. La razón es que los criminales han dominado el detector de mentiras.

Bela Joad asintió. Luego dijo suavemente:

—Unos cuantos siempre han conseguido engañarlo. El aparato no es perfecto. Los jueces siempre aconsejan a los jurados que recuerden que las indicaciones del detector de mentiras tienen un alto grado de probabilidad, pero no son infalibles; que los resultados obtenidos deben ser considerados como posibles pero no definitivos y que siempre debe haber otra evidencia para apoyarlos. Y siempre han existido algunos raros individuos que pueden contar el más grande embuste delante del detector, sin que las agujas de los gráficos se muevan ni una sola vez.

—Uno en un millón, de acuerdo. Pero, Joad, en estos últimos tiempos, casi todos los jefes del hampa han podido engañar al detector.

—Quiere decir los delincuentes profesionales, no los aficionados.

—Exactamente. Sólo los habituales del delito, los profesionales, miembros del hampa. Si no fuese por eso, pensaría..., no sé lo que pensaría. Quizá que toda la teoría del detector está equivocada.

—Podría eliminar el uso del detector en los Tribunales —dijo Joad—. Se han obtenido condenas antes de que su uso fuese legalizado; y antes de que se inventara el detector.

Dyer Rand suspiró y se dejó caer en su sillón neumático.

—Me gustaría hacerlo si pudiera. En este momento quisiera que nunca se hubiese inventado este aparato, o que su uso se haya introducido en los Tribunales. Pero no olvide que la ley que lo legaliza concede a las dos partes el derecho de pedir su uso ante los jueces. Si un criminal sabe que puede engañarlo, exigirá su uso aunque nosotros no queramos. Y ya me dirá qué posibilidad hay de que un jurado lo condene, cuando el acusado exige el uso del detector de mentiras y éste confirma su inocencia.

—Muy poca, desde luego.

—Menos que nada, Joad. Tomemos este asunto de Gyp Girard, que fue absuelto ayer. Yo sé que él mató a Pete Bailey. Usted lo sabe. Las pruebas que me envió fueron, en circunstancias normales, definitivas. Y sin embargo yo sabía que íbamos a perder el caso. No me habría molestado en llevarlo a los tribunales, si no fuera por una sola cosa.

—¿Cuál?

—Para hacerle venir aquí, Joad. No tenía ningún otro recurso para ponerme en contacto con usted, y tenía la esperanza de que si leía las noticias de la absolución de Girard, después de las pruebas que me había dado, no dejaría de venir a verme, para saber qué había pasado.

Se levantó y volvió a pasearse por la oficina.

—Joad, voy a volverme loco. ¿Cómo es posible que toda el hampa pueda engañar al detector? Esto es lo que quiero saber y va a ser el caso más importante de toda su vida. Tómese un año o cinco, Joad, pero resuélvalo. Fíjese en la historia de las fuerzas de la Ley. Siempre la policía ha tenido ventaja sobre los criminales en el campo de la ciencia. Ahora los criminales, por lo menos en Chicago, nos llevan ventaja a nosotros. Y si la situación sigue así, si no conseguimos encontrar la respuesta, nos dirigimos hacia una nueva edad media, cuando no era seguro para ningún hombre ni mujer el caminar por la calle después de anochecido. Los mismos fundamentos de nuestra sociedad pueden ser derribados. Nos encontramos enfrentados a algo maligno y muy poderoso.

Bela Joad cogió un cigarrillo de la cajita que había encima del escritorio de Rand; se encendió automáticamente tan pronto como lo tuvo en los labios. Era un cigarrillo verde y Joad sacó dos nubecillas de humo verde por la nariz, antes de contestar, casi sin interés aparente:

—¿Tiene alguna sugerencia que ofrecer, Rand?

—He tenido dos ideas —dijo Rand—, pero ya las he desechado. La primera es que las máquinas habían sido preparadas, con el fin de que declarasen a favor de los delincuentes. La segunda es que los técnicos que las hacen funcionar se habían puesto de acuerdo con los acusados. Pero he hecho que se investigara tanto a los hombres como a las máquinas, desde todos los puntos de vista posibles y no he podido encontrar nada sospechoso. En los casos importantes he tomado precauciones especiales. Por ejemplo, el detector que usamos en el juicio de Girard era nuevo, recién salido de la fábrica y lo comprobé en esta misma oficina. —Rand se rió—. Puse al Capitán Burke bajo el aparato y le pregunté si era fiel a su esposa. Me contestó que sí y casi rompe la aguja. De aquí salió para el Tribunal, bajo custodia especial.

—¿Y el técnico que lo hizo funcionar?

—Yo mismo me senté a los controles. Fui a aprender su uso, por las noches, durante cuatro meses.

Bela Joad asintió.

—De modo que no es la máquina ni el técnico. Hemos eliminado estas posibles causas y ahora puedo investigar de aquí en adelante.

—¿Cuánto tiempo le va a llevar, Joad?

—No tengo la menor idea.

—¿Puedo ayudarle en algo? ¿Algo que necesite para empezar a trabajar?

—Sólo una cosa, Dyer. Necesito una lista de los delincuentes que han conseguido vencer al detector y el expediente de cada uno de ellos. Sólo de aquellos en los que estemos totalmente seguros de que han cometido los crímenes imputados. Si hay alguna duda razonable, no los ponga en la lista. ¿Cuándo podré tener esta lista?

—Ahora mismo; la tenía hecha pensando en el día que podríamos hablar de este asunto. Es un informe muy largo, de modo que lo he microcopiado —dijo Rand, mientras entregaba a Bela Joad un pequeño sobre.

—Gracias —dijo Joad—. No vendré a verle a menos de que tenga alguna información importante o necesite su cooperación. Creo que lo primero que voy a hacer, va a ser preparar un asesinato para que podamos poner al asesino enfrente del detector.

Los ojos de Dyer Rand se abrieron.

—¿A quién se va a asesinar?

—A mí —dijo Bela Joad sonriendo.

Cuando llegó a su hotel, sacó el sobre que Rand le había dado y pasó varias horas estudiando los microfilms con su microlector de bolsillo, hasta que pudo repetir palabra por palabra su contenido, de memoria. Luego quemó los films y el sobre.

Después de aquello, Bela Joad pagó su cuenta en el hotel y desapareció, pero un

hombre bajito que no se parecía ni remotamente a Joad, alquiló un cuarto en un hotel barato, bajo el nombre de Martin Blue. El hotel estaba en Lakeshore Drive, que entonces era el corazón del hampa de Chicago.

El mundo criminal de Chicago había cambiado menos, en cincuenta años, de lo que uno podía suponer. Las pasiones humanas no cambian, o lo hacen muy lentamente. Era cierto que ciertos delitos habían disminuido apreciablemente, pero por el contrario, el juego había aumentado. La seguridad y el bienestar de que todos disfrutaban era quizás un factor dominante en ese aumento. Ya no había necesidad de ahorrar para la vejez como, en épocas pasadas, habían hecho unos cuantos.

El juego era un campo propicio para los criminales y ellos cultivaban ese campo adecuadamente. Una técnica muy adelantada había aumentado el número de formas de juego, y al mismo tiempo había mejorado la eficiencia de los sistemas utilizados para dar ventaja a los fulleros. El juego con trampa era un negocio enorme, y diariamente ocurrían muertes y luchas entre bandas que se disputaban los derechos territoriales para sus casas de juego, del mismo modo que habían luchado por las mismas causas en los días idos de la prohibición, cuando el alcohol era el rey del crimen. Aún existían cabarets y clubs nocturnos, pero ése era un negocio de menor importancia. La gente había aprendido a beber con moderación. Y las drogas eran una cosa pasada, aunque aún se hacía algún tráfico en ellas.

Todavía había robos y atracos, aunque no con tanta frecuencia como cincuenta años atrás.

El asesinato era ligeramente más frecuente. Sociólogos y criminólogos diferían respecto a las razones para este aumento en los delitos de esa categoría.

Las armas de defensa y ataque habían, desde luego, mejorado mucho, pero no incluían las atómicas. Todas las armas atómicas y subatómicas eran rígidamente controladas por el Ejército y nunca eran usadas, ni por la policía ni por los delincuentes. Eran demasiado peligrosas; la pena de muerte era obligatoria para cualquiera a quien se encontrara en posesión de un arma atómica.

Pero las pistolas y revólveres que poseían el criminal de 1999, eran muy eficaces. Eran mucho más pequeñas, más compactas y completamente silenciosas. Tanto las pistolas como las municiones estaban hechas de magnesio superduro y eran muy ligeras. El arma más común era la pistola del calibre 16 —tan mortal como la 45 del tiempo pasado, porque los diminutos proyectiles eran explosivos— y hasta una pequeña pistola de bolsillo contenía de cincuenta a cien balas.

Pero volvamos a Martin Blue, cuya entrada en el mundo del hampa coincidió con la desaparición de Bela Joad del hotel de este último.

Se vio muy pronto que Martin Blue no era un hombre agradable. No tenía medios de vida aparente, aparte del juego y parecía perder, en pequeñas cantidades, más de lo que ganaba. Casi se vio metido en dificultades por una cuestión de un cheque sin

fondos, que entregó para saldar sus pérdidas en un garito, pero pudo evitar que lo liquidaran pagando al día siguiente en efectivo. Lo único que leía era el Microdiario de las carreras y bebía mucho, casi siempre en una taberna con una sala de juego clandestina en la trastienda que antes había sido propiedad de Gyp Girard. Una vez le dieron una paliza, porque defendió a Gyp Girard ante un comentario del actual propietario, quien dijo que Gyp había perdido el valor y se había vuelto honrado.

Durante una temporada la suerte se volvió contra Martin y éste se vio tan apurado que tuvo que emplearse como camarero, en el bar de un garito en el Boulevard Michigan, llamado Sucio Joe, quizá porque el dueño del local, Joe Zatelli, era considerado como uno de los hombres más bien vestidos de Chicago, y eso en los años de fin de siglo, cuando los trajes de piel de leopardo (piel sintética, pero más fina y cara que la verdadera piel de leopardo) eran muy comunes y todo el mundo usaba ropa interior de seda plástica.

Entonces le sucedió una cosa muy graciosa a Martin Blue. Joe Zatelli lo mató. Lo sorprendió, después de haber cerrado, mientras robaba la caja del bar y en el momento en que Martin daba media vuelta para huir, Zatelli disparó. Hizo tres disparos para asegurarse. Y luego Zatelli, quien nunca había confiado en los cómplices, puso el cuerpo en su coche y lo abandonó en una calleja detrás de un teletatro.

El cuerpo de Martin Blue se levantó y se fue a ver al jefe Rand para decirle personalmente lo que quería que se hiciera.

—Se ha arriesgado mucho, Joad —dijo Rand.

—No lo crea —contestó Blue—. Yo había puesto cartuchos de fogeo en su pistola y estaba bien seguro de que usaría aquella arma. Y no se va a enterar de qué clase de cartuchos lleva, a menos de que se trate de matar a otra persona. Tienen toda la apariencia de cartuchos verdaderos. Y además llevaba un chaleco especial bajo el traje. Flexible para facilitar los movimientos y acolchado por encima para que parezca carne al contacto, y desde luego no pudo sentir el latido del corazón cuando me cogió para llevarme al coche. Y estaba preparado para emitir un sonido como el de las balas explosivas al estallar en el interior.

—¿Y qué habría pasado si hubiese cambiado de pistola o de balas?

—¡Oh!, ese chaleco es a prueba de balas de cualquier arma, excepto las atómicas. El peligro estaba en que se le ocurriese alguna forma extravagante de hacer desaparecer el cuerpo. Me las habría arreglado, desde luego, pero se habría estropeado el plan que me ha costado tres meses de preparación. Pero tenía bien estudiada su forma de operar y estaba seguro de lo que haría. Y ahora esto es lo que quiero que haga usted, Dyer.

Los periódicos y programas de televisión de la mañana siguiente, difundieron la noticia de que había sido encontrado el cuerpo de un hombre sin identificar, en cierta

callejuela de los barrios bajos. Al mediodía se informó al público de que el muerto había sido identificado como un tal Martin Blue, un ratero de poca categoría que había vivido en Lakeshore Drive, en el corazón de Chicago. Y a la noche, ya se rumoreaba en todos los bares y cabarets de la ciudad que la policía sospechaba de Joe Zatelli, que había sido el patrón de Martin Blue, y que posiblemente lo iban a detener para ponerle ante el detector.

Varios agentes de paisano vigilaron el local de Zatelli, tanto la entrada principal como la trasera, para ver dónde iría si es que salía a la calle. Vigilando el frente del local había un hombre pequeño, con la estatura de Bela Joad o Martin Blue. Desgraciadamente, a Zatelli se le ocurrió salir por la puerta trasera y consiguió despistar a los detectives que le siguieron la pista.

Lo detuvieron a la mañana siguiente, a pesar de todo, y lo llevaron a jefatura. Lo pusieron enfrente del detector de mentiras y le preguntaron qué sabía sobre Martin Blue. Zatelli admitió que Blue había trabajado para él, pero que lo había visto por última vez, cuando Martin había dejado el trabajo, la noche del asesinato. El detector indicó que no mentía.

Entonces los policías se sacaron un as de la manga. Hicieron entrar a Martin Blue en la habitación donde se estaba interrogando a Zatelli. Pero la jugada falló. Las agujas del detector no se movieron ni una fracción de milímetro y Zatelli contempló a Blue y luego a sus interrogadores con gran indignación.

—¿Qué significa esto? —exigió—. Este tipo ni siquiera está muerto, ¿y me están preguntando si es que yo lo he matado?

Los policías aprovecharon la ocasión de tener a Zatelli allí, para preguntarle sobre unos cuantos crímenes que podía haber cometido, pero pronto se hizo aparente de acuerdo a sus contestaciones y al detector de mentiras que no había cometido ninguno de ellos. Al final lo pusieron en libertad.

Desde luego aquello fue el fin de Martin Blue. Después de mostrarse ante Zatelli en la jefatura, igual podía estar muerto en aquella calleja, para lo que les iba a servir de ahora en adelante.

Bela Joad comentó con el jefe Rand.

—Bien, de todos modos, ahora lo sabemos.

—¿Qué es lo que sabemos?

—Tenemos la seguridad de que el detector está siendo engañado sistemáticamente. Era posible que se hubieran cometido una serie de detenciones equivocadas con anterioridad. Inclusive las pruebas que le di contra Gerard podían haber estado equivocadas. Pero ahora sabemos que Zatelli venció a la máquina. Solamente siento que Zatelli no hubiera salido por la puerta principal, de modo que yo hubiese podido seguirle; ahora podríamos tener el caso completamente resuelto, en vez de conocer sólo una parte de él.

—¿Va a regresar? ¿Tendremos que empezar de nuevo?

—Sí, pero no del mismo modo. Esta vez tengo que estar en el otro extremo de un asesinato, y voy a necesitar su ayuda para eso.

—La tendrá. Pero, ¿no quiere decirme qué es lo que piensa hacer?

—Me temo que no me es posible, Dyer. Es sólo una idea muy vaga. En realidad, la he tenido desde que empecé a trabajar en este asunto. ¿Querrá hacerme otro favor, Dyer?

—Desde luego. ¿Qué es?

—Ponga uno de sus hombres a seguir a Zatelli y que vigile todo lo que haga de ahora en adelante. Ponga otro en la pista de Gyp Girard. En realidad, quisiera que usara todos los hombres de que pueda disponer y que vigilen a cada uno de los hombres de los que estamos seguros de que se han burlado del detector durante estos dos últimos años. Y que se mantengan siempre a distancia, que no dejen que esos tipos se den cuenta de que están siendo seguidos. ¿Podrá hacerlo?

—No sé qué es lo que busca, pero lo haré. ¿No puede decirme nada? Joad, esto es importante. No olvide que no se trata de un caso rutinario. Esto es algo que puede llevar al derrumbe de la ley.

Bela Joad sonrió.

—El asunto no es tan grave, Dyer. La ley que se pueda aplicar contra el hampa, desde luego. Pero usted está consiguiendo su porcentaje usual de condenas para los crímenes y delitos que no son cometidos por profesionales.

Dyer Rand lo miró confuso.

—¿Y qué es lo que esto tiene que ver con nuestro caso?

—Quizá tenga mucha importancia. Es por esto que aún no le puedo decir nada. Pero no se preocupe. —Joad se inclinó a través de la mesa y golpeó en el hombro del jefe, y en aquel momento los dos parecían, aunque ellos no se dieran cuenta, como si un «foxterrier» le extendiera la pata a un gran «San Bernardo».

—No se preocupe, Dyer. Le prometo que le traeré la solución. Aunque quizá no podrá hacer uso de ella.

—¿Sabe realmente lo que está buscando?

—Sí. Estoy buscando a un criminólogo que desapareció hace más de dos años. El Dr. Ernst Chappel.

—¿Usted cree...?

—No estoy seguro. Por esto quiero encontrar al Dr. Chappel.

Y esto fue todo lo que Rand pudo conseguir de Joad. Bela Joad abandonó la oficina de Dyer Rand y regresó al hampa.

Y en el bajo mundo de Chicago apareció una nueva estrella. Quizá deberíamos llamarla una nova más bien que simplemente una estrella, tan rápidamente se convirtió en famoso o notorio. Físicamente, era un hombre bajito, no más alto que

Bela Joad o Martin Blue, pero no era una persona de maneras corteses como Joad ni una hiena como Blue. Tenía lo necesario para imponerse en un mundo de malhechores y sabía utilizar bien sus cualidades. Se hizo el dueño de un pequeño club nocturno, pero era sólo para cubrir las apariencias. Detrás de esa fachada, sucedían muchas cosas, cosas de las que la policía aún no podía acusarle, y las que no parecían conocer, pero el bajo mundo estaba bien enterado.

Su nombre era Willie Ecks, y nadie en el mundo del hampa hizo amigos y enemigos con mayor rapidez. Tenía muchos de cada; los primeros eran poderosos y los segundos peligrosos. En otras palabras, ambos eran el mismo tipo de personas.

Su breve carrera fue verdaderamente —si me permiten seguir con mi símil celestial— meteórica. Y por una vez ese símil gastado e inexacto ha sido usado correctamente. Los meteoros no se elevan, como sabe cualquiera que haya estudiado meteorología, la cual no tiene nada que ver con los meteoros. Los meteoros caen, a veces con gran estruendo. Y eso es lo que le sucedió a Willie Ecks cuando se hubo elevado lo bastante.

Tres días antes, el peor enemigo de Ecks había desaparecido de entre el seno de sus amigos. Dos pistoleros de su banda esparcieron el rumor de que la policía lo había detenido, pero eso era evidentemente un intento de prepararse la coartada, ya que tenían la intención de vengarlo. El rumor fue desacreditado, cuando a la siguiente mañana, se supo que el cuerpo del gangster había sido hallado, con un peso en los pies, en el Lago Azul del Parque Washington.

Y al anochecer del mismo día se empezó a comentar en todos los clubs y en todas las tabernas, que la policía tenía pruebas de quién era el asesino —que había usado un arma atómica prohibida— y que planeaban la detención de Willie Ecks para interrogarlo. Estas cosas se saben rápidamente aunque no se quiera que los demás se enteren.

Fue en el segundo día que había pasado Willie Ecks escondido en un hotel barato en la calle North Clark, un hotel antiguo con ascensores y ventanas en las paredes, y donde sólo unos cuantos amigos fieles sabían que se había refugiado, que uno de esos fieles amigos llamó de cierta manera a la puerta y fue inmediatamente admitido.

El nombre del recién llegado era Mike Leary, y era un acérrimo amigo de Willie y enemigo del caballero que, según los periódicos, había sido hallado en el Lago Azul.

Sus primeras palabras fueron:

—Creo que estás en un lío, Willie.

—Sí —contestó Willie. No había usado depilatorio facial durante los dos últimos días y su cara estaba azul por la barba y aún más azulada por el miedo.

Mike le dijo:

—Hay una salida, Willie. Te va a costar diez de los grandes. ¿Puedes conseguirlos?

—Los tengo. ¿Cuál es la salida?

—Hay un hombre. Yo sé cómo encontrarlo. Nunca lo he usado, pero lo haría si me viera en un lío como el tuyo. El puede arreglar tu asunto, Willie.

—¿Cómo?

—Te enseñaré cómo puedes engañar al detector de mentiras. Puedo conseguir que venga aquí y que arregle esta cuestión. Entonces puedes dejar que las policías te detengan para interrogarte, ¿comprendes? Tendrán que dejarte en libertad o si te llevan ante el juez, no conseguirán que te condenen.

—¿Y qué pasará si me preguntan, respecto... bien, no importa, sobre otras cosas que puedo haber hecho?

—Ese amigo lo arreglará todo. Por los cinco mil te pondrá en condiciones de que puedas enfrentarte con ese detector y de que no puedan acusarte de nada.

—Antes has dicho diez mil.

Mike Leary hizo una mueca que pretendía ser una sonrisa.

—Yo también tengo que vivir, ¿no es así, Willie? Y me has dicho que tenías los diez grandes, de manera que debes estar dispuesto a pagarlos para salir de este atolladero.

Willie Ecks discutió con él, pero todo en vano. Tuvo que darle a Mike cinco billetes de mil dólares como pago por su intervención en el asunto. No es que ese dispendio le importase mucho, ya que los que pagó fueron billetes de mil dólares muy especializados. La tinta verde con que estaban impresos, se convertiría en violeta dentro de unos días. Ni siquiera en el año 1999 es posible hacer pasar un billete de mil dólares de color violeta, de modo que cuando los billetes cambiasen, Mike Leary también se pondría de color violeta, pero entonces ya sería demasiado tarde para que pudiese remediarlo.

Ya era bien entrada la noche, cuando llamaron a la puerta de la habitación que Willie Ecks ocupaba en aquel hotel Este; se levantó de donde estaba leyendo los periódicos de la tarde y apretó un botón que hizo que la puerta se volviese transparente desde el interior.

Estudió con atención al hombre de aspecto corriente que estaba en el exterior. No puso ninguna atención a los contornos faciales ni al desaliñado traje amarillo que llevaba. Se fijó bastante en los ojos, pero principalmente estudió la forma y colocación de las orejas y las comparó mentalmente con las orejas que había visto en las fotografías que había examinado concienzudamente.

Por fin Willie Ecks volvió a ponerse la pistola en el bolsillo y abrió la puerta.

—Entre —dijo.

El hombre del traje amarillo entró y Willie Ecks cerró la puerta con cuidado y luego dio la vuelta a la llave.

—Estoy muy contento de verle, Dr. Chappel.

Su voz tenía un tono de convicción y en realidad el hombre llamado Willie Ecks estaba satisfecho de su trabajo.

Ya eran las cuatro de la mañana cuando Bela Joad se encontró delante de la puerta del departamento de Dyer. Tuvo que esperarse, allí en el pasillo tenuemente iluminado, el tiempo que necesitó el jefe de Policía para levantarse de la cama y llegar hasta la puerta y luego poner en funcionamiento el tablero transparente por un lado y opaco por el otro y examinar a su visitante.

La cerradura magnética suspiró suavemente y la puerta se abrió. Los ojos de Rand estaban soñolientos y su cabello revuelto. Llevaba unas zapatillas de plástico y un pijama de neonylon arrugado.

Se hizo a un lado para permitir la entrada a Joad y éste pasó hasta el centro de la habitación y se quedó mirando a su alrededor con curiosidad. Era la primera vez que entraba en las habitaciones particulares de Rand. El departamento era como el de cualquier otro soltero de buena posición de aquella época. El mobiliario era sencillo y funcional, cada pared pintada en un tono pastel diferente, levemente fluorescente, emitía un agradable calor radiante, y la suave pero constante caricia de los rayos ultravioleta mantenía a las personas que podían permitirse aquella clase de instalación, saludablemente bronceadas. La alfombra tenía un dibujo de cuadros alternados, de color beige y gris, con piezas sueltas y cambiables, de modo que se compensara el uso en sus diferentes partes. Y el techo, desde luego, era un espejo de una sola pieza, que daba la sensación de altura y espacio.

Rand dijo:

—¿Buenas noticias, Joad?

—Sí, pero ésta es una entrevista no oficial, Dyer. Lo que voy a decirle tiene que quedar en secreto entre nosotros dos.

—¿Qué quiere decir?

—Aún parece dormido, Dyer —dijo Joad—. Tomemos una taza de café, ¿no? Lo despertará y yo lo necesito.

—Muy bien —dijo Rand. Entró en la pequeña cocina y apretó el botón que calentaba la cafetera automática.

—¿Lo quiere con coñac? —preguntó desde allí.

—Sí, muchas gracias.

En un minuto, Rand regresó con dos tazas de fragante y humeante café. Esperó con impaciencia hasta que estuvieron confortablemente sentados y hubieron tomado el primer sorbo de café, y entonces preguntó:

—¿Bien, Joad?

—Antes de empezar, quiero repetir que esta entrevista no es oficial, Dyer. Puedo darle la solución completa del caso, pero solamente lo haré en el bien entendido de que la olvidará cuando yo salga de aquí; que nunca se lo contará a otra persona y de

que no tomará ninguna iniciativa a consecuencia de lo que yo le diga.

Dyer Rand se quedó mirando a su huésped incrédulamente.

—¡No puedo prometerle nada de esto! —dijo—. Soy el jefe de Policía, Joad. Tengo mis deberes para con mi puesto y el pueblo de Chicago.

—Por eso vine aquí, a su departamento, en vez de ir a su oficina. Ahora no está trabajando, Dyer. Esta es su casa y puede hablar como particular.

—Pero...

—¿Me lo promete?

—¡No!

—Entonces siento haberle despertado. —Bela Joad suspiró, dejó la taza y empezó a levantarse.

—¡Espere! No puede hacer eso. No puede irse ahora sin contarme nada.

—¿Que no puedo?

—Está bien, conforme. Prometeré. Supongo que debe tener buenas razones para pedir algo tan extraordinario, ¿no es así?

—Sí, tengo poderosas razones.

—Bien, entonces aceptaré su palabra de que esto debe de ser así.

Bela Joad sonrió.

—Bien —dijo—. Entonces voy a darle el informe de mi último caso. Porque éste es el último caso en el que trabajo, Dyer. De ahora en adelante me dedicaré a otra clase de trabajo.

Rand lo miró con sorpresa.

—¿Cómo?

—Voy a enseñar a los malhechores cómo engañar al detector de mentiras.

El jefe de Policía, Dyer Rand, dejó su taza lentamente y se puso en pie. Avanzó un paso hacia el hombre bajito, quien tenía la mitad de su peso y que seguía sentado en la silla de respaldo inclinado.

Bela Joad aún sonreía.

—No lo haga, Dyer —dijo—. Por dos razones. La primera es que no me tocará y yo podría herirle y no quiero. La segunda es que puedo explicárselo todo y es completamente honesto. Siéntese.

Dyer Rand se sentó.

Bela Joad dijo:

—Cuando me explicó que este caso era importante, ni usted mismo sabía hasta dónde llegaba su importancia. Y aún lo será más. Chicago es solamente el principio. Y de paso, gracias por los informes que le pedí. Son exactamente lo que esperaba.

—¿Los informes? Si todavía están en mi oficina de la jefatura.

—Estaban. Los he leído todos y después los he destruido. Las copias también. Olvídense de ellos. Y no preste demasiada atención a sus estadísticas. También las he

leído.

Rand frunció el ceño.

—¿Y por qué debo olvidarlas?

—Porque confirman lo que Ernie Chappel me ha contado esta noche. ¿Sabe usted, Dyer, que el número de delitos importantes ha descendido mucho más en este último año que el porcentaje en que ha bajado el número de sus condenas obtenidas?

—Ya me he fijado en este detalle. ¿Quiere decir que existe una relación?

—Sin duda alguna. La mayoría de los delitos, un elevado porcentaje del total, son cometidos por delincuentes profesionales, reincidentes. Y, Dyer, esto aún va más lejos. De un total de varios miles de delitos cometidos al año, el noventa por ciento son cometidos por unos cuantos centenares de criminales profesionales. Y dígame, ¿se ha fijado en que el número de criminales profesionales en Chicago ha quedado reducido en un tercio en los dos últimos años? Pues lo ha hecho. Y ésta es la razón de que el número de delitos haya disminuido.

Bela Joad tomó otro sorbo de café y entonces se inclinó hacia delante.

—Gyp Girard, según sus informes, tiene ahora un puesto de refrescos en el West Side, y no ha cometido ningún delito durante todo el año pasado. Desde que consiguió vencer al detector de mentiras. —Siguió contando con los dedos— Joe Zatelli, que era uno de los tipos más duros en el North Side, ahora está llevando su restaurante decentemente. Carey Hutch, Wild Bill Wheeler. —La lista es muy larga—. Usted tiene los informes, y éstos no están completos porque hay muchos nombres que no están en la lista, gente que fue a ver a Ernst Chappel para que les enseñara cómo engañar al detector de mentiras y después de todo no fueron arrestados. Y nueve de cada diez de ellos —y quizá me quedo corto— no han cometido ningún delito desde entonces.

Dyer Rand dijo:

—Continúe, escucho.

—Mi primera investigación del caso Chappel me demostró que había desaparecido voluntariamente. Y ahora sé que Chappel es honrado y un gran hombre. Sabía que no estaba loco, porque era un psiquiatra al mismo tiempo que un criminólogo. Un psiquiatra tiene que estar cuerdo.

»De modo que comprendí que había desaparecido por alguna razón importante. Y cuando, hace nueve meses, me contó usted lo que estaba pasando en Chicago, empecé a sospechar que Chappel podía estar aquí realizando sus proyectos. ¿Empieza a comprender?

—Muy poco.

—Bien, espere. Lo entenderá cuando se forme una idea de cómo un experto psiquiatra puede ayudar a los criminales a engañar al detector.

—¿Puede hacerlo? Pero... yo...

—Exactamente. Por la forma más elemental de tratamiento hipnótico. Algo que cualquier buen psiquiatra podía hacer hace cincuenta años. Los clientes de Chappel, que desde luego, no saben quién es él ya que para ellos Chappel es un personaje misterioso del hampa, que les ayuda a escapar de la policía, le pagan bien y le dicen qué crímenes serán los que les puede preguntar la policía, si los arrestan. El les dice que incluyan en su relación todos los delitos que hayan cometido en su vida, de modo que la policía no puede cogerles por algún asunto pasado. Y entonces...

—Espere un poco —interrumpió Rand— ¿Cómo puede conseguir que se confíen hasta ese punto?

Joad hizo un gesto de impaciencia.

—Muy sencillo. No le confíen un solo crimen, ni siquiera a él. El sólo les pide una lista que incluya todo lo que hayan hecho en su vida. Pueden añadir alguna mentira y él no puede saber qué delitos son los verdaderos. De manera que eso no importa.

»Entonces los somete a una ligera hipnosis y les asegura que no son delincuentes ni nunca lo han sido y que nunca han hecho nada de las cosas escritas en la lista que les vuelve a leer. Y eso es todo.

»De modo que cuando les pone enfrente del detector y se les pregunta si es que han hecho esto o aquello, ellos pueden contestar que no y estar convencidos de ello. Por eso el aparato no puede indicar que mientan. Por esa razón Joe Zatelli no se inmutó cuando vio a Martin Blue entrar en aquella habitación. No recordaba que Blue estuviese muerto, excepto por lo que había leído en los periódicos.

Rand se inclinó.

—¿Dónde está Ernst Chappel?

—No se le debe molestar, Dyer.

—¿Que no se le debe molestar? ¿Es el hombre más peligroso que existe!

—¿Para quién?

—¿Cómo que para quién? ¿Está loco, Joad?

—No estoy loco. Es el hombre más peligroso que existe, pero sólo para los criminales. Fíjese, Dyer. Cuando un delincuente empieza a ponerse nervioso porque la policía lo va a detener, envía a buscar a Ernie o lo va a ver. Y Ernie lo limpia de todos sus pecados y además le convence de que no es un criminal.

»De modo que en nueve de cada diez casos, el individuo en cuestión deja de ser criminal. Dentro de diez o veinte años Chicago no va a tener hampa. El crimen organizado por los criminales profesionales no existirá. Siempre existirán los aficionados, pero comparativamente éstos no tienen importancia. ¿Qué le parece si tomamos un poco más de café?

Dyer Rand se dirigió a la cocina y lo sirvió. Ahora estaba completamente despierto, pero andaba como un sonámbulo.

Cuando volvió, Joad le dijo:

—Y ahora que me he asociado con Ernie, vamos a extender la organización a todas las ciudades del mundo en las que exista un bajo mundo que valga la pena. Adiestraremos personal escogido; ya me he fijado en dos de sus hombres y puede ser que pronto me los lleve conmigo. Vamos a seleccionar nuestros apóstoles —más o menos una docena— muy cuidadosamente. Tienen que poseer las cualidades necesarias para ese trabajo.

—Pero, Joad —protestó Rand—, ¿qué me dice de todos los crímenes que van a quedar sin castigo; de los criminales que escaparán a la justicia?

Bela Joad bebió el resto de su taza de café y se levantó.

—¿Y qué importa más —dijo—, castigar criminales o terminar con el crimen? O si quiere mirarlo desde un punto de vista moral, ¿debe castigarse a un hombre por un crimen que no recuerda haber cometido, cuando ya no es un criminal?

Dyer Rand suspiró.

—Creo que tiene razón. Yo mantendré mi promesa.

Supongo que ya no le veré más.

—Probablemente, no, Dyer. Y voy a adelantarme a lo que va a decir. Sí, brindaremos juntos en despedida. Una copa de licor, sin el café.

Dyer Rand trajo dos vasos.

—¿Bebamos por Ernst Chappel? —dijo.

Bela Joad sonrió.

—Lo incluiremos en el brindis, Dyer —dijo—. Pero vamos a beber por todos los hombres que trabajan para terminar su obra. Los médicos trabajan por el día en que la raza será tan fuerte que no serán necesarios médicos; los abogados trabajan por el día en que los pleitos no serán necesarios. Y los policías, criminólogos y detectives trabajan por el día en que ya no serán necesarios, porque el crimen no existirá.

Dyer Rand asintió seriamente Y levantó su copa.

Luego bebieron.

PI EN EL CIELO

(Pi in the Sky)

Roger Jerome Phlutter, en defensa de cuyo absurdo nombre sólo puedo alegar que es genuino, era un industrialo oficinista del Observatorio Cole.

Era un joven sin ningún talento especial, aunque realizara asidua y eficientemente sus tareas cotidianas, estudiara cálculo en su casa durante una hora todas las noches, y confiara en convertirse algún día en el astrónomo más importante de un importante observatorio.

No obstante, nuestra narración de los sucesos acaecidos a últimos de marzo del año 1987 debe comenzar con Roger Phlutter por la sencilla razón de que fue él, entre todos los hombres de la Tierra, el que primero observó la aberración estelar.

Conozcamos a Roger Phlutter.

Alto, bastante pálido por estar demasiado tiempo encerrado, gafas con montura de concha y gruesos cristales, cabello negro muy corto como estaba de moda en aquella época, ni bien ni mal vestido, empedernido fumador de cigarrillos...

A las cinco menos cuarto de esa tarde, Roger estaba ocupado en dos operaciones simultáneas. Una de ellas consistía en examinar, por medio del microscopio intermitente, una placa fotográfica de una sección de Géminis tomada a última hora de la noche anterior. La otra era considerar si con los tres dólares sobrantes del sueldo de la semana anterior, se atrevería a telefonar a Elsie y pedirle que saliera con él.

Indudablemente, todos los jóvenes normales, en un momento u otro, han compartido con Roger Phlutter su segunda ocupación, pero no todo el mundo ha manejado o entiende el funcionamiento de un microscopio intermitente. De modo que alcemos nuestros ojos de Elsie a Géminis.

Un microscopio intermitente proporciona espacio para dos placas fotográficas de la misma sección del cielo, tomadas en momentos diferentes. Estas placas se yuxtaponen cuidadosamente y el observador puede enfocar alternativamente la visión, a través del ocular, sobre una o sobre la otra, gracias a un obturador. Si las placas son idénticas, el funcionamiento del obturador no revela nada; pero si uno de los puntos de la segunda placa difiere de la posición que ocupaba en la primera, llama la atención haciendo el efecto de saltar de un lado a otro mientras se manipula el obturador.

Roger manipuló el obturador, y uno de los puntos saltó. Roger también lo hizo. Volvió a probarlo, olvidándose de Elsie por el momento —igual que nosotros—, y el punto volvió a saltar. Saltaban un arco de casi una décima de segundo.

Roger se incorporó y se rascó la cabeza. Encendió un cigarrillo, lo apoyó en el cenicero y miró nuevamente a través del microscopio. El punto volvió a saltar,

cuando usó el obturador.

Harry Wesson, que trabajaba en el turno de noche, acababa de entrar en la oficina y se disponía a colgar el abrigo.

—¡Oye, Harry! —llamó Roger—. A este condenado microscopio le pasa algo.

—¿Sí? —repuso Harry.

—Sí. Pólux se ha movido una décima de segundo.

—¿Sí? —dijo Harry—. Bueno, ya es un paralaje normal. Treinta y dos años luz..., el paralaje de Pólux es de un punto. Algo más de una décima de segundo, de modo que si la placa comparativa fue tomada unos seis meses atrás, cuando la Tierra estaba al otro lado de su órbita, es lo correcto.

—Pero, Harry, la placa comparativa fue tomada anteanoche. Hay una diferencia de veinticuatro horas entre las dos.

—¡Estás loco!

—Compruébalo tú mismo.

Aún no eran las cinco en punto, pero Harry Wesson pasó magnánimamente por alto ese detalle y tomó asiento frente al microscopio. Manipuló el obturador, y Pólux saltó.

Era evidente que se trataba de Pólux, pues era el punto más brillante de la placa. Pólux es una estrella de magnitud 1.2, una de las veinte más brillantes que hay en el cielo y la más brillante de Géminis. Además, ninguna de las mortecinas estrellas que la rodeaban se había movido en absoluto.

—Hummm —dijo Harry Wesson. Frunció el ceño y volvió a mirar—. Una de estas placas tiene la fecha equivocada, eso es todo. Voy a comprobarlo enseguida.

—La fecha de estas placas no está equivocada —repuso obstinadamente Roger—. Yo mismo la escribí.

—Otro punto a mi favor —le dijo Harry—. Vete a casa. Son las cinco. Si Pólux se ha movido una décima de segundo durante la noche pasada, ya me encargaré de volver a ponerlo en su lugar.

Así que Roger se marchó.

Se sentía inquieto, a pesar de que no había ninguna razón para ello. No habría podido decir qué le preocupaba, pero algo lo hacía. Decidió regresar a su casa andando en vez de coger el autobús.

Pólux era una estrella fija. No podía haberse movido una décima de segundo en veinticuatro horas.

»Veamos..., treinta y dos años luz —se dijo Roger—. Una décima de segundo. Esto significa un movimiento varias veces más rápido que la velocidad de la luz. ¡Es una verdadera tontería!

¿Acaso no lo era?

No tenía ganas de quedarse a estudiar o leer aquella noche. ¿Eran tres dólares una

cantidad suficiente para invitar a Elsie?

Las luces de una casa de empeños centelleaban frente a él, y Roger sucumbió a la tentación. Empeñó el reloj, y después telefoneó a Elsie. ¿Le apetecía ir a cenar y ver un espectáculo?

—Sí, claro que sí, Roger.

De modo que, hasta que la acompañó a su casa a la una y media, consiguió olvidarse de la astronomía. No tenía nada de extraño. Lo raro habría sido que consiguiera acordarse.

Pero la anterior sensación de inquietud volvió a adueñarse de él en cuanto la hubo dejado. Al principio, no recordó a qué se debía. Lo único que sabía era que aún no tenía ganas de volver a casa.

El bar de la esquina todavía estaba abierto, y entró a tomar una copa. Tomaba la segunda cuando se acordó. Pidió una tercera.

—Hank —dijo al camarero—, ¿sabes lo que es Pólux?

—¿De qué Pólux hablas? —preguntó Hank.

—No importa —replicó Roger.

Tomó otra copa y reflexionó sobre la cuestión. Sí, se había equivocado en alguna cosa. Pólux no podía haberse movido.

Salió a la calle y se encaminó hacia su casa. Casi había llegado cuando se le ocurrió alzar la vista hacia Pólux. No es que a simple vista esperase detectar un desplazamiento de una décima de segundo pero tenía curiosidad.

Alzó los ojos, orientándose por la hoz de Leo, y encontró Géminis. Cástor y Pólux eran las únicas estrellas visibles de Géminis, pues aquella noche no resultaba particularmente idónea para observar el firmamento. Desde luego, estaban allí, pero le pareció que estaban un poco más separadas de lo normal. Absurdo, porque eso significaría una cuestión de grados, no de minutos o de segundos.

Las contempló durante un rato, y después desvió la mirada hacia la Osa Mayor. Entonces dejó de andar y permaneció inmóvil. Cerró los ojos y volvió a abrirlos, lentamente.

La Osa Mayor no tenía el aspecto habitual. Estaba distorsionada. Parecía haber más espacio entre Alioth y Mizar, en el mango, que entre Mizar y Alkaid. Phegda y Merak, en el punto más bajo de la Osa Mayor, estaban más juntas, haciendo el ángulo entre la parte inferior y el borde un poco más agudo. Sólo un poco más agudo.

Escépticamente, trazó una línea imaginaria desde los Guardas, Merak y Dubhe, hasta la Estrella Polar. La línea describía una curva. Si la hubiera hecho recta, se habría apartado unos cinco grados de la estrella polar.

Respirando entrecortadamente, Roger se quitó las gafas y las limpió con el pañuelo. Volvió a ponérselas y comprobó que la Osa Mayor seguía estando curvada.

Lo mismo ocurría con Leo, cuando miró nuevamente hacia ella. De todos modos,

Régulo se había desplazado uno o dos grados del lugar donde debía estar.

¡Uno o dos grados! ¡A la distancia de Régulo! ¿Eran sesenta y cinco años luz? Algo así.

Después, a tiempo para no volverse loco, Roger se acordó de que había estado bebiendo. Regresó a su casa sin atreverse a mirar nuevamente al cielo. Se acostó, pero no pudo dormir.

No se sentía borracho. Se fue excitando poco a poco, despabilándose por completo.

Se preguntó si se atrevería a telefonar al observatorio. ¿Le notarían voz de borracho? Finalmente decidió que no le importaba que lo notaran o no. En pijama, descolgó el teléfono.

—Lo siento —dijo la telefonista.

—¿A qué se refiere con eso de que lo siente?

—No puedo darle ese número —contestó la telefonista, con voz meliflua. Y después—: Lo siento. No tenemos esa información.

Consiguió hablar con la directora del servicio y obtener cierta información. Los astrónomos aficionados habían hecho tantas llamadas al Observatorio Cole que fue necesario pedir a la compañía telefónica la suspensión de todas las llamadas que no fueran de larga distancia y procedieran de otros observatorios.

—Gracias —dijo Roger—. ¿Querrá conseguirme un taxi?

Era una solicitud poco habitual, pero la directora del servicio telefónico accedió y le consiguió un taxi.

Encontró el Observatorio Cole en un estado similar a un manicomio.

A la mañana siguiente, casi todos los periódicos publicaban la noticia. Casi todos ellos le dedicaban sesenta o noventa centímetros de una página interior, pero los hechos estaban allí.

Los hechos eran que cierto número de estrellas, en general las más brillantes, se habían movido perceptiblemente durante las pasadas cuarenta y ocho horas.

«Esto no implica —decía irónicamente el New York Spotlight— que sus movimientos hayan sido de ningún modo impropios en el pasado. Para un astrónomo, «movimiento propio» significa el movimiento de una estrella en el firmamento con relación a otras estrellas. Hasta la fecha, la estrella denominada de Barnard, perteneciente a la constelación Ofiuco, ha revelado el mayor movimiento propio de todas las estrellas conocidas, desplazándose una media de diez segundos y cuarto todos los años. La estrella de Barnard no se distingue a simple vista.»

Probablemente, ningún astrónomo de la Tierra pudo conciliar el sueño aquella noche.

Los observatorios cerraron sus puertas, con el personal completo en su interior, y no admitieron a nadie, excepto a algún que otro periodista, que se quedaba un rato y

se iba con cara de estupefacción, convencido finalmente de que estaba sucediendo algo insólito.

Los microscopios intermitentes saltaban, de igual modo que los astrónomos. El café se consumía en cantidades prodigiosas. Se requirió la presencia de patrullas antidisturbios de la policía en seis observatorios de Estados Unidos. Dos de estas llamadas fueron ocasionadas por las tentativas que hicieron unos cuantos aficionados para forzar la puerta. Las otras cuatro respondieron a la necesidad de sofocar las violentas peleas ocasionadas por las discusiones en el interior de los mismos laboratorios. El local del Observatorio Lick era un matadero, y James Truwell, astrónomo real de Inglaterra, fue ingresado en el Hospital de Londres con una contusión benigna, resultado del golpe que, con una pesada placa fotográfica, le dio en la cabeza un airado subordinado.

Pero estos incidentes constituyeron las excepciones. En general, los observatorios eran manicomios donde reinaba un cierto orden.

El centro de atención en los observatorios más emprendedores era el altavoz por medio del cual se transmitían los informes del hemisferio oriental a todos los que allí trabajaban. Prácticamente todos los observatorios estaban en comunicación directa con el lado nocturno de la Tierra, donde el fenómeno continuaba siendo objeto de un detallado escrutinio.

Los astrónomos de Singapur, Shanghai y Sidney comunicaban directamente sus observaciones al resto del mundo por una red de circuitos telefónicos de larga distancia.

Particularmente interesantes fueron los informes recibidos desde Sidney y Melbourne, donde se estudiaban las zonas meridionales del cielo que en Europa y Estados Unidos no eran visibles ni siquiera de noche. Según estos informes, la Cruz del Sur había dejado de ser una cruz, después de que Alfa y Beta se desplazaran hacia el norte. Alfa y Beta Centauri, Canopus y Aquernar mostraban un notable movimiento propio, todos ellos, generalmente hablando, en dirección al norte. El Triángulo Austral y las Nubes Magallánicas no experimentaron cambio alguno. Sigma Octanis, la mortecina estrella polar, no se había movido.

Así pues, las alteraciones en el cielo austral eran mucho menos importantes que en el septentrional, en vista del número de estrellas desplazadas. Sin embargo, el movimiento propio relativo de las estrellas afectadas era mayor. Mientras que la dirección general de movimiento de las pocas estrellas que se habían desplazado apuntaba hacia el norte, su ruta no se dirigía exactamente al norte, ni convergían en ningún punto exacto del espacio.

Los astrónomos norteamericanos y europeos asimilaron estos hechos y siguieron tomando café.

Los periódicos vespertinos, especialmente en América, reflejaron una mayor

conciencia de que algo muy insólito tenía lugar en el firmamento. La mayor parte de ellos trasladaron el artículo a la primera página —aunque no a los titulares a toda plana—, dedicándole una media columna con un texto que era largo o corto, según la suerte del editor en obtener declaraciones de los astrónomos.

Estas declaraciones, cuando se obtenían, eran invariablemente declaraciones de hecho y no de opinión. Los hechos en sí, decían esos caballeros, ya eran bastante sorprendentes, y formular una opinión resultaría prematuro. Había que esperar y observar. Fuera lo que fuese aquello que estaba ocurriendo, estaba ocurriendo a toda velocidad.

—¿A cuánta velocidad? —preguntó un editor.

—A más velocidad de la posible —fue la respuesta.

Quizá sea injusto decir que ningún editor consiguió opiniones personales de los entrevistados. Charles Wangren, un emprendedor redactor del Chicago Blade, gastó una pequeña fortuna en llamadas telefónicas de larga distancia. Entre sesenta posibles tentativas, finalmente logró hablar con los directores de cinco observatorios. Hizo la misma pregunta a cada uno de ellos.

—¿Cuál es, en su opinión, la posible causa, cualquier posible causa, de los movimientos estelares acaecidos durante las últimas una o dos noches?

Efectuó una sinopsis de los resultados.

«Ojalá lo supiera. Geo. F. Stubbs, Observatorio Tripp, Long Island.»

«Alguien o algo se ha vuelto loco, y espero que sea yo. Henry Collister McAdams, Observatorio Lloyd, Boston.»

«Lo que sucede es imposible. No puede haber ninguna causa. Letton Tischauer Tinney, Observatorio Burgoyne, Alburquerque.»

«Estoy buscando a un experto en astrología. ¿Conoce a alguno? Patrick R. Whitaker, Observatorio Lucas, Vermont.»

Después de estudiar tristemente esta sinopsis, que le había costado 187,35 dólares, incluidos los impuestos, Wangren firmó un comprobante para abonar las llamadas de larga distancia y después tiró la hoja de papel a la papelera. Telefonó a su escritor de temas científicos habitual.

—¿Puede hacerme una serie de artículos, de dos o tres mil palabras cada uno, sobre todo este jaleo astronómico?

—Desde luego —repuso el escritor—. Pero ¿a qué jaleo se refiere?

Confesó que acababa de volver de pescar y que no había leído los periódicos ni observado el cielo. Pero escribió los artículos. Incluso consiguió darles un toque sexual por medio de ilustraciones, utilizando antiguos mapas estelares que mostraban la constelación en déshabillé, reproduciendo ciertas pinturas famosas como *El origen de la Vía Láctea*, e incluyendo la fotografía de una muchacha en bañador que miraba por un telescopio de mano, supuestamente una de las estrellas errantes. La circulación

del Chicago Blade se incrementó en un 21%.

Eran nuevamente las cinco en la sala del Observatorio Cole, veinticuatro horas y cuarto después del inicio de toda la conmoción. Roger Phlutter —sí, volvemos a encontrárnoslo— se despertó súbitamente cuando una mano se apoyó sobre su hombro.

—Váyase a casa, Roger —dijo Mervin Armbruster, su jefe, con amabilidad.

Roger se enderezó rápidamente.

—Oh, señor Armbruster —dijo—, siento haberme quedado dormido.

—¡Tonterías! —repuso Armbruster—. No puede quedarse aquí eternamente, ninguno de nosotros puede. Váyase a casa.

Roger Phlutter se fue a su casa. Pero una vez se hubo bañado, se sintió más inquieto que soñoliento. Sólo eran las seis y cuarto. Telefoneó a Elsie.

—Lo siento muchísimo, Roger, pero tengo otra cita. ¿Qué sucede, Roger? A las estrellas, quiero decir.

—Tonterías, Elsie..., se están moviendo. Nadie lo sabe.

—Yo creía que todas las estrellas se movían —protestó Elsie—. El sol es una estrella, ¿verdad? Una vez me dijiste que el sol se movía hacia un punto de Sansón.

—Hércules.

—Hércules, pues. Si tú dices que todas las estrellas se mueven, ¿por qué se excita tanto todo el mundo?

—Esto es diferente —replicó Roger—. Tomemos, por ejemplo, Canopus. Ha empezado a moverse a una velocidad de siete años luz al día. ¡No puede hacer una cosa así!

—¿Por qué no?

—Porque no existe nada que pueda moverse más de prisa que la luz —explicó pacientemente Roger.

—Pero si está moviéndose a esta velocidad, es evidente que puede hacerlo —dijo Elsie—. Quizá tengáis el telescopio estropeado o algo parecido. De todos modos, está muy lejos, ¿verdad?

—A ciento sesenta años luz. Tan lejos que sólo la vemos con ciento sesenta años de retraso.

—En este caso, quizá no se haya movido en absoluto —dijo Elsie—. Me refiero a que quizá dejó de moverse hace ciento cincuenta años y vosotros os excitáis por algo que ya no tiene importancia porque está terminando. ¿Aún me quieres?

—Claro que sí, encanto. ¿No puedes romper esa cita?

—Me temo que no, Roger. Pero te aseguro que me gustaría.

Tendría que contentarse con eso. Decidió ir andando al centro para cenar.

Aún no era de noche, y resultaba demasiado temprano para ver las estrellas, a pesar de que el claro cielo azul empezara a oscurecer. Roger sabía que cuando aquella

noche salieran las estrellas, muy pocas constelaciones serían reconocibles.

Mientras andaba, iba pensando en los comentarios de Elsie y llegó a la conclusión de que eran tan inteligentes como los que había oído en el observatorio. En cierto sentido, sacaban a relucir un ángulo en el que no se le había ocurrido pensar, y que lo hacía todo más incomprensible.

Todos esos movimientos habían comenzado la misma tarde..., y, sin embargo, no lo habían hecho. Centauro debió empezar a moverse cuatro o cinco años atrás y Rigel quinientos cuarenta años atrás, cuando Cristóbal Colón sólo llevaba pantalones cortos en caso de que los llevara; y Vega debió empezar su movimiento cuando él —Roger, no Vega— nació, hacía veintiséis años. Cada una de esas estrellas debió empezar a desplazarse en una fecha estrechamente relacionada con su distancia de la Tierra. Estrechamente relacionado, hasta un segundo luz, pues el examen de todas las placas fotográficas tomadas la noche anterior indicaba que todos los nuevos movimientos estelares se habían iniciado a las cuatro y diez de la tarde, según la hora de Greenwich. ¡Qué jaleo!

A menos que, después de todo, eso significara que la luz tenía una velocidad infinita.

Si no era así, es sintomático de la perplejidad de Roger que tomara en consideración ese increíble «si», entonces..., entonces, ¿qué? Las cosas estaban tan enredadas como antes.

Sobre todo, lo que le indignaba es que ocurrieran aquellos acontecimientos.

Entró en un restaurante y se sentó. Una radio difundía estrepitosamente la última composición arrítmica, la nueva músicaailable de un cuarto de tono en la cual unos instrumentos de viento provistos de cuerdas proporcionaban un acompañamiento a las melodías aporreadas por afinados tamtams. Entre uno y otro número, un entusiasta locutor alababa las virtudes de un producto.

Mientras masticaba un bocadillo, Roger escuchó apreciativamente la música y se las arregló para no oír los anuncios. Todas las personas inteligentes de los años ochenta habían desarrollado un tipo de sordera radiofónica que les permitía no oír la voz humana que salía de un altavoz, aunque oyeran y gozaran los entonces poco frecuentes intervalos de música entre los anuncios. En una época en la que la competencia publicitaria era tan intensa que apenas había una pared vacía o una valla anunciadora sin utilizar incluso a muchos kilómetros de un centro de población, esas personas sólo conseguían retener el concepto normal de la vida cultivando una ceguera y una sordera parciales que les permitían hacer caso omiso de aquel asalto organizado a sus sentidos.

Por esta razón, buena parte del noticiario que siguió al programa musical entró por un oído de Roger y le salió por el otro antes de que se diera cuenta de que no estaba escuchando un panegírico sobre apetitosos alimentos de desayuno.

Le pareció reconocer la voz, y después de una o dos frases, estuvo seguro de que pertenecía a Milton Hale, el eminente físico cuya nueva teoría sobre el principio de incertidumbre había ocasionado recientemente tantas controversias científicas. Al parecer, el doctor Hale estaba siendo entrevistado por un locutor de radio.

—...Así pues, un cuerpo celeste puede tener posición o velocidad, pero no puede decirse que tenga ambas cosas a la vez, en relación a ningún sistema establecido de tiempo y espacio.

—Doctor Hale, ¿puede traducirnos estas palabras al lenguaje corriente? —dijo la voz melosa del entrevistador.

—Esto es lenguaje corriente, señor. Científicamente expresado, en términos del principio de incertidumbre de Heisenberg, n es a la séptima potencia en paréntesis, representando la seudoposición de un quantum-entero en relación con el séptimo coeficiente de curvatura de la masa...

—Gracias, doctor Hale, pero me temo que esto sobrepase la capacidad de comprensión de nuestros oyentes.

«Y la tuya», pensó Roger Phlutter.

—Estoy seguro, doctor Hale, de que la cuestión que más interesa a nuestra audiencia es si estos movimientos estelares sin precedentes son reales o ilusorios.

—Las dos cosas. Son reales con referencia a la estructura del espacio, pero no con referencia a la estructura de tiempo y espacio.

—¿Puede aclarárnoslo, doctor?

—Creo que sí. La dificultad es puramente epistemológica. En estricta causalidad, el impacto del macroscópico...

«Todos son iguales», pensó Roger Phlutter.

—...Sobre el paralelismo del gradiente entrópico.

—¡Bah! —exclamó Roger, en voz alta.

—¿Ha dicho usted algo, señor? —preguntó la camarera.

Roger se fijó en ella por primera vez. Era bajita, rubia y atractiva. Roger le sonrió.

—Eso depende de la estructura de tiempo y espacio con que uno lo mire —dijo juiciosamente—. La dificultad es epistemológica.

Para resarcirla por esto, dejó más propina de la que debía, y se marchó.

Comprendió que el físico más eminente del mundo sabía menos de lo que estaba ocurriendo que el público en general. El público sabía que las estrellas fijas se movían o no. Evidentemente, el doctor Hale ni siquiera sabía esto. Tras una cortina de humo de salvedades, Hale había insinuado que hacían ambas cosas.

Roger miró al cielo, pero no se veían más que unas cuantas estrellas, muy mortecinas en aquella oscuridad incipiente, a través del halo compuesto por las luces de neón y los letreros luminosos. Aún era demasiado temprano, pensó.

Tomó una copa en un bar cercano, pero no le gustó demasiado y la dejó sin

terminar. No sabía estaba aturdido por falta de sueño. Únicamente sabía que no tenía ganas de dormir y se propuso seguir andando hasta que le apeteciera irse a la cama. Cualquiera que le hubiese dado un golpe en la cabeza con una cachiporra bien forrada le habría hecho un señalado servicio, pero nadie se tomó esa molestia.

Siguió andando, y al cabo de un rato, se encontró frente al vestíbulo profusamente iluminado de un cine. Adquirió una entrada y tomó asiento justo a tiempo para ver el escabroso final de una de las tres películas que constaban en el programa. Siguieron varios anuncios que consiguió mirar sin verlos.

«Seguidamente les ofrecemos —anunció la voz del comentarista— un reportaje especial sobre el cielo de Londres, donde ahora son las tres de la madrugada.»

La pantalla mostró una superficie negra, llena de minúsculos puntitos que eran estrellas. Roger se inclinó hacia delante para observar y escuchar atentamente; aquello sería una emisión de hechos, no de inútil palabrería.

«La flecha —dijo la voz, cuando una flecha apareció en la pantalla— señala en este momento hacia Polaris, la estrella polar, que ahora se encuentra a diez grados del polo celeste en dirección a la Osa Mayor. La misma Osa Mayor ha dejado de ser reconocible como tal, pero la flecha nos señalará las estrellas que anteriormente la componían.»

Roger siguió sin aliento tanto la flecha como la voz.

«Alcor y Dubhe —dijo la voz—. Las estrellas fijas han dejado de serlo, pero... — las imágenes se trasladaron bruscamente a una cocina moderna— la calidad y los adelantos de las cocinas Estelar no cambian. Los alimentos cocinados con el método vibratorio superinducido tienen un sabor inigualable. Las cocinas Estelar son únicas.»

Lentamente, Roger Phlutter se puso en pie y salió al pasillo. Sacó el cortaplumas de su bolsillo mientras se acercaba a la pantalla. Subió de un salto al estrado. Rasgó el tejido sin ira. Lo hizo con cuidado, de una forma metódica, con la intención de causar un máximo de desperfectos en un mínimo de tiempo y esfuerzo.

El daño estaba hecho, y concienzudamente, cuando tres fornidos acomodadores llegaron hasta él. No ofreció resistencia ni a ellos ni a la policía que acudió poco después. En un juicio nocturno, al cabo de una hora, escuchó los cargos que se le imputaban.

—¿Culpable o inocente? —preguntó el magistrado que ocupaba la presidencia.

—Señoría, esto es simplemente una cuestión de epistemología —dijo Roger, seriamente—. ¡Las estrellas fijas se mueven, pero las Tostadas Corny, el mejor desayuno del mundo, aún representa la seudoposición de un quantum-entero de Diedrich en relación al séptimo coeficiente de curvatura!

Diez minutos más tarde, dormía profundamente. En una celda, es verdad, pero profundamente. La policía le dejó allí porque comprendió que necesitaba dormir...

Entre otras tragedias menores de aquella noche puede incluirse el caso de la

goleta Ransagansett, que navegaba a notable distancia de la costa de California. ¡A una distancia ciertamente notable de la costa de California! Una súbita racha de viento la desvió muchas millas de su curso, aunque el capitán no habría podido afirmar cuántas.

La Ransagansett era una embarcación americana, con tripulación alemana, matriculada en Venezuela, y encargada de transportar licores desde Ensenada, Baja California, hasta la costa de Canadá, en previsión de posibles prohibiciones. La Ransagansett era un antiguo barco con cuatro motores y una precaria brújula. Durante los dos días de la tormenta, su anticuado receptor de radio —cosecha de 1955— se había estropeado sin que Gross, el primer oficial, consiguiera arreglarlo.

Pero ahora sólo la niebla recordaba el paso de la tormenta, y las restantes ráfagas de viento se encargaban de alejarla. Hans Gross, con un antiguo astrolabio en las manos, aguardaba en el puente. Una oscuridad absoluta reinaba en torno a él, pues el barco navegaba sin luces para evitar las patrullas costeras.

—¿Aclara, señor Gross? —preguntó la voz del capitán desde abajo.

—Que sí, señor. Está aclarrando rrápidamente.

En la cámara, el capitán Randall siguió jugando al blackjack con el segundo oficial y el maquinista. La tripulación, un anciano alemán llamado Weiss, con una pata de palo, dormía junto al tonel de agua potable de popa, dondequiera que esto estuviera.

Transcurrió media hora. Al cabo de una hora, el capitán perdía frente a Helmstadt, el maquinista.

—¡Señor Gross! —llamó.

No obtuvo respuesta, y aunque llamó de nuevo, siguió sin obtenerla.

—Un momento, mein amigos —dijo al segundo oficial y al maquinista, y subió hasta el puente por la escalera de la cámara.

Gross estaba allí, mirando hacia el cielo con la boca abierta. La niebla había desaparecido.

—Señor Gross —dijo el capitán Randall.

El segundo oficial no contestó. El capitán vio que su segundo oficial giraba lentamente sobre sí mismo.

—¡Hans! —gritó el capitán Randall—. ¿Qué demonios le ocurre?

Entonces, él también alzó la mirada.

Superficialmente, el cielo parecía normal. No había ningún ángel volando sobre ellos, ni se oía el motor de ningún avión. La Osa Mayor..., el capitán Randall giró lentamente, aunque con más rapidez que Hans Gross. ¿Dónde estaba la Osa Mayor?

En cuanto a eso, ¿dónde estaba todo? No se veía ni una sola constelación que pudiera reconocer. Ni rastro de la hoz de Leo. Ni rastro del cinturón de Orión. Ni rastro de los cuernos de Tauro.

Lo que era peor, había un grupo de ocho brillantes estrellas que debían haber formado una constelación, pues tenían la forma aproximada de un octágono. Sin embargo, en caso de que esa constelación hubiese existido alguna vez, él nunca la había visto, a pesar de haber doblado el Cabo de Hornos y el de Buena Esperanza. Quizá... Pero no... ¡No se veía la Cruz del Sur!

Inexplicable. El capitán Randall se acercó a la escalerilla de la cámara.

—Señor Weisskopf —llamó—. Señor Helmstadt. Suban al puente.

Ambos subieron y miraron. Nadie dijo nada durante unos minutos.

—Pare los motores, señor Helmstadt —ordenó el capitán.

Helmstadt saludó, por primera vez en su vida y bajó a la sala de máquinas.

—Capitán, ¿puedo desparrrr a Veiss? —preguntó Weisskopf.

—¿Para qué?

—No lo sé.

El capitán reflexionó.

—Despiértele —dijo.

—Me parece que estamos en el planeta Marrte —dijo Gross.

Pero el capitán ya lo había pensado y desechado la idea.

—No —contestó firmemente—. Las constelaciones tendrían casi el mismo aspecto desde cualquier planeta del sistema solar.

—¿Quiere decir que estamos fuera del cosmos?

El zumbido de los motores cesó súbitamente y sólo se oyó el suave y familiar chapoteo de las olas contra el casco y el suave y familiar balanceo de la embarcación.

Weisskopf volvió con Weiss, y Helmstadt subió al puente y saludó de nuevo.

—¿Y bien, capitán?

El capitán Randall agitó una mano en dirección a la cubierta de popa, llena de cajas de licor amontonadas bajo un toldo de lona.

—Tiren la carga al mar —ordenó.

La partida de blackjack no se reanudó. Al amanecer, bajo un sol que no habían esperado ver otra vez —y que, por cierto, ninguno vio en aquellos momentos—, los cinco hombres inconscientes fueron trasladados a la cárcel del puerto de San Francisco por miembros de la patrulla costera. Durante la noche, la Ransagansett se había deslizado bajo el Golden Gate y chocado suavemente con el muelle del transbordador de Berkeley.

En la popa de la goleta había un gran toldo de lona. Estaba atravesado por un arpón cuya cuerda se hallaba fuertemente atada al palo mayor. Su presencia nunca fue explicada oficialmente, aunque días después el capitán Randall recordó vagamente haber pescado un cachalote durante la noche. Pero el anciano marinero llamado Weiss jamás descubrió lo que había sucedido con su pata de palo, lo que quizá no tuviera demasiada importancia.

Milton Elale, doctor en física, había terminado de hablar y el programa concluyó.

—Muchas gracias, doctor Hale —dijo el locutor de radio. Se encendió una luz amarilla; el micrófono estaba desconectado—. Uh... Ya puede pasar a buscar el talón por la ventanilla. Usted..., uh..., ya sabe dónde.

—Lo sé —respondió el físico.

Era un hombrecillo gordinflón y de aspecto risueño. Con su enmarañada barba blanca, parecía una edición de bolsillo de Santa Claus. Sus ojos centelleaban y fumaba en pipa.

Dejó el estudio insonorizado y se dirigió vivamente por el vestíbulo hasta la ventanilla de la cajera.

—Hola, encanto —dijo a la muchacha que estaba allí—. Creo que tienes dos talones para el doctor Hale.

—¿Usted es el doctor Hale?

—A veces ni yo mismo lo sé —repuso el hombrecillo—. Pero llevo una tarjeta de identidad que parece demostrarlo.

—¿Dos talones?

—Dos talones. Ambos por la misma emisión, gracias a un arreglo especial. Por cierto, esta noche hay una excelente revista en el teatro Mabry.

—¿De verdad? Sí, aquí están sus talones, doctor Hale. Uno por setenta y cinco y el otro por veinticinco. ¿Es correcto?

—Correctísimo. ¿Qué me dice sobre la revista del Mabry?

—Si lo desea, llamaré a mi marido y se lo preguntaré —dijo la muchacha—. Es el portero.

El doctor Hale suspiró profundamente, pero sus ojos siguieron centelleando.

—Creo que le parecerá bien —repuso—. Aquí tiene las entradas, encanto, para que puedan ir los dos. Acabo de recordar que esta noche tendré trabajo.

La muchacha abrió desmesuradamente los ojos, pero aceptó las entradas.

El doctor Hale entró en la cabina telefónica y llamó a su casa. Su casa, y el doctor Hale, estaban dirigidos por su hermana mayor.

—Agatha, esta tarde he de quedarme en la oficina —le comunicó.

—Milton, ya sabes que puedes trabajar igual de bien en tu estudio de casa. He oído tu emisión, Milton. Ha sido magnífica.

—Ha sido una verdadera tontería, Agatha: una estupidez. ¿Qué he dicho?

—Pues has dicho que..., uh..., que las estrellas eran..., es decir, no has...

—Exactamente, Agatha. Mi intención era evitar que cundiera el pánico entre el populacho. Si les hubiera dicho la verdad, se habrían preocupado. Pero al hablar de una forma erudita y científica, les he convencido de que todo estaba..., uh, bajo control. ¿Sabes, Agatha, lo que quería decir con el paralelismo de un gradiente

entrópico?

—Bueno..., no exactamente.

—Yo tampoco.

—Milton, ¿has estado bebiendo?

—Ni eso ni... No, no he bebido. Te aseguro que no puedo ir a casa para hacer el trabajo de esta noche, Agatha. Iré a mi estudio de la universidad, porque allí tendré acceso a la biblioteca y podré consultar los libros que quiera, así como los mapas estelares.

—Pero, Milton, ¿qué me dices del dinero que te han pagado por la emisión? Ya sabes que no es seguro que lleves dinero en los bolsillos cuando te sientes... así.

—No es dinero, Agatha. Es un talón y te lo enviaré por correo antes de ir a la oficina. No lo cobraré, te lo aseguro. ¿Te parece bien?

—Bueno..., si necesitas tener acceso a la biblioteca supongo que así debe ser. Adiós, Milton.

El doctor Hale cruzó la calle y se dirigió al drugstore. Allí compró un sello y un sobre, y cobró el talón de veinticinco dólares. El talón de setenta y cinco dólares fue introducido en el sobre y echado al correo.

Mientras estaba junto al buzón, levantó los ojos hacia el cielo..., se estremeció, y bajó apresuradamente la vista. Se dirigió al bar más próximo y pidió un whisky escocés doble.

—Hacía mucho tiempo que no le veíamos por aquí, doctor Hale —le dijo Mike, el camarero.

—Es verdad, Mike. Sírvame otro.

—En seguida. Este va a cargo de la casa. Acabamos de oír su emisión por la radio. Ha sido fantástica.

—Sí.

—Desde luego que sí. Yo estaba un poco preocupado con todo eso que pasa allá arriba, por mi hijo aviador y todo eso. Pero si ustedes, los científicos, saben lo que se traen entre manos, supongo que no hay por qué inquietarse. Ha hablado muy bien, doctor. Pero me gustaría hacerle una pregunta.

—Me lo temía —comentó el doctor Hale.

—Esas estrellas... se están moviendo, van a alguna parte. Pero ¿adónde van? Vamos, como usted ha dicho, si es que se mueven.

—Es imposible decirlo con exactitud, Mike.

—¿No se mueven en línea recta, cada una de ellas?

Durante sólo un momento, el famoso científico titubeó.

—Bueno, sí y no, Mike. De acuerdo con el análisis espectroscópico, mantienen la misma distancia que las separa de nosotros, cada una de ellas. Así que realmente se mueven —si es que se mueven— en círculos a nuestro alrededor. Es decir, parece ser

que nosotros estamos en el centro de esos círculos, de modo que las estrellas que se mueven no se acercan ni se alejan de nosotros.

—¿Podría determinarse el rumbo de esos círculos?

—En un globo estelar, sí. Ya se ha hecho. Todos parecen dirigirse hacia una zona determinada del cielo, aunque no a un punto dado. En otras palabras, no se cruzan.

—¿Hacia qué parte del cielo se dirigen?

—Aproximadamente a una zona entre la Osa Mayor y Leo, Mike. Las más alejadas se mueven más de prisa, y las más cercanas se mueven más despacio. Pero, maldita sea, Mike, he entrado aquí para olvidarme de todo lo concerniente a las estrellas, no para hablar de ellas. Dame otra.

—En seguida, doctor. Cuando lleguen a esa zona, ¿se detendrán, o seguirán avanzando?

—¿Cómo diablos quieres que lo sepa, Mike? Empezaron a moverse de repente, todas al mismo tiempo, y con plena velocidad original..., quiero decir que se pusieron en marcha a la misma velocidad que tienen ahora..., sin un precalentamiento, para explicarlo de algún modo, así que me imagino que podrían detenerse igual de inesperadamente.

Se interrumpió tan súbitamente como podrían hacerlo las estrellas. Contempló su imagen en el espejo que había detrás de la barra como si nunca se hubiera visto.

—¿Qué pasa, doctor?

—¡Mike!

—¿Sí, doctor?

—Mike, eres un genio.

—¿Yo? No se burle.

El doctor Hale gruñó.

—Mike, tendré que ir a la universidad para solucionar todo esto. Allí tendré acceso a la biblioteca y el globo estelar. Me estás convirtiendo en un hombre honrado, Mike. No sé qué clase de escocés me has servido, pero envuélveme una botella.

—Es Tartan Plaid. ¿Un cuarto?

—Un cuarto, y no pierdas el tiempo. Tengo que ver a un hombre para tratar sobre una Canícula.

—¿Habla en serio, doctor?

El doctor Hale suspiró ruidosamente.

—Tú tienes la culpa, Mike. Sí, la Canícula es Sirio. Ojalá no hubiera venido, Mike. Mi primera noche de juerga en no sé cuántas semanas, y tú me la estropeas.

Tomó un taxi hasta la universidad, entró y encendió la luz de su despacho particular y la biblioteca. Después tomó un buen trago del Tartan Plaid y se puso a trabajar.

En primer lugar, después de decir quién era a la telefonista de servicio y discutir un poco, obtuvo una comunicación telefónica con el director del Observatorio Cole.

—Soy Hale, Armbruster —dijo—. Tengo una idea pero quiero comprobar los hechos antes de empezar a trabajar sobre ella. Según el último informe que he recibido, hay cuatrocientas sesenta y ocho estrellas que revelan un nuevo movimiento propio. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí, Milton. Sigue habiendo el mismo número.... no hay otras.

—Muy bien. Tengo una lista de todas ellas. ¿Se ha producido algún cambio en velocidad de movimiento de alguna de ellas?

—No; aunque parezca imposible, es constante. ¿En qué consiste tu idea?

—Primero quiero comprobar mi teoría. Si obtengo algún resultado positivo, te lo comunicaré enseguida.

Pero se olvidó de hacerlo.

Fue una tarea larga y penosa. Primero hizo un mapa del firmamento en la zona entre la Osa Mayor y Leo. Sobre este mapa, trazó 468 líneas que representaban la ruta prevista de cada una de las estrellas aberrantes. En el borde del mapa, donde se iniciaban todas las líneas, hizo una anotación sobre la aparente velocidad de la estrella, no en años luz por hora, sino en grados por hora, hasta el quinto decimal.

Después se concentró en una serie de razonamientos.

«Supongamos que el movimiento que se inició simultáneamente termine simultáneamente —se dijo—. Hagamos otra suposición. Probaremos con las diez en punto de mañana por la noche.»

Lo probó y contempló la serie de posiciones indicadas en el mapa. No.

Probó con la una de la madrugada. Eso resultó tener más sentido.

Probó con las doce de la noche.

¡Eso era! Por lo menos, muy aproximado. El cálculo podía variar unos pocos minutos en una u otra dirección y no tenía objeto embarcarse en interminables cálculos para averiguar la hora exacta. Mucho menos ahora que sabía el increíble hecho.

Tomó otro trago y contempló sombríamente el mapa.

Un viaje a la biblioteca proporcionó al doctor Hale la información que necesitaba. ¡La dirección!

Así empezó la saga del viaje del doctor Hale.

Lo inició con una copa. Después, como sabía la combinación, saqueó la caja fuerte que había en el despacho del rector de la universidad. La nota que dejó en la caja fuerte era una obra maestra de brevedad. Decía:

«He sacado dinero. Se lo explicaré después.»

Después bebió otro trago y se metió la botella en un bolsillo. Salió del edificio y paró un taxi. Se aposentó en el asiento posterior.

—¿Adónde, señor? —preguntó el taxista.

El doctor Hale le dio una dirección.

—¿La calle Fremont? —dijo el taxista—. Lo siento, señor, pero no sé dónde está.

—En Boston —explicó el doctor Hale—. Tendría que habérselo dicho; en Boston.

—¿En Boston? ¿Se refiere a Boston, Massachusetts? Esto está muy lejos de aquí.

—Por lo tanto, lo mejor es que salgamos inmediatamente —dijo el doctor Hale, con cierta dosis de lógica.

Una breve discusión financiera y la entrega del dinero, extraído de la caja fuerte de la universidad, acallaron las objeciones del conductor y se pusieron en marcha.

Era una noche muy fría para el mes de marzo y la calefacción del taxi no funcionaba demasiado bien. Pero el Tartan Plaid proporcionó el calor necesario al doctor Hale y al taxista, y cuando llegaron a New Haven, ambos cantaban alegremente toda clase de melodías populares.

—Saldremos a campo abierto, y disfrutaremos.. —rugían sus voces.

Después se supo, aunque quizá no fuera cierto que el doctor Hale, nada más llegar a Hartford sacó la cabeza por la ventanilla y preguntó a una joven que esperaba el último autobús si quería ir a Boston. Sin embargo, al parecer no fue así, ya que cuando el taxi se detuvo frente al 614 de la calle Fremont, Boston, a las cinco de la madrugada, sólo el doctor Hale y el chofer se encontraban en el taxi.

El doctor Hale se apeó y observó la casa. Era la mansión de un millonario, y estaba rodeada por una verja de hierro que remataban unas afiladas púas. La puerta estaba cerrada y no se veía ningún timbre.

Pero la casa se hallaba a un tiro de piedra de la acera, y el doctor Hale no era persona que se desanimara fácilmente. Tiró una piedra. Después, otra. Finalmente, consiguió destrozar el cristal de una ventana.

Tras un breve intervalo, un hombre apareció en la ventana. El doctor Hale supuso que sería el mayordomo.

—Soy el doctor Milton Hale —gritó—. Quiero ver a Rutherford R. Sniveley, inmediatamente. Es importante.

—El señor Sniveley no está en casa, señor —repuso el mayordomo—. Y respecto a esta ventana...

—Al diablo con la ventana —replicó a gritos el doctor Hale—. ¿Dónde está Sniveley?

—Se ha ido a pescar.

—¿Adónde?

—Tengo órdenes de no dar esa información.

Es posible que el doctor Hale estuviera un poco borracho.

—Me la dará, de todos modos —rugió—. Por orden del presidente de Estados Unidos.

El mayordomo se echó a reír.

—No le veo.

—Le verá —dijo Hale.

Volvió al taxi. El chofer se había quedado dormido, pero Hale le despertó.

—A la Casa Blanca —ordenó el doctor Hale.

—¿Cómo?

—A la Casa Blanca, en Washington —dijo el doctor Hale—. ¡Y de prisa!

Sacó un billete de cien dólares del bolsillo. El taxista lo miró y lanzó un gemido.

Después se metió el billete en su propio bolsillo y puso el taxi en marcha.

Estaba empezando a nevar.

Cuando el taxi arrancó, Rutherford E. Sniveley, sonriendo irónicamente, se apartó de la ventana. El señor Sniveley no tenía mayordomo.

Si el doctor Hale hubiera estado más familiarizado con las peculiaridades del excéntrico señor Sniveley, habría sabido que Sniveley no permitía a sus criados que se quedaran a dormir, y que vivía solo en la gran casa del 614 de la calle Fremont. Todas las mañanas a las diez, un pequeño ejército de criados invadía la casa, hacía su trabajo lo más rápidamente posible, y se marchaban antes del mediodía. Aparte de estas dos horas diarias, el señor Sniveley vivía en solitario esplendor. Tenía pocos contactos sociales, por no decir ninguno.

Aparte de las pocas horas al día que dedicaba a administrar sus intereses como uno de los primeros fabricantes del país, el tiempo del señor Sniveley le pertenecía por completo y lo pasaba en su taller, fabricando artefactos de todas clases.

Sniveley tenía un cenicero que le alargaba un cigarro encendido cada vez que le hablaba bruscamente, y un radioreceptor tan delicadamente ajustado que podía intercalar automáticamente programas auspiciados por Sniveley y volver a desconectarse cuando habían terminado. Tenía una bañera que le proporcionaba un acompañamiento de orquesta completa cuando le apetecía cantar en ella, y una máquina que le leía en voz alta el libro que él colocase en su tanque alimentador.

Su vida podía ser solitaria, pero no carecía de esas comodidades materiales. Era excéntrico, sí, pero el señor Sniveley podía permitirse el lujo de ser excéntrico con unos ingresos netos de cuatro millones de dólares al año. No estaba mal para un hombre que había empezado su vida siendo hijo de un dependiente encargado del envío de mercaderías.

El señor Sniveley se rió alegremente al ver que el taxi se alejaba, y después volvió a acostarse y durmió el sueño de los justos.

«Así que alguien ha tenido una idea con diecinueve horas de adelanto —pensó—. Bueno, ¡para lo que va a servirles!»

No existía ninguna ley que pudiera castigarle por lo que había hecho...

Las librerías hicieron un negocio tremendo con los libros de astronomía durante

todo aquel día. El público, apático al principio, ya estaba muy interesado por el tema. Incluso los antiguos y polvorientos volúmenes de los Principia de Newton se vendieron a precios exorbitantes.

Todos los medios de comunicación hablaban profusamente de las nuevas maravillas del firmamento. Pocos comentarios eran profesionales, o siquiera inteligentes, pues la mayoría de los astrónomos se pasaron el día durmiendo. Consiguieron mantenerse despiertos durante las primeras cuarenta y ocho horas después del inicio del fenómeno, pero el tercer día les sorprendió mental y físicamente agotados, y dispuestos a permitir que las estrellas se cuidaran por sí mismas mientras ellos recuperaban algunas horas de sueño.

Tentadoras ofertas de los estudios de televisión y radio convencieron a algunos de que hicieran conferencias, pero sus esfuerzos resultaron penosos, y preferibles de olvidar. El doctor Carver Blake, que transmitía por la KNB, se quedó profundamente dormido entre un perigeo y un apogeo.

Los físicos también gozaban de una gran demanda. Sin embargo, fue imposible encontrar al más eminente de todos ellos. La única pista respecto a la desaparición del doctor Milton Hale, la breve nota que decía: «He sacado dinero. Se lo explicaré después», no sirvió de mucha ayuda. Su hermana Agatha temía lo peor.

Por primera vez en la historia, una noticia astronómica ocupaba los titulares de primera página de los periódicos.

Aquella mañana empezó a nevar muy temprano a lo largo de la costa septentrional del Atlántico, y aquellos primeros copos habían degenerado en una verdadera nevada. Antes de entrar en Waterbury Connecticut, el chofer que conducía el taxi del doctor Hale empezó a flaquear.

No era humano, pensó, esperar que un hombre fuera conduciendo hasta Boston, y después, sin detenerse, de Boston a Washington. Ni siquiera por cien dólares.

Y menos bajo una tormenta como aquella. No lograba ver más allá de doce metros a través de la blanca cortina de nieve, y eso cuando podía mantener los ojos abiertos. Su pasajero dormía profundamente en el asiento posterior. Quizá pudiera despistarle y detenerse junto a la carretera, durante una hora, para dormir. Sólo una hora. Su pasajero ni siquiera se daría cuenta. Aquel tipo debía de ser un lunático, pensó, o no se explicaba que no hubiera tomado un avión o un tren.

El doctor Hale así lo habría hecho, naturalmente, si se le hubiera ocurrido. Pero no estaba acostumbrado a viajar y, además, no había que olvidar el Tartan Plaid. Un taxi le pareció la forma más sencilla de llegar a cualquier parte..., sin preocuparse de billetes, conexiones o estaciones. El dinero no constituía ningún problema, y su mente confusa por el licor le había hecho olvidar el factor humano que implicaba un largo viaje en taxi.

Cuando se despertó, casi congelado, en el taxi aparcado, adquirió conciencia de

ese factor humano. El chofer estaba profundamente dormido, y ni las más enérgicas sacudidas lograron despertarle. El reloj del doctor Hale se había parado, así que no pudo hacerse una idea de dónde estaba o qué hora era.

Además, y para colmo de males, no sabía conducir. Tomó un trago para no congelarse del todo, y después se apeó del taxi; en ese preciso momento, se detuvo un coche junto a él.

Era un policía..., lo que es más, era un policía en un millón.

Gritando por encima del rugido de la tormenta. Hale le llamó la atención por medio de señas.

—Soy el doctor Hale —gritó—. Nos hemos perdido. ¿Dónde estoy?

—Entre antes de que se hiele —ordenó el policía—. ¿Se refiere, por casualidad, al doctor Milton Hale?

—Sí.

—He leído todos sus libros, doctor Hale —dijo el policía—. La física es mi gran pasatiempo, y siempre he deseado conocerle. Quiero hacerle una pregunta acerca del valor revisado del quantum.

—Esto es cuestión de vida o muerte —dijo el doctor Hale—. ¿Puede llevarme al aeropuerto más próximo, a toda velocidad?

—Naturalmente, doctor Hale.

—Y otra cosa... En ese taxi hay un chofer que se morirá de frío si no enviamos ayuda.

—Lo pondremos en el asiento trasero de mi coche y después apartaré el taxi de la carretera. Ya nos ocuparemos de los demás detalles cuando podamos.

—Dése prisa, por favor.

El obsequioso policía se apresuró. Regresó a los pocos minutos y puso el coche en marcha.

—En cuanto al valor revisado del quantum, doctor Hale... —empezó, interrumpiéndose en seguida.

El doctor Hale dormía profundamente. El policía le llevó al aeropuerto de Waterbury, uno de los mayores del mundo desde que la población de la ciudad de Nueva York empezó a desplazarse hacia el norte en los años sesenta y setenta, desplazamiento que le confirió una situación privilegiada. Hasta que se encontraron frente a la oficina de billetes, no despertó al doctor Hale.

—Estamos en el aeropuerto, señor —le dijo.

Aún no había acabado de hablar, cuando el doctor Hale ya se apeaba de un salto y corría hacia el edificio, gritando «Gracias», por encima del hombro y estando a punto de tropezar y caerse.

El zumbido de los motores de un superestratoavión que se preparaba para despegar confirió alas a sus pies mientras se precipitaba hacia la ventanilla de venta

de billetes.

—¿Qué avión es éste? —preguntó.

—El especial de Washington, que saldrá dentro de un minuto. Pero no creo que llegue a tiempo de cogerlo.

El doctor Hale dejó un billete de cien dólares en la repisa.

—Un billete —jadeó—. Quédese con el cambio.

Agarró el billete y echó a correr, entrando en el avión cuando empezaban a cerrar la portezuela. Jadeando, se desplomó en un asiento, con el billete todavía en la mano. Estaba profundamente dormido cuando la azafata le ató el cinturón para el despegue.

Un rato después, la azafata le despertó. Los pasajeros desembarcaban.

El doctor Hale bajó corriendo la escalerilla del avión y atravesó a toda prisa el campo hasta el edificio del aeropuerto. Un gran reloj marcaba las nueve en punto y, con evidente satisfacción, corrió hacia una puerta que ostentaba el letrero «Taxis».

Se introdujo en el primero que encontró.

—A la Casa Blanca —dijo al chofer—. ¿Cuánto tardaremos?

—Diez minutos.

El doctor Hale dejó escapar un suspiro de alivio y se apoyó en el respaldo. Esta vez no volvió a dormirse. Ya estaba completamente desvelado. Pero cerró los ojos para pensar las palabras que usaría durante su explicación del asunto.

—Hemos llegado, señor.

El doctor Hale entregó un billete al taxista y se apeó a toda prisa, irrumpiendo como una tromba en el edificio. No era tal como él había imaginado. Pero había una mesa y se dirigió hacia ella.

—Tengo que ver al presidente, en seguida. Es vital.

El empleado frunció el ceño.

—¿Qué presidente?

El doctor Hale abrió desmesuradamente los ojos.

—Al presidente de los... Dígame, ¿qué edificio es éste? ¿Y qué ciudad?

El ceño del empleado se hizo más acusado.

—Esto es la Casa Blanca —dijo—. Seattle, Washington.

El doctor Hale se desmayó. Se despertó tres horas después en un hospital. Entonces era medianoche, hora del Pacífico, lo cual significaba que en la costa oriental debían ser las tres de la madrugada. En realidad, ya eran más de las doce en Washington, Distrito de Columbia, y en Boston, cuando bajó del avión especial de Washington en Seattle.

El doctor Hale corrió hacia una ventana y agitó los puños, ambos, en dirección al cielo. Un gesto inútil.

Sin embargo, en el este, la tormenta había amainado al anochecer, dejando una ligera niebla en el aire. El público ansioso por contemplar las estrellas desbordaba las

agencias meteorológicas con llamadas acerca de la persistencia de la niebla.

—Se espera una ligera brisa procedente del océano —les decían—. Se acerca rápidamente, y dentro de una o dos horas habrá disipado la niebla.

Hacia las once y cuarto, el cielo de Boston estaba despejado.

Miles de personas mal informadas desafiaron el intenso frío y salieron a la calle para mirar al cielo y la aparición gradual de las estrellas anteriormente consideradas eternas. Daba la impresión de haberse producido un increíble cambio.

Y después, gradualmente, el murmullo creció. Alrededor de las doce menos cuarto, el hecho era seguro, y el murmullo decreció y casi en seguida se hizo más fuerte que nunca, alcanzando su máxima intensidad hacia medianoche. Naturalmente, como era de esperar, no todo el mundo reaccionó del mismo modo. Hubo risas e indignación, comentarios cínicos y horrorizados. Incluso hubo admiración.

Al poco rato, en ciertas partes de la ciudad, un movimiento concertado por parte de los que conocían la dirección de la calle Fremont empezó a tener lugar. Un movimiento a pie, en coches particulares o vehículos públicos, que convergió en el mismo sitio.

A las doce menos cinco, Rutherford R. Sniveley se hallaba esperando en su casa. Se negó a sí mismo el placer de mirar hasta que, en el último momento, la cosa estuviera completa.

Todo iba bien. El creciente murmullo de voces, en su mayor parte voces airadas, en torno a su casa era la prueba de ello. Oyó que gritaban su nombre.

No obstante, esperó a oír la duodécima campanada del reloj situado frente a él para salir al balcón. Aunque deseaba ardientemente mirar al cielo, se obligó a mirar a la calle en primer lugar. La multitud estaba allí, y estaba furiosa. Pero él sólo sentía desprecio hacia la multitud.

Además, los vehículos de la policía empezaban a hacer su aparición, y reconoció al alcalde de Boston apeándose de uno de ellos, en compañía del jefe de policía. Pero ¿qué importaba? No existía ninguna ley que contemplara aquello.

Después, considerando que ya se había negado sí mismo el supremo placer durante tiempo suficiente, elevó los ojos hacia el silencioso cielo, y lo vio. Las cuatrocientas sesenta y ocho estrellas más brillantes del firmamento componían las palabras:

USE
JABÓN
SNIVELEY

Su satisfacción no duró más que un segundo. Después, su rostro adquirió una apoplética tonalidad púrpura.

—¡Dios mío! —exclamó el señor Sniveley—. ¡Está mal escrito!

El color púrpura de su rostro se hizo todavía más intenso y después, como un árbol que se desploma, se cayó hacia atrás.

Una ambulancia llevó al magnate al hospital más próximo, pero cuando ingresó ya estaba muerto, a causa de una apoplejía.

Pero mal escrito o no, las estrellas eternas conservaron la posición de esa noche. El aberrante movimiento había cesado y las estrellas volvían a ser fijas. Fijas para deletrear:

USE JABÓN SNIVELEY.

Entre las numerosas explicaciones facilitadas por todos los científicos que poseían algunos conocimientos físicos y astronómicos, ninguno fue más lúcido —o aproximado a la verdad— que el formulado por Wendell Mehan, presidente jubilado de la Sociedad Astronómica de Nueva York.

—Evidentemente, el fenómeno es un truco de refracción —dijo el doctor Mehan—. Ninguna fuerza inventada por el hombre puede mover una estrella. Por lo tanto, las estrellas siguen ocupando su antiguo lugar en el firmamento.

»Yo creo que Sniveley debió de inventar un método para refractar la luz de las estrellas, dentro o justo encima de la capa atmosférica de la Tierra, de modo que pareciera que habían cambiado de posición. Probablemente, lo logró por medio de ondas radioeléctricas u otras ondas similares, procedentes de un aparato de frecuencia fija o, posiblemente, una serie de cuatrocientos sesenta y ocho aparatos que colocó en algún lugar de la superficie de la Tierra. Aunque no sabemos con exactitud cómo lo hizo, no sería imposible que los rayos luminosos hubieran sido desviados por un campo de ondas, tal como puede hacerse con un prisma o una fuerza gravitacional.

»Como Sniveley no era un gran científico, me imagino que este descubrimiento fue más empírico que teórico, un hallazgo accidental. Es muy posible que ni siquiera el descubrimiento de su proyector permita a los científicos la total comprensión de su secreto, del mismo modo que un salvaje aborigen no podría comprender el funcionamiento de un sencillo radiorreceptor por el solo hecho de desmontar uno.

»La razón en que me baso para hacer estas afirmaciones es el hecho evidente de que la refracción es un fenómeno cuatridimensional pues, de lo contrario, su efecto quedaría localizado a una parte del globo... Había más, pero es mejor saltarnos el resto hasta el último párrafo:

—Es imposible que dicho efecto sea permanente..., es decir, más permanente que el proyector de ondas que lo causa. Antes o después, encontraremos e inutilizaremos la máquina de Sniveley, a no ser que ella misma se estropee o desgaste. Indudablemente, contendrá lámparas de vacío, que algún día explotarán, igual que las

lámparas de nuestras radios...

La exactitud del análisis realizado por el doctor Mehan quedó demostrada dos meses y ocho días después, cuando la Compañía de Electricidad de Boston cortó el suministro de luz, por impago de las facturas, a una casa situada en el 901 de la calle West Rogers, a diez manzanas de la mansión de Sniveley. En el instante del corte de energía, excitados informes de la parte nocturna de la Tierra comunicaron que las estrellas habían vuelto instantáneamente a su posición habitual.

Las pertinentes investigaciones dieron como resultado que la descripción de un tal Elmer Smith, que había comprado esa casa seis meses atrás, correspondía con la descripción de Rutherford R. Sniveley, y que indudablemente Elmer Smith y Rutherford R. Sniveley eran la misma persona.

En el desván se encontró una complicada red de cuatrocientas sesenta y ocho antenas de tipo radioeléctrico, cada una de las cuales tenía una longitud diferente y apuntaba en una dirección distinta. La máquina a la que estaban conectadas no era más grande que el proyector de un radioaficionado, ni necesitaba mucha más corriente, de acuerdo con el informe de la compañía de electricidad.

Por orden especial del presidente de los Estados Unidos, el proyector fue destruido sin un previo examen de su contenido. Surgieron en todas partes clamorosas protestas contra esta orden ejecutiva tan arbitraria. Pero como el proyector ya había sido desmenuzado, las protestas fueron inútiles.

En conjunto, las repercusiones graves fueron asombrosamente escasas.

A partir de entonces, todo el mundo apreció más las estrellas, pero confiaron menos en ellas.

Roger Phlutter salió de la cárcel y se casó con Elsie. El doctor Milton Hale descubrió que le gustaba Seattle, y se quedó allí. A tres mil kilómetros de su hermana Agatha, se dio cuenta por primera vez de que podía desafiarla abiertamente. Disfruta mucho más de la vida, pero se teme que escriba menos libros.

Aún queda un hecho que resulta penoso considerar, ya que implica una profunda reflexión sobre la inteligencia básica de la raza humana. Sin embargo, está claro que la orden ejecutiva del presidente estuvo justificada, a pesar de las protestas de los científicos.

Ese hecho es tan humillante como esclarecedor ¡Durante los dos meses y ocho días que la máquina de Sniveley estuvo en funcionamiento, las ventas del Jabón Sniveley se incrementaron en un 915%!

LA LLAMADA

(Knock)

Hay un delicioso cuento de horror que sólo consta de dos frases:

El último hombre sobre la Tierra estaba solo en una habitación. Sonó una llamada a la puerta...

Dos frases y una elipsis de tres puntos suspensivos. El horror, naturalmente, no está en la misma historia; está en la elipsis, en la implicación: qué llamó a la puerta. Enfrentada con lo desconocido, la mente humana proporciona algo vagamente horrible.

Pero no fue horrible, en realidad.

El último hombre sobre la Tierra —o en el universo, es igual— estaba sentado solo en una habitación. Era una habitación bastante peculiar. Se había dedicado a averiguar la razón de esta peculiaridad. Su conclusión no le horrorizó, pero le molestó.

Walter Phelan, que había sido profesor adjunto de antropología en la Universidad Nathan hasta el momento en que, hacía dos días, la Universidad Nathan dejó de existir, no era hombre que se horrorizara fácilmente. Ni con un gran esfuerzo de imaginación se habría podido calificar a Phelan de figura heroica. Era de escasa estatura y carácter apacible. No se hacía mirar, y él lo sabía.

No es que ahora le preocupara su aspecto. Ahora mismo, en realidad, era incapaz de sentir gran cosa. De una forma abstracta, sabía que dos días antes, en el espacio de una hora, la raza humana había sido destruida, a excepción de él y, en algún lugar... una mujer. Y éste era un hecho que no preocupaba en modo alguno a Walter Phelan. Probablemente jamás la había visto y no le preocupaba demasiado que jamás llegara a verla.

Las mujeres no habían constituido un factor importante en la vida de Walter desde que Martha falleció un año y medio antes. No es que Martha hubiera sido una buena esposa... Era excesivamente dominante. Sí, había amado a Martha, de una forma profunda y tranquila. Ahora sólo tenía cuarenta años, y treinta y ocho cuando Martha falleció, pero la verdad es que desde entonces no había vuelto a pensar en las mujeres. Su vida fueron sus libros, los que había leído y los que había escrito. Ahora ya no tenía objeto seguir escribiendo libros, pero disponía del resto de su vida para leerlos.

Realmente, tener compañía habría sido agradable, pero se las arreglaría sin ella. Quizá al cabo de un tiempo llegara a disfrutar la compañía de algún zan, aunque no le parecía probable. Sus pensamientos eran tan extraños y distintos de los suyos, que la

posibilidad de encontrar un tema de conversación interesante para ambos resultaba muy improbable. Eran inteligentes en cierto aspecto, pero también lo eran las hormigas. Ningún hombre ha logrado comunicarse jamás con una hormiga. Sin saber por qué, pensaba en los zan como si fueran hormigas, unas súper hormigas, aunque no se parecieran a ellas, y tenía el presentimiento de que los zan consideraban a la raza humana tal como la raza humana consideraba a las hormigas vulgares. Lo que habían hecho con la Tierra era lo que los hombres hacían con los hormigueros, aunque lo hubieran hecho de un modo más eficiente.

Pero le habían dado gran cantidad de libros. Fueron muy amables en eso, en cuanto él les dijo lo que quería. Y se lo dijo en el mismo momento de comprender que estaba destinado a pasar el resto de su vida en aquella habitación. El resto de su vida, o lo que los zan habían expresado con las palabras, pa-ra-siem-pre.

Incluso una mente brillante, y los zan tenían una mente brillante, tenía sus peculiaridades. Los zan habían aprendido a hablar el idioma de la Tierra en cuestión de horas, pero se empeñaban en separar las sílabas. Sin embargo, estamos divagando.

Sonó una llamada a la puerta.

Ahora ya está todo explicado, a excepción de los puntos suspensivos, la elipsis, y yo me encargaré de completarlos y demostrarles que no fue nada horrible.

Walter Phelan exclamó: «Adelante», y la puerta se abrió. Naturalmente, era un zan. Era exactamente igual que los demás zan; si había un medio de distinguirlos, Walter no lo había descubierto. Medía un metro y medio de altura y no se parecía a nada de lo que pudiera haber existido sobre la Tierra, es decir, nada que hubiera existido en la Tierra antes de que los zan aparecieran.

Walter dijo: «Hola, George.» Cuando se enteró de que ninguno de ellos poseía un nombre propio, decidió llamarlos a todos George, y a los zan no pareció importarles.

Este contestó: «Ho la, Wal ter.» Esto era el ritual, la llamada a la puerta y los saludos. Walter aguardó.

—Pun to uno —dijo el zan—. Ha rás el fa vor de sen tar te con la si lla de ca ra al o tro la do.

Walter repuso:

—Ya me lo imaginaba, George. Esa pared es transparente por el otro lado, ¿verdad?

—Es trans pa ren te.

Walter suspiró.

—Lo sabía. Esa pared es lisa y está vacía, no hay ningún mueble adosado a ella. Además, parece distinta de las otras paredes. Si insisto en sentarme de espaldas, ¿qué pasará? ¿Me mataréis? Casi lo desearía.

—Nos lle va ría mos tus li bros.

—Me has convencido, George. De acuerdo, me pondré de cara a la pared cuando

lea. ¿Cuántos animales, aparte de mí, tenéis en este zoológico vuestro?

—Dos cien tos die ci séis.

Walter meneó la cabeza.

—No está completo, George. Incluso un zoológico de segunda fila puede superar al vuestro..., podría superarlo, quiero decir, si hubiera quedado algún zoológico de segunda fila. ¿Nos habéis escogido al azar?

—Mues tras al a zar, sí. To das las es pe cies ha brían si do de ma sia das. Un ma cho y u na hem bra de cien es pe cies.

—¿Con qué los alimentáis? Me refiero a los carnívoros.

—Fa bri ca mos co mi da sin té ti ca.

—Muy ingenioso. ¿Y la flora? También habéis reunido una buena colección, ¿verdad?

—La flo ra no ha si do daña da por las vi bracio nes. Si gue cre cien do.

—Me alegro por la flora. Así pues, no habéis sido tan duros con ella como con la fauna. Bueno, George, has empezado hablando del «punto uno». Deduzco que existe un punto dos. ¿Cuál es?

—Hay al go que no com pren de mos. Dos de los o tros a ni ma les duer men y no se des pier tan. Están fríos.

—Eso ocurre hasta en los zoológicos mejor organizados, George. Probablemente no les ocurra nada a excepción de que estén muertos.

—¿Muertos? Esto significa detenidos. Nada los ha detenido. Cada uno de ellos estaba solo.

Walter miró fijamente al zan.

—¿Quieres decir, George, que no sabes lo que significa la muerte natural?

—La muer te es cuan do se ma ta a un ser, cuándo se de tie ne su vi da.

Walter Phelan parpadeó.

—¿Cuántos años tienes, George? —preguntó.

—Die ci séis..., no com pren de rás el sen ti do de la palabra. Tu planeta ha girado unas siete mil ve ces en torno a tu sol. Aún soy jo ven.

Walter dejó escapar un silbido.

—Un niño de pecho —dijo. Reflexionó un momento—. Mira, George, tienes que saber ciertas cosas respecto al planeta donde ahora estás. Aquí hay un tipo que no existe en el lugar de donde tú vienes. Es un viejo con una barba, una guadaña y un reloj de arena. Tus vibraciones no le han matado.

—¿Qué es?

—Llámale La Parca, George. El Viejo de la Muerte. Nuestra gente y nuestros animales viven hasta que alguien, el Viejo de la Muerte, les arrebatara la vida.

—¿Ha detenido a las dos criaturas? ¿De tendrá a más?

Walter abrió la boca para contestar, pero volvió a cerrarla. Algún indicio en la voz

de George le indicó que vería un ceño de preocupación en su rostro, en el caso de que tuviera un rostro reconocible como tal.

—¿Qué te parece si me llevas a ver esos animales que no se despiertan? —preguntó Walter—. ¿Está contra las reglas?

—Ven —dijo el zan.

Esto ocurrió por la tarde del segundo día. Fue a la mañana siguiente cuando regresaron los zan, varios de ellos. Se llevaron los libros y los muebles de Walter Phelan. Después, se lo llevaron a él. Se encontró en una habitación mucho más grande, a unos cien metros de distancia de la anterior.

Se sentó y esperó lo que vendría a continuación. Cuando llamaron a la puerta, supo lo que ocurriría y se puso cortésmente en pie mientras decía:

—Adelante.

Un zan abrió la puerta y se apartó ligeramente. Una mujer entró.

Walter se inclinó.

—Walter Phelan —dijo—, en caso de que George no le haya informado de mi nombre. George intenta mostrarse educado, pero no conoce todas nuestras costumbres.

La mujer parecía tranquila; se alegró de constatarlo. Dijo:

—Yo me llamo Grace Evans, señor Phelan. ¿Qué significa todo esto? ¿Por qué me han traído aquí?

Walter la examinó mientras hablaba. Era alta, tan alta como él, y bien proporcionada. Daba la impresión de tener unos treinta años escasos, casi la misma edad que Martha. Poseía la misma tranquila confianza en sí misma que siempre había admirado en Martha, a pesar de que contrastara con su propia informalidad. En realidad, pensó, se parecía bastante a Martha.

—Creo que ya puede imaginarse la razón por la que la han traído aquí —repuso—, pero retrocedamos un poco. ¿Sabe qué ha sucedido?

—¿Se refiere a que han... matado a todo el mundo?

—Sí. Siéntese, por favor. ¿Sabe cómo lo hicieron?

Ella se dejó caer en un cómodo sillón cercano.

—No —dijo—. No sé exactamente cómo. Creo que no importa demasiado, ¿verdad?

—No demasiado. Pero voy a explicarle toda la historia, todo lo que sé después de hacer hablar a uno de ellos y unir los cabos sueltos. No son muchos..., por lo menos, aquí no hay muchos. No sé si constituyen una raza muy numerosa en su lugar de origen, que no sé dónde está, aunque me imagino que debe de encontrarse fuera del sistema solar. ¿Ha visto la nave espacial en la que vinieron?

—Sí. Es casi tan grande como una montaña.

—Casi. Bueno, está equipada para emitir una especie de vibración... Ellos la llaman así en nuestro idioma, pero yo supongo que más que una vibración sonora es una onda radioeléctrica., que destruye cualquier clase de vida animal. La nave está protegida contra la vibración. No sé si su radio de acción es tan amplio como para aniquilar de una vez a todo el planeta, o si volaron en círculo en torno a la Tierra, emitiendo las ondas vibratorias. Pero la cuestión es que aniquiló inmediatamente a todos los seres vivos, y confío en que lo hicieran sin dolor. La única razón por la que nosotros, y los otros doscientos animales y pico de este zoológico, no hemos muerto también, es que nos hallábamos dentro de la nave. Nos han escogido como muestra. ¿Sabía que esto era un zoológico?

—Bueno, lo sospechaba.

—Las paredes frontales son transparentes por la cara exterior. Los zan han demostrado ser muy hábiles al reproducir en el interior de cada cubículo el hábitat natural de la criatura que contiene. Los cubículos, como éste donde nos encontramos, son de plástico, y ellos poseen una máquina capaz de fabricar uno en menos de diez minutos. Si la Tierra hubiera tenido una máquina y un proceso como éste, no habría habido ningún problema de vivienda. Bueno, de todos modos, este problema ya no existe. Y me imagino que la raza humana —específicamente usted y yo— puede dejar de preocuparse por la bomba H y la próxima guerra. Es indudable que los zan nos han resuelto un gran número de problemas.

Grace Evans sonrió ligeramente.

—Otro caso en que

la operación tuvo éxito, pero el paciente murió. Las cosas estaban realmente muy mal. ¿Se acuerda de cuándo le capturaron? Yo, no. Una noche me fui a dormir y me desperté en una jaula de la nave espacial.

—Yo tampoco me acuerdo —repuso Walter—. Tengo el presentimiento de que primero usaron las ondas a muy baja intensidad, lo justo para que perdiéramos el conocimiento. Después descendieron y recogieron muestras para su zoológico más o menos al azar. Cuando tuvieron las que deseaban, o las que cabían en su nave, abrieron la espita al máximo. Y eso fue todo. Hasta ayer no supe que cometieron un error al sobreestimarnos. Pensaban que éramos inmortales, como ellos.

—Que éramos... ¿qué?

—Se les puede matar, pero no saben lo que es la muerte natural. Por lo menos, hasta ayer. Dos de los nuestros fallecieron ayer.

—Dos de... ¡Oh!

—Sí, dos de nuestros animales que estaban en su zoológico. Dos especies que se han extinguido irrevocablemente. Y, por la forma en que los zan miden el tiempo, los restantes miembros de cada especie no vivirán más que unos minutos. Supusieron que tenían especies permanentes.

—¿Quiere decir que no sabían lo que eran criaturas de corta vida?

—Así es —contestó Walter—. Uno de ellos es joven a los siete mil años, según me confesó él mismo. A propósito, ellos son bisexuales, pero no creo que se reproduzcan más que cada diez mil años. Cuando ayer se enteraron de la vida ridículamente corta que tenemos los animales terrestres, debieron de escandalizarse hasta la médula, si es que tienen médula. La cuestión es que han decidido reorganizar su zoológico: dos y dos en vez de uno y uno. Se imaginan que duraremos más si vivimos colectivamente en vez de individualmente.

—¡Oh! —Grace Evans se levantó y un ligero rubor cubrió su rostro—. Si usted cree..., si ellos creen... —Se dirigió hacia la puerta.

—Estará cerrada —dijo tranquilamente Walter Phelan—, pero no se preocupe. Quizá ellos lo crean, pero yo no lo creo. No necesita decirme que no se fijaría en mí aunque yo fuera el último hombre sobre la Tierra; sería absurdo en las actuales circunstancias.

—Pero ¿es que piensan tenernos encerrados, a los dos juntos, en esta habitación tan pequeña?

—No es tan pequeña; nos las arreglaremos. Yo puedo dormir bastante cómodamente en uno de esos mullidos sillones. Y no crea que no estoy totalmente de acuerdo con usted. Dejando aparte todas las consideraciones personales, el mínimo favor que podemos hacer a la raza humana es permitir que se extinga con nosotros y no perpetuarla para que la exhiban en un zoológico.

Ella dijo «Gracias» de forma casi inaudible, y el rubor desapareció de su cara. La ira se reflejaba en sus ojos, pero Walter sabía que no era por su causa. Con los ojos lanzando chispas como en ese momento, se parecía mucho a Martha, pensó.

Le sonrió y dijo:

—O si no...

Ella se levantó de un salto y por un momento él creyó que se acercaría y le pegaría. Después volvió a desplomarse en su asiento.

—Si usted fuera un hombre, pensaría en una forma de... ¿Ha dicho que se les puede matar? —Su voz era dura.

—¿A los zan? Oh, desde luego. Los he estado estudiando. Su aspecto difiere totalmente del nuestro, pero creo que tienen un metabolismo parecido, el mismo tipo de sistema circulatorio, y probablemente el mismo tipo de sistema digestivo. Creo que cualquier cosa capaz de matarnos a nosotros podría matarlos a ellos.

—Pero usted ha dicho que...

—Oh, naturalmente, hay diferencias. Ellos no poseen el factor que hace envejecer a los hombres. O bien ellos tienen una glándula de la que el hombre carece, algo que renueve las células. Más frecuentemente que cada siete años, quiero decir.

Ella había olvidado su ira. Se inclinó ansiosamente hacia delante. Dijo:

—Creo que tiene razón. Sin embargo, no creo que sientan dolor, de ninguna clase. El había estado esperando eso. Dijo:

—¿Qué le hace pensar así?

—Encontré un trozo de alambre en la mesa de mi cubículo y lo estiré frente a la puerta para que el zan se cayera. Así fue, y el alambre le hizo un corte en la pierna.

—¿Observó si le salía sangre roja?

—Sí, pero no pareció importarle. No se enfadó; ni siquiera hizo un solo comentario, lo único que hizo fue desatar el alambre. Al volver pocas horas después, el corte había desaparecido. Bueno, casi. Conseguí ver un pequeño rastro de él y por esto estoy segura de que era el mismo zan.

Walter Phelan asintió lentamente.

—Es natural que no se enfadara. No experimentan ninguna clase de emoción. Quizá, si matáramos a uno de ellos, ni siquiera nos castigarán. Se limitarían a darnos la comida por un agujero y no se acercarían a nosotros, nos tratarían como los hombres trataban a los animales de un zoológico que habían matado a su guardián. Probablemente se limitarían a asegurarse de que no atacáramos a otro de nuestros guardianes.

—¿Cuántos hay?

Walter repuso:

—Unos doscientos, según creo, en esta nave concreta. Pero, indudablemente, hay muchos más en el lugar de donde proceden. Sin embargo, tengo el presentimiento de que esto sólo constituye una avanzadilla, encargada de limpiar el planeta y preparar la ocupación de los zan.

—Resulta indudable que han hecho un buen...

Llamaron con los nudillos a la puerta y Walter Phelan dijo: «Adelante.» Un zan abrió la puerta y se quedó en el umbral.

—Hola, George —saludó Walter.

—Ho la, Wal ter. —El mismo ritual. ¿El mismo zan?

—¿Qué es lo que te preocupa?

—O tra cria tu ra duer me y no se des pier ta. U na llama da co madre ja.

Walter se encogió de hombros.

—Son cosas que ocurren, George. El Viejo de la Muerte. Ya te he hablado de él.

—Al go peor. Un zan ha muerto. Esta ma ña na.

—¿Es eso peor? —Walter le miró imperturbablemente—. Bueno, George, tendrás que acostumbrarte a ello, si pensáis quedaros aquí.

El zan no dijo nada. Se quedó donde estaba. Finalmente, Walter dijo:

—¿Y bien?

—Respecto a la comadreja, ¿recomiendas lo mismo?

Walter se encogió de hombros nuevamente.

—Lo más probable es que no sirva de nada. Pero ¿por qué no?

El zan salió.

Walter oyó sus pasos, alejándose. Sonrió entre dientes.

—Quizá dé resultado, Martha —dijo.

—Mar... Yo me llamo Grace, señor Phelan. ¿Qué es lo que quizá dé resultado?

—Yo me llamo Walter, Grace. Dejémonos de formulismos. Verás, Grace, tú me recuerdas mucho a Martha. Era mi esposa. Falleció hace un par de años.

—Lo siento. Pero ¿qué es lo que quizá dé resultado? ¿De qué has hablado con el zan?

—Mañana lo sabremos —dijo Walter.

Y no pudo sacarle una palabra más.

Aquél era el tercer día de estancia de los zan. El día siguiente fue el último.

Era cerca de mediodía cuando apareció uno de los zan. Después del ceremonial, permaneció junto a la puerta, con un aspecto más extraño que nunca. Resultaría interesante poder describirlo, pero no existen palabras para hacerlo. Dijo:

—Nos mar cha mos. El con se jo se ha reu ni do y lo ha de ci di do.

—¿Acaso ha muerto otro de los vuestros?

—A no che. Es te es un pla ne ta de muer te.

Walter asintió.

—Vosotros habéis hecho vuestra parte. Dejáis a doscientos trece con vida, aparte de nosotros, pero esto no es demasiado entre muchos millones. No tengáis prisa en volver.

—¿Podemos hacer algo?

—Sí. Podéis daros prisa. Dejad nuestra puerta abierta y las demás cerradas. Nos ocuparemos de los otros.

El zan asintió y se fue.

Grace Evans se había levantado, y tenía los ojos brillantes; Preguntó:

—¿Cómo...? ¿Qué...?

—Espera —le advirtió Walter—. Déjame oírles despegar. Es un ruido que quiero oír y recordar.

El ruido se produjo a los pocos minutos, y Walter Phelan, adquiriendo súbitamente conciencia de lo tenso que estaba, se dejó caer en una silla y se relajó.

Repuso apaciblemente:

—En el Jardín del Edén también había una serpiente, Grace, y ella nos causó muchos problemas. Pero ésta nos los ha solucionado y ha compensado la acción de aquélla. Me refiero a la pareja de la serpiente que murió anteayer. Era una serpiente de cascabel.

—Quieres decir que por su causa murieron los dos zan? Pero...

Walter asintió.

—No sabían nada acerca de las serpientes. Cuando los zan me llevaron a ver las primeras criaturas que «estaban dormidas y no se despertaban», vi que una de ellas era un serpiente de cascabel. Tuve una idea, Grace. Se me ocurrió pensar que las criaturas venenosas eran unas especies características de la Tierra y que los zan no debían de conocerlas. Además, cabía la posibilidad de que su organismo fuera tan parecido al nuestro que el veneno les matara. De todos modos, no se perdía nada por intentarlo. Y ambas suposiciones fueron acertadas.

—¿Cómo lograste que la serpiente de cascabel...?

Walter Phelan esbozó una sonrisa.

—Les expliqué lo que es el cariño. Ellos no lo sabían. Sin embargo, descubrí que les interesaba conservar el mayor tiempo posible al miembro restante de las especies, para estudiarlo antes de su muerte. Les dije que moriría inmediatamente porque había perdido a su pareja, a menos que tuviera un cariño y afecto constantes. Se lo demostré con el pato, que era la otra criatura que había perdido a su pareja. Por fortuna, era un pato doméstico y no me resultó difícil estrecharlo contra mi pecho y acariciarlo, para enseñarles cómo debían hacerlo. Después dejé que ellos lo hicieran con el pato... y con la serpiente de cascabel.

Se levantó y despezó. Después volvió a sentarse más cómodamente. Dijo:

—Bueno, ante nosotros se extiende un mundo que debemos organizar. Tendremos que sacar a los animales del arca, y antes habrá que pensar y decidir varias cosas. Podemos dejar en libertad a todos los animales salvajes que sean herbívoros, para que se las arreglen como puedan. En cuanto a los domésticos, es preferible que los conservemos y nos encarguemos de ellos; los necesitaremos. Pero los carnívoros, los predadores... Bueno, habrá que decidirse. Pero mucho me temo que todo sea inútil, al menos que encontremos y sepamos manejar la máquina que usaban para fabricar alimentos sintéticos.

La miró fijamente.

—También hemos de pensar en la raza humana; habrá que tomar una decisión respecto a ella, una decisión muy importante.

Ella volvió a sonrojarse un poco, como el día anterior; se sentó rígidamente en la silla.

—No —dijo.

El simuló no haberlo oído.

—Ha sido una hermosa raza, incluso en el caso de que hubiera llegado a extinguirse. Ahora renacerá si nosotros hacemos que renazca, y puede que tropiece con grandes dificultades durante cierto tiempo, pero nosotros podemos reunir libros y conservar la mayoría de sus conocimientos intactos; los importantes, por lo menos. Podemos...

Se interrumpió al ver que ella se ponía en pie y se dirigía hacia la puerta. Así

habría reaccionado Martha, pensó, en la época que él la cortejaba, antes de casarse.

Dijo:

—Piénsalo, querida, y tómate todo el tiempo que quieras. Pero vuelve.

Se oyó un portazo. El permaneció sentado, pensando en todas las cosas que debían hacerse en cuanto empezaran, pero sin prisas para empezarlas.

Y al cabo de un rato, oyó los vacilantes pasos de Grace que regresaba.

Sonrió ligeramente. ¿Ven? No fue horrible, en realidad.

El último hombre sobre la Tierra estaba sentado solo en una habitación. Sonó una llamada a la puerta...

LOS MONSTRUOS SONRIENTES

(All Good BEMs)

La espacionave procedente de Andrómeda II giraba, como una peonza, dominada por poderosas fuerzas. El ser de Andrómeda, fuertemente atado al asiento del piloto, volvió los tres protuberantes ojos de una de sus cabezas hacia los otros cuatro tripulantes de la nave, asegurados en las literas de la cabina.

—Vamos a estrellarnos —dijo.

Así fue.

Elmo Scott apretó el tabulador de su máquina de escribir y escuchó cómo el carro se deslizaba y hacía tocar la campanita. Le pareció divertido y lo volvió a hacer. Pero no había ninguna palabra escrita en la hoja de papel puesta en la máquina.

Encendió un cigarrillo y se quedó contemplándolo. Al papel, no al cigarrillo, naturalmente. Aún no había escrito nada.

Inclinó su silla para atrás y se volvió para mirar al gran perro Doberman que dormía en el centro matemático de la alfombra. Luego dijo:

—¡Qué perro más afortunado!

El Doberman se despertó y movió la pequeña cola que tenía. No dio ninguna otra contestación.

Elmo Scott volvió a mirar al papel. Seguían sin aparecer las palabras que él esperaba. Puso los dedos sobre el teclado y escribió: «Ya es tiempo que todos los hombres buenos vengan en ayuda de la gente.» Contempló las palabras que acababa de escribir y sintió el leve contacto de una idea rozarle la mejilla.

Llamó:

—¡Toots! —Y una joven morena y simpática que llevaba un traje casero azul, salió de la cocina y se puso a su lado. El la enlazó por la cintura.

—Tengo una idea —dijo él.

Ella leyó las palabras escritas en la máquina.

—Es lo mejor que has escrito en tres días —dijo—, aparte aquella carta renovando la suscripción al periódico. Y pienso que la carta era aun mejor.

—Oh, cállate —dijo Elmo—. Estoy hablando de lo que voy a hacer con esta frase. La voy a convertir en un argumento de fantasía científica, palabra tras palabra. No puede fallar. Fíjate.

Sacó el brazo de la cintura de ella y escribió bajo la primera frase: «Ya es tiempo que todos los monstruos buenos vengan en ayuda de la gente». Y dijo:

—¿Entiendes la idea, Toots? Ya se va pareciendo al principio de una novela de fantasías científicas. Los Monstruos Buenos. Atiende al próximo paso.

Debajo de las dos primeras frases, escribió: «Ya es tiempo que todos los

monstruos buenos vengan en ayuda de...». Se interrumpió.

—¿Qué pondré, Toots? ¿La Galaxia o el Universo?

—Será mejor que te pongas a ti mismo —dijo ella—. Porque si no consigues tener una novela terminada y cobrada dentro de dos semanas, perderemos esta casita en la montaña y tendremos que volver a la ciudad andando y tú tendrás que dejar de escribir novelas y volver al periódico y...

—Basta, Toots. Ya sé todo eso. Lo sé muy bien.

—Sin embargo, lo mejor que puedes hacer es escribir: «Ya es tiempo que todos los monstruos buenos vengan en ayuda de Elmo Scott».

El gran Doberman se estiró en la alfombra y dijo:

—No los necesitáis.

Las dos cabezas humanas se volvieron hacia el animal.

La joven morena golpeó en el suelo con un pie elegantemente calzado.

—¡Elmo! —dijo—. Haciendo trucos como éste. Así es como gastas el tiempo que debías dedicar a escribir. Aprendiendo ventriloquía.

—No, Toots —dijo el perro—. No es eso.

—¡Elmo! Cómo puedes hacer que mueva la boca como si... —Los ojos de ella fueron del rostro del perro al de Scott y se detuvo sin concluir la frase. Si es que Elmo Scott no se sentía lleno de terror, entonces era mejor actor que Humphrey Bogart. Ella volvió a decir: ¡Elmo! pero esta vez su voz era un pequeño gemido asustado y no golpeó el suelo con el pie. En vez de ello, prácticamente se dejó caer en la rodilla de Elmo y si él no la hubiese abrazado, habría caído de allí al suelo.

—No te asustes, Toots —dijo el perro.

Elmo Scott volvió a sentirse dueño de sí mismo.

—Quienquiera que seas, no llames a mi esposa Toots —dijo—. Su nombre es Dorothy.

—Tú la llamas Toots.

—Eso... eso es diferente.

—Ya veo por qué —dijo el perro. Su boca se abrió como si estuviera riendo—. El concepto que entró en tu mente cuando usaste la palabra «esposa» es muy interesante. Entonces éste es un planeta bisexual.

Elmo dijo:

—Este es un... qué... ¿De qué estás hablando?

—En Andrómeda II —dijo el perro— tenemos cinco sexos. Pero nosotros somos una raza altamente desarrollada, desde luego. La vuestra es altamente primitiva. Quizá debiera decir bajamente primitiva. Vuestro lenguaje tiene palabras que se prestan a confusión; no es matemático. Pero como dije antes, veo que estáis en el período bisexual. ¿Cuánto tiempo hace desde que érais monosexuales? Y no niegues que una vez lo fuisteis; puedo leer la palabra «amiba» en tu mente.

—Si puedes leer en mi mente —dijo Elmo— ¿por qué tengo que hablar?

—Ten en cuenta a Toots, quiero decir Dorothy —dijo el perro—. No podríamos mantener una conversación entre los tres, ya que vosotros dos no sois telépatas. De cualquier forma, pronto seremos más en la conversación. He llamado a mis compañeros —volvió a reír—. No dejéis que os asusten, no importa en qué forma se presenten. Son simplemente monstruos buenos.

—¿Monstruos? —preguntó Dorothy—. ¿Quieres decir que son seres de otros mundos? Eso es lo que Elmo quiere significar por monstruos, pero tú no eres...

—Yo soy exactamente eso. Un habitante de otro mundo. Naturalmente no veis mi apariencia real. Tampoco veréis las de mis compañeros. Ellos, igual que yo, están temporalmente animando los cuerpos de criaturas de baja inteligencia. En nuestros cuerpos verdaderos, os aseguro que nos clasificaríais como monstruos verdaderos. Uno de nosotros tiene cinco miembros y dos cabezas, cada una de las cuales tiene tres ojos colocados en los extremos de tentáculos.

—¿Dónde están, entonces, vuestros cuerpos? —preguntó Elmo.

—Están muertos... Espera, ya veo que esta palabra tiene mayor significado para ti de lo que pensé al principio. Están inutilizados, temporalmente inhabitables y necesitan reparaciones, dentro del casco fundido de nuestra espacionave. Salimos del hiperespacio demasiado cerca de un planeta. Este planeta. Nos hemos estrellado.

—¿Dónde? ¿Quieres decir que hay realmente una espacionave cerca de aquí? ¿Dónde? —Los ojos de Elmo casi salían de sus órbitas mientras se dirigían al perro.

—Eso no te importa, Terrestre. Si la nave fuese descubierta y examinada por vosotros, posiblemente descubriríais el secreto de los viajes espaciales antes de que estéis preparados para ello. La estructura cósmica sería quebrantada. —Luego gruñó—: Tal como están las cosas ya hay bastantes guerras cósmicas ahora. Nosotros estábamos huyendo de una nave de Betelgeuse cuando salimos del hiperespacio dentro de vuestra atmósfera.

—Elmo —dijo Dorothy—. ¿De qué Belén estáis hablando? ¿No era todo bastante absurdo antes de que empezara a hablar de una nave de Belén?

—No —dijo Elmo con resignación—. Se ve que no lo era—. Porque en aquel momento una ardilla acababa de entrar en la habitación a través de un agujero que había en la tela metálica de la puerta.

La ardilla dijo:

—Salud, señores. Hemos recibido tu mensaje, Uno.

—Ves lo que quiero decir —dijo Elmo.

—Todo va bien, Cuatro —dijo el Doberman—. Esta pareja servirá para nuestro propósito perfectamente. Te presento a Elmo Scott y a Dorothy Scott; no la llames Toots.

—Zi zeñor. Mucho guzto de conozerles.

La boca del Doberman volvió a abrirse como si riera. Esta vez no podía haber error.

—Quizá será mejor que explique el acento de Cuatro —dijo—. Nos hemos separado, cada uno de nosotros entrando en el cuerpo de una criatura de baja mentalidad y, desde ese punto de observación, nos hemos puesto en contacto con la mente de algún miembro de la especie dominante, aprendiendo de esta mente su lenguaje, su nivel de inteligencia y el grado de su imaginación. Entiendo de vuestra reacción, que Cuatro ha aprendido el idioma de alguna mente que lo habla de un modo ligeramente diferente de vosotros.

—Dezde luego —dijo la ardilla.

Elmo se estremeció.

—No es que supiera que lo hagáis, pero tengo curiosidad por saber por qué no habéis entrado en el cuerpo de uno de la raza dominante, directamente.

El perro pareció ofendido. Era la primera vez que Elmo veía a un perro ofendido, pero el Doberman se las arregló para dar esa impresión.

—Eso es algo que no debe ni pensarse —declaró—. La ética universal nos impide el entrar en posesión de cualquier criatura que tenga una inteligencia por encima del nivel cuarto. Los de Andrómeda estamos en el nivel veintitrés y veo que los Terrestres tenéis...

—¡Espera! —dijo Elmo—. No me lo digas. Puede darme un complejo de inferioridad. ¿O quizá no?

—Pienso que zí lo haría —dijo la ardilla.

El Doberman dijo:

—De modo que podéis comprender que no es simplemente coincidencia que nosotros los monstruos de otro mundo nos manifestemos a ti, que eres un escritor de lo que llamáis fantasía científica. Hemos estudiado muchas mentes y la tuya es la primera que hemos encontrado capaz de aceptar el hecho de que somos visitantes de Andrómeda. Si mi compañero Cuatro, por ejemplo, hubiese tratado de explicar la situación a la mujer cuya mente ha estudiado, ella probablemente se hubiese vuelto loca.

—Zin duda —dijo la ardilla.

Una gallina metió la cabeza por el agujero de la puerta, cacareó, volvió a retirarse.

—Por favor, dejad entrar a Tres —dijo el Doberman—. Temo que no os será posible comunicaros directamente con él. Nos hemos encontrado con que la operación necesaria para modificar la estructura de la garganta de este animal, para que pueda hablar vuestro idioma, requiere una técnica bastante complicada. Además eso no importa mucho. Puede comunicarse telepáticamente con uno de nosotros, y nosotros podremos transmitir sus comentarios hasta vosotros. Por el momento os envía sus saludos y os pide que abráis la puerta.

El cacareo de la gallina —Elmo se dio cuenta de que se trataba de un gran ejemplar negro— sonaba irritado y Elmo dijo:

—Será mejor que abras la puerta, Toots.

Dorothy Scott se levantó de las rodillas de Elmo y abrió la puerta. Luego volvió el rostro asustado hacia Elmo y luego se dirigió al Doberman.

—Hay una vaca que atraviesa el jardín y se dirige hacia aquí —dijo—. No me vas a decir que ella...

—Él —corrigió el Doberman—. Sí, ése debe ser Dos. Y dado que vuestro idioma es completamente inadecuado, ya que solamente dispone de dos géneros, quizás será mejor que nos llaméis a todos nosotros por «él». Nos ahorrará confusiones. Desde luego, nosotros tenemos cinco sexos diferentes, como ya os he explicado.

—No nos has aclarado este punto todavía —dijo Elmo, interesado.

Dorothy dirigió una breve mirada a Elmo.

—Será mejor que no lo explique. ¡Cinco sexos diferentes! Y todos viviendo juntos en la misma espacionave. Supongo que son necesarios los cinco para... uh...

—Exactamente —dijo el Doberman—. Y ahora, si me haces el favor de abrir la puerta a Dos, estoy seguro que...

—¡No lo haré! —dijo Dorothy— ¿Hacer entrar a una vaca? ¿Crees que estoy loca?

—Nosotros podemos hacer que lo seas —dijo el perro. Elmo miró del perro a su esposa.

—Más vale que abras la puerta, Dorothy —aconsejó.

—Excelente consejo —dijo el Doberman—. Incidentalmente, quiero deciros que no vamos a abusar de vuestra hospitalidad, ni os pediremos que hagáis nada que no sea razonable.

Dorothy abrió la puerta y la vaca entró agitando la cola.

Miró a Elmo y luego dijo:

—¿Qué hay, amigazo? ¿Qué vientos soplan por aquí?

Elmo cerró los ojos.

El Doberman le preguntó a la vaca:

—¿Dónde está Cinco? ¿Has estado en contacto con él?

—Yeah —dijo la vaca—. Viene. El tipo a quien estudié había cogido un tablón, Uno. ¿Quiénes son esos muñecos?

—El que lleva pantalones es un escritor —dijo el perro—. El que lleva faldas es su esposa.

—¿Qué es una esposa? —dijo la vaca. Lanzó a Dorothy una mirada que la hizo sonrojar—. Me gustan más las faldas —dijo—. Hola, guapa.

Elmo saltó de su silla y se dirigió a la vaca.

—Oye, tú... —Ya no pudo decir más. Su ira se disolvió en risa, casi risa histérica,

y volvió a dejarse caer en la silla.

Dorothy lo miró indignada.

—¡Elmo! Es que vas a permitir que una vaca...

Casi se ahogó con esa palabra cuando vio el rostro de Elmo, y luego ella también empezó a reír. Se dejó caer en las rodillas de Elmo tan fuerte que éste gimió.

El Doberman también estaba riendo.

—Celebro que vosotros tengáis ese sentido del humor —dijo con aprobación—. En realidad, ésa es una razón por la que os hemos escogido a vosotros. Pero vamos a ser serios por un momento.

Ahora no había ni rastro de risa en su voz. Dijo:

—No haremos daño a ninguno de los dos, pero seréis vigilados. No os acerquéis al teléfono ni abandonéis la casa mientras nosotros estemos aquí. ¿Está claro?

—¿Cuánto tiempo vais a estar aquí? —dijo Elmo—. Sólo tenemos comida para unos cuantos días.

—Eso será suficiente. Podremos construir una nueva espacionave en cuestión de horas. Veo que eso te sorprende; debo explicar que trabajaremos en una dimensión más lenta.

—Comprendo —dijo Elmo.

—¿De qué está hablando, Elmo? —dijo Dorothy.

—Una dimensión más lenta —dijo Elmo—. Yo mismo la usé en una de mis novelas. Uno se traslada a otra dimensión donde la velocidad del tiempo es diferente; pasas un mes allí y regresas sólo unos cuantos minutos u horas después, de acuerdo con el tiempo transcurrido en tu propia dimensión.

—¿Y tú inventaste eso? Elmo, qué maravilloso.

Elmo sonrió al Doberman y dijo:

—¿De modo que eso es todo lo que queréis? ¿Que os dejemos estar aquí hasta que hayáis construido una nave? ¿Y que os dejemos tranquilos y no avisemos a nadie que tenemos visitantes de otro mundo?

—Exactamente. —El perro parecía estar muy satisfecho—. Y no os molestaremos sin necesidad. Pero os vigilaremos. Cinco o yo haremos la guardia.

—¿Cinco? ¿Dónde está?

—No os alarméis, en este momento está debajo de vuestra silla, pero no os causará ningún daño. No os fijasteis cuando entró por el agujero de la puerta hace unos instantes. Cinco, te presento a Elmo y Dorothy Scott. No la llames Toots.

Hubo un rápido sonido como de castañuelas debajo de la silla. Dorothy gritó y levantó los pies hasta las rodillas de Elmo. Elmo trató de hacer lo mismo con los suyos, con unos resultados sorprendentes.

Hubo una risa sibilante que emergía de debajo de la silla. Una voz silbante dijo:

—No os preocupéis amigos. Yo no sabía hasta ahora que lo acabo de leer en

vuesstras mentess, que el mover mi cola de esste modo era un aviso de que iba a... Pienssa en la palabra por mí. Graciass. Atacar.

Una serpiente de cascabel de casi dos metros se arrastró de debajo de la silla y se enroscó al lado del Doberman.

—Cinco no os hará daño —dijo el perro—. Ninguno de nosotros lo intentará.

—Zeguro, no oz molestaremos —dijo la ardilla.

La vaca se reclinó en la pared, cruzó sus patas delanteras y dijo:

—Por éstas, amigazos. —El o ella miró evidentemente a Dorothy y dijo—: Guapa, no debes preocuparte por eso que piensas. Estoy domesticado. —Luego empezó a rumiar tranquilamente.

—Tú mismo has hecho bromas peores que ésta —dijo el Doberman—. Y es de admirar que Dos pueda gastar bromas en un idioma que acaba de aprender. Puedo ver una pregunta en tu mente. Por qué seres de inteligencia muy desarrollada deben tener un sentido del humor proporcionado. La respuesta es obvia si piensas en ello; ¿no es cierto que tu propio sentido del humor está más desarrollado que el de las criaturas que tienen menos inteligencia que tú?

—Sí —admitió Elmo—. Pero quisiera preguntar algo más. Andrómeda es una constelación, no una estrella. Sin embargo me dijiste que vuestro planeta es Andrómeda II. ¿Cómo es posible?

—En realidad venimos del planeta de una estrella en Andrómeda para la cual no tenéis nombre; está demasiado lejos para que aparezca en vuestros telescopios. Simplemente la llamé por un nombre que sería familiar para vosotros. Para vuestra comodidad llamé a la estrella según la constelación.

Cualquier sospecha —de qué, no podía decirlo— que Elmo Scott tuviera, se acababa de evaporar.

La vaca se enderezó.

—Bueno, ¿qué esperamos para largarnos?

—Nada, supongo —dijo el doberman—. Cinco y yo nos turnaremos en la guardia.

—Id adelante y empezad a trabajar —dijo la serpiente de cascabel—. Yo haré la primera guardia. Media hora; eso os dará un mes allí.

El Doberman asintió. Se levantó dirigiéndose a la puerta, que abrió con el morro después de levantar el pestillo con la cola. La ardilla, la gallina y la vaca le siguieron.

—Ya nos veremos, guapa —dijo la vaca.

—Hazta luego, zeñores —dijo la ardilla.

Casi dos horas después, el Doberman que estaba entonces de guardia, levantó la cabeza repentinamente.

—Ya se van —dijo.

—¿Cómo? —dijo Elmo Scott.

—Su nueva espacionave acaba de despegar. Ha entrado en el hiperespacio y está acelerando hacia Andrómeda.

—Has dicho su nave. ¿Por qué no has ido con ellos?

—¿Yo? Desde luego que no voy. Yo soy Rex, tu perro. ¿No te acuerdas? Sólo que Uno, el que usaba mi cuerpo, me ha dejado una comprensión de lo sucedido y un bajo nivel de inteligencia.

—¿Un bajo nivel?

—Parecido al tuyo, Elmo. Dice que se desvanecerá, pero no hasta que te lo haya explicado todo. ¿Qué te parece si me das comida? Estoy hambriento. ¿Quieres darme la comida, Toots?

Elmo dijo:

—No llames a mi esposa... Dime, ¿eres realmente Rex?

—Desde luego que soy Rex.

—Dale la comida, Toots —dijo Elmo—. Espera, tengo una idea. Vamos todos a la cocina de modo que podamos seguir hablando.

—¿No me darás doble ración? —preguntó el Doberman.

Dorothy estaba sacando la comida del perro de la nevera.

—Desde luego, Rex.

El perro se colocó en su rincón de la cocina.

—Qué te parece si preparas algo de comer para nosotros, Toots —sugirió Elmo—. Estoy hambriento. Mira, Rex, ¿cómo es que se fueron de este modo, sin despedirse de nosotros?

—Me dejaron a mí para decirnos adiós de su parte. Y te hicieron un favor, Elmo, para compensarte por tu hospitalidad. Uno te examinó el cerebro y encontró la barrera psicológica que te ha impedido el idear nuevos argumentos para tus novelas. La destruyó. De modo que ahora podrás escribir de nuevo. Ni mejor ni peor que antes, quizá, pero al menos no te sentirás impotente, delante de una hoja de papel en blanco.

—Qué importa eso ahora —dijo Elmo—. ¿Qué hay de la nave que no pudieron reparar? ¿La dejaron aquí?

—Desde luego. Pero sacaron sus cuerpos y los repararon. Eran verdaderos monstruos, desde luego. Dos cabezas cada uno y cinco miembros y podían usarlos como piernas o como brazos; con seis ojos cada uno, tres en cada cabeza, colocados al extremo de largos tentáculos. Quisiera que los hubieras visto.

Dorothy estaba colocando la comida en la mesa.

—¿No te importará una comida fría, Elmo? —preguntó.

Elmo la miró sin verla y dijo:

—¿Eh? —y luego se volvió hacia el perro. El Doberman estaba en su rincón inclinado sobre una gran fuente de comida, que Dorothy acababa de poner en el suelo

a su lado. Dijo:

—Gracias Toots —y empezó a tragar con gran ruido de mandíbulas. Elmo se preparó un sándwich y empezó a comer. El Doberman terminó su comida, bebió algo de agua y se tendió a los pies de Elmo.

Elmo lo miró.

—Rex, si puedo encontrar la espacionave que abandonaron no tendré que volver a escribir historias —dijo—. Puedo hallar bastantes cosas dentro para... Oye, voy a hacerte una proposición.

—Ya sé —dijo el Doberman—. Si te digo dónde está, buscarás «una» Doberman para que tenga compañía y te dedicarás a la cría de perritos Doberman. Bien, quizá no lo sabes, pero de todos modos vas a hacer precisamente esto. El monstruo llamado Uno puso esa idea en tu cabeza; me dijo que yo también tenía que sacar algo de provecho de todo este asunto.

—Conforme, pero ¿me dirás dónde está el aparato?

—Te lo diré, ahora que te has terminado ese sándwich. Era algo que parecía una mota de polvo, si la hubieses visto, encima del pedazo de jamón cocido que te has comido. Era casi submicroscópico. Te lo acabas de tragar.

Elmo Scott se llevó las manos a la cabeza. La boca del Doberman estaba abierta; cualquiera habría dicho que se estaba riendo de él.

Elmo lo amenazó con un dedo.

—¿Quieres decir que tendré que seguir escribiendo novelas toda mi vida?

—¿Y por qué no? —preguntó el Doberman—. Ellos decidieron que realmente serías más feliz de ese modo, y con la barrera psicológica destruida no te será difícil. Ya no tendrás que empezar por: —Ya es tiempo que todos los hombres buenos...— Incidentalmente, no fue ninguna casualidad que sustituyeras monstruos por hombres; fue la idea de Uno. Ya se encontraba aquí, en mi interior, observándote. Y divirtiéndose mucho, además.

Elmo se levantó y empezó a pasearse por la cocina.

—Parece que han sido más listos que yo en todo, excepto en una cosa, Rex —murmuró—. Esto no me lo podrán quitar, si tú cooperas.

—¿Cómo?

—Podemos ganarnos una fortuna. ¡Rex, el único perro del mundo que habla! Puedo darte collares con diamantes incrustados y podrás comer bistecs de ternera y todo lo que quieras. ¿Lo harás?

—¿Si haré el qué?

—Hablar.

—Woof —dijo el Doberman.

Dorothy Scott miró a Elmo Scott.

—¿Por qué has hecho eso, Elmo? Siempre me has dicho que no le pidiese que

hiciera nada.

—No sé —dijo Elmo—. Se me ha olvidado. Bien, creo que lo mejor será que vuelva a escribir mi novela. —Pasó por encima del perro y se dirigió a la máquina de escribir en la otra habitación.

Se sentó delante de ella y luego llamó.

—Eh, Toots.

Dorothy entró y se puso a su lado.

Elmo dijo:

—Creo que tengo una idea. Esa frase de «Ya es tiempo que todos los monstruos buenos vengan en ayuda de Elmo Scott» contiene una idea estupenda. Casi puedo sacar el título de ahí. *Los monstruos risueños*. Se trata de un individuo que quería escribir una novela de fantasía científica y de repente su... uh... perro. Puedo hacer que sea un Doberman como Rex y... Bien, espera hasta que la leas.

Puso una hoja limpia de papel en la máquina y escribió el título:

LOS MONSTRUOS SONRIENTES

PESADILLA DESPIERTO

(Daymare)

Todo empezó como un sencillo caso de asesinato. Esto ya era bastante malo, porque era el primer asesinato cometido durante los cinco años que Rod Caquer llevaba de Teniente de las Fuerzas de Policía, en el Sector Tres de Callisto.

Toda la población del Sector Tres se sentía orgullosa de aquella marca, o por lo menos se había sentido, hasta que aquel récord había dejado de significar algo.

Pero antes de que aquel caso se terminara, nadie se habría sentido más contento que Rod Caquer si el asunto hubiese sido un simple caso de asesinato sin complicaciones cósmicas.

Los sucesos empezaron a ocurrir cuando el zumbido del aparato hizo que Rod Caquer dirigiera la mirada hacia la pantalla de su telecomunicador.

La imagen de Barr Maxon, Director del Sector Tres, le contemplaba severamente.

—Buenos días, Director —dijo Caquer, amablemente—. Me gustó mucho el discurso que pronunció la noche pasada sobre los...

Maxon le interrumpió.

—Gracias, Caquer —dijo—. ¿Conoce a Willem Deem?

—¿El propietario de la tienda de libros y films? Sí, algo.

—Está muerto —anunció Maxon—. Parece asesinato. Más vale que vaya en seguida.

Su imagen desapareció de la pantalla, antes que Caquer pudiera hacer ninguna pregunta. Pero las preguntas podían esperar. Caquer ya se dirigía a la puerta, mientras se abrochaba el cinto de su espadín.

¿Un asesinato en Callisto? No acababa de creerlo, pero si era cierto lo mejor que podía hacer sería llegar allí cuanto antes. Con toda rapidez, si es que quería poder echar un vistazo al cuerpo antes de que no lo incineraran.

En Callisto, los cadáveres no pueden preservarse más de una hora después de su muerte, debido a las esporas de hylra que, en pequeñas cantidades, flotan siempre en el ambiente. Desde luego, son inofensivas para los tejidos vivos, pero aceleran enormemente la putrefacción en los tejidos animales muertos, de cualquier clase.

El Dr. Skidder, médico forense, atravesaba la puerta de la tienda de libros y películas cuando el Teniente Caquer llegaba, casi sin aliento.

El médico señaló con el pulgar hacia atrás.

—Más vale que se apresure si quiere echar una mirada. Se lo llevan por la puerta trasera. Pero he examinado...

Caquer pasó por su lado corriendo y alcanzó a los sanitarios en la parte de atrás.

—Hola, muchachos, déjenme echar un vistazo —dijo Caquer mientras levantaba

la tela que cubría la cosa depositada en la camilla.

Después de verlo se sintió un poco marcado, pero no había ninguna duda de la identidad del cadáver o de la causa de la muerte. Había tenido la esperanza que aquello podría resultar en una muerte por accidente, después de todo. Pero el cráneo estaba partido hasta las cejas, un golpe dado por un hombre fuerte con una pesada espada.

—Deje que nos marchemos, Teniente. Hace casi una hora que lo han encontrado.

La nariz de Caquer confirmó esta observación y volvió a colocar la sábana en su lugar rápidamente y dejó que los sanitarios se dirigieran a su brillante ambulancia blanca, estacionada delante de la puerta.

Volvió a entrar en la tienda, pensativo, y lanzó una mirada a su alrededor. Todo parecía estar en orden. Las largas estanterías de mercancías envueltas en celofán estaban limpias y arregladas. La fila de cabinas en un extremo del local, algunas equipadas con visores para los clientes que deseaban examinar libros, mientras otras disponían de aparatos de proyección para aquellos que estaban interesados en microfilms, estaban vacías y ordenadas.

Un pequeño grupo de curiosos se había reunido en el exterior y Brager, uno de los policías, estaba ocupado en impedir que entrasen en el local.

—Oiga, Brager —dijo Caquer. El patrullero entró en la tienda y cerró la puerta detrás de él.

—Diga, Teniente.

—¿Sabe algo de esto? ¿Quién lo encontró, cuándo, etc.?

—Yo lo encontré, hace casi una hora. Estaba haciendo mi ronda, cuando oí el disparo.

Caquer lo miró, sin expresión.

—¿El disparo? —repitió.

—Sí. Entré corriendo y lo encontré muerto sin que se viera a nadie por aquí. Estaba seguro de que nadie había salido por la puerta principal, de modo que fui a la trasera y tampoco se veía a nadie. De manera que regresé y llamé por teléfono.

—¿A quién? ¿Por qué no me llamó a mí directamente?

—Lo siento, Teniente, pero estaba excitado y sin duda marqué el número mal y salió la comunicación con el Director. Le dije que alguien había disparado contra Deem y me ordenó que me quedase de guardia y que él llamaría al forense, a la ambulancia y a usted.

«¿Lo habría hecho en aquel orden?», se preguntó Caquer. Sin duda, ya que él había sido el último en llegar allí.

Pero puso aquel detalle a un lado para concentrarse en la cuestión más importante, que Brager había oído un disparo. Eso era absurdo, a menos que... pero no, aquello era también absurdo. Si Willem Deem había sido muerto de un tiro, el

médico no le habría abierto el cráneo como parte de su autopsia.

—¿Qué es lo que quiere decir por un disparo, Brager? —preguntó Caquer—. ¿Un arma explosiva de las de tipo antiguo?

—Sí —dijo Brager—. ¿No ha visto el cadáver? Tiene un agujero en el pecho, justo en el corazón. Creo que es un agujero de bala. Nunca he visto uno antes. No sabía que existiera una pistola en Callisto. Fueron prohibidas antes que las armas radiónicas.

Caquer asintió lentamente.

—¿No has visto ninguna otra señal de... ejem... alguna otra herida? —insistió.

—Caramba, no. ¿Por qué tendría que haber alguna otra herida? Un agujero en el corazón es suficiente para matar a un hombre, ¿no?

—¿Adónde se fue el Dr. Skidder cuando salió de aquí? —preguntó Caquer—. ¿Dijo algo antes de irse?

—Sí, me dijo que como usted le pediría su informe se marchaba a su oficina y que esperaría hasta que usted fuese allí o le llamase. ¿Qué quiere que haga yo ahora, Teniente?

Caquer pensó por un momento.

—Vaya a la casa de al lado y use su visífono, Brager, yo tengo que comunicar por éste. —Caquer ordenó por fin al policía—. Llame a tres hombres más y los cuatro se dedican a visitar a todas las casas de la manzana y a preguntar a todo el mundo.

—¿Quiere decir si vieron a alguien escapar por la puerta trasera, o si oyeron el disparo y todo eso? —preguntó Brager.

—Sí. También todo lo que sepan de Deem, o de quien pudiera haber tenido un motivo para matarlo.

Brager saludó y se marchó.

Caquer llamó al Dr. Skidder por el visífono.

—Hola, Doctor —dijo—. Suéltelo todo.

—Nada más que lo que había a la vista, Red. Un arma radiónica, desde luego. A corta distancia.

El Teniente Red Caquer trató de dominar sus pensamientos.

—Repita eso, por favor, Doctor.

—¿Qué sucede? —preguntó Skidder—. ¿Nunca ha visto una muerte por arma radiónica antes? Es posible que no la haya visto, Red. Pero hace cincuenta años, cuando yo era estudiante, las teníamos de vez en cuando.

—¿Cómo lo mató?

El Dr. Skidder pareció sorprendido.

—Ah, entonces no alcanzó a los sanitarios. Creía que habría visto el cuerpo. En el hombro izquierdo tenía quemada toda la piel y la carne, y el hueso chamuscado. La muerte fue debida a shock; el rayo no alcanzó ninguna área vital. La quemadura

hubiese sido mortal de todos modos, pero el shock hizo la muerte instantánea.

«Los sueños deben ser algo parecido a esto», pensó Caquer. En los sueños pasan cosas que no tienen ningún significado —se dijo a sí mismo— pero ahora no estoy soñando, esto es real.

—¿Ninguna otra herida o señales en el cuerpo? —preguntó lentamente.

—Ninguna. Le sugiero, Red, que se concentre en la busca del arma. Registre todo el Sector Tres, si es necesario. Ya sabe cómo son las armas radiónicas, ¿no?

—He visto fotografías —dijo Caquer—. Dígame, Doctor ¿Hacen ruido? Nunca he visto el disparo de una.

El Dr. Skidder movió la cabeza.

—Hay un destello y un sonido silbante, pero no producen estruendo.

El doctor se lo quedó mirando.

—¿Quiere decir un disparo de arma explosiva?

—Desde luego que no. Sólo un débil s-s-s. No se podría oír a más de cinco metros.

Cuando el Teniente Caquer hubo cerrado el visífono, se sentó y cerró los ojos, tratando de reunir sus ideas dispersas. De alguna manera tendría que encontrar la verdad entre tres observaciones contradictorias. La suya, la del policía y la del Doctor.

Brager había sido el primero en ver el cuerpo y había dicho que tenía un agujero en el corazón. Y que no había más heridas. Que había escuchado el ruido del disparo.

Caquer pensó, supongamos que Brager miente. Seguía sin haber lógica. Porque de acuerdo con lo dicho por el Dr. Skidder no había agujero de bala, sino una quemadura por rayo. Skidder había visto el cuerpo después de Brager.

Alguien podía, por lo menos en teoría, haber usado un arma radiónica en el intervalo, sobre un cuerpo ya muerto. Pero...

Pero aquello no explicaba la herida de la cabeza, ni el hecho que el médico no había visto el agujero de bala.

Alguien podía, por lo menos en teoría, haber golpeado el cráneo con una espada, entre el momento que Skidder había hecho la autopsia y el instante en que él, Caquer, había visto el cadáver. Pero...

Pero aquello no explicaba porque él no había visto el hombro quemado cuando había levantado la sábana que cubría el cuerpo de la camilla. Podía haber dejado de observar el agujero de la bala, pero no era posible que no se hubiera fijado en un hombro en el estado que lo había descrito el Dr. Skidder.

Siguió trabajando en aquel rompecabezas, hasta que al fin decidió que sólo había una explicación posible. El médico forense mentía, por la razón que fuese. Ello significaba, desde luego, que él, Rod Caquer, no se había fijado en el agujero de la bala; pero aquello seguía siendo posible.

Mientras que la historia de Skidder no podía ser cierta. El mismo Skidder, durante la autopsia, podía haber hecho la herida de la cabeza. Y después, podía haber mentido sobre la quemadura del hombro. Caquer no podía imaginarse por qué —a menos que el hombre estuviese loco— habría cometido ninguna de las dos cosas. Pero ésa era la única forma en que podía hacer encajar todas las piezas del problema.

Pero ahora el cuerpo ya había sido incinerado. Sería su palabra contra la del Dr. Skidder...

«Pero, ¡espera!...» los sanitarios, dos de ellos, tenían que haber visto el cuerpo cuando lo colocaban en la camilla.

Rápidamente, Caquer se puso en pie delante del visífono y obtuvo comunicación con el Hospital.

—Los dos sanitarios que retiraron un cadáver en la Tienda 9364, hace menos de una hora, ¿han llegado ya al Hospital? —preguntó.

—Un momento, teniente... Sí, uno de ellos ha acabado su guardia y se ha marchado a casa. Pero el otro está aquí.

—Que se ponga al aparato.

Red Caquer reconoció al hombre que se situó delante de la pantalla. Era uno de los enfermeros que le habían pedido que se apresurase.

—Sí, teniente —dijo el hombre.

—¿Usted ayudó a poner el cuerpo en la camilla?

—Desde luego.

—¿Qué diría usted que fue la causa de la muerte?

El hombre vestido de blanco se quedó mirando a la pantalla incrédulamente.

—¿Está bromeando, Teniente? —sonrió—. Hasta un tonto podía ver lo que le había sucedido a aquel tipo.

Caquer arrugó el ceño.

—Sin embargo, hay declaraciones contradictorias. Quisiera su opinión.

—¿Mi opinión? Cuando a un hombre le han cortado la cabeza, no pueden haber diferencias de opinión, Teniente.

Caquer se obligó a hablar tranquilamente.

—El otro hombre que fue con usted, ¿podrá confirmar eso?

—Desde luego. ¡Por Júpiter! Tuvimos que colocarlo en la camilla en dos trozos. Primero, nosotros dos colocamos el cuerpo y luego Walter cogió la cabeza y la colocó al lado del busto. El asesinato se cometió con una onda desintegradora, ¿no fue así?

—¿Usted comentó el caso con su compañero? —dijo Caquer— ¿No hubo diferencia de opiniones respecto a... uh... los detalles?

—En realidad, sí que la hubo. Por eso le pregunté si el arma usada era un desintegrador. Después que llevamos el cuerpo al incinerador, mi compañero trató de convencerme que el corte tenía la apariencia de que alguien le hubiese dado varios

golpes con un hacha o algo parecido. Pero era un corte limpio y recto.

—¿Vio alguna señal de herida en la parte superior del cráneo?

—No. Oiga, Teniente, no tiene muy buen aspecto. ¿Le pasa algo?

Esa era la situación con la que se enfrentó Rod Caquer y no se le puede culpar por desear que todo hubiese quedado en un simple caso de asesinato.

Unas cuantas horas antes le había parecido bastante mal que se hubiesen interrumpido la serie de años en que no se había registrado ningún asesinato en Callisto. Pero, desde entonces, las cosas se habían complicado. El aún no lo sabía, pero aún se iban a complicar más y aquello era sólo el principio.

Ya eran las ocho de la tarde y Caquer seguía en su despacho con un ejemplar del formulario 812 delante de él, encima de la brillante superficie de duraplástico de su escritorio. En el formulario había unas cuantas preguntas impresas, aparentemente preguntas muy sencillas.

Nombre del difunto: Willem Deem.

Ocupación: Propietario de una tienda de libros y films.

Residencia: Departamento 825. Sector Tres. Callisto.

Residencia comercial: Tienda 9364. St. Tres. Callisto.

Hora de la muerte: Aprox. 3 tarde. Hora Oficial Callisto.

Causa de la muerte:...

Sí, las cinco primeras preguntas habían sido contestadas en un abrir y cerrar de ojos. Pero, ¿y la sexta? Había estado contemplando el impreso durante más de una hora. Una hora de Callisto, no tan larga como las de la Tierra, pero inacabable cuando se está considerando una pregunta como aquélla.

Fuese como fuese, tendría que escribir algo.

En vez de hacerlo, apretó el botón del visífono y un momento más tarde Jane Gordon le estaba contemplando desde la pantalla. Y Rod Caquer le devolvió la mirada, porque era algo que valía la pena.

—Hola, Jane —dijo—. Me temo que no podré venir esta noche. ¿Me perdonas?

—Desde luego, Rod. ¿Qué sucede? ¿El asunto de Deem?

El asintió sombríamente.

—Papeleo. Montañas de informes impresos que tengo que preparar para el Coordinador del Distrito.

—Oh, ¿cómo fue asesinado, Rod?

—El artículo sesenta y cinco —dijo él con una sonrisa— prohíbe dar detalles de ningún crimen sin resolver, a ninguna persona civil.

—Lástima del artículo sesenta y cinco. Papá conocía a Willem Deem y ha estado en casa a menudo. Mr. Deem era prácticamente un amigo nuestro.

—¿Prácticamente? —preguntó Caquer—. ¿Entonces debo entender que no te gustaba, Jane?

—Bien, creo que no. Era una persona de conversación interesante, pero un tipo sarcástico, Rod. Pienso que tenía un sentido pervertido del humor. ¿Cómo lo mataron?

—Si te lo digo, ¿me prometes que no harás más preguntas? —preguntó Caquer. Los ojos de ella brillaron esperanzados.

—Desde luego.

—Le dispararon con una pistola del tipo explosivo y con otra radiónica. Alguien le abrió el cráneo con una espada, le cortó la cabeza con un hacha y también con una onda desintegradora. Después de que lo colocaran en la camilla, alguien le volvió a pegar la cabeza, porque no estaba separada cuando yo la vi. Y cerró el agujero de la bala, y...

—Rod, deja de decir tonterías —le interrumpió la muchacha—. Si no me lo quieres decir, conforme.

Rod sonrió.

—No te enfades. ¿Cómo sigue tu padre?

—Mucho mejor. Está durmiendo ahora, pero muy mejorado. Creo que podrá volver a la Universidad la semana que viene. Rod, pareces cansado. ¿Cuándo tienes que entregar esos informes?

—Veinticuatro horas después del crimen. Pero...

—Pero nada. Vente aquí en seguida. Puedes escribir tu informe por la mañana.

Ella le sonrió y Rod sucumbió.

—Muy bien, Jane —dijo—. Pero voy a pasar por el Cuartel de Patrullas. He puesto algunos hombres investigando en el barrio donde se cometió el crimen y quiero sus informes.

Pero el informe que encontró le estaba esperando, no arrojaba ninguna luz sobre el asunto. La investigación había sido completa, pero no había conseguido descubrir ninguna información de importancia. No se había visto a nadie entrar o salir de la tienda de Deem, antes de la llegada de Brager, y ninguno de los vecinos de Deem sabían que éste tuviera ningún enemigo. Nadie había escuchado el disparo.

Rod Caquer gimió y se metió el informe en el bolsillo. Mientras caminaba hacia la casa de los Gordon, se preguntó cómo iba a dirigir la investigación. ¿Qué es lo que hacía un detective en un caso como aquél?

Cierto; cuando él era un chico que iba a la escuela, allá en la Tierra, había leído novelas de detectives. Los policías generalmente conseguían atrapar a alguien, descubriendo discrepancias en sus declaraciones. Casi siempre lo hacían de un modo dramático.

Estaba Wilder Williams, el más grande de todos los detectives de novela, que podía mirar a un hombre y deducir toda su historia por el corte de su traje y la forma de sus manos. Pero Wilder Williams nunca se había encontrado con una víctima a la

que hubieran matado de tantas formas diferentes como testigos.

Pasó una tarde agradable —pero inútil— con Jane Gordon, a quien pidió en matrimonio de nuevo y de nuevo fue rechazado. Pero ya estaba acostumbrado a eso. Ella estuvo un poco más fría que de costumbre esa noche, probablemente porque estaba resentida, ya que él no había querido contarle lo de Willem Deem.

Luego se fue a casa a dormir.

Desde la ventana de su departamento, después que hubo apagado la luz, podía ver la monstruosa bola de Júpiter colgada baja en el cielo, el verdeoscuro cielo de medianoche. Se tendió en la cama y la miró hasta que pudo verla después de cerrar los ojos.

Willem Deem, muerto. ¿Qué iba a hacer con Willem Deem? Sus pensamientos giraban en círculos, hasta que al fin una idea clara surgió del caos.

Mañana por la mañana hablaría con el doctor Skidder. Sin mencionar la herida de espada en la cabeza, le preguntaría si había notado el agujero de bala que Brager decía haber visto sobre el corazón. Si Skidder aún decía que la quemadura radiónica era la única herida, llamaría a Brager y le dejaría que discutiese con el médico.

Y luego... Bien, ya pensaría en ello cuando llegase el momento. De otro modo nunca conseguiría dormir.

Pensó en Jane, y se durmió.

Después de un rato, soñó. ¿Era aquello un sueño? Si lo era, entonces soñó que se encontraba en la cama, casi, pero completamente despierto y que había murmullos que le hablaban de todos los rincones de su habitación. Susurros que salían de la oscuridad.

¡Susurros!

—Mátalos.

—Los odias, los odias, los odias.

—Mata, mata, mata.

—El Sector Dos tiene todos los beneficios y el Sector Tres hace todo el trabajo. Explotan nuestras plantaciones de corla. Son malos.

—Mátalos, apodérate de ellos.

—Los odias, los odias, los odias.

—Los del Sector Dos son incapaces y usureros. Llevan la mancha de sangre marciana en las venas. Derramar, derramar sangre de Marte. El Sector Tres debe gobernar a Callisto. Tres es el número afortunado. Estamos destinados para gobernar a Callisto.

—Los odias, los odias, los odias.

—Mata, mata, mata.

—Sangre marciana de villanos usureros. Los odias, los odias, los odias.

Susurros.

—Ahora, ahora, ahora.

—Mátalos, mátalos.

—Ciento noventa millas a través de la llanura. Iremos allí en una hora con los monocoques. Ataque por sorpresa. Ahora, ahora, ahora.

Y Rod Caquer estaba levantándose de la cama, vistiéndose apresurada y ciegamente sin encender la luz, porque eso era un sueño y los sueños suceden en la oscuridad.

Su espada estaba en la vaina de su cinto y la sacó y probó el filo, y la hoja estaba afilada y dispuesta a verter la sangre de los enemigos a quienes iba a matar.

Ahora su espada iba a lucir en arcos de roja muerte, aquella espada que nunca había probado la sangre, aquella anacrónica espada que era la enseña de su profesión, de su autoridad. Él nunca había sacado la espada para luchar, aquel corto símbolo de una espada, sólo de cincuenta centímetros de largo; suficiente, sin embargo, para alcanzar el corazón; diez centímetros para llegar al corazón.

Los susurros continuaron.

—Los odias, los odias, los odias.

—Derrama la mala sangre; mata, mata, mata.

—Ahora, ahora, ahora, ahora.

Con la espada desenvainada en su puño crispado, había atravesado silenciosamente la puerta, bajado por la escalera, por delante de los otros departamentos.

Algunas de las otras puertas también se abrían. No estaba solo, allí en la oscuridad. Otras figuras se movían a su lado, en la negrura.

Se deslizó por la puerta hacia la oscuridad fría de la calle. La oscuridad que debía haber estado brillantemente iluminada. Esta era otra prueba de que estaba soñando. Las luces de la calle nunca se apagaban, después de anochecer. De las primeras horas de la tarde hasta el amanecer, nunca estaban apagadas.

Pero Júpiter, aún por encima del horizonte, proporcionaba suficiente luz para poder ver por dónde caminaba. Era como un dragón redondo en los cielos y la mancha roja con un maligno ojo.

Los susurros suspiraban en la noche, murmullos que llegaban de todas partes alrededor de él.

—Mata, mata, mata.

—Los odias, los odias, los odias.

Los susurros no venían de las figuras en sombras que le rodeaban. Todos marchaban hacia delante, silenciosamente, como él.

Los susurros procedían de la misma noche, palabras que ahora empezaban a cambiar de tono.

—Espera, esta noche no, esta noche no —decían—. Vuelve, vuelve, vuelve.

—Regresa a tu casa, a tu cama, regresa a tu sueño.

Y todas las figuras alrededor de él estaban de pie, inmóviles, llenas de vacilación igual que él. Y entonces, casi simultáneamente, habían empezado a obedecer a los susurros. Habían dado media vuelta y regresado igual que habían venido, y tan silenciosamente...

Rod Caquer se despertó con un ligero dolor de cabeza y una sensación de inquietud. El sol, pequeño pero brillante, ya estaba muy alto en el cielo.

Su reloj le dijo que era un poco más tarde que de costumbre, pero se quedó en la cama unos cuantos minutos aún, tratando de recordar el loco sueño que había tenido. Los sueños son así, hay que tratar de recordarlos nada más despertar, antes de estar completamente despierto, o uno se olvida de ellos completamente.

Había sido un sueño absurdo. Un sueño loco y sin sentido. ¿Quizás un efecto de atavismo? Una regresión a los días en que aún las gentes luchaban sin descanso, en los días de las guerras y odios y de la lucha por la supremacía.

Esto había sucedido antes de que el Consejo Solar, reuniéndose primero en uno de los planetas habitados y luego en otro, había conseguido poner orden por medio del arbitraje y luego se había llegado a la unión. Y ahora la guerra era una cosa del pasado. La parte habitable del Sistema Solar —Tierra, Venus, Marte y dos de las lunas de Júpiter— estaban todos bajo un solo Gobierno.

Pero en aquellos días sangrientos del pasado, las gentes habían sentido lo mismo que él había experimentado en aquel sueño atávico. Había sido en los días en que la Tierra —unida por el descubrimiento de los viajes interplanetarios— había conquistado a Marte, el único otro planeta ya ocupado por una raza inteligente, y desde allí había lanzado sus colonias de emigrantes a dondequiera que el Hombre podía poner el pie.

Algunas de esas colonias habían deseado la independencia y luego el predominio. Los siglos sangrientos, se llamaba ahora a aquella época.

Cuando se levantó de la cama para vestirse, vio algo que le confundió, sorprendiéndole. Sus ropas no estaban cuidadosamente colocadas en el respaldo de la silla al lado de la cama, como él las había dejado. En cambio estaban tiradas por el suelo, como si se hubiese desnudado rápida y descuidadamente en la oscuridad.

—¡Por Júpiter! —pensó—. ¿Habré andado dormido esta noche? —¿Se habría realmente levantado de la cama y habría salido a la calle cuando soñó que lo había hecho? ¿Cuando aquellos susurros le habían dicho que lo hiciera?

«No puede ser —se dijo—. Yo no he andado dormido en mi vida y no lo he hecho ahora. Simplemente debo haber sido descuidado, cuando me desnudé la noche pasada. Estaba preocupado con el caso Deem. En realidad, no me acuerdo de haber puesto las ropas en aquella silla.»

De modo que se puso el uniforme rápidamente y se dirigió a su oficina. A la luz

de la mañana le fue fácil completar aquellos informes. En el espacio marcado «Causa de la muerte» escribió: «El forense informa que fue debido a shock por una herida de arma radiónica».

Con esto salió del atolladero; él no había dicho que aquello fuese la causa de la muerte; simplemente que el médico decía que lo era.

Llamó a un mensajero y le entregó los informes con instrucciones de llevarlos al avión correo que saldría dentro de poco. Luego llamó a Barr Maxon.

—He terminado mi informe en el caso Deem —dijo—. Lo siento, pero aún no hemos encontrado la solución. Se ha preguntado a todos los vecinos. Hoy voy a interrogar a todos sus amigos.

El director Maxon movió la cabeza.

—Apresúrese, teniente —dijo—. Este caso debe ser resuelto. Un asesinato, en nuestros días, es algo suficientemente malo. Pero no se puede pensar en un crimen sin castigo. Animaría a cometer otros crímenes.

El teniente Caquer asintió sombríamente. Ya había pensado en ello. Había que pensar en las consecuencias sociales de un crimen, y aquello era también su trabajo. Un Teniente de Policía que dejase a nadie cometer un asesinato sin ser detenido, en su distrito, no tenía más remedio que dimitir.

Después que la imagen del Director había desaparecido del visífono, Caquer cogió la lista de los amigos de Deem, de un cajón de su escritorio, y empezó a estudiarla, principalmente pensando en decidir a quiénes iba a visitar primero.

Escribió un número «1» al lado del nombre de Perry Peters, por dos razones. La casa de Peters estaba sólo a unas cuantas puertas más arriba, y luego él conocía a Perry mejor que a ningún otro de la lista, con la posible excepción del profesor Jan Gordon. E iba a hacer aquella visita la última, porque más tarde sería fácil de encontrar a su hija Jane en casa.

Perry Peters estuvo contento de ver a Caquer y adivinó inmediatamente el motivo de su visita.

—Hola, Shylock.

—¿Eh? —dijo Rod.

—Shylock, el gran detective. Se encuentra con un misterio por primera vez en su carrera de policía. ¿O ya lo has resuelto, Rod?

—Quieres decir Sherlock, estúpido: Sherlock Holmes. No, aún no lo he resuelto, si es que quieres saberlo. Mira, Perry, dime todo lo que sepas de Deem. ¿Lo conocías bastante bien, no es así?

Perry Peters se frotó la barba pensativo y se sentó en su banco de trabajo. Era tan alto y delgado que podía sentarse allí en vez de tener que saltar para ello.

—Willem era un poco extraño —dijo—. Desagradaba a mucha gente porque era sarcástico y tenía ideas absurdas en política. Yo, la verdad es que no estoy seguro que

no tuviese razón la mitad de las veces, pero de todos modos me gustaba porque jugaba muy bien al ajedrez.

—¿Esa era su única diversión?

—No. Le gustaba construir cosas, aparatos principalmente. Algunos de ellos eran muy buenos, aunque él los hacía como pasatiempo y nunca trató de patentarlos o de venderlos.

—¿Quieres decir que inventaba aparatos, Perry? ¿Igual que haces tú?

—Bien, no eran tanto invenciones sino aparatos que aplicaban ideas ya conocidas. Pequeños instrumentos, la mayor parte, y Deem era mucho mejor en su trabajo de artesano que en ideas originales. Y, como ya te he dicho, era sólo un pasatiempo.

—¿Nunca te ayudó en alguna de tus propias invenciones? —preguntó Caquer.

—Desde luego, en ocasiones. Sin embargo, no tanto en la idea, como ayudándome a fabricar piezas difíciles. —Perry Peters describió un círculo con la mano que incluía todo el taller alrededor de él—. Mis herramientas están muy bien para trabajo basto, en comparación. Nada por debajo de milésimas de exactitud. Pero Willem tiene, tenía, un pequeño torno que es una maravilla. Corta cualquier cosa y preciso a un cincuentavo de milésima.

—¿Qué enemigos tenía, Perry?

—Ninguno que yo sepa. De verdad, Caquer. A mucha gente no le gustaba, pero se trataba de una clase inofensiva de desagrado. Ya sabes lo que quiero decir, la clase de desagrado que puede hacer que vayan a otra tienda a comprar, pero no la clase que pueda hacerles desear matarlo.

—¿Y quién, si es que lo sabes, puede beneficiarse de su muerte?

—Hum... nadie, para así decirlo —dijo Peters, pensativo—. Su heredero es un sobrino que vive en Venus. Lo vi una vez y era un muchacho simpático. Pero la herencia no será nada que valga la pena. No valdrá más allá de unos cuantos miles de créditos.

—Aquí hay una lista de sus amigos, Perry —dijo Caquer mientras le entregaba un papel— ¿Quieres mirarla y decirme si puedes añadir algún nombre? ¿O si puedes hacer alguna sugerencia?

El inventor estudió la lista, y luego la devolvió.

—Me parece que los incluye a todos —le dijo a Caquer—. Hay un par de ellos que yo no sabía que lo conocieran lo bastante para merecer el estar en la lista. Y también tienes ahí sus mejores clientes, los que le hacían compras importantes.

El Teniente Caquer volvió a meterse la lista en el bolsillo.

—¿En qué trabajas ahora? —preguntó a Peters.

—En algo que no puedo terminar, me temo —dijo el inventor—. Necesitaba la ayuda de Deem, o por lo menos el uso de su torno, para seguir adelante. —Cogió del banco de trabajo el par de anteojos más raro que Caquer había visto nunca. Los

cristales tenían la forma de arcos de círculo, en vez de formar unos círculos completos y estaban sujetos en una banda de plástico flexible, sin duda diseñada para ajustarse apretadamente a la cara, alrededor de los cristales. En la parte central superior, donde quedaría contra la frente del que usase aquellas gafas, había una pequeña caja cilíndrica de unos cuatro centímetros de diámetro.

—¿Y para qué sirve eso? —preguntó Caquer.

—Para usarlos en las minas de radita. Las emanaciones de ese mineral, mientras sigue en estado bruto, destruyen inmediatamente cualquier substancia transparente que se haya descubierto o fabricado hasta la fecha. Inclusive el cuarzo. Y también daña a los ojos descubiertos. Los mineros tienen que trabajar con los ojos vendados, como si dijéramos, guiándose solamente por el tacto.

—¿Y de qué manera impide la forma de esos lentes que las emanaciones les perjudiquen, Perry? —preguntó.

—Esa pieza en la parte superior es un pequeño motor. Hace funcionar un par de limpiacristales especialmente preparados. Son como un par de limpiaparabrisas antiguos. Y es por eso que los cristales tienen la misma forma del arco de los limpiacristales.

—¿Quieres decir que los limpiacristales son absorbentes y que contienen alguna clase de líquido que protege los cristales?

—Sí, excepto que están hechos de cuarzo en vez de vidrio. Y solamente están protegidos una pequeña fracción de segundo. Los brazos del limpiacristales van a toda velocidad, tan rápidos que no se les puede ver cuando se usan las gafas. Los brazos tienen la mitad del tamaño de los cristales y el que los usa sólo puede ver una parte de los cristales a la vez. Pero puede ver, aunque poco, y esto representa una mejora del mil por uno en la extracción de radita.

—Magnífico, Perry —dijo Caquer—. Y la visión puede mejorarse usando una iluminación superbrillante. ¿Ya los has probado?

—Sí, y funcionan. El problema está en los brazos; la fricción los calienta y entonces se expanden, agarrotándose después de un minuto de funcionamiento, poco más o menos. Tengo que ajustarlos en el torno de Deem, u otro parecido. ¿Crees que podrías conseguir que yo lo pudiera usar? ¿Digamos por un día o dos?

—No veo ninguna dificultad —le dijo Caquer—. Hablaré a quienquiera que sea nombrado depositario por el Director, y ya te lo arreglaré. Más tarde es posible que puedas comprar el torno a los herederos. ¿O crees que al sobrino le interesarán estas cosas?

Perry Peters movió la cabeza.

—No creo, no distinguiría un torno de una máquina de taladrar. Te lo agradeceré, Rod, si puedes arreglar que yo pueda usar esa máquina.

Caquer ya había dado media vuelta para irse, cuando Perry Peters le detuvo.

—Espera un minuto —dijo Peters, y luego se detuvo, indeciso—. Creo que me reservaba algo, Rod —dijo el inventor al fin—. Sé una cosa sobre Willem que es posible que tenga algo que ver con su muerte, aunque yo mismo no sé cómo. No lo contaría si no estuviera muerto, ahora ya no puede causarle ninguna clase de dificultades.

—¿Qué es, Perry?

—Libros políticos prohibidos. Se ganaba algún dinero vendiéndolos. Libros en la Lista, ya sabes lo que quiero decir.

Caquer silbó suavemente.

—No sabía que los seguían haciendo. Después que el Consejo lo castiga con penas tan duras, caramba.

—La gente sigue siendo humana, Rod. Siente curiosidad por saber lo que no debiera, sólo por saber por qué no deben conocerlo, si es que no tienen otras razones.

—¿Libros de la Lista Gris o Negra, Perry?

Ahora fue el inventor quien se mostró sorprendido.

—No te comprendo. ¿Qué diferencia hay?

—Los libros de la Lista Prohibida Oficial están divididos en dos grupos. Los realmente peligrosos están en la Lista Negra. Existen severas penas al que se le encuentre uno y la pena de muerte para el que lo escriba o imprima. Los menos peligrosos están en la Lista Gris, como la llaman.

—Yo no sé cuáles eran los que vendía Deem. Bien, en confianza, una vez leí un par que Deem me prestó y recuerdo que pensé que era algo bastante aburrido. Teorías políticas subversivas.

—Esos serían de la Lista Gris. —El Teniente Caquer parecía aliviado—. Toda la parte teórica está en la Gris. Los libros de la Lista Negra son los que contienen información práctica peligrosa.

—¿Tales cómo? —el inventor contempló fijamente a Caquer.

—Instrucciones y fórmulas para fabricar productos prohibidos —explicó Caquer—. Como la Lethite, por ejemplo. Lethite es un gas venenoso, enormemente mortífero. Con un par de kilos de él se puede destruir una ciudad, de modo que el Consejo prohibió su fabricación y cualquier libro que explicase cómo podía fabricarse fue incluido en la Lista Negra. Algún loco podría conseguir un libro de esos y destruir su propia ciudad.

—¿Pero quién haría una cosa así?

—Puede estar enfermo mentalmente o sentir odio por algo —dijo Caquer—. O podría usarlo en pequeña escala para algún intento criminal. O, ¡por Júpiter!, podría ser el jefe de algún Gobierno local que quisiera apoderarse de otro Estado vecino. El conocimiento de una cosa así podría quebrantar la paz en todo el Sistema Solar.

Perry Peters asintió pensativamente.

—Comprendo lo que quieres decir —dijo al fin—. Bien, sigo sin ver que ello tenga nada que ver con la muerte de Deem, pero creí que sería mejor decirte este aspecto de su vida. Probablemente querrás hacer una comprobación de los libros que pueda tener, antes de que el depositario abra de nuevo el local.

—Desde luego —dijo Caquer—. Y muchas gracias, Perry. Si me lo permites, usaré tu visífono para que empiecen ese registro inmediatamente. Si hay algún libro de la Lista Negra, nos haremos cargo en seguida.

Cuando pudo conseguir comunicación con su secretaria, ella parecía a la vez asustada y aliviada al verlo.

—Mr. Caquer —dijo—. He estado tratando de encontrarle. Algo horrible ha sucedido. Otra muerte.

—¿Otro asesinato? —dijo Caquer, aturdido.

—Nadie sabe lo que ha sido —dijo la secretaria—. Una docena de personas lo han visto saltar de una ventana que estaba solamente a unos diez metros de altura. Y en esta gravedad, eso no podría haberle matado, pero ya estaba muerto cuando llegaron a su lado. Y cuatro de los que le vieron, le conocían. Dicen que era...

—Siga, Por Dios, ¿quién era?

—Yo no... Teniente Caquer, ellos dicen, los cuatro a la vez, que era Willem Deem.

Con una sensación de irrealidad, como si se encontrase en una pesadilla, el Teniente Rod Caquer miró por encima del hombro del médico forense al cuerpo que yacía en la camilla, mientras los sanitarios los rodeaban impacientes.

—Apresúrese, Doctor —dijo uno de ellos—. El cuerpo no aguantará mucho más y necesitaremos cinco minutos para llegar al crematorio.

El Dr. Skidder asintió irritado sin alzar la vista y siguió con su examen.

—No hay ni una señal, Rod —dijo—. Ni rastro de veneno. Ni rastro de nada. Simplemente, se ha muerto.

—¿Podía ser a causa de la caída?

—No hay ni un arañazo de la caída. El único diagnóstico que puedo dar es que le ha fallado el corazón. Bien, muchachos, ya se lo pueden llevar.

—¿Usted también ha terminado, Teniente?

—Sí —dijo Caquer—. Adelante, Skidder, ¿cuál de los dos era Deem?

Los ojos del Doctor siguieron el cuerpo tapado por una sábana blanca que se llevaban los enfermeros, y se encogió de hombros.

—Teniente, ése es su problema —dijo—. Todo lo que puedo hacer es certificar la causa de la muerte.

—Sin embargo, no es lógico —gimió Caquer—. La ciudad del Sector Tres no es tan grande que pueda existir un doble de Deem sin que la gente lo sepa. Pero uno de ellos tenía un doble. En confianza, ¿cuál le pareció que era el original?

El Doctor Skidder sacudió la cabeza sombríamente.

—Willem Deem tenía una verruga de forma rara en la nariz —dijo—. Los dos cadáveres la tenían, Rod. Y ninguna de las dos era artificial. Puedo apostar mi reputación profesional sobre este punto. Pero venga a la oficina conmigo y le diré cuál de los dos era Willem Deem.

—¿Sí? ¿Cómo?

—Tenemos sus huellas dactilares en el Departamento, igual que las de todos nosotros. Y siempre se toman las huellas dactilares a un cadáver en Callisto, ya que el cuerpo tiene que destruirse tan rápidamente.

—¿Ha tomado las huellas de los dos cadáveres? —preguntó Caquer.

—Desde luego. Las tomé antes de que usted llegase, en ambos casos. Tengo las que corresponden a Willem, quiero decir al otro cadáver, en mi despacho. Le diré lo que podemos hacer; vaya a buscar la ficha archivada en el Departamento y nos encontraremos en mi oficina.

Caquer suspiró aliviado mientras asentía. Por lo menos ahora se aclararía una cuestión: a quién pertenecían los cadáveres.

Y permaneció en aquel estado, comparativamente de satisfacción, hasta media hora después en que se reunió con el Dr. Skidder y compararon las tres fichas, la que Rod había retirado del Departamento y las pertenecientes a cada uno de los cuerpos.

Las tres eran idénticas.

—Hum —dijo Caquer—. ¿Está seguro que no se ha equivocado con esas impresiones?

—¿Cómo puedo haberme equivocado? —dijo el Doctor Skidder—. Sólo he tomado un solo juego de cada cuerpo, Rod. Y si ahora las hubiese mezclado mientras las estamos comparando, el resultado sería el mismo. Las tres impresiones son iguales.

—Pero no lo pueden ser.

Skidder se encogió de hombros.

—Creo que tendríamos que poner el caso en manos del Director cuanto antes —dijo Rod—. Lo voy a llamar y arreglaré una entrevista. ¿Conforme?

Media hora más tarde, Caquer explicó toda la historia al Director Barr Maxon, con el Dr. Skidder a su lado confirmando los puntos más importantes. La expresión del rostro del Director Maxon hizo que Rod se sintiera satisfecho, muy satisfecho, de poder contar con la confirmación del Doctor Skidder.

—¿Están de acuerdo, pues —preguntó Maxon— en que este caso debe ser puesto en conocimiento del Coordinador de Sectores y que debe pedirse que envíe un investigador especial, para hacerse cargo del mismo?

Un poco tristemente, Caquer asintió.

—Me duele admitir que soy incompetente, Director, o que parezco serlo —dijo

—. Pero éste no es un crimen ordinario. Lo que está sucediendo es superior a mis fuerzas. Y puede haber algo aún más siniestro que un asesinato detrás de todo ello.

—Tiene razón, Teniente. Tomaré las medidas necesarias para que la persona indicada salga hoy mismo del Sector Centro y se ponga en contacto con usted.

—Director —preguntó Caquer—, ¿puede decirme si se ha inventado alguna vez una máquina o proceso que permita reproducir un cuerpo humano, incluyendo la mente o sin ella?

Maxon pareció sorprendido por la pregunta.

—¿Cree que Deem pueda haber estado trabajando en algo que se volvió contra él? Desde luego, que yo sepa nunca se ha llegado a un descubrimiento como ése. Nadie ha podido nunca duplicar, excepto por imitación, ni siquiera un objeto inanimado. ¿Usted no habrá oído hablar de tal cosa, Skidder?

—¡No! —dijo el médico forense—. Ni siquiera su amigo Perry Peters podría hacer una cosa así, Rod.

Desde la oficina del Director Maxon, Caquer se dirigió a la tienda de Deem. Brager estaba allí de guardia y lo ayudó a registrar el lugar minuciosamente. Fue una tarea larga y laboriosa, porque cada libro y cada película tenían que ser examinados completamente.

Los que imprimían libros ilegales, y Rod lo sabía, eran muy listos en disimular sus productos. Generalmente, los libros prohibidos llevaban las cubiertas y el título, a veces hasta los primeros capítulos, de alguna novela popular y los rollos de film estaban disimulados igualmente.

Estaba anocheciendo cuando terminaron, pero Rod Caquer sabía que habían hecho un examen concienzudo. No existía ningún libro prohibido en aquella tienda y todas las películas habían sido pasadas por el proyector.

Otros hombres, a las órdenes de Rod, habían registrado el departamento de Deem con igual cuidado. Llamó allí y recibió su informe, completamente negativo.

—No hay ni un folleto Venusiano —dijo el policía encargado del registro en el departamento, con lo que a Rod le pareció un tono de sentimiento.

—¿Han encontrado un torno, uno pequeño para trabajos de precisión?

—No, no hemos visto nada parecido. Una de las habitaciones ha sido convertida en un taller, pero no hay ningún torno. ¿Es eso importante?

Caquer dijo que no. ¿Qué significaba otro misterio, además pequeño, en un caso como aquél?

—Bien, Teniente —dijo Brager, cuando la pantalla se hubo oscurecido—. ¿Qué hacemos ahora?

Caquer suspiró.

—Usted puede marcharse a casa, Brager —dijo—. Pero primero pase por el Departamento y dígalos que envíen un hombre para que se quede de guardia aquí y

otro en el departamento. Yo me esperaré hasta que llegue el relevo.

Cuando Brager se hubo marchado, Caquer se dejó caer, cansado, en la silla más cercana. Se sentía físicamente agotado y su cerebro parecía haber dejado de funcionar. Dejó que sus ojos se dirigieran a las ordenadas estanterías y su cuidadoso arreglo le molestó.

Si solamente tuviese una pista, de la clase que fuese... Wilder Williams nunca se había encontrado en un caso como aquél en el que las únicas pistas eran dos cadáveres idénticos, uno de los cuales había sido muerto de cinco maneras diferentes y el otro no tenía ninguna señal de violencia. Aquello no tenía explicación, y ¿por dónde iba él a empezar?

Bien, aún tenía la lista de las personas que quería visitar y aún le quedaba tiempo de ver por lo menos a una de ellas, esta tarde.

¿Debía ir a ver a Perry Peters, para ver qué explicación podía darle de la desaparición del torno? Quizá podría darle alguna idea de lo que había pasado con aquella máquina. Pero, entonces, ¿qué es lo que tendría que ver el torno en aquel caso? Uno no puede fabricar un cadáver en un torno.

Quizá sería mejor que fuese a ver al Dr. Gordon.

Llamó al departamento de los Gordon por el visífono y Jane apareció en la pantalla.

—¿Cómo está tu padre, Jane? —dijo Caquer—. ¿Puedes decirme si podrá hablar conmigo esta noche?

—Oh, sí —dijo la muchacha—. Se siente mucho mejor y quiere regresar a sus clases mañana. Pero ven cuanto antes si es que vas a venir. Rod, pareces enfermo, ¿qué es lo que te pasa?

—Nada, excepto que me siento atontado. Pero creo que estoy normal.

—Estás demacrado. ¿Cuándo comiste por última vez?

Los ojos de Caquer se abrieron.

—¡Dios mío! Se me ha olvidado todo lo que se refiere a la comida. He dormido hasta tarde y ni siquiera he desayunado.

Jane Gordon se rió.

—¡Pobrecillo! Bien, ven pronto y tendré algo preparado cuando llegues.

—Pero...

—Pero nada. No discutas. ¿Cuándo llegarás?

Un minuto después de haber cerrado el visífono, el Teniente Caquer se levantó para contestar a una llamada, que había sonado en la puerta cerrada de la tienda.

La abrió.

—Hola, Reese —dijo—. ¿Le envía Brager?

El policía asintió.

—Me dijo que debía estar aquí, por si acaso. ¿De qué?

—Vigilancia de rutina, eso es todo —explicó Caquer—. Dígame, he estado aquí encerrado toda la tarde. ¿Hay algo de nuevo?

—Un poco de excitación. Hemos estado arrestando agitadores en la calle todo el día. Pocos. Hay una epidemia de ellos.

—¡Caramba! ¿Y qué es lo que quieren?

—Atacar al Sector Dos, por alguna razón que no acaba de ser clara. Están incitando al público a enfurecerse contra el Sector Dos y a eliminarlo. Las razones que dan son completamente absurdas.

Algo se agitó inquieto en la memoria de Rod Caquer, aunque no pudo localizar lo que era. ¿El Sector Dos? ¿Quién le había estado contando cosas del Sector Dos? Algo sobre usura, juego poco limpio, sangre marciana, cosas absurdas. Aunque era cierto que muchas de las gentes que vivían allí tenían sangre marciana...

—¿Cuántos agitadores han sido arrestados?

—Tenemos a siete, dos más se nos escaparon, pero los agarraremos si empiezan otra vez.

El Teniente Caquer fue caminando, pensativo, hacia el departamento de los Gordon, haciendo esfuerzos para recordar dónde había oído, recientemente, propaganda contra el Sector Dos. Tenía que existir alguna razón común para la aparición simultánea de nueve agitadores en público, todos predicando la misma doctrina.

¿Una organización política subversiva? No había existido ninguna parecida durante el último siglo. Bajo un Gobierno perfectamente democrático, pieza esencial de una organización estable de todos los planetas habitados, podía encontrarse algún iluso que no estaba satisfecho, pero Rod no podía imaginarse ningún grupo organizado en aquella situación.

Parecía tan absurdo como el caso de Willem Deem. Aquello tampoco era lógico. Las cosas sucedían sin significado, como en una pesadilla. ¿Pesadilla? ¿Qué era lo que trataba de recordar sobre una pesadilla? ¿No había tenido él una clase rara de sueño la noche pasada? ¿Qué fue?

Pero, como hacen siempre las pesadillas, ésta eludió su mente consciente.

De todos modos, mañana interrogaría, o ayudaría a interrogar, a esos agitadores que estaban arrestados. Pondría detectives a investigar sus historias y costumbres y no le cabía duda que podría encontrar un común denominador en alguna parte, que explicara su repentina actividad.

No podía ser por accidente que todos ellos empezaran en el mismo día. Era absurdo, tan absurdo como los inexplicables cadáveres del propietario de la tienda de libros y films. Quizá porque los dos casos eran absurdos, su mente tendía a unir los dos hechos. Pero juntos, los dos no eran más lógicos que separados. Inclusive tenían menos explicación.

¿Por qué no habría aceptado aquel puesto que le ofrecieron en Ganímedes? Ganímedes era una luna agradable y bien organizada. No había nadie allí capaz de ser asesinado dos veces en días consecutivos. Pero Jane Gordon no vivía en Ganímedes; vivía en el Sector Tres y él se dirigía ahora a verla.

Todo hubiese sido maravilloso, excepto que él se sentía tan cansado que no podía pensar a derechas, y que Jane Gordon insistía en considerarlo como un hermano en vez de como un pretendiente y que probablemente iba a perder su empleo. Sería el hazmerreír de todo Callisto, si el investigador especial enviado del Sector Centro encontraba alguna sencilla explicación para todo lo que estaba pasando, que a él se le había escapado...

Jane Gordon, que le pareció más hermosa de lo que nunca había visto, lo recibió en la puerta. Estaba sonriendo, pero la sonrisa se convirtió en una mirada de preocupación cuando él entró en la habitación brillantemente iluminada.

—¡Rod! —exclamó—. Pareces enfermo, realmente enfermo. ¿Qué es lo que has hecho además de olvidarte de comer?

Rod Caquer consiguió sonreír.

—He estado corriendo en círculos dentro de callejones sin salida, Jane. ¿Puedo usar tu visífono?

—Desde luego. Tengo algo de comida preparada para ti. Pondré la mesa mientras llamas. Papá está durmiendo. Me dijo que lo despertase cuando llegase, pero esperaré hasta que hayas comido.

Mientras ella se dirigía a la cocina, Caquer se dejó caer en la silla situada enfrente del visífono y llamó al Departamento de Policía. La roja cara de Borgesen, Teniente del turno de noche, apareció en la pantalla.

—Hola, Borg —dijo Caquer—. Oye, con respecto a esos siete oradores que has arrestado ¿has hecho que...?

—Son nueve —interrumpió Borgesen—. Tenemos a los otros dos y quisiera que no estuviesen aquí. Nos van a volver locos.

—¿Quieres decir que los otros trataron de hablar en público de nuevo? —preguntó Caquer.

—No. Entraron en el Departamento y se entregaron, y no podemos echarlos a la calle, porque hay una denuncia contra ellos. Pero están confesando a todos los que los quieren oír. ¿Y quieres saber lo que confiesan?

—Me rindo —dijo Rod.

—Que tú los has alquilado, y que les has ofrecido cien créditos a cada uno de ellos.

—¿Cómo?

Borgesen rió, un poco más fuerte de lo necesario.

—Los dos que se entregaron voluntariamente dicen eso y los otros siete. Dios

mío, ¿por qué me habré hecho policía? Una vez tuve la oportunidad de estudiar para maquinista de naves interplanetarias y tengo que terminar haciendo esto.

—Mira, quizá lo mejor será que me llegue a la oficina y veamos si son capaces de mantener su acusación en mi cara.

—Probablemente lo harán, pero eso no quiere decir nada, Rod. Dicen que los has alquilado esta tarde y nosotros sabemos que estabas en la tienda de Deem con Brager. Rod, esta luna se ha vuelto loca y yo también. Walter Johnson ha desaparecido. No se le ha visto desde esta mañana.

—¿Cómo? ¿El secretario confidencial del Director? Estás bromeando, Borg —dijo Caquer.

—Quisiera que fuese una broma. Tendrías que estar contento de no tener que hacer guardia en el Departamento. Maxon nos ha estado dando siete clases distintas de tormento para que encontremos a su secretario. Y tampoco le gusta el asunto de Deem. Parece que nos echa la culpa de que dejemos que asesinen a un hombre dos veces. Dime, ¿cuál de los dos era Deem, Rod? ¿Tienes alguna idea?

Caquer sonrió débilmente.

—Vamos a llamarles Deem y Deem 2 hasta que lo sepamos —sugirió—. Creo que los dos eran Deem.

—¿Pero cómo puede un hombre ser dos?

—¿Cómo puede matarse a un hombre de cinco modos a la vez? —contestó Caquer—. Cuando me contestes eso, te explicaré tu pregunta.

—Estás loco —dijo Borgesen y continuó con una observación algo grotesca—. Creo que hay algo raro en este caso.

Caquer estaba riendo tan fuertemente que había lágrimas en sus ojos, cuando Jane Gordon entró para decirle que la mesa estaba dispuesta. Ella lo miró con asombro, pero había preocupación detrás del asombro.

Caquer la siguió sin protestar y descubrió que estaba hambriento. Cuando hubo comido bastantes alimentos para preparar tres comidas corrientes, volvió a sentirse humano. Su dolor de cabeza aún persistía, pero ya era algo que palpitaba débilmente en la distancia.

El Profesor Gordon estaba esperando en el salón cuando entraron allí procedentes de la cocina.

—Rod, te pareces a algo que haya sido arrastrado por el gato —dijo—. Siéntate antes de que te caigas.

Caquer sonrió.

—Eso es porque he comido demasiado. Jane es una magnífica cocinera.

Se dejó caer en una silla enfrente de Gordon. Jane Gordon se había acomodado en el brazo de la silla de su padre, y los ojos de Caquer se recrearon contemplándola. ¿Cómo era posible que una muchacha con los labios tan suaves y apetecibles como

los suyos pudiera insistir en considerar al matrimonio como algo puramente académico? ¿Cómo era posible que...?

—No puedo ver en este momento que ello pueda ser una causa de su muerte, Rod, pero Willem Deem alquilaba libros políticos —dijo Gordon—. No hago ningún daño en decirlo ahora, ya que el pobre hombre está muerto.

Casi las mismas palabras, recordó Caquer, que Perry Peters había usado para decirle la misma cosa.

Caquer asintió.

—Hemos registrado su tienda y su departamento y no hemos encontrado ninguno, Profesor —dijo—. Desde luego, usted no sabrá qué clase...

El Profesor Gordon sonrió.

—Me temo que sí lo sé, Rod. En confianza, y espero que no tendrás ningún dictáfono para registrar nuestra conversación, he leído unos cuantos de esos libros.

—¿Usted? —Había real sorpresa en la voz de Caquer.

—Nunca dejes de tener en cuenta la curiosidad de un profesor, muchacho. Mucho me temo que la lectura de libros en la Lista Gris es un vicio más extendido entre los profesores de Universidad, que entre ninguna otra clase de personas. Oh, ya sé que está mal el hacerlo, pero la lectura de tales libros no puede afectar a una mente serena y juiciosa.

—Y papá ciertamente disfruta de una mente serena y juiciosa, Rod —dijo Jane, ligeramente desafiante—. Sólo que... a mí no me dejaba leerlos.

Caquer sonrió. El uso por el profesor de la palabra «Lista Gris» lo había tranquilizado.

El alquilar libros de la Lista Gris era solamente una falta leve, después de todo.

—¿Nunca has leído libros de la Lista Gris, Rod? —preguntó el profesor.

Caquer sacudió la cabeza.

—Entonces, probablemente, nunca habrás oído hablar del hipnotismo. Algunas de las circunstancias en el caso Deem. Bien, me he preguntado si se habría usado hipnotismo.

—Me temo que ni siquiera sé de qué se trata, Profesor.

El débil anciano suspiró.

—Eso es porque nunca has leído libros ilícitos, Rod —dijo Gordon—. El hipnotismo consiste en el control de una mente por otra y había alcanzado un alto grado de desarrollo antes de que fuese prohibido. ¿No habrás oído hablar de la Orden Kapreliana o de la Rueda de Vargas?

Caquer movió la cabeza.

—La historia de este tema está en los libros de la Lista Gris, en varios de ellos —dijo el profesor—. El método y cómo se construye una Rueda de Vargas, estará en los libros de la Lista Negra, muy arriba en la lista de la ilegalidad. Desde luego no he

leído éstos, pero conozco la historia.

»Un hombre llamado Mesmer, allá por el Siglo Dieciocho, fue uno de los primeros que usaron el hipnotismo, si es que no lo descubrió él mismo. Por lo menos, estableció las primeras bases científicas de su práctica. Ya en el Siglo Veinte, se sabía mucho en este campo, y ya era usado profusamente en medicina.

»Cien años más tarde, los médicos trataban casi tantos enfermos con hipnotismo como con drogas y cirugía. Es cierto que hubo algunos casos de abuso, pero fueron relativamente pocos.

»Pero otros cien años trajeron un gran cambio. El hipnotismo había ido demasiado lejos para la seguridad pública. Cualquier criminal o político sin escrúpulos que llegaba a conseguir algunos conocimientos del arte, podía operar con impunidad. Podía engañar al público y conseguir no ser descubierto.

—¿Quiere decir que realmente podía hacer que la gente pensara lo que él quería? —preguntó Caquer.

—No solamente eso, sino que conseguía que hiciesen cuanto él quisiera. Y con el uso de la televisión un sólo hombre podía visible y directamente hablar a millones de personas.

—Pero, ¿no podía el Gobierno haber dictado leyes para regular la práctica de este arte?

El Profesor Gordon sonrió.

—¿Cómo, cuando los legisladores son buenos y tan sujetos a la influencia del hipnotismo como el resto de los mortales? Y luego, para complicar las cosas, casi sin posibilidad de arreglo, llegó la invención de la Rueda de Vargas.

»Ya había sido observado, en tiempos tan lejanos como el Siglo Diecinueve, que una serie de espejos movibles, dispuestos de manera especial, podían someter a cualquiera que los mirase a un estado de sumisión hipnótica. Y la transmisión del pensamiento había ya sido experimentada en el Siglo Veintiuno. Fue en el siglo siguiente cuando Vargas combinó y perfeccionó los dos para construir su Rueda. En realidad, era una especie de casco, con una rueda giratoria de espejos, especialmente contruidos, colocada encima.

—¿Y cómo funcionaba? —preguntó Caquer.

—El portador de un casco o Rueda de Vargas tenía de inmediato y automáticamente control sobre cualquiera que le viese directamente en una pantalla de televisión —dijo Gordon—. Los espejos en la pequeña rueda giratoria producían una hipnosis instantánea, mientras que el casco, de alguna manera, llevaba los pensamientos del portador a través de la rueda e implantaba sobre los hipnotizados cualquier pensamiento que deseara transmitir.

»En realidad, el casco, o la Rueda, podían ser ajustadas para producir ciertas ilusiones fijas, sin necesidad de la intervención del operador. O, en cambio, el control

podía ser directo, desde su mente.

—¡Caramba! —dijo Caquer—. Una cosa como ésa podría... Ahora comprendo por qué los libros que dan instrucciones para fabricar una Rueda de Vargas están en la Lista Negra. ¡Por los Asteroides! Un hombre con una de esas Ruedas podría...

—Podría conseguirlo casi todo. Inclusive el matar a un hombre y hacer que la causa de la muerte apareciese de cinco modos distintos a otros tantos observadores.

Caquer silbó suavemente.

—Y también tratar de levantar a las turbas con agitadores, aunque no es necesario que sean agitadores, sino ciudadanos completamente temerosos de la Ley.

—¿Agitadores? —preguntó Jane Gordon—. ¿Qué es eso de los agitadores, Rod? No me he enterado de nada.

Pero Rod ya se estaba levantando.

—No tengo tiempo de explicártelo ahora, Jane —dijo—. Te lo diré mañana, pero ahora tengo que dedicarme... Un momento, Profesor, ¿es eso todo lo que sabe respecto a ese asunto de la Rueda de Vargas?

—Todo lo que sé, muchacho. Se me había ocurrido como una posibilidad. Solamente llegaron a construirse cinco o seis, hasta que finalmente el Gobierno consiguió apoderarse de ellas y destruirlas, una a una. Costó millones de vidas el hacerlo.

»Cuando finalmente consiguieron dominar a todos los Poseedores, la colonización de los planetas ya se había iniciado y un Consejo Interplanetario tenía ya control sobre todos los Gobiernos. Decidieron que todo lo que se relacionase con el hipnotismo era peligroso y lo declararon prohibido. Costó unos cuantos siglos eliminar todo conocimiento de este asunto, pero al fin tuvieron éxito. La prueba es que tú nunca has oído hablar de ello.

—¿Y qué hay de los aspectos beneficiosos del hipnotismo —preguntó Jane Gordon—. ¿Se han perdido?

—Desde luego —dijo su padre—. Pero la ciencia de la Medicina había progresado tanto, que no constituye una pérdida demasiado grande. Hoy en día, los médicos pueden curar por medios físicos todo cuanto podía hacerse con el hipnotismo, por medios mentales.

Caquer, que se había detenido en la puerta, se volvió.

—Profesor, ¿es posible que alguien haya alquilado un libro de la Lista Negra a Deem, y haya aprendido estos secretos?

El Profesor Gordon se encogió de hombros.

—Es posible —dijo—. Deem puede haber tenido algunos libros de la Lista Negra, en ocasiones, pero no hubiera tratado de venderlos o alquilármelos a mí. De modo que no me habría enterado.

En el Departamento de Policía, el Teniente Caquer encontró al Teniente Borgesen

al borde de un ataque de apoplejía.

Éste miró a Caquer.

—¡Tú! —dijo. Y luego continuó—. El mundo se ha vuelto loco. Escucha, Brager descubrió el cuerpo de Willem Deem, ¿no es así? A las diez de la mañana de ayer. Y se quedó allí de guardia mientras Skidder y tú y los sanitarios estaban allí, ¿no?

—Sí, ¿por qué? —preguntó Caquer.

La expresión de Borgesen mostró cuánto le habían afectado los últimos sucesos.

—Por nada, no pasa nada, excepto que Brager estuvo en el hospital ayer por la mañana, de las nueve hasta después de las once, curándose un tobillo dislocado. No es posible que haya estado en la tienda de Deem a la hora que él dice. Siete doctores, ayudantes y enfermeras juran que estaba en el hospital a aquella hora.

—Hoy cojeaba, cuando me ayudó a registrar la tienda de Deem —dijo—. ¿Qué es lo que dice Brager?

—Dice que estuvo allí, en la tienda de Deem y que descubrió el cuerpo. Nos hemos enterado por casualidad que todo sucedió de otro modo, si es que sucedió de alguna manera. Rod, me voy a volver loco. Pensar que tuve la oportunidad de ser maquinista en un carguero interplanetario y en cambio acepté este maldito empleo. ¿Has podido saber algo de nuevo?

—Puede ser. Pero antes quiero preguntarte algo, Borg. Respecto a esos nueve chiflados que has arrestado, ¿ha tratado alguien de averiguar...?

—Ah, esos —interrumpió Borgesen—. Los he dejado marchar.

Caquer se quedó mirando a la roja faz del Teniente de guardia, como si no pudiera creer lo que veía.

—¿Que los has dejado marchar? —replicó—. Pero no podías hacerlo, legalmente. Había una denuncia contra ellos. Sin ser juzgados, no podías ponerlos en libertad.

—Sin embargo, lo hice y asumo toda la responsabilidad por ello. Mira, Rod, esos hombres tenían razón, ¿no es eso?

—¿Qué?

—Desde luego. Debemos despertar al pueblo sobre todo lo que está ocurriendo en el Sector Dos. Esos malditos de allá necesitan que los pongan en su lugar y nosotros vamos a ser los que lo haremos. Este Sector debe ser el Centro de Callisto. ¿No te parece, Rod, que un Callisto unido podría conquistar a Ganímedes?

—Borg, ¿hubo algo en la televisión esta noche? ¿Alguien pronunció algún discurso que tú hayas escuchado?

—Claro, ¿no lo has oído tú? Nuestro amigo Skidder. Debe haber sido mientras te dirigías hacia aquí, porque todos los receptores se han encendido automáticamente; ha sido una llamada general.

—Y... ¿hubo alguna sugerencia específica, Borg, en ese discurso? ¿Sobre el Sector Dos, y Ganímedes y todo eso?

—Claro está, tenemos reunión general mañana a las diez, por la mañana. En la Plaza. Todos tenemos que ir; te veré allí, ¿no es así?

—Sí —dijo el Teniente Caquer—. Me temo que me verás allí. Tengo que marcharme, Borg.

Rod Caquer sabía ahora lo que estaba pasando. Casi lo último que deseaba hacer era seguir allí escuchando a Borgesen, mientras éste hablaba bajo la influencia de, no podía ser otra cosa, una Rueda de Vargas. Ninguna otra fuerza podía haber hecho que el Teniente Borgesen hubiese hablado como lo acababa de hacer. La idea del profesor Gordon parecía más acertada a cada momento que pasaba. Ninguna otra cosa podía haber conseguido aquellos resultados.

Caquer caminó ciegamente a través de las calles iluminadas por la luz nocturna de Júpiter, pasando por delante del edificio donde estaba su propio departamento. Tampoco quería entrar allí.

Las calles de la Ciudad Sector Tres parecían muy animadas para ser una hora tan avanzada de la noche. ¿Qué hora era? Miró a su reloj y silbó suavemente. La noche ya había pasado. Eran las dos de la madrugada y normalmente las calles habrían estado desiertas.

Pero aquella noche no lo estaban. Las gentes andaban por todas partes, solas o en pequeños grupos que andaban juntos en un silencio extraño. Se oía el ruido de sus pisadas, pero ni siquiera el murmullo de una voz. Ni siquiera...

¡Susurros! Algo en aquellas calles y las gentes que las poblaban, hizo que Rod Caquer recordase ahora su pesadilla de la noche anterior. Sólo que ahora sabía que no había sido un sueño. Ni tampoco había andado dormido, en el sentido ordinario de la palabra.

Se había vestido. Había salido del edificio. Y las luces de la calle habían estado apagadas, lo que significaba que los empleados de la Compañía de Electricidad habían abandonado sus puestos. Ellos, igual que los otros, estuvieron vagando entre el gentío. Escuchando a los susurros de la noche. ¿Y qué era lo que los susurros le habían dicho? Podía recordar parte de ellos...

—Mata, mata, mata. Los odias, los odias.

Un estremecimiento corrió por el espinazo de Caquer cuando se dio cuenta de la importancia del hecho, de que la pesadilla de la noche anterior había sido una realidad. Esto era algo que hacía parecer insignificante la muerte del propietario de una tienda de libros y películas.

Esto era algo que estaba atenazando a una ciudad entera, algo que podía cambiar un mundo, algo que podía conducir a un increíble terror y destrucción en una escala que no había sido conocida desde el Siglo Veinticuatro. Todo aquello que había empezado como un simple caso de asesinato...

En algún lugar más adelante, Rod Caquer escuchó la voz de un hombre que se

dirigía a la multitud. Una voz enloquecida, llena de fanatismo. Corrió hasta la esquina y la dobló para encontrarse en el exterior de un grupo de personas que se apretaban alrededor de un hombre que les hablaba desde lo alto de una plataforma.

—Y os digo que mañana es el gran día. Ahora que tenemos al Director con nosotros ya no será necesario destituirle. Hay hombres trabajando en este momento, durante toda la noche, preparándose. Después de la reunión de todo el pueblo en la Plaza mañana por la mañana, haremos...

—¡Alto! —gritó Rod Caquer. El hombre dejó de hablar y se volvió para mirar a Rod, mientras la multitud se volvía lentamente, casi al unísono, para mirarle.

—¡Estás arres...!

Entonces Caquer se dio cuenta de que aquello era un gesto inútil.

No fueron los hombres que se dirigían hacia él, que lo convencieron de ello. No tenía miedo de la lucha. La habría recibido con satisfacción, como un alivio a aquel extraño terror, habría aceptado con placer la oportunidad de abrirse paso con su espada.

Pero de pie detrás del orador, estaba un hombre de uniforme: Brager. Y Caquer recordó, entonces, que Borgesen estaba de guardia en el Departamento y que estaba al lado de aquellos locos. ¿Cómo podía arrestar al agitador cuando Borgesen rehusaría aceptar su denuncia, y qué iba a conseguir con iniciar un tumulto y causar heridas a gentes inocentes, gentes que no actuaban por su propia voluntad, sino bajo la poderosa influencia que el Profesor Gordon le había descrito?

Con la mano en el puño de su espada, se retiró. Nadie lo siguió. Como autómatas, volvieron a mirar al orador, quien reasumió su arenga, como si nadie lo hubiese interrumpido. Brager, el policía, no se había movido, ni siquiera había mirado en su dirección. Él solo entre todas aquellas personas, no se había vuelto contra el desafío de su superior.

El Teniente Caquer se apresuró en la dirección que llevaba cuando había oído al orador. Aquel camino le llevaría al centro de la ciudad. Allí encontraría un visífono y podría llamar al Coordinador del Sector. Esto era un caso de emergencia, seguramente la influencia de quienquiera que fuese, que poseía la Rueda de Vargas, no se había extendido más allá de los límites del Sector Tres.

Encontró un restaurante nocturno, abierto pero desierto, con las luces encendidas pero sin camareros en su interior, sin cajero detrás del mostrador. Entró en la cabina del visífono y apretó el botón para llamar al operador de llamadas de larga distancia. La operadora apareció en la pantalla casi inmediatamente.

—Póngame con el Coordinador de Sector, en Ciudad Callisto —dijo Caquer—. Aprisa, por favor.

—Lo siento, señor. Las comunicaciones fuera de la ciudad han sido suspendidas por orden del Contralor de Servicios, hasta nueva orden.

—¿Cuánto durará?

—No está permitido dar esta información.

Caquer apretó los dientes. Bien, había una persona que podía ayudarle. Obligó a su voz a que continuase tranquila.

—Entonces con el Profesor Gordon, en los Departamentos de la Universidad —dijo a la operadora.

—Bien, señor.

Pero la pantalla siguió sin iluminarse, aunque la pequeña luz roja que indicaba que el zumbador estaba funcionando en la casa de los Gordon, estuvo centelleando durante varios minutos.

—No contestan, señor.

Probablemente el Profesor y su hija estaban profundamente dormidos y no oían la llamada. Por un instante, Caquer pensó en la conveniencia de ir hasta allí. Pero la Universidad estaba en el otro lado de la ciudad, ¿y qué ayuda podrían darle? Ninguna, y el profesor era un anciano débil y enfermo.

No, tendría que... Volvió a pulsar el botón del visífono y un instante más tarde estaba hablando con el encargado de los hangares de la Policía.

—Saque el aparato rápido de persecución —dijo Caquer secamente— y téngalo para dentro de quince minutos que vendré a buscarlo.

—Lo siento, Teniente —fue la respuesta, igualmente seca—. No se suministra telenergía a ningún aparato, por orden especial. No saldrá ningún vuelo mientras dure la emergencia.

«Debí suponerlo», pensó Caquer. Pero, ¿qué pasaría con el investigador especial que llegaría de la oficina del Coordinador?

—¿Se permite aterrizar a las naves procedentes del exterior? —preguntó.

—Sí, pero no pueden volver a despegar sin órdenes especiales —contestó la voz.

—Gracias —dijo Caquer. Cerró la pantalla y volvió a salir afuera, donde ya amanecía. Aún había una posibilidad. El investigador especial podría quizás ayudarle.

Pero él, Red Caquer, tendría que encontrarle, contarle lo ocurrido y sus consecuencias antes de que pudiera caer, como los otros, bajo la influencia de la Rueda de Vargas. Caquer caminó rápidamente hacia el espaciopuerto. Quizá la nave había aterrizado y el daño ya estaba hecho.

Volvió a pasar por el lado de un grupo de personas reunidas frente a un orador. Casi todo el mundo debía estar bajo la influencia de la Rueda a estas horas. Pero, ¿por qué no lo estaba él? ¿Por qué no estaba también él bajo la maligna influencia?

Ciertamente, debía haberse encontrado en la calle, dirigiéndose al Departamento de Policía, cuando Skidder había estado emitiendo, pero aquello no lo explicaba todo. Todas esas gentes no podían haber visto u oído la emisión. Algunos de ellos ya debían estar durmiendo a aquella hora.

Además él, Red Caquer, había sido afectado, la noche anterior, por los susurros. Debía haber estado bajo la influencia de la Rueda, cuando había investigado la muerte, los asesinatos.

Entonces, ¿por qué se encontraba libre ahora? ¿Era él el único o eran los otros, los que habían escapado, los que estaban cuerdos y en estado normal?

De lo contrario, si era el único, ¿por qué estaba libre? ¿O no lo estaba?

¿Podía ser que lo que estaba haciendo en aquel momento era parte de algún plan realizado bajo las órdenes de otro?

Era inútil que siguiera pensando de aquel modo, o acabaría volviéndose loco. Tenía que seguir haciendo lo que creía que era lo mejor, y esperar que las cosas, y él mismo, eran lo que parecían ser.

Entonces empezó a correr, porque delante de él ya se veía el espacio abierto de la estación terminal y una pequeña espacionave, plateada a la luz del amanecer, estaba descendiendo para aterrizar. Una pequeña nave rápida del Gobierno, debía ser la del investigador especial. Corrió alrededor de los edificios, pasó por la puerta de la valla y se dirigió a la nave, que ya había tomado tierra. La puerta se abrió.

Un hombre pequeño, de movimientos enérgicos salió al exterior y cerró la puerta. Vio a Caquer y sonrió.

—¿Usted es Caquer? —preguntó, tranquilamente—. La oficina del Coordinador me envía para investigar un caso en el que parece que ustedes se encuentran en dificultades. Me llamo...

El Teniente Rod Caquer estaba mirando, horrorizado, al bien conocido rostro del hombre, a la familiar verruga que tenía en un lado de la nariz, esperando que pronunciase el nombre que ya conocía.

—...Willem Deem. ¿Le parece que vayamos a su oficina?

El Teniente Rod Caquer, Teniente de Policía del Sector Tres en Callisto, había soportado más de lo que podía. ¿Cómo se puede investigar el asesinato de un hombre que ha sido muerto dos veces? ¿Qué debe hacer un policía cuando la víctima se presenta, viva y sonriente, para ayudarlo a resolver el caso?

Ni siquiera cuando se sabe que en realidad no está allí, o si lo está, no es lo que nos dicen nuestros ojos y que no está diciendo lo que escuchan nuestros oídos.

Hay un punto, más allá del cual la mente humana no puede seguir funcionando normalmente y, cuando se alcanza ese punto, distintas personas reaccionan de diferentes maneras.

La reacción de Rod Caquer fue una súbita, ciega y roja cólera que se dirigió, por falta de mejor objetivo, a la persona del investigador especial, si es que era el investigador y no un fantasma hipnótico que ni siquiera se encontraba allí.

El puño de Rod Caquer estableció contacto y encontró una barbilla, lo cual no probaba nada excepto que si el hombre que había bajado del aparato era una ilusión,

lo era tanto para la vista como para el tacto. El puño de Rod explotó en su mentón como el escape de un cohete y el hombre se tambaleó y cayó hacia adelante. Aún sonriente, porque no había tenido tiempo de cambiar la expresión de su rostro.

Se cayó de cara y luego dio media vuelta, los ojos cerrados pero sonriendo amablemente hacia el cielo que se iba aclarando rápidamente.

Sintiendo que las rodillas le temblaban, Caquer se inclinó y puso su mano en el interior de la guerrera del hombre. El corazón seguía latiendo, desde luego. Por un momento, Caquer había temido que estuviese muerto a consecuencia del golpe.

Y Caquer cerró los ojos deliberadamente y tocó el rostro del hombre con su mano, y aún seguía pareciendo, el rostro de Willem Deem y la verruga seguía allí, exactamente igual al tacto que a la vista.

Dos hombres habían salido del edificio terminal y cruzaban el campo corriendo, dirigiéndose hacia él. Rod vio la expresión de sus caras y luego pensó en el pequeño aparato que estaba a pocos pasos de él. Tenía que escaparse del Sector Tres, para poder contar a alguien lo que estaba pasando, antes de que fuese demasiado tarde.

Si sólo hubiese sido mentira lo del corte de la teleenergía. Saltó por encima del cuerpo del hombre a quien había derribado y entró en el aparato y empezó a manipular los controles. Pero el aparato no respondió y, no, no le habían mentado respecto al corte de energía.

No le iba a servir de nada el quedarse allí para emprender una pelea, que no iba a decidir absolutamente nada. Salió por la puerta en el otro lado de la nave, huyendo de los hombres que ya llegaban y corrió hacia la valla.

La valla era metálica y tenía una carga eléctrica. No podía matar a un hombre, pero era lo suficiente para mantenerlo sin poder moverse hasta que se cortase la corriente y pudieran detenerlo. Pero si la teleenergía estaba cortada, posiblemente la valla tampoco recibiría corriente.

Era demasiado alta para saltarla, de modo que se arriesgó. Por suerte no tenía corriente. Pasó por encima y sus perseguidores se detuvieron y regresaron al lado del hombre caído junto al aparato del Gobierno.

Caquer dejó de correr, pero siguió caminando. No sabía dónde iba, pero tenía que seguir adelante. Después de un rato se dio cuenta de que sus pasos le llevaban hacia los límites de la ciudad, en el lado norte, en dirección a Ciudad Callisto.

Se encontraba en un pequeño parque cerca del límite norte, cuando el significado y la inutilidad de la dirección que llevaba se le hizo evidente. Y al mismo tiempo, se dio cuenta, de que todo su cuerpo le dolía, que estaba cansado y que tenía un dolor de cabeza terrible. Comprendió que no podía seguir, a menos que tuviese un objetivo definido.

Se dejó caer en un banco del parque y durante un rato descansó con la cabeza entre las manos. No encontraba solución.

Al fin levantó los ojos y vio algo que lo fascinó. Era un pequeño molinete de papel de varios colores clavado con una aguja en una varita. Un juguete de niño, que posiblemente lo habían dejado hincado en la hierba del parque, olvidándose de él. El molinete seguía girando, a los impulsos del viento, a veces rápido, a veces lento.

Marchaba en círculos, igual que su mente. ¿De qué otro modo podía funcionar la mente de un hombre, cuando no podía distinguir lo que era ilusión de lo que era realidad? Marchaba en círculos, igual que una Rueda de Vargas.

Círculos.

Pero tenía que haber algún medio. Un hombre con una Rueda de Vargas no podía ser completamente invencible, pues de otro modo, ¿cómo había podido el Consejo haber tenido éxito en destruir las pocas que se habían construido? Posiblemente, los poseedores de las Ruedas se habrían anulado el uno al otro hasta cierto punto, pero siempre habría quedado una última Rueda, en las manos de alguien. En posesión de alguien que quería controlar los destinos del Sistema Solar.

Pero el Consejo había detenido la Rueda.

Por lo tanto, podía ser detenida. Pero, ¿cómo? ¿Cómo, cuando no se la puede ver? Mejor dicho, cuando la vista de una, colocaba a un hombre tan completamente bajo su poder que ya no podía, después de la primera visión, saber que estaba allí. Porque, al verla, había conquistado su mente.

Él tenía que detener la rueda. Era la única solución. Pero, ¿cómo?

Aquel molinete en el jardín, podía ser la Rueda de Vargas, ajustada de modo que crease la ilusión de que era el juguete de un niño. O su poseedor, llevando el casco, podía estar ahora delante de él, observándole. El Poseedor de la Rueda podría ser invisible, porque a la mente de Caquer se le habría ordenado que no lo viese.

Pero si el hombre estaba allí, entonces es que realmente estaba allí, y si Rod podía alcanzarlo con su espada, el peligro habría terminado, ¿no es así? Sin duda.

Pero ¿cómo podía encontrarse una rueda que uno no podía ver? Que no se podía ver, porque...

Y entonces, aún contemplando el molinete, Caquer vio una posibilidad, algo que podía tener éxito, una probabilidad entre mil.

Miró rápidamente a su reloj de pulsera y vio que eran ya las nueve y media, lo que quería decir que aún faltaba media hora para la reunión de la Plaza. Y la Rueda y su poseedor estarían allí, con toda seguridad.

Se quedó sin aliento después de atravesar corriendo unas cuantas manzanas y tuvo que seguir a un paso rápido, pero aún tenía tiempo para llegar allí antes de que la reunión terminase, aunque no viera el principio.

Sí, podría llegar allí. Y entonces, si su idea tenía éxito...

Eran casi las diez cuando pasó por delante del edificio donde estaba su propio departamento y siguió caminando. Entró en una casa unas cuantas puertas más allá.

El operador del ascensor había desaparecido, pero Caquer lo hizo funcionar y un minuto más tarde usaba su ganzúa para entrar en el laboratorio de Perry Peters.

Peters no estaba, desde luego, pero las gafas sí, los anteojos especiales con el raro efecto de limpiaparabrisas que hacía que pudiesen usarse en las minas de radita.

Rod Caquer se las colocó delante de sus ojos, se puso la pequeña batería en el bolsillo y apretó el botón que tenía a un lado. Funcionaban. Podía ver, mientras los brazos limpiacristales zumbaban rápidamente. Veía confusamente, pero veía. Pero un minuto más tarde, el aparato se detuvo. Recordaba ahora que Peter había dicho que los ejes se calentaban y expandían después de un minuto de funcionamiento. Bien, aquello podía tener mucha importancia. Un minuto podía ser suficiente y los ejes se habrían enfriado cuando llegase a la Plaza.

Pero necesitaría poder variar la velocidad. Entre la multitud de piezas que cubrían el banco de trabajo, encontró un pequeño reóstato y lo intercaló en uno de los hilos que iban de las gafas a la batería.

Aquello era todo lo que podía hacer. No tenía tiempo para hacer más pruebas. Se levantó los anteojos hasta la frente y corrió hacia el ascensor. Un momento más tarde, estaba en la calle corriendo hacia la Plaza, a dos manzanas de distancia.

Cuando llegó vio la inmensa multitud reunida allí, mirando a los dos grandes balcones del edificio del Directorio. En el inferior habían varias personas a quienes conocía: el Dr. Skidder, Walter Johnson. Hasta el teniente Borgesen esta allí.

En el más alto, el Director Barr Maxon estaba solo, hablando al gentío que se extendía por la plaza. Su voz sonora lanzaba frases reivindicando el poderío del Imperio. A unos cuantos pasos de él, entre las gentes, Caquer distinguió el cabello blanco del Profesor Gordon y la cabellera dorada de Jane Gordon a su lado. Se preguntó si también se encontraban bajo aquel embrujo. No había duda que habían sido engañados o no se encontrarían allí. Comprendió que sería inútil el tratar de hablarles, el explicarles lo que iba a tratar de hacer.

El Teniente Caquer se colocó las gafas delante de los ojos, momentáneamente ciego porque los brazos cerraban en aquel momento los arcos de cristal. Pero sus dedos hallaron el reóstato, que estaba en cero, Y empezaron a moverlo lentamente hacia su máximo.

Y entonces, a medida que los brazos limpiadores empezaron su loca danza y fueron acelerando, empezó a ver. Al principio confusamente. A través de los cristales en forma de arco, miró a su alrededor. En el balcón inferior no observó nada de particular, pero en el balcón más alto, la figura del Director Barr Maxon repentinamente se hizo confusa.

Había un hombre de pie en el balcón, que llevaba un casco de apariencia extraña, que le cubría hasta los hombros y en su parte superior había una rueda de unos diez centímetros de diámetro, compuesta de espejos y prismas.

La rueda aparecía inmóvil, debido al efecto estroboscópico de los anteojos mecánicos. Por un instante la velocidad de los limpiacristales estuvo sincronizada con la rotación de la Rueda, de modo que cada imagen sucesiva de la Rueda la mostraba en la misma posición, y para los ojos de Caquer la Rueda de Vargas estaba inmóvil y pudo verla.

Entonces las gafas se atascaron.

Pero ya no las necesitaba.

Sabía que Barr Maxon, o quienquiera que fuese el que estaba en aquel balcón, era el Poseedor de la Rueda de Vargas.

En silencio y procurando no llamar la atención, Caquer corrió por entre los grupos y alcanzó una puerta lateral del edificio del Directorado.

Había un centinela de guardia.

—Lo siento, señor, pero no se permite la...

El guardia trató de desviar el golpe, demasiado tarde. El plano de la espada del Teniente Caquer le golpeó en un lado de la cabeza y cayó.

El interior del edificio parecía desierto. Caquer subió corriendo la escalinata que lo llevaría al piso de aquel balcón y atravesó el gran salón dirigiéndose a la puerta del balcón.

Irrumpió a través de ella y el Director Maxon se volvió. Ya no se veía el casco en su cabeza. Caquer había perdido las gafas, pero aunque no pudiera verlo, Caquer sabía que el casco y la Rueda estaban en su lugar funcionando y que ésta era su única oportunidad.

Maxon vio el rostro del Teniente Caquer y su espada desenvainada.

Entonces, abruptamente, la figura de Maxon se desvaneció. Le pareció a Caquer —aunque sabía que aquello no podía ser— que la figura ante él era la de Jane Gordon, mirándole suplicante, hablándole en un tono angustioso.

—Rod, no lo... —ella empezó a decirle.

Pero él sabía que no era Jane. Una ilusión, en defensa propia, le había sido proyectada por el operador de la Rueda de Vargas.

Caquer levantó la espada y la dejó caer con toda su fuerza.

Hubo un sonido de cristal roto y el ruido de metal contra metal, cuando su espada cortó a través del casco.

Ahora podía ver que no era Jane, sólo un hombre muerto en el suelo, con la sangre corriendo a través de un corte en el extraño y complicado casco, completamente destrozado. Un casco que ahora será visto por todo el mundo y también por el Teniente Caquer.

Del mismo modo que todo el mundo, incluyendo a Caquer, podía reconocer al hombre que lo había usado.

Sí, era Willem Deem. Y esta vez, Rod Caquer sabía que verdaderamente era

Willem Deem...

—Pensé —dijo Jane Gordon— que te ibas a marchar a Ciudad Callisto sin ni siquiera despedirte de nosotros.

Rod Caquer tiró su sombrero en la dirección de una percha.

—Oh, eso —dijo—. No estoy ni siquiera seguro de que vaya a aceptar el puesto de Coordinador de Policía allí. Tengo una semana para decidirme y me quedaré en esta ciudad hasta entonces. ¿Cómo te encuentras, Jane?

—Perfectamente, Rod. Siéntate. Papá llegará pronto y tiene muchas cosas para preguntarte. ¿Cómo es que no te hemos visto desde la manifestación en la Plaza?

Es gracioso cómo un hombre puede ser tan tonto, a veces.

Pero era verdad que él se había declarado tantas veces y había sido rechazado, que quizá toda la culpa no era suya.

Él sólo pudo quedarse mirándola.

—Rod, supongo que todos los hechos no han aparecido en los programas de televisión —dijo ella—. Ya sé que tendrás que volver a contarlo todo para mi padre, pero mientras lo esperamos, ¿no quisieras adelantarme alguna cosa?

Rod sonrió.

—No tiene importancia, realmente, Jane —dijo—. William Deem consiguió hacerse, de algún modo, con un libro de la Lista Negra, y descubrió el modo de fabricar una Rueda de Vargas. De modo que hizo una y empezó a pensar cómo usarla.

—Su primera idea fue matar al Director Barr Maxon y hacerse pasar por Director, ajustando el casco de modo que apareciera como Maxon. Colocó el cuerpo de Maxon en su propia tienda y se divirtió mucho con su propio asesinato. Tenía un torcido sentido del humor y disfrutaba al vernos confundidos.

—¿Pero cómo consiguió hacer todo el resto? —preguntó la muchacha.

—Se encontraba allí con la apariencia de Brager y pretendió descubrir su propio cuerpo. Dio una descripción de la causa de la muerte e hizo que Skidder, yo y los sanitarios viéramos el cuerpo de Maxon, cada uno de una manera distinta. No es extraño que casi nos volviésemos locos.

—Pero Brager recordaba haber estado allí —objetó ella.

—Brager estaba en el Hospital en aquel momento, pero Deem lo vio más tarde e implantó en su mente el recuerdo de haber descubierto el cuerpo de Deem —explicó Caquer—. Naturalmente, Brager pensó que había estado allí.

»Entonces mató al secretario confidencial de Maxon, porque habiendo estado tanto tiempo en contacto con Maxon, el secretario podía haber sospechado algo fuera de lo normal, aunque no hubiese podido decir lo que era. Éste fue el segundo cadáver de Deem, que a estas alturas estaba divirtiéndose mucho cuando vio el lío en que estábamos.

Y desde luego nunca envió a buscar un investigador especial a Ciudad Callisto.

Estaba jugando conmigo, haciéndome creer que iba a encontrar a un detective y haciendo que el detective fuese Willem Deem otra vez. Casi me volví loco, entonces.

—Pero, ¿cómo fue, Rod, que no tenías las mismas ideas que los demás? Me refiero a ese asunto de conquistar Callisto y todo lo demás —preguntó ella—. ¿Estuviste libre de este aspecto de la hipnosis?

Caquer se encogió de hombros.

—Quizá fue debido a que no llegué a ver el discurso de Skidder en la televisión —sugirió—. Desde luego no se trataba de Skidder sino de Deem bajo otra apariencia, llevando el casco. Y quizá me excluyó deliberadamente a mí, porque tenía una clase anormal de diversión al ver mis esfuerzos por resolver las muertes de dos Willem Deem. Es difícil saberlo. Es posible que yo estuviese ligeramente afectado por la tensión nerviosa y por esa razón fuese en parte resistente a la hipnosis general.

—¿Crees que realmente quería gobernar sobre todo Callisto, Rod? —preguntó Jane.

—Nunca sabremos, con seguridad, hasta dónde quería o esperaba llegar más tarde. Al principio estaba experimentando con los poderes de la hipnosis, por medio de la Rueda. La primera noche, sacó a las gentes de sus casas y las hizo andar por las calles, y luego las mandó regresar e hizo que lo olvidaran. Fue una prueba, sin duda.

»Deem era, indudablemente, psicopático, y no podemos adivinar cuál era su plan completo —continuó Caquer—. ¿Has comprendido cómo funcionaban los anteojos para neutralizar la influencia de la Rueda de Vargas, Jane?

—Creo que sí. Esa fue una brillante idea, Rod. Es lo mismo que cuando se toma una película de una rueda en movimiento, ¿no? Si la cámara se sincroniza con la rotación de la rueda, de modo que a cada fotografía sucesiva la rueda dé un giro completo, entonces parece que la rueda esté inmóvil cuando se proyecta la película.

Caquer asintió.

—Exactamente. Tuve suerte en poder conseguir esos anteojos. Durante un segundo pude ver a un hombre de pie, en el balcón, llevando un casco; eso era todo lo que necesitaba saber.

—Pero, Rod, cuando apareciste en el balcón no llevabas ya las gafas. ¿No podía haberte detenido por medio de la hipnosis?

—Por suerte, no lo hizo. Supongo que no tuvo tiempo de dominar a mi mente. Sin embargo, me proyectó una ilusión. No era ni Barr Maxon ni Willem Deem la persona que vi allí en el último instante. Eras tú, Jane.

—¿Yo?

—Sí, tú misma. Creo que él sabía que estaba enamorado de ti, y eso fue lo primero que se le ocurrió; que no me atrevería a usar la espada si yo creía que la dirigía contra ti. Pero no lo eras, a pesar de la evidencia de mis ojos, de modo que di el golpe.

Se estremeció ligeramente al recordar la fuerza de voluntad que había necesitado para levantar la espada contra ella.

—Lo peor de todo fue que te vi allí de pie, como siempre he deseado verte, con los brazos tendidos hacia mí y mirándome como si realmente me amaras.

—¿De este modo, Red?

Y esta vez no fue obtuso para comprender lo que ella quería decir.

SIRIO CERO

(Nothing Sirius)

Felizmente extraje las últimas monedas de nuestras máquinas y las conté, mientras Ma anotaba las cifras en el librito rojo a medida que yo se las cantaba. Eran unas bonitas cifras.

Sí, habíamos conseguido una buena recaudación en los dos planetas de Sirio, Thor y Freda. Especialmente en Freda. Esas pequeñas y aisladas colonias de la Tierra darían lo que fuera por cualquier clase de entretenimiento, y el dinero no significaba nada para ellos. Hicieron largas colas para entrar en nuestra tienda y meter sus monedas en nuestras máquinas, y así compensaron los elevados gastos del viaje que habíamos hecho por nuestra cuenta y riesgo.

Sí, esas cifras que Ma estaba anotando eran muy consoladoras. Naturalmente, las había sumado mal, pero Ellen se encargaría de subsanar el error en cuanto Ma se diese por vencida. Ellen está dotada para los números. Y para muchas otras cosas, si es que un padre puede decir eso de su única hija. De todos modos es mérito de Ma, no mío. Yo soy una persona del montón.

Guardé la caja de monedas de la Carrera Espacial y alcé la vista.

—Ma... —empecé a decir. Entonces la puerta que daba al compartimiento del piloto se abrió y John Lane apareció en el umbral. Ellen, sentada enfrente de Ma, dejó el libro y también alzó la vista. Era toda ojos y éstos brillaban.

Johnny saludó militarmente, con el saludo reglamentario que todo piloto de una nave particular debe hacer al propietario y capitán de la nave. Este saludo tenía la virtud de exasperarme, pero no podía decirle que prescindiera de él porque las reglas así lo establecían.

Dijo:

—Un objeto a proa, capitán Wherry.

—¿Un objeto? —inquirí—. ¿Qué clase de objeto?

Verán, por la voz de Johnny y por el rostro de Johnny, era imposible adivinar si se trataba de algo importante o no. La Escuela Politécnica de Ciudad de Marte les enseña a ser estrictamente inexpresivos, y Johnny se había graduado magna cum laude. Es un buen muchacho, pero anunciaría el fin del mundo con la misma voz que emplearía para anunciar la cena, si fuese labor del piloto anunciar la cena.

—Parece un planeta, señor —fue todo lo que dijo.

Necesité unos minutos para asimilar sus palabras.

—¿Un planeta? —pregunté, sin demasiada brillantez. Lo miré fijamente, confiando en que hubiese bebido o algo por el estilo. No porque tuviese nada que objetar al hecho de que viera un planeta estando sobrio, sino porque si Johnny

descendía alguna vez al nivel de tomar unas copas, era probable que el alcohol disolviera en parte la rigidez de su espalda. Entonces yo tendría alguien con quien intercambiar historias. Viajar por el espacio con sólo dos mujeres y un graduado de la Politécnica que obedece todas las reglas puede resultar muy aburrido.

—Un planeta, señor. Un objeto de dimensiones planetarias, diría yo. Diámetro de unos cuatro mil quinientos kilómetros, distancia de unos tres millones, curso aparente de una órbita alrededor de la estrella Sirio A.

—Johnny —dije—, nos encontramos dentro de la órbita de Thor, que es Sirio I, lo cual significa que es el primer planeta de Sirio, de modo que, ¿cómo puede haber un planeta dentro de esa órbita? No me estarás tomando el pelo, ¿verdad?

—Puede usted examinar la visiplaca, señor, y comprobar mis cálculos —replicó estiradamente.

Me levanté y entré en la cabina del piloto. Era cierto, en el centro de la visiplaca delantera había un disco. Comprobar sus cálculos era algo impensable. Mis matemáticas terminaban en el punto donde terminaba la suma de las monedas de las máquinas. Me mostré dispuesto a aceptar su palabra respecto a los cálculos.

—Johnny —exclamé, casi gritando—, ¡hemos descubierto un nuevo planeta! ¿No es extraordinario?

—Sí, señor —comentó él, con su desapasionada voz habitual.

Era algo extraordinario, pero no tanto. Quiero decir que el sistema de Sirio ha sido colonizado hace poco tiempo y que no era demasiado sorprendente encontrar un pequeño planeta de cuatro mil quinientos kilómetros sin descubrir aún. Especialmente (aunque esto no se sabía) si su órbita es muy excéntrica.

La cabina del piloto era demasiado pequeña para albergar también a Ma y Ellen, por lo que se quedaron junto a la puerta, y yo me aparté un poco para que vieran el disco en la visiplaca.

—¿Cuánto tardaremos en llegar allí, Johnny? —quiso saber Ma.

—Nuestro punto de máxima aproximación en este rumbo se producirá dentro de dos horas, señora Wherry —repuso—. Pasaremos a un millón de kilómetros de él.

—Oh, ¿de verdad? —quise saber yo.

—A menos, señor, que crea aconsejable modificar la ruta y pasar a mayor distancia.

Me aclaré la garganta, miré a Ma y Ellen, y vi que a ellas les parecía bien.

—Johnny —dije—, pasaremos a una distancia menor. Siempre he deseado ver un nuevo planeta no contaminado por manos humanas. Aterrizaremos allí aunque no podamos abandonar la nave sin máscaras de oxígeno.

El repuso: «Sí, señor», y saludó, pero me pareció observar una lucecita de desaprobación en sus ojos. Oh, en caso de que así fuera, le sobraba razón. Nunca se sabe lo que se puede encontrar en un territorio virgen del espacio. Un cargamento de

lonas y máquinas tragaperras no es el equipo idóneo para explorarlo, ¿verdad?

Pero el Piloto Perfecto nunca se opone a una orden del propietario, ¡maldita sea! Johnny tomó asiento y empezó a pulsar teclas de la calculadora así que nosotros salimos para dejarle trabajar.

—Ma —dije—, soy un maldito tonto.

—Lo serías si no lo fueras —replicó ella. Yo sonreí cuando hube logrado descifrarlo, y miré a Ellen.

Pero ella no me miraba. Volvía a tener aquella expresión soñadora en los ojos. Me hizo desear entrar en la cabina del piloto y dar un puñetazo a Johnny para ver si eso lo espabilaba.

—Escucha, cariño —dije—, ese Johnny...

Pero noté que algo me quemaba en la mejilla y comprendí que Ma me estaba mirando, así que me callé. Saqué una baraja de cartas e hice un solitario hasta que aterrizamos.

Johnny salió de la cabina y saludó.

—Hemos aterrizado, señor —dijo—. Atmósfera de uno dieciséis en el marcador.

—Y —preguntó Ellen— ¿qué significa eso en cristiano?

—Es respirable, señorita Wherry. Un poco alto en nitrógeno y bajo en oxígeno si lo comparamos con el aire de la Tierra, pero de todos modos decididamente respirable.

Ese muchacho era una verdadera joya cuando se trataba de mostrarse preciso.

—Así pues, ¿a qué esperamos? —quise saber.

—Sus órdenes, señor.

—Dejémonos de órdenes, Johnny. Abre la puerta y salgamos.

Una vez la puerta estuvo abierta, Johnny salió el primero, armado con dos pistolas lanzarrayos. Nosotros le seguimos.

Fuera hacía fresco, pero no frío. El paisaje era muy semejante al de Thor, con desnudas colinas de tierra verdosa. Había vida vegetal, consistente en una planta marronosa y tupida que parecía una especie de rodadora.

Eché una ojeada para calcular la hora y vi que Sirio se encontraba casi en el cenit, lo cual significaba que Johnny había aterrizado en medio del lado diurno.

—Johnny —pregunté—, ¿tienes idea de cuál es el período de rotación?

—Sólo he tenido tiempo para hacer un cálculo aproximado, señor. El resultado fue de veintiuna horas y diecisiete minutos.

Había dicho que era un cálculo aproximado.

Ma comentó:

—No necesitamos un cálculo más exacto. Disponemos de toda la tarde para dar un paseo; ¿qué esperamos?

—La ceremonia, Ma —le dije—. Tenemos que bautizar este sitio, ¿no? ¿Dónde

pusiste aquella botella de champaña que guardábamos para mi cumpleaños? Me parece que ésta es una ocasión más importante.

Me dijo dónde, y yo entré para buscar la botella y unos vasos.

—¿Se te ocurre algún nombre, Johnny? Tú has sido el primero en verlo.

—No, señor.

—Lo malo es que ahora Thor y Freda tengan el nombre equivocado. Quiero decir que Thor es Sirio I y Freda es Sirio II, y como esta órbita está dentro de la suya, tendrían que ser II y III respectivamente. O bien este planeta debería ser Sirio 0, lo cual significa que es Nada Sirio [\[1\]](#).

Ellen sonrió, y creo que Johnny la habría imitado si no lo hubiese considerado indecoroso.

Pero Ma frunció el ceño.

—William... —dijo, y habría puesto alguna objeción si en aquel momento no hubiese ocurrido nada.

Una figura apareció en la cima de la colina más próxima. Ma era la única que se encontraba de cara a ella y dejó escapar un grito, al mismo tiempo que me asía por un brazo. Entonces todos nos volvimos y miramos.

Era la cabeza de algo que parecía un avestruz, sólo que debía de ser más grande que un elefante. Llevaba un cuello blanco y una pajarita de lunares azules, así como un sombrero. El sombrero era de color amarillo y tenía una larga pluma morada. La criatura nos observó un minuto, guiñó burlonamente un ojo, y escondió la cabeza.

Ninguno de nosotros dijo nada durante unos instantes y después yo suspiré profundamente.

—Eso —dije— ha acabado de decidirme. Planeta, yo te bautizo con el nombre de Sirio Cero.

Me agaché y golpeé el cuello de la botella de champaña sobre la tierra, pero lo único que conseguí fue agrietar la tierra. Miré a mi alrededor en busca de una piedra. No vi ninguna.

Extraje el sacacorchos que llevaba en el bolsillo y abrí la botella. Todos bebimos excepto Johnny, que sólo tomó un sorbo simbólico porque no bebe ni fuma. Yo, por mi parte, tomé un buen trago. Después tiré unas gotas al suelo y volví a tapar la botella; tenía el presentimiento de que yo lo necesitaría más que el planeta. En la nave teníamos mucho whisky y algo de cerveza marciana, pero ninguna otra botella de champaña. Dije:

—Bueno, ¡en marcha!

Sorprendí la mirada de Johnny y le oí decir:

—¿Lo considera oportuno sabiendo que hay —uh— habitantes?

—¿Habitantes? —repuse—. Johnny, sea lo que sea esa criatura que ha asomado la cabeza por la colina, no era un habitante. Y si vuelve a asomarla, le daré un buen

golpe con esta botella.

Pero de todos modos, antes de ponernos en camino, entré en la Chitterling y cogí un par de pistolas lanzarrayos más. Me metí una en el cinturón y di la otra a Ellen; ella tiene mejor puntería que yo. Ma no sería capaz de dar en la fachada de un edificio de la administración, así que no le di ninguna.

Nos pusimos en marcha y, por una especie de acuerdo tácito, avanzamos en dirección opuesta al lugar por donde había aparecido la extraña criatura. Todas las colinas parecían iguales, y en cuanto hubimos dejado atrás la primera de ellas, perdimos la Chitterling de vista. Pero vi que Johnny miraba continuamente una brújula de pulsera, y comprendí que sabría regresar.

Coronamos la cima de tres colinas sin que sucediera nada, y entonces Ma dijo: «Mirad», y todos miramos.

A unos veinte metros a nuestra izquierda se veía un arbusto de color púrpura. Una especie de zumbido llegó a nuestros oídos. Nos acercamos un poco y vimos que el zumbido procedía de una nube de criaturas que volaban alrededor del arbusto. Parecían pájaros hasta que las mirabas por segunda vez y veías que sus alas estaban inmóviles. Pero, sin embargo, volaban en círculos a su alrededor. Traté de distinguir su cabeza, pero en el lugar de la cabeza sólo había una mancha. Una mancha circular.

—Tienen hélices —observó Ma—; como los aviones antiguos.

Yo también me había fijado.

Miré a Johnny, Johnny me miró, y los dos miramos hacia el matorral. Pero los pájaros, o lo que fueran, se alejaron rápidamente en cuanto clavamos la vista en ellos. Volaban a ras de tierra y habían desaparecido al cabo de un minuto.

Reanudamos nuestra caminata, sin que ninguno dijera nada, y Ellen me alcanzó y siguió andando a mi lado. Los demás no podían oírnos, así que me dijo:

—Papá...

No continuó, de modo que le contesté:

—¿Qué hay, hija?

—Nada —contestó, arrepentida—. No tiene importancia.

Enseguida comprendí lo que había querido decirme, pero no se me ocurrió nada que responder excepto maldecir la Politécnica de Marte, y eso no habría servido de nada. La Politécnica de Marte es demasiado perfecta, igual que su disciplina y sus graduados. Sin embargo, a los diez o doce años de haber salido, algunos consiguen desentumecerse y humanizarse.

Pero Johnny no hacía tanto tiempo que había salido, sólo un año o dos. La oportunidad de pilotar el Chitterling fue una verdadera suerte para él, tratándose de su primer empleo. Tras unos cuantos años con nosotros, podría aspirar a convertirse en capitán de una nave mayor. Ascendería mucha más de prisa que si hubiera tenido que empezar como oficial en una nave mayor.

El único problema consistía en que era demasiado guapo, y él no lo sabía. No sabía nada que no le hubieran enseñado en la Politécnica, y todo lo que le enseñaron fue matemáticas, navegación espacial, y cómo saludar correctamente; pero no le habían enseñado a no hacerlo.

—Ellen —empecé a decir—, no...

—¿Sí, papá?

—Uh... nada. No tiene importancia. —Mi intención fue decir algo muy distinto, pero de repente ella me sonrió, yo le sonreí, y fue como si hubiéramos hablado de todo. Es cierto que no llegamos a ninguna parte, pero tampoco habríamos llegado a ninguna parte si hubiéramos hablado, aunque no sé si comprenderán lo que quiero decir.

En aquel momento llegamos a la cima de una pequeña elevación de terreno, y nos detuvimos en seco porque, justo enfrente, se hallaba el final de una calle asfaltada.

Una calle plástiasfaltada como las que hay en cualquier lugar de la Tierra, con bordillos, aceras, alcantarillas y la línea de tráfico pintada en el centro. La diferencia residía en que no llevaba a ninguna parte, es decir, al lugar donde nosotros nos encontrábamos, y desde allí hasta la cima de la próxima colina, pero no se divisaba ni una casa, ni un vehículo, ni una criatura.

Miré a Ellen y ella me miró a mí, y después ambos miramos a Ma y Johnny Lane, que acababan de darnos alcance.

—¿Qué es esto Johnny? —pregunté.

—Parece una calle, señor.

Vio la mirada que le dirigí y se sonrojó ligeramente. Se agachó y examinó el asfaltado con más detenimiento, pero cuando se levantó parecía más sorprendido que antes.

—Bueno, ¿qué es? ¿Azúcar quemado? —inquirí.

—Es Permaplast, señor. Al parecer, no somos los descubridores de este planeta, porque este producto sólo se fabrica en la Tierra.

—Hum —murmuré—. ¿No crees que los nativos podrían haber descubierto el mismo proceso? Es posible que tengan los mismos ingredientes.

—Sí, señor. Pero, si mira detenidamente los adoquines, verá que llevan la marca registrada.

—¿No crees que los nativos podrían...? —Me callé, porque me di cuenta de que iba a decir una tontería. Pero es muy duro pensar que has descubierto un nuevo planeta y ver adoquines con la marca registrada de la Tierra en la primera calle que encuentras—. Pero, ¿qué hace una calle en este lugar? —quise saber.

—Sólo hay una forma de averiguarlo —respondió Ma con sensatez—. Debemos seguirla. ¿Qué esperamos?

Así que seguimos adelante, con un piso mucho mejor, y al llegar a la siguiente

colina vimos un restaurante. Un edificio de ladrillo rojo y dos pisos con un letrero que rezaba «Restaurante Bon-Ton», escrito en inglés antiguo.

Dije: «Que me ahorquen si...», pero Ma me tapó la boca con una de sus manos antes de que pudiera terminar, lo cual posiblemente fuera una suerte, pues me disponía a decir algo muy poco conveniente. El edificio estaba a unos cien metros de distancia, junto a una curva de la calle.

Eché a andar más de prisa y fui el primero en llegar. Abrí la puerta e hice ademán de entrar. Sin embargo, me quedé clavado en el umbral, dejando la puerta abierta. Era una fachada falsa, como un decorado cinematográfico, y lo único que se veía a través de la puerta eran más colinas verdesas.

Retrocedí unos pasos y observé el letrero del «Restaurante Bon-Ton», mientras los demás me alcanzaban y miraban a través de la puerta. Permanecimos allí hasta que Ma se impacientó y dijo:

—Bueno, ¿qué piensas hacer?

—¿Qué quieres que haga? —repliqué—. ¿Entrar y pedir una langosta para cenar? ¿Con champaña...? Vaya, lo había olvidado.

Aún llevaba la botella de champaña en el bolsillo de la chaqueta; la saqué y se la di primero a Ma y después a Ellen, terminándome casi todo lo que quedó; debí de beber demasiado aprisa porque las burbujas me hicieron cosquillas en la nariz y tuve que estornudar.

Sin embargo, me sentí dispuesto a afrontar lo que fuese, y me acerqué nuevamente al umbral del edificio que no existía. Pensé que quizá viera una indicación de la fecha en que fue levantado, o algo por el estilo. No vi ninguna indicación. El interior o, mejor dicho, la parte posterior de la fachada, era liso y suave como una superficie de cristal. Parecía sintética.

Inspeccioné la fachada posterior, pero lo único que vi fue una serie de agujeros que parecían hechos por insectos. Y eso es lo que debían ser, porque había una gran cucaracha negra sentada (o quizá de pie: ¿cómo vas a saber si una cucaracha está sentada o de pie?) junto a uno de ellos. Me acerqué un poco más y el bicho se introdujo de un salto en el agujero.

Cuando volví a reunirme con los demás, me sentía un poco mejor. Dije:

—Ma, he visto una cucaracha. Y ¿sabes lo que más me ha llamado la atención de ella?

—¿Qué? —preguntó.

—Nada —le dije—. Eso es lo raro, que no tenía nada raro. Aquí, los avestruces llevan sombrero, los pájaros tienen hélices, las calles no conducen a ningún sitio, y las casas sólo tienen fachada; pero esa cucaracha ni siquiera tenía plumas.

—¿Estás seguro? —dijo Ellen.

—Claro que estoy seguro. Subamos a la próxima colina y veamos lo que hay al

otro lado.

Subimos, y vimos. Entre esa colina y la siguiente, el camino describía otra curva, y ante nosotros se hallaba la fachada de una tienda con un letrero que decía «Penny Arcade».

Esta vez ni siquiera aflojé el paso. Dije:

—Han copiado ese letrero de Sam Heideman. ¿Recuerdas a Sam y los viejos tiempos, Ma?

—¡Ese borracho inútil! —repuso Ma.

—Pero, Ma, a ti también te gustaba.

—Sí, y tú también, pero eso no significa que tu o él no seáis...

—¡Que cosas tienes, Ma! —la interrumpí. Ya habíamos llegado frente a la tienda. Parecía realmente de lona, pues se balanceaba suavemente. Dije—: Yo no tengo ánimos. ¿Quién quiere meter la cabeza primero?

Pero Ma ya lo había hecho. La oí decir:

—¡Vaya, hola, Sam, viejo borracho!

—Ma, no bromees porque... —empecé a decir.

Pero entonces ya había entrado en la tienda, porque era una tienda, bastante grande por cierto. A mi alrededor se alineaban las conocidas máquinas tragaperras. Y allí, contando monedas en la grita del cambio, estaba Sam Heideman en persona, mirándome con una expresión tan asombrada como la mía.

—¡El viejo Wherry! —exclamó—. ¡Vaya con la sorpresa! —Lo malo es que no dijo «vaya»... pero no se molestó en disculparse ante Ma y Ellen hasta que él y yo nos hubimos golpeado enérgicamente la espalda, y le hube presentado a Johnny Lane.

Era igual que en los viejos tiempos, cuando estábamos en las ferias de Marte y Venus. Empezó a contar a Ellen lo alta que ella era la última vez que la vio y a preguntarle si realmente se acordaba de él.

En aquel momento Ma sorbió.

Cuando Ma sorbe de este modo, significa que algo le ha llamado la atención, así que aparté los ojos del viejo Sam, miré a Ma, y después al lugar hacia donde Ma estaba mirando. No sorbí, pero me quedé boquiabierto.

Una mujer venía hacia nosotros desde el fondo de la tienda, y digo que era una mujer porque no se me ocurre la palabra apropiada para describirla, si es que hay alguna. Era santa Cecilia, Ginebra y una favorita en una sola persona. Era como una puesta de sol en Nuevo México y las frías lunas plateadas de Marte vistas desde los Jardines Ecuatoriales. Era como un valle de Venus en primavera, y como Dorzalski tocando el violín. Era algo extraordinario.

Oí una exclamación junto a mí, que me resultó desconocida. Tardé un segundo en comprender por qué; era la primera vez que a Johnny Lane se le escapaba una exclamación en mi presencia. Tuve que hacer un esfuerzo pero desvié la vista para

mirar su rostro. Y pensé: «Oh..., oh. ¡Pobre Ellen!» Porque el pobre muchacho estaba embelesado, eso era indudable.

Y, justo a tiempo —es posible que al ver a Johnny me ayudara—, conseguí recordar que ya he pasado de los cincuenta y que soy feliz en mi matrimonio. Me agarré al brazo de Ma y resolví no soltarlo.

—Sam —dije—, ¿qué diablos...? Bueno, quiero decir...

Sam se volvió y miró a su espalda. Dijo:

—Señorita Ambers, me gustaría presentarle a unos viejos amigos míos que acaban de llegar. Señora Wherry, ésta es la señorita Ambers, la estrella cinematográfica.

Después terminó las presentaciones; primero Ellen, después yo, y después Johnny. Ma y Ellen se mostraron extremadamente corteses. Yo, por mi parte, quizá exagerase al pretender no fijarme en la mano que la señorita Ambers me tendía. Ya soy viejo, y tuve el presentimiento de que podría olvidarme de soltársela si se la estrechaba. Ya pueden imaginarse la clase de muchacha que era.

Johnny si que se olvidó de soltársela.

Sam me estaba diciendo:

—Oye, viejo pirata, ¿qué estás haciendo aquí? Pensaba que te dedicabas a las colonias, y jamás hubiera creído encontrarte en un decorado cinematográfico.

—¿Un decorado cinematográfico? —Las cosas empezaban a tener algo de sentido.

—Desde luego; Cine Planetario, S.A. Yo soy el asesor técnico de las escenas que tienen lugar en una feria. Querían unas imágenes de una sala de juegos, así que desempolvé mis viejos trastos y los instalé aquí. En este momento, todos los muchachos están en el campo de operaciones.

Empecé a comprender.

—¿Y la fachada del restaurante que hay más arriba? ¿También es un decorado? —inquirí.

—Claro, y la calle también. No la necesitaban pero tuvieron que filmar cómo la hacían para una secuencia.

—¡Ah! —Seguí preguntando—: ¿Y el avestruz de la pajarita, y los pájaros con hélices? Eso no puede ser un truco cinematográfico. ¿O sí lo es? —Había oído decir que Cine Planetario hacía cosas que parecían imposibles.

Sam meneó la cabeza con expresión desorientada.

—Ni hablar. Debes de haberte tropezado con miembros de la fauna local. Hay algunos, pero no muchos, y no nos molestan para nada.

Ma dijo:

—Escúchame bien, Sam Heideman, ¿cómo es que si este planeta ha sido descubierto, no hemos oído hablar de él? ¿Desde cuando se conoce su existencia, y

de qué se trata todo esto?

Sam soltó una carcajada.

—Un hombre llamado Wilkins descubrió este planeta hace unos diez años. Informó al Consejo pero, antes de que difundieran la noticia, Cine Planetario se enteró y ofreció al Consejo un alquiler muy considerable por el lugar con la condición de que se mantuviera en secreto. Como aquí no hay minerales ni nada de valor y la tierra no vale un céntimo, el Consejo se lo alquiló en esas condiciones.

—Pero ¿por qué tiene que ser un secreto?

—No hay visitantes, no hay distracciones, y han dado esquinazo a sus competidores. Todas las grandes compañías cinematográficas se espían unas a otras e intentan birlarse las buenas ideas. Aquí tienen todo el espacio que quieren y pueden trabajar en paz y sin que nadie les moleste.

—¿Qué harán cuando sepan que hemos descubierto su escondite? —pregunté.

Sam soltó otra carcajada.

—Me imagino que, ahora que estáis aquí, os tratarán a cuerpo de rey e intentarán convenceros de que no os vayáis de la lengua. Además, quizá consigáis un pase gratuito para todos los cines de la cadena Planetario.

Se acercó a un armario y volvió con una bandeja llena de botellas y vasos. Ma y Ellen rehusaron, pero Sam y yo nos servimos una copa de un licor muy bueno. Johnny y la señorita Ambers hablaban seriamente en un rincón de la tienda, así que no les molestamos, especialmente después de haberle dicho a Sam que Johnny no bebía.

Johnny aún no le había soltado la mano y la miraba fijamente a los ojos como un cachorro mareado. Observé que Ellen se volvía de espaldas para no tener que verlos. lo sentí por ella, pero no podía hacer nada para remediarlo. Esas cosas ocurren. Y si no hubiera sido por Ma...

Pero vi que Ma empezaba a ponerse nerviosa y dije que lo mejor era regresar a la nave para vestirnos más elegantemente, ya que iban a tratarnos a cuerpo de rey. Además, acercaríamos la nave. Estimé que podíamos quedarnos unos cuantos días en Nada Sirio. Sam se desternilló de risa cuando le expliqué que habíamos bautizado el planeta con ese nombre, después de una ojeada a la fauna local.

Entonces aparté amablemente a Johnny de la estrella cinematográfica y le conduje al exterior. Su cara tenía una expresión ausente y dichosa, e incluso olvidó saludar cuando le hablé. Tampoco me llamó «señor». La verdad es que no dijo absolutamente nada.

Los demás tampoco abrimos la boca, mientras subíamos por la calle.

Había algo que me inquietaba y no podía concretar qué era. Había algo que no encajaba, algo que no tenía sentido.

Ma también estaba preocupada. Finalmente la oí decir:

—Escucha, si de verdad quieren mantener el secreto acerca de este lugar, ¿no crees que quizá... uh...?

—No, claro que no —repuse, con cierta brusquedad. Sin embargo, no era eso lo que me inquietaba.

Bajé la mirada hasta aquella carretera tan nueva y perfecta, y comprendí que en ella había algo que no me gustaba. Me acerqué al bordillo y seguí andando junto a él, observé la tierra verdosa de los alrededores, pero no vi nada más que agujeros y cucarachas como las que ya había visto en el restaurante Bon-Ton.

No obstante, quizá no fueran cucarachas, a menos que la compañía cinematográfica las hubiera traído. Pero se parecían demasiado a las cucarachas a efectos prácticos, si es que una cucaracha tiene algún efecto práctico. No tenían pajarita, ni hélices, ni plumas. Eran cucarachas normales y corrientes.

Salí de la faja pavimentada e intenté pisar una o dos, pero se escaparon y desaparecieron en el interior de los agujeros. Eran muy rápidas.

Volví a la carretera y seguí andando junto a Ma. Cuando me preguntó: «¿Qué hacías?», yo le contesté: «Nada».

Ellen se había situado al otro lado de Ma y mantenía un semblante deliberadamente inexpresivo. Deduje que estaba pensando y deseé poder ayudarlas. Lo único que se me ocurría era quedarnos un tiempo en la Tierra después de aquel viaje, para darle la oportunidad de olvidar a Johnny conociendo a otros muchachos de su edad. Quizá encontrase alguno que le gustara.

Johnny parecía aturdido. Estaba en el séptimo cielo, y había caído de repente, como suelen hacer los muchachos como él. Quizá no fuese amor, sino únicamente apasionamiento, pero en ese instante no sabía en qué planeta estaba.

En aquel momento coronamos la primera colina, y perdimos de vista la tienda de Sam.

—Papá, ¿has visto alguna cámara cinematográfica por los alrededores? —preguntó súbitamente Ma.

—No, pero esas máquinas cuestan millones. No las dejan por ahí cuando no se utilizan.

Enfrente de nosotros se alzaba la fachada del restaurante. Tenía un curioso aspecto desde donde nos encontrábamos, ya que lo veíamos de lado. Aparte de esto, no se veía nada más que la carretera y las verdosas colinas.

En el pavimento no había ninguna cucaracha, y me di cuenta de que no habíamos visto ninguna sobre el asfalto. Al parecer nunca subían a la carretera ni la cruzaban. ¿Por qué razón iba una cucaracha a cruzarla? ¿Para pasar al otro lado?

Seguía estando inquieto por algo, algo que tenía menos sentido que cualquier otra cosa.

Esta sensación fue aumentando a medida que avanzábamos. Deseé poder tomar

otra copa. El sol Sirio descendía hacia la línea del horizonte, pero aún hacía mucho calor. Incluso llegué a desear un vaso de agua.

Ma también parecía cansada.

—Parémonos a descansar —dije—, ya estamos a mitad del camino.

Nos detuvimos. Fue justo delante del Bon-Ton y yo alcé la vista hasta el letrero, sonriendo.

—Johnny, ¿quieres entrar y pedir la cena?

El saludó y contestó: «Sí, señor», y se dirigió hacia la puerta. De repente enrojeció y se detuvo en seco. Yo me reí discretamente y no hice ningún comentario que empeorase su turbación.

Ma y Ellen se sentaron en el bordillo.

Volví a trasponer la puerta del restaurante y comprobé que nada había cambiado. Liso como el cristal en el otro lado. La misma cucaracha —supongo que era la misma— seguía sentada o de pie junto al mismo agujero.

Le dije: «Hola», pero no me contestó, así que traté de pisarla, pero volvió a ser más rápida que yo. Observé algo muy curioso. Había echado a correr hacia el agujero en el mismo instante que decidí pisarla, incluso antes de que pudiera mover un músculo.

Regresé a la fachada, y me apoyé en la pared. Se estaba bien y cómodo. Saqué un cigarro del bolsillo y me dispuse a encenderlo, pero dejé caer la cerilla. Ya casi sabía lo que no encajaba.

Algo concerniente a Sam Heideman.

—Ma —dije—, ¿acaso Sam Heideman no está... muerto?

Y entonces, de repente, dejé de estar apoyado en una pared, porque la pared dejó de estar allí y empecé a caerme hacia atrás.

Oí que Ma y Ellen gritaban.

Me levanté de la tierra verdosa. Ma y Ellen también se estaban levantando, porque el bordillo donde se habían aposentado también había desaparecido. Johnny se tambaleaba ligeramente después de que la carretera se evaporase bajo las suelas de sus zapatos y descendiera unos centímetros.

No se veía ningún letrero, ningún restaurante, y ninguna calle; sólo las colinas verdes. Y... sí, las cucarachas seguían estando allí.

La caída me había trastornado, y estaba loco. Busqué algo para descargar mi locura. Sólo había cucarachas. Ellas no habían desaparecido sin dejar rastro como todo lo demás. Hice una nueva tentativa con la más próxima, y volví a fallar. Esta vez estaba seguro de que se había movido antes que yo.

Ellen miró hacia el lugar donde debía estar la calle, y el lugar donde debía estar el restaurante, mirando después en dirección a donde habíamos venido como preguntándome si la tienda Penny Arcade continuaría allí.

—No está —dije.

—No está, ¿qué? —preguntó Ma.

—No está allí —expliqué.

Ma me miró con impaciencia.

—¿Qué es lo que no está allí?

—La tienda —dije un poco irritado—. La compañía cinematográfica. Todo el asunto. Y especialmente Sam Heideman. Fue cuando recordé lo de San Heideman... hace cinco años, en Ciudad Luna, oímos que había muerto... Así que él no estaba allí. Nada de ello estaba allí. Y en cuanto me di cuenta, ellos lo hicieron desaparecer todo.

—¿Ellos? ¿A quién te refieres al decir «ellos», papá Wherry? ¿Quiénes son «ellos»?

—¿De verdad quieres saberlo? —pregunté, pero la mirada de Ma me hizo parpadear.

—Este no es sitio para hablar —proseguí—. Lo primero que debemos hacer es regresar a la nave lo más de prisa que podamos. ¿Podrás guiarme hasta allí, Johnny, ahora que no hay carretera?

Él asintió, olvidándose de saludar o llamarme «señor». Reanudamos la marcha, sin que ninguno hablara. Yo no dudaba de que Johnny nos pudiera guiar hasta la nave; estuvo muy bien hasta llegar a la tienda; siguió nuestro rumbo con la brújula de pulsera.

Una vez llegamos al punto donde terminaba la desaparecida carretera, todo fue más fácil, pues veíamos nuestras propias huellas en la tierra, y sólo teníamos que seguirlas. Pasamos la elevación donde habíamos visto el matorral púrpura con los pájaros de hélices, pero los pájaros ya no estaban, y el matorral tampoco.

Sin embargo, el Chitterling seguía allí, gracias a Dios. Lo vimos desde la última colina y estaba exactamente igual que lo habíamos dejado. Parecía un verdadero hogar, y apretamos instintivamente el paso.

Abrí la puerta y me aparté para dejar entrar a Ma y Ellen. Ma ya tenía un pie dentro cuando oímos la voz. Dijo:

—Queremos despedirles.

—Nosotros también queremos despedirles —respondí—. Váyanse al demonio.

Hice una seña a Ma para que entrara en la nave. Cuanto antes nos marcháramos, mejor para todos.

Pero la voz dijo:

—Esperen —En su entonación había algo que nos hizo obedecer—. Queremos explicárselo para que no regresen.

Nada estaba más lejos de mi mente que regresar, pero repliqué:

—¿Por qué no?

—Su civilización no es compatible con la nuestra. Hemos estudiado su mente

para estar seguros. Proyectamos imágenes a partir de las imágenes que encontramos en sus mentes, para estudiar sus reacciones ante ellas. Nuestras primeras imágenes, nuestras primeras proyecciones de ideas, fueron confusas. Pero hemos comprendido su mente cuando han alcanzado el punto más alejado de su caminata. Hemos conseguido proyectar seres iguales a ustedes.

—Sam Heideman, sí —comenté—. Pero ¿qué me dicen de la... la mujer? Ella no podía estar en el recuerdo de ninguno de nosotros porque no la conocíamos.

—Era un compuesto..., lo que ustedes llamarían una idealización. Sin embargo, eso no tiene importancia. Después de estudiarles, hemos visto que su civilización se preocupa por las cosas, mientras que la nuestra se interesa por las ideas. No tenemos nada que ofrecernos. Un intercambio entre ambas razas no haría ningún bien y sí mucho mal. Nuestro planeta no tiene recursos materiales que puedan interesar a su raza.

Tuve que mostrarme de acuerdo en ese sentido, mientras contemplaba la monótona extensión de colinas verdes que sólo parecían albergar unos cuantos matorrales, aunque no demasiados. No tenían aspecto de albergar otra cosa. En cuanto a minerales, no había visto ni un guijarro.

—Tiene razón —contesté—. Cualquier planeta que no tenga más que plantas rodadoras y cucarachas puede arreglárselas como pueda, por lo que a nosotros respecta. Así que... —Entonces se me ocurrió una cosa—. Oiga, espere un momento. Tiene que haber algo más, porque si no, ¿con quién estoy hablando?

—Está hablando —repuso la voz— con lo que usted llama cucarachas, lo cual supone otro punto de incompatibilidad entre nosotros. Para ser más preciso, usted habla a una voz proyectada por el pensamiento, pero nosotros la proyectamos. Y déjeme asegurarle una cosa: que usted nos resulta más repugnante físicamente que nosotros a usted.

Entonces bajé la vista y la vi a tres de ellas, dispuestas a entrar en un agujero si yo hacía un movimiento.

Una vez dentro de la nave, dije:

—Johnny, despeguemos. Destino, la Tierra.

Saludó y dijo: «Sí, señor», entró en la cabina del piloto y cerró la puerta. No salió hasta conectar el piloto automático, con Sirio a nuestra espalda.

Ellen se había ido a su camarote. Ma y yo jugábamos a las cartas.

—¿Puedo tomarme un descanso, señor? —preguntó Johnny, dirigiéndose rígidamente hacia su camarote cuando le dije que sí.

Al cabo de un rato, Ma y yo nos acostamos. A los pocos minutos oímos ruidos. Me levanté para investigar, e investigué.

Volví sonriendo.

—¡Todo está arreglado, Ma! —dije—. Es Johnny Lane y está borracho como una

cuba. —Le di una palmada en el trasero.

—¡Ayyy! —se quejó—. Ya he tenido bastante cayéndome del bordillo. ¿Quieres decirme que tiene de maravilloso que Johnny esté borracho? Tú no lo estás ¿verdad?

—No —admití, posiblemente con algo de tristeza—. Pero, Ma, me ha dicho que me fuera al diablo, y sin saludar, a mí, el propietario de la nave.

Ma se limitó a mirarme. A veces la mujeres son muy listas, pero otras veces son bastante tontas.

—Escucha, te aseguro que no se dará a la bebida —le dije—. Esta es una ocasión especial. ¿No comprendes lo que le ha sucedido a su orgullo y dignidad?

—Te refieres a que...

—A que se ha enamorado de la proyección de pensamiento de una cucaracha —expliqué—. O, por lo menos, eso es lo que él ha creído. Tenía que emborracharse una vez para olvidarlo y, a partir a hora, cuando ya esté sobrio, se comportará como un ser humano. Te apuesto lo que quieras. Y también te apuesto lo que quieras a que entonces verá a Ellen y se dará cuenta de lo guapa que es. Apuesto a que habrá perdido la cabeza por ella antes de que llegemos a la Tierra. Voy buscar una botella y brindaremos por ello. ¡Por Nada Sirio!

Y, por una vez, tuve razón. Johnny y Ellen se prometieron antes de que llegáramos a distancia suficiente de la Tierra como para decelerar.

EL RATÓN ESTELAR

(The Star Mouse)

Mitkey, el ratón, todavía no era Mitkey en aquella época.

Era uno de los muchos ratones que vivían debajo de los tablones del suelo y detrás del yeso de las paredes que constituían la casa del gran Herr Professor Oberburger, anteriormente en Viena y Heidelberg, de donde huyó para escapar a la excesiva admiración de sus compatriotas más poderosos. Esta excesiva admiración no se centraba en el propio Herr Oberburger, sino en cierto gas que había sido el producto secundario de un desafortunado combustible para cohetes que podría haber sido muy afortunado en otro aspecto.

En el caso, naturalmente, de que el Professor hubiese entregado la fórmula correcta. Y esto... Bueno, la cuestión es que el profesor logró huir y ahora vivía en una casa en Connecticut. Igual que Mitkey.

Un ratón pequeño y gris, y un hombre pequeño y gris. No había nada insólito en ninguno de ellos. Particularmente, no había nada insólito en Mitkey; tenía una familia y le gustaba el queso, y si entre los ratones hubiera miembros del Club Rotario, él habría sido uno de ellos.

El Herr Professor, naturalmente, tenía sus pequeñas excentricidades. Soltero empedernido, no disponía de nadie con quien hablar excepto él mismo, pero se consideraba un conversador excelente y mantenía una constante comunicación verbal consigo mismo mientras trabajaba. Este hecho, según se demostró más tarde, era importante, porque Mitkey tenía un oído excelente y se enteraba de todos aquellos monólogos nocturnos. Como es natural, no los entendía. En el caso de que pensara alguna vez en ello, únicamente pensaba que el profesor era un súper-ratón muy grande y ruidoso que chillaba demasiado.

—Und ahorra —se decía a sí mismo—, verremos si este tubo funciona como deberría. Tendría que encajarr al milímetrro. ¡Ahhh, es perrfecto! Und ahorra...

Noche tras noche, día tras día, mes tras mes. El brillante objeto crecía, y el brillo de los ojos de Oberburger crecía a la misma velocidad.

Debía medir un metro de longitud, tenía unas hélices de forma muy peculiar, y descansaba sobre un armazón provisional situado en el centro de la habitación que el Herr Professor utilizaba para todo. La casa donde él y Mitkey vivían era una estructura de cuatro habitaciones, pero, al parecer, el profesor aún no lo había descubierto. Primeramente, pensó usar la habitación grande como laboratorio y nada más, pero después creyó más conveniente dormir en una cama plegable situada en un rincón, las noches que dormía, y cocinar lo poco que cocinaba en el mismo quemador de gas donde convertía dorados granos de TNT en una peligrosa sopa que sazónaba

con extraños condimentos, pero nunca ingería.

—Und ahorra lo verrterré en tubos, und comprrobarré si un tubo adyacente a otro hace egsblotarr der segundo tubo, cuando der brimerro está...

Esa fue la noche en que Mitkey estuvo a punto de decidir trasladarse, él y su familia, a un domicilio más estable, uno que no se estremeciera ni oscilara ni tratara de dar un salto mortal sobre sus cimientos. Pero, al final, Mitkey no se mudó, porque existían ciertas compensaciones. Agujeros nuevos en todas partes y —¡maravilla de las maravillas!— una enorme grieta en la zona posterior del frigorífico donde el profesor guardaba, entre otras cosas, gran cantidad de alimentos.

Claro que los tubos eran de tamaño capilar porque, de lo contrario, la casa habría saltado por los aires. Y, naturalmente, Mitkey no podía adivinar lo que iba a suceder ni comprender la clase de inglés que hablaba el Herr Professor (ni ninguna otra clase de inglés, por cierto) porque entonces ni siquiera se habría dejado tentar por una grieta en el frigorífico.

Aquella mañana, el profesor estaba alborozado.

—¡Der combustible es un égsito! Der segundo tubo no ha egsblotado. ¡Und el brimerro, en segciones, como yo esberraba! Und es más botente; hay mucho sitio barra sú combartamento...

¡Ah, sí, el compartimento! Allí fue donde Mitkey se introdujo, a pesar de que ni siquiera el profesor lo sabía todavía. De hecho, el profesor ni siquiera sabía que Mitkey existiera.

—Und ahorra —decía en aquel momento a su oyente favorito—, sólo es cuestión de unir der tubos de combustible barra que funcionen en barrejas obuestas. Und entonces...

En aquel preciso instante fue cuando los ojos del Herr Professor se posaron por vez primera en Mitkey. Mejor dicho, se posaron sobre un par de bigotes grises y un hociquito negro y brillante que sobresalía por un agujero de los tablones del suelo.

—¡Vaya! —exclamó—. ¡Hay que verr lo que tenemos aquí! ¡El rratón Mitkey en berrsona! Mitkey, ¿te güstarría hacerr un viajecito la semairn que viene? Verremos.

Así fue como la siguiente vez que el profesor encargó sus suministros a la ciudad, su pedido incluía una ratonera; no uno de esos mortíferos inventos, sino una simple jaula con barrotes de alambre. Aún no habían transcurrido diez minutos desde que colocara el queso en su interior cuando el privilegiado olfato de Mitkey olió ese queso y siguió su rastro hasta la cautividad.

Sin embargo, no resultó ser una cautividad desagradable. Mitkey fue un huésped muy agasajado. La jaula descansaba ahora sobre la mesa donde el profesor llevaba a cabo la mayor parte de su trabajo, el queso entraba a través de los barrotes con gran abundancia, y el profesor dejó de hablar solo.

—Verrás, Mitkey, había pensado encarrgarr un rratón blanco a der laborratorrio

de Harrtfortt, berro he tenido la suerte de encontrarrte aquí. Estoy seguro de que tú estás más sano und cuerrdo que esos rratones de laborratorio, und que rresistirrás mejorr que ellos un larrgo viaje, ¿no? Ah, veo que mueves der bigotes y eso significa que sí, ¿no? Und, como estás acostumbrado a vivirr en agujeros oscuros, no tendrás tanta claustrofobia como ellos, ¿no?

Y Mitkey engordaba, se sentía feliz, y llegó a desechar la idea de escaparse de la jaula. Mucho me temo que incluso llegara a olvidarse de la familia que había abandonado; pero sabía, si es que sabía alguna cosa, que no necesitaba preocuparse por ellos. Por lo menos, hasta que el profesor descubriera y reparara el agujero del frigorífico. Y el profesor no tenía tiempo de ocuparse de esas minucias.

—Und ahorra, Mitkey, colocarremos esta hélice así..., barra que suavice el aterrizaje, en una atmósfera. Esto und esto otro contribuirrá a que te boses con seguridad y der lentitud suficiente barra que der amorriguadores del combarrtimiento móvil eviten que te des un golpe demasiado fuerre en la cabeza, esberzo. —Naturalmente, a Mitkey se le escapó la ominosa nota del «esberro», porque también se le escapó todo el resto. Como ya hemos dicho, no hablaba inglés. Por lo menos, en aquella época.

Pero Herr Oberburger seguía hablándole igualmente. Le enseñó unas fotografías.

—¿Habías visto alguna vez der rratón con cuyo nombbre te he bautizado, Mitkey? ¿Qué? ¿No? Mirra, éste es der verrdadero rratón Mitkey, hecho porr Walt Disney. Berro yo crreo que tú erres más guabo, Mitkey.

El profesor debía de estar un poco loco para hablar de esta forma a un pequeño ratón gris. En realidad, debía de estar loco para hacer un cohete que funcionara. Porque lo más curioso de todo es que el Herr Professor no era realmente un inventor. En aquel cohete, tal como explicó a Mitkey, no había ni una sola cosa que fuera nueva. El Herr Professor era un técnico; adoptaba las ideas de otras personas y las hacía funcionar. Su único invento verdadero —el combustible para cohetes que no era tal— fue entregado al gobierno de Estados Unidos, el cual descubrió que ya se conocía y lo descartó porque resultaba demasiado caro para su utilización práctica.

Mitkey siguió recibiendo toda clase de explicaciones.

—Únicamente es cuestión de una egsactitud absoluta, und verrdaderra corrección matemática, Mitkey. Todo está aquí, nosotrrs sólo tenemos que unir der piezas, y, ¿qué obtenemos, Mitkey?

»¡Velocidad de liberración, Mitkey! Así de sencillo, todo esto rresulta en velocidad de liberración. Tal vez. Aún hay fagtorres desconocidos, Mitkey, en der atmósfera suberriorr, en der trobosfera y der estratosfera. Crreemos saberr egsactamente la cantidad de aire contra la que debemos calcularr der rresistencia, berro ¿estamos totalmente seguros? No, Mitkey, no lo estamos. Nunca hemos ido allí. Und der margen es tan bequeño que hasta una corriente de aire podría

afectarle.

Pero a Mitkey no le importaba nada. A la sombra del gran cilindro de aluminio de aleación, seguía engordando y era feliz.

—¡Der Tag, Mitkey, der Tag! No te mentirré, Mitkey. No te haré concebir falsas esberranzas. Harrás un viaje muy beligrroso, mein bequeño amigo.

»Te doy un cincuenta porr ciento de bosibilidades, Mitkey. No der Luna o der aventurra, sino der Luna und der aventurra, o quizá tu rregreso sano y salvo a la Tierra. Verrás, mi bequeño Mitkey, la Luna no está hecha de queso verrde und aunque así fuerra, no bodrías comérrtela porque no hay bastante atmósfera barra que vuelvas sano und salvo und con todos tus bigotes intagtos.

»Und entonces, buedes brreguntarme, ¿borr qué te envió? Borrque es bosible que der cohete no alcance la velocidad de liberración. Y en este caso, seguirrá siendo un egsberrimento, berro distinto. El cohete, si no va a der Luna, vuelve a caerse sobre la Tierra, ¿no? Und, en este caso, cierrtos instrumentos nos broborrcionarrán unos informes que antes no teníamos acerrca de lo que hay en der esbacio. Und tú también nos brroborrcionarrás otros informes, si todavía estás vivo o no, si los amorriguadorres y hélices son suficientes en una atmósfera equivalente a la de la Tierra, y cosas porr el estilo. ¿Lo entiendes?

»Und más tarrde, cuando enviemos cohetes a Venus, donde quizá egsista una atmósfera, tendrremos los datos necesarios barra calcularr der tamaño necesario de der hélices und der amorriguadorres, ¿no? Und, en ambos casos, rregreses o no rregreses, Mitkey, ¡serrás famoso! Serrás la brrimerra crriaturra viviente que salga de la estrratoferra de la Tierra y se interne en el esbacio.

»¡Mitkey, serrás el rratón estelarr! Te envidio, Mitkey, und me gustarría tenerr tu tamaño barra boderr acombafiarte.

Der Tag, y la puerta que daba paso al compartimiento. «¡Adiós, bequeño rratón Mitkey!» Oscuridad. Silencio. ¡Ruido!

El cohete, si no va a la Luna, vuelve a caerse sobre la Tierra, ¿no? Esto era lo que el Herr Professor creía. Pero hasta los planes mejor elaborados de ratones y hombres pueden torcerse. Incluso los de los ratones estelares.

Todo a causa de los Prxl.

El Herr Professor se sintió muy solo. Después de tener a Mitkey como oyente, los monólogos le parecían vacíos e insuficientes.

Puede haber quien afirme que la compañía de un ratoncito gris es un pobre sustituto de una esposa; pero otros pueden no estar de acuerdo. Y, de todos modos, el profesor jamás había tenido una esposa, y sí que había tenido un ratón con quien hablar, de modo que lo echaba de menos, mientras que si echaba de menos lo otro, no lo sabía.

Durante la larga noche que siguió al lanzamiento del cohete, estuvo muy ocupado

con el telescopio, un reflector de veinte centímetros, observando su curso mientras ganaba velocidad. Las explosiones producidas por los gases de escape formaban una minúscula partícula luminosa que era posible seguir, si se sabía hacia dónde mirar.

Pero al día siguiente no le quedaba nada más por hacer, y estaba demasiado excitado para dormir, aunque lo intentó. Así que se decidió a hacer un poco de limpieza y reunió todos los platillos y cazoletas. Fue entonces cuando oyó una serie de frenéticos chillidos y descubrió que otro ratoncillo gris, con bigotes y cola más cortos que los de Mitkey, había entrado en la ratonera.

—¡Vaya, vaya! —exclamó el profesor—. ¿Qué tenemos aquí? ¿Minnie? ¿Es Minnie que ha venido en busca de Mitkey?

El profesor no era biólogo, pero resultó estar en lo cierto. Era Minnie. Mejor dicho, era la compañera de Mitkey, así que el nombre no podía ser más apropiado. ¿Qué extrañas circunstancias la habían inducido a entrar en una trampa sin cebo? El profesor no lo sabía ni le importaba, pero se mostró encantado. Se apresuró a remediar la falta de cebo introduciendo un gran trozo de queso a través de los barrotes.

Así fue como Minnie ocupó el lugar de su cónyuge como oyente de las confidencias del profesor.

—Era imposible saber si experimentó alguna inquietud por su familia, pero no tenía por qué hacerlo.

—Sus ratoncitos ya eran bastante mayores para desenvolverse por sí solos, particularmente en una casa que ofrecía abundantes escondites y un fácil acceso al frigorífico.

—Ah, Minnie, ahora ya ha ocurrido lo suficiente para buscarte a tu esboso. Verremos su avance por el cielo. Es cierto, Minnie, el rastro que deja es muy bequeño y los astrónomos no se fijarán en él, porque no saben dónde deben mirar. Pero nosotros, sí.

»Se convertirá en un ratón muy famoso, Minnie, cuando informemos al mundo acerca de él y de su cohete. Verás, Minnie, aún no les hemos dicho nada. Esbarraremos hasta poder contarles toda la historia de una vez. Mañana al amanecer, les...

»¡Ah, aquí está, Minnie! Se ve boco, pero se ve. Te acercaría a un telescopio para que miraras, pero no está enfocado para tus ojos, y no sé cómo iba a...

»Casi ciento cincuenta mil kilómetros, Minnie, y sigue aumentando de velocidad, pero no por mucho tiempo. Nuestro Mitkey sigue de horrobre brevisto; de hecho va más rápido de lo que pensábamos, ¿no? ¡Ya es seguro que escapará de lo que pensábamos, ¿no? ¡Ya es seguro que escapará a la gravitación de la Tierra, y caerá sobre la Luna!

Naturalmente, fue una simple coincidencia que Minnie chillara.

—Ah, sí, Minnie, bequeña Minnie. Lo sé, lo sé. Nunca volveremos a verr a nuestro amigo Mitkey, und casi desearría que nuestro egsperimento hubiese fracasado. Berro hay combensaciones, Minnie. Serrá der más famoso de todos der rratones. ¡Der Rratón Estelarr! ¡Der pprimerra criaturra viviente que ha salido de der atrragción grravitacional de la Tierra!

La noche fue larga. Ocasionalmente, espesas nubes oscurecían la visión.

—Minnie, te instalarré más cómodamente que en esa jaula tan bequeña. ¿Verrdad que te gustarría parrecerr libbre, sin barrotos, como der animales de der zoológicos modernos, que tienen fosos a su alrrededorr?

De modo que, a fin de no permanecer inactivo durante una hora en que una nube oscureció el cielo, el Herr Professor hizo una nueva casa para Minnie. Era el fondo de una caja de embalaje, de un centímetro de espesor y treinta centímetros de lado, apoyada sobre la mesa y desprovista de barreras visibles en torno a ella.

Pero cubrió la parte superior con chapas de metal en los bordes, y colocó la caja sobre otra más grande que también tenía un borde de chapa metálica en torno a la isla que constituía el hogar de Minnie. Y alambres procedentes de las dos zonas de chapas metálicas hasta terminales opuestos de un pequeño transformador que colocó junto a ella.

—Y ahorra, Minnie, te meterré en tu isla, que estarrá literalmente abarrotada de queso y agua, y tú misma comprrobarrás que es un sitio egscelente para vivirr. Perro recibirrás una ligerra descarrga cuando intentes salirr de los limites de la isla. No te dolerrá demasiado, perro no te gustarrá, y después de unas cuantas veces no volverrás a intentarrlo, ¿no? Y...

Otra noche.

Minnie era feliz en su isla, una vez aprendida la lección. Ya no volvería a pisar la tira interna de chapa metálica. Sin embargo, la isla parecía un verdadero paraíso ratonil. Había una montaña de queso mucho mayor que la propia Minnie. Esto la mantenía ocupada. Una rata y queso; no tardaría en producirse la transmutación de una cosa en otra.

Pero el profesor Oberburger no pensaba en eso. El profesor estaba preocupado. Cuando hubo calculado y repasado y enfocado su reflector de veinte centímetros a través del agujero del tejado y apagado las luces...

Sí, ciertamente, ser soltero tenía sus ventajas. Si uno quiere hacer un agujero en el tejado, hace un agujero en el tejado y no hay quien te diga que estás loco. Si empieza a hacer frío, o llueve, siempre se puede llamar a un carpintero o instalar una lona.

Pero el ligero rastro luminoso había desaparecido. El profesor frunció el ceño, repasó sus cálculos una y otra vez y movió el telescopio tres décimas de segundo, pero no consiguió localizar el cohete.

—Minnie, algo va mal. O der tubos han dejado de funcionarr o...

O el cohete se había desviado de la línea recta que debía seguir con respecto a su punto de partida. Por recta, naturalmente, queremos decir parabólicamente curvada en relación a todo lo que no sea la velocidad.

Así que el profesor hizo lo único que le quedaba por hacer, y empezó a buscar, con el telescopio, en círculos cada vez más amplios. No habían transcurrido dos horas cuando lo encontró, cinco grados desviado de su curso y desviándose progresivamente hacia...

El maldito cohete se movía en círculos, círculos que parecían constituir una órbita en torno a algo que no podía estar allí. Después, los círculos se hicieron más pequeños hasta formar una espiral concéntrica.

Después..., nada. Desapareció. Oscuridad. Ninguna otra señal luminosa del cohete.

El profesor estaba pálido cuando se volvió hacia Minnie.

—Es imposible, Minnie. Lo he visto con mein brobios ojos, berro no buede serr. Aunque uno de los lados se hubierra abagado, no bodría haberr empezado a describirr esos cirrculos. —Su lápiz verificó una sospecha—. Y, Minnie, ha decelerrado más rrápidamente de lo norrmal. Aunque los tubos no funcionarran, su impulso habrría sido más...

El resto de la noche, telescopio y cálculos, no le proporcionó ninguna pista. Es decir, ninguna pista creíble. Una fuerza ajena al cohete en sí había entrado en acción.

—Mein bobre Mitkey.

La gris e inescrutable aurora.

—Mein Minnie, tendrremos que mantenerrlo en secreto. No nos atreverremos a contar lo que hemos visto, borrhque nadie nos creerría. Ni yo mismo estoy segurro de crerrlo, Minnie. Quizá es que estoy agotado de no dormirr. Debo habérrmelo imaginado...

Más tarde.

—Berro, Minnie, debemos confiarr. Estaba a doscientos mil kilómetros. Volverrá a caerr sobre la Tierra. ¡Berro no sé dónde! Bensé que en este caso, bodría calcularr su currso, y... Berro desbués de esos círrculos concéntricos... Minnie, ni el brobio Einstein sería capaz de calcularr dónde aterrizarrá. Ni siquiera yo. Lo único que nos queda es confiarr en enterrarnos de dónde cae.

Un día nublado. Una noche negra, celosa de sus misterios.

—Minnie, ¡nuestro bobre Mitkey! No hay nada que bueda haberrle atraído...

Pero sí que lo había.

Prxl.

Prxl es un asteroide. Su nombre no se debe a los astrónomos de la Tierra, porque —por excelentes razones— no lo han descubierro. Así que lo llamaremos por la transliteración más aproximada posible del nombre que usan sus habitantes. Sí, está

habitado.

Puestos a pensar en ello, la tentativa realizada por el profesor Oberburger para enviar un cohete a la Luna tuvo algunos extraños resultados. O, mejor dicho, Prxl fue la causa.

Nadie creería que un asteroide puede reformar a un borracho, ¿verdad? Pero un tal Charles Winslow, un embrutecido ciudadano de Bridgeport, Connecticut, jamás volvió a probar una gota de alcohol, desde el día en que —en plena calle Grove— un ratón le preguntó cuál era la carretera de Hartford. El ratón llevaba pantalones rojos y guantes amarillos...

Pero esto sucedió quince meses después de que el profesor perdiera su cohete. Será mejor empezar por el principio.

Prxl es un asteroide. Uno de esos despreciados cuerpos celestes que los astrónomos de la Tierra llaman sabandijas del cielo, porque dichos objetos dejan en las láminas sus rastros, que obstruyen las observaciones de novae y nebulosae más importantes. Cincuenta mil pulgas en el oscuro cielo de la noche.

Objetos minúsculos, la mayor parte. Los astrónomos han descubierto recientemente que algunos de ellos se aproximan a la Tierra. Se aproximan de una forma asombrosa. En 1932 se produjo un gran revuelo cuando Amor llegó a quince millones de kilómetros —astronómicamente, una distancia muy pequeña—. Después, Apolo redujo esta cifra a la mitad y, en 1936, Adonis llegó a menos de dos millones de kilómetros. En 1937, Hermes llegó a menos de un millón, pero los astrónomos no se excitaron verdaderamente hasta haber calculado su órbita y descubierto que el pequeño asteroide puede acercarse hasta una distancia de 330.000 kilómetros, y situarse en un punto más cercano de la Tierra que la misma Luna.

Algún día pueden excitarse mucho más, si localizan el asteroide Prxl, ese obstáculo del espacio, y descubren que llega frecuentemente a sólo unos ciento cincuenta mil kilómetros de nuestro mundo.

Sin embargo, no pueden descubrirlo más que con ocasión de un tránsito, pues Prxl no refleja la luz. Así ha sucedido durante varios millones de años, desde que sus habitantes lo revistieron con un pigmento negro que absorbe la luz. Una labor realmente monumental, ésta de pintar un mundo, para unas criaturas que miden un centímetro de estatura. Pero valió la pena, en aquella época. Cuando cambiaron su órbita, se encontraron a salvo de sus enemigos. En aquellos días había gigantes: crueles piratas de casi dos metros de estatura procedentes de Deimos. También llegaron a la Tierra un par de veces; antes de que desaparecieran de la escena. Gigantes que mataban porque les gustaba. Los informes de las ciudades, ahora enterradas, de Deimos podrían explicar lo que ocurrió con los dinosaurios. Y por qué los prometedores hombres de Cromagnón desaparecieron sólo unos pocos minutos cósmicos después de que los dinosaurios se trasladaran hacia el oeste.

Pero Prxl sobrevivió. Era un mundo diminuto que ya no reflejaba los rayos solares, y que despistó a los asesinos cósmicos al cambiar su órbita.

Prxl. Civilizado todavía, con una civilización que databa de varios millones de años atrás. Su capa de color negro se conservaba y renovaba regularmente, más por tradición que por temor a posibles enemigos en estos últimos días tan degenerados. Una civilización poderosa pero estancada, que aún se mantiene en un mundo que avanza con la misma rapidez que una bala.

Y el ratón Mitkey.

Klanloth, el primer científico de una raza de científicos, tocó a su ayudante, Bemj, en lo que habría sido el hombro de Bemj si éste hubiera tenido uno.

—Mira —le dijo—, algo se aproxima a Prxl. Evidentemente, se trata de un objeto propulsado artificialmente.

Bemj dirigió su mirada hacia la visiplaca y después lanzó una onda telepática hacia el mecanismo, que incrementó la ampliación mil veces gracias a una alteración de los campos electrónicos. La imagen dio un salto, se desdibujó, y finalmente se estabilizó.

—Fabricado —dijo Bemj—. Extremadamente tosco, debo afirmar. Un primitivo cohete a reacción. Espera, comprobaré de dónde procede.

Reunió los datos de los cuadrantes que rodeaban la visiplaca y los lanzó como pensamientos contra la psicobobina de la computadora, esperando que la más complicada de todas las máquinas dirigiese todos los factores y preparase la respuesta. Después, ansiosamente, puso su mente en contacto con el proyector. Klanloth escuchaba de igual modo la silenciosa transmisión.

El punto exacto de la Tierra y la hora exacta de partida. Intraducible expresión de la curva de trayectoria, y desviación de esa curva al ser atraída por el campo gravitacional de Prxl. El destino —o mejor dicho, el destino previsto inicialmente— del cohete era obvio. La Luna de la Tierra. Hora y lugar de llegada a Prxl si el curso actual del cohete no cambiaba.

Bemj asintió.

—Catapultas. Arcos y flechas: Han dado un gran paso adelante desde entonces, aunque esto sólo sea un cohete muy primitivo. ¿Lo destruimos antes de que llegue?

Klanloth meneó pensativamente la cabeza.

—Le echaremos un vistazo. Quizá eso pueda ahorrarnos un viaje a la Tierra; juzgaremos bastante bien su presente estado de desarrollo por el cohete en sí.

—Pero, entonces, tendremos que...

—Naturalmente. Llama a la Estación. Diles que enfoquen los atractorrepulsores sobre él y que lo hagan girar en una órbita provisional hasta que tengan preparado un soporte de desembarco. Que no olviden inutilizar los explosivos con agua antes de bajarlo.

—¿Un campo de fuerza temporal alrededor del punto designado para el aterrizaje., por si acaso?

—Naturalmente.

Así fue como, a pesar de la casi total ausencia de atmósfera en la que las hélices podían haber funcionado, el cohete se posó sin novedad y tan suavemente que Mitkey, en el oscuro compartimiento, sólo se dio cuenta de que el ruido había cesado.

Mitkey se sintió mejor. Comió algo más del queso con el que el compartimiento estaba liberalmente provisto. Después siguió tratando de hacer un agujero con los dientes en la madera de treinta centímetros de espesor con la que el compartimiento estaba revestido. Ese revestimiento de madera fue una buena idea del Herr Profesor respecto al bienestar mental de Mitkey. Comprendió que Mitkey trataría de abrir un agujero para escapar, lo cual le mantendría suficientemente ocupado en ruta para no lanzar sus estridentes chillidos. La idea dio resultado; al estar ocupado, Mitkey no había sufrido durante su oscuro encierro. Y ahora que reinaba el silencio, roía más industriosa y felizmente que nunca, sin saber que cuando hubiese atravesado la madera, tropezaría con una lámina de metal que no podría roer. Pero gente mejor que Mitkey ha tropezado con cosas tanto o más difíciles de roer.

Mientras tanto, Klarloth y Bemj, rodeados por varios miles de prxlianos, tenían los ojos levantados hacia el gigantesco cohete que, incluso tendido de costado, se elevaba muy por encima de su cabeza. Algunos de los más jóvenes, olvidándose del campo de fuerza invisible, se acercaron demasiado para regresar casi en seguida, frotándose tristemente la cabeza.

El propio Klarloth se hallaba frente al psicógrafo.

—Dentro del cohete hay vida —dijo a Bemj—, pero las impresiones son confusas. Es una criatura, pero no puedo seguir sus procesos mentales. En este momento da la impresión de estar haciendo algo con los dientes.

—No puede tratarse de un terrícola, un miembro de la raza dominante. Son mucho más grandes que este enorme cohete. Son verdaderos gigantes. Tal vez, como no podían construir una nave de su tamaño, hayan enviado a una criatura experimental, como nuestros animales de pruebas.

—Creo que tienes razón, Bemj. Bueno, cuando hayamos explorado detenidamente su mente, es posible que de todos modos nos ahorremos el viaje a la Tierra. Voy a abrir la puerta.

—Pero el aire..., las criaturas de la Tierra necesitarían una atmósfera más densa. No viviría.

—Mantendremos el campo de fuerza, desde luego. Esto hará que el aire no se escape. Es evidente que dentro del cohete hay un suministro de aire o, de lo contrario, la criatura no habría sobrevivido al viaje.

Klarloth accionó los mandos, y el campo de fuerza extendió unos pseudópodos

invisibles, desatornilló la puerta exterior y abrió la puerta interior que conducía al compartimiento.

Todos los prxlianos contuvieron la respiración mientras una monstruosa cabeza gris aparecía por la enorme abertura. Unos gruesos bigotes, cada uno de ellos tan largo como el cuerpo de un prxliano...

Mitkey bajó de un salto y dio un paso adelante, golpeándose fuertemente la nariz, contra algo que no se veía. Lanzó un chillido y retrocedió hacia el cohete.

El rostro de Bemj expresaba la más completa decepción al observar al monstruo.

—Parece mucho menos inteligente que nuestros animales de pruebas. Lo mejor sería aniquilarlo con un rayo.

—De ninguna manera —interrumpió Klarloth—. Te olvidas de ciertos hechos evidentes. La criatura no es inteligente, desde luego, pero el subconsciente de todos los animales encierra todos los recuerdos, todas las impresiones y todas las imágenes sensoriales a los cuales ha estado sujeto. Si esta criatura ha oído alguna vez el idioma de los terrícolas, o ha visto alguna de sus obras, aparte de este cohete, cada palabra y cada imagen se ha grabado indeleblemente en su mente. ¿Comprendes lo que quiero decir?

—Claro que sí. ¡Qué tonto he sido, Klarloth! Bueno, el cohete en sí nos demuestra una cosa: no tenemos nada que temer de la ciencia de la Tierra durante unos cuantos milenios como mínimo. Así que no hay prisa, lo cual es una suerte. Porque hacer retroceder los recuerdos de la criatura hasta su nacimiento y observar todas las impresiones sensoriales en el psicógrafo requerirá... Bueno, un tiempo equivalente a la edad de la criatura, sea de la clase que sea, además del tiempo que necesitemos para interpretar y asimilar cada uno de ellos.

—Pero eso no será necesario, Bemj.

—¿No? Oh, ¿estás pensando en las ondas X-19?

—Exactamente. Si las enfocamos sobre el centro cerebral de esta criatura, pueden aumentar su inteligencia, que ahora debe de ser de 0001 en la escala establecida, hasta el punto de convertirla en una criatura racional, sin alterar ninguno de sus recuerdos. Casi automáticamente, durante el proceso, asimilará sus propios recuerdos y los comprenderá de igual modo que si hubiera sido inteligente en la época que recibió esas impresiones.

»¿Lo comprendes, Bemj? Separará automáticamente los datos triviales y podrá responder a nuestras preguntas.

—Pero ¿es que piensas hacerle tan inteligente como...?

—¿Como nosotros? No, las ondas X-19 no lo conseguirían. Yo diría que pueden hacerle llegar a un 2 de la escala. Eso, a juzgar por el cohete y lo que recordamos de los terrícolas desde que fuimos a visitarlos por última vez, es el lugar que ellos ocupan en la escala de inteligencia.

—Hummm, sí. A este nivel, comprenderá sus experiencias en la Tierra hasta el punto que no resultará peligroso para nosotros. Igual que un terrícola inteligente. Es lo que nos conviene. Oye, ¿le enseñaremos nuestro idioma?

—Espera —dijo Klarloth. Estudió detenidamente el psicógrafo durante unos momentos—. No, no lo creo. El debe de tener un idioma propio. Veo que en su subconsciente hay recuerdos de largas conversaciones. Es extraño, pero todas parecen ser monólogos de una sola persona. Pero la cuestión es que ya conoce un idioma..., aunque sea muy simple. Necesitaría mucho tiempo, aunque le sometiéramos a tratamiento, para captar los conceptos de nuestro propio método de comunicación. Pero nosotros podemos aprender el suyo, mientras él está bajo la máquina X—19, en unos pocos minutos.

—¿Sabes si, ahora, es capaz de entender algo de su idioma?

Klarloth estudió nuevamente el psicógrafo.

—No, no creo que él... Espera, hay una palabra que parece tener cierto significado para él. Es la palabra «Mitkey». Creo que es su nombre, y lo más probable es que, después de oírlo muchas veces, lo asocie vagamente consigo mismo.

—En cuanto a sus habitaciones..., ¿con antecámaras de compresión y todo eso?

—Naturalmente. Ordena que las construyan.

Decir que para Mitkey fue una extraña experiencia sería injusto. Los conocimientos son algo extraño, incluso cuando se adquieren gradualmente. Pero cuando te los infunden...

También hubo otros detalles que fue necesario arreglar. Como el de las cuerdas vocales. Las suyas no estaban adaptadas al idioma que de pronto descubrió saber. Bemj se encargó de ello; difícilmente se le podría llamar operación porque Mitkey —incluso con su recién adquirida inteligencia— no sabía lo que estaba ocurriendo, y se encontraba despierto cuando le sometieron a ella. Además, no explicaron a Mitkey lo que era la dimensión J, con la cual se podía llegar al interior de las cosas sin atravesar la capa externa.

Se imaginaron que estas cosas no interesaban a Mitkey y, de todos modos, ellos preferían aprender de él que enseñarle. Bemj y Klarloth y una docena más gozaron de este privilegio. Si uno de ellos no le hablaba, otro lo hacía.

Sus preguntas contribuyeron a que su propia comprensión aumentara. Normalmente no sabía que sabía la respuesta a una pregunta hasta que se la formulaban. Entonces unía varios factores, sin saber exactamente cómo lo hacía (de igual modo que ustedes o yo ignoramos cómo sabemos las cosas) y les contestaba.

Bemj:

—¿Puedes decirnos si este idioma que hablas es universal?

Y Mitkey, aunque jamás se le había ocurrido pensar en ello, tenía la respuesta preparada:

—No, no lo es. Es inglés, berro rrecuerrdo que el Herr Brofessor hablaba otros idiomas. Me barrece que orriginarriamente él hablaba otrro, berro en Amérrica siembrre hablaba inglés barra familiarrizarrse con él. Es un idioma brrecioso, ¿verrrdad?

—Humm —dijo Bemj.

Klarloth:

—En cuanto a tu rraza, los rratones; ¿os rrratan bien?

—La mayorr barrte de la gente, no —contestó Mitkey. Y lo explicó—: Me gustarrría hacerr algo borr ellos —añadió—. Borr ejemblo, ¿no bodrrría llevarme mitt mí estre broceso que habéis utilizado conmigo? Lo ablicarría a otros rratones y crearría una rraza de superr-rratones.

—¿Borr qué no? —preguntó Bemj.

Vio que Klarloth le miraba de un modo extraño, e inmediateamente puso su mente en relación con la del otro científico, excluyendo a Mitkey de este silencioso intercambio de ideas.

—Sí, desde luego —contestó Bemj a Klarloth—, a causarnos problemas. Dos clases de seres tan distintos como los hombres y los ratones no pueden convivir pacíficamente en un plano de igualdad. Pero ¿acaso esto no redundaría en beneficio nuestro? El progreso de la Tierra disminuiría, y nosotros disfrutaríamos de unos cuantos milenios más de paz antes de que los terrícolas descubrieran que estamos aquí, y alterasen las estrellas. Ya conoces a esos terrícolas.

—¿Acaso sugieres que les entreguemos las ondas X-19? Podrían...

—No, claro que no. Sin embargo, podemos explicar a Mitkey la forma de hacer una máquina muy primitiva para generarlas. Una máquina lo bastante tosca como para elevar el cociente de inteligencia de los ratones de 0001 a 2, para igualarlos a Mitkey y a los terrícolas.

—Es posible —respondió mentalmente Klarloth—. No hay duda de que tardarán muchos eones en comprender su principio básico.

—Pero ¿no podrían utilizar incluso una máquina tan tosca para elevar su propio nivel de inteligencia?

—Olvidas, Bemj, la limitación básica de los rayos X-19; que nadie puede diseñar un proyector capaz de elevar la inteligencia hasta un punto de la escala superior al propio. Ni siquiera nosotros.

Toda esta conversación se desarrolló, naturalmente, en silencioso prxlano, sin que Mitkey interviniese para nada.

Las entrevistas prosiguieron.

Klarloth otra vez:

—Mitkey, debemos adverrrtirte una cosa. Evita cualquierr descuido con la electricidad. Der nuevo arreglo de tu centrro cerebrral... es inestable, und...

Bemj:

—Mitkey, ¿estás seguro de que tu Herr Professr es el más avanzado de todos los que egsperrimentan con der cohetes?

—En generral, si, Bemj. Hay otros que quizá seban más que él en un tema específico, como egsblosivos, matemáticas, astrofísica, y otros, berro no crreo que mucho más. Und barra combinarr estos conocimientos, él es el brrimerro.

—Está bien —repuso Bemj.

Un ratoncillo gris que se alzaba como un dinosaurio sobre unos minúsculos prxlianos de un centímetro. A pesar de ser una criatura apacible, Mitkey habría podido matar a cualquiera de ellos con un solo mordisco. Pero, naturalmente, jamás se le ocurrió hacerlo, ni a ellos temer que lo hiciera.

No dejaron ni un solo rincón de su mente sin explorar. También realizaron un buen trabajo en lo que respecta al estudio de su físico, pero esto se hizo a través de la dimensión J, y Mitkey ni siquiera se enteró de ello.

Descubrieron lo que le mantenía con vida, y descubrieron todo lo que sabía y algunas cosas que él ni siquiera creía saber. Y todos se encariñaron mucho con él.

—Mitkey —le dijo Klarloth un buen día—, todas der rrazas civilizadas de la Tierra van vestidas, ¿verrdad? Bueno, si tú biensas elevarr a los rratones hasta el nivel de los hombrres, ¿no serría conveniente que también vosotrrros llevarrais algo de rroba?

—Una egscelente idea, Herr Klarloth. Und yo sé que me gustarría. Una vez, der Herr Profesor me enseñó un dibujo de un rratón bintado borr der artista Disney, und der rratón iba vestido. Derr rratón no erra rreal, sino imaginarrío, und der Brofessor me bautizó igual que der rratón de Disney.

—¿Cómo iba vestido, Mitkey?

—Llevaba unos bantalones rojos mitt dos ggrandes botones amarillos delante und dos detrrás, und zapatos amarillos en los bies trraserros und un barr de guantes amarillos en los delanterros. Un agujerro en la barrte bosterrior de der bantalones barra la cola.

—De acuerrdo, Mitkey. Dentro de cinco minutos estarrá todo listo.

Esto tuvo lugar la víspera de la marcha de Mitkey. Primeramente, Bemj sugirió esperar el momento en que la órbita excéntrica de Prxl los llevara de nuevo a doscientos mil kilómetros de la Tierra. Sin embargo, tal como Klarloth hizo notar, esto sucedería al cabo de cincuenta y cinco años de la Tierra, y Mitkey no viviría tanto. A menos que ellos... y Bemj se mostró de acuerdo en no enviar a la Tierra un secreto como aquél.

De modo que se limitaron a abastecer el cohete de Mitkey con un combustible que le permitiría viajar los casi dos millones de kilómetros que le separaban de la Tierra. El posible descubrimiento de este secreto no les preocupó, ya que el

combustible se habría agotado cuando el cohete aterrizase.

Llegó el día de la partida.

—Hemos hecho lo posible, Mitkey, barra que tu cohete aterrice cerca del sitio de la Tierra donde despegaste. Sin embargo, no podemos garantizarte una exactitud tan grande en un viaje de tantos kilómetros. El resto es cosa tuya. Hemos equipado el cohete barra cualquier contingencia.

—Gracias, Herr Klarloth, Herr Bemj. Adiós.

—Adiós, Mitkey. Sentimos mucho verte partir.

—Adiós, adiós...

Tratándose de casi dos millones de kilómetros, los cálculos fueron realmente excelentes. El cohete aterrizó en Long Island Sound, a quince kilómetros de Bridgeport, y a unos noventa kilómetros de la casa que el profesor Oberburger habitaba cerca de Hartford.

Naturalmente, dispusieron que el cohete cayera en el mar. El cohete se sumergió hasta el fondo, pero antes de que se hundiera más de cinco metros, Mitkey abrió la puerta —especialmente diseñada para abrirla desde dentro— y salió.

Encima de sus prendas normales, llevaba un traje de submarinista que le habría protegido a cualquier profundidad razonable y que, al ser más ligero que el agua, le llevó rápidamente a la superficie, donde pudo abrirse el casco.

Tenía comida suficiente para una semana pero, tal como se desarrollaron las cosas, no la necesitó. El trasbordador nocturno de Boston le llevó a Bridgeport, agarrado a la cadena del ancla y, en cuanto avistó la costa, se desembarazó del traje de submarinista y dejó que se hundiera hasta el fondo tras haber perforado el minúsculo compartimiento que lo hacía flotar, tal como prometió a Klarloth que haría.

Casi instintivamente, Mitkey sabía que lo mejor era evitar el encuentro con otros seres humanos hasta haber encontrado al profesor Oberburger y haberle explicado su historia. El mayor peligro con el que tuvo que enfrentarse lo constituyeron las ratas del muelle donde Mitkey desembarcó. Su tamaño era diez veces superior al de Mitkey y tenían unos dientes que habrían podido reducirle a dos mitades.

Pero la mente siempre ha triunfado sobre la materia. Mitkey alzó un imperioso guante amarillo y dijo: «¡Largaos!», y las ratas se largaron. Jamás habían visto nada parecido a Mitkey, y su aspecto les impresionó.

E igual impresión causó sobre el borracho al que preguntó por el camino de Hartford. Ya hemos mencionado este episodio. Esta fue la única vez que Mitkey intentó una comunicación directa con los seres humanos. Naturalmente, tomó toda clase de precauciones. Formuló la pregunta desde una posición estratégica situada a pocos centímetros de un agujero en el cual habría podido introducirse de un salto. Pero el que saltó fue el borracho, sin esperar siquiera a contestar la pregunta de

Mitkey.

Pero, finalmente, llegó a su destino. Se dirigió, a pie, hasta la zona norte de la ciudad y se escondió detrás de una gasolinera hasta que oyó preguntar el camino de Hartford a un motorista que se había detenido a repostar. Y Mitkey se convirtió en polizón cuando el vehículo arrancó.

El resto no fue difícil. Los cálculos de los prxlianos demostraron que el punto de partida del cohete se encontraba a ocho kilómetros terrestres al noroeste de lo que en sus telescopomapas parecía ser una ciudad, y que, por las conversaciones del profesor, Mitkey sabía que era Harford.

Consiguió llegar.

—Hola, profesor.

El Herr Professor Oberburger alzó la mirada, estupefacto. No vio a nadie.

—¿Qué? —preguntó, asombrado—. ¿Quién es?

—Soy yo, profesor. Mitkey, der rratón que usted envió a der Luna. Berro no he estado allí. En cambio, he...

—¿Qué? Es imposible. Alguien me está gastando una brroma. Berro..., berro nadie sabe nada acerca del cohete. Como fracasó, no se lo dije a nadie. Sólo yo sé...

—Y yo, profesor.

El Herr Professor suspiró profundamente.

—He trabajado demasiado. Debo estar un poco desequilibrado...

—No, profesor. Realmente soy yo, Mitkey. Ahorra puedo hablarr. Igual que usted.

—Dices que buedes..., no lo crreo. ¿Cómo es que no te veo, entonces? ¿Dónde estás? ¿Borr qué no...?

—Estoy escondido, profesor, en la bared que hay justo detrrás del agujerro grande. Querría asegurarme de que todo iba bien antes de dejarrme verr. No querría que usted se egscitarra y me tirramra algo a la cabeza.

—¿Qué? ¡Berro, Mitkey, erres rrealmente tú y yo no estoy dormido ni loco...! ¡Berro, Mitkey, no bodías bensarr que yo iba a hacerr una cosa así!

—Está bien, profesor.

Mitkey salió del agujero de la pared, y el profesor le miró, se frotó los ojos, y volvió a mirarle, se frotó los ojos, y...

—Estoy loco —dijo finalmente—. Lleva bantalones rrojos und guantes... No buede serr. Estoy loco.

—No, profesor. Escuche, se lo contarré todo.

Y Mitkey se lo contó.

Un atardecer gris, y un ratoncillo gris que seguía hablando seriamente.

—Berro, Mitkey...

—Sí. profesor. Sé lo que está bensando, biensa que una rraza de rratones inteligentes y una rraza de hombrres inteligentes no buede convivirr. Berro no serra

necesario convivir; como le he dicho, en el bequeño continente de Australia hay muy boca gente. Und no costaría demasiado traerlos aquí y dejar ese continente a los ratones. Lo llamaríamos Ratonstralia, en vez de Australia, und cambiáramos el nombre de la capital, Sidney, por Disney, en honor de...

—Berro, Mitkey...

—Berro, profesor, considere lo que ofrecemos a cambio de ese continente. Todos los ratones se irían allí. Civilizamos a unos cuantos y los civilizados nos ayudan a atrabar a otros, nos los traen, y los sometemos a la acción de la máquina de rayos, y otros atraban a más y nos ayudan a construir más máquinas und serrá como una bola de nieve rodando montaña abajo. Und firmamos un pacto de no agresión mit los humanos und nos quedamos en Ratonstralia und cultivamos nuestra brobia comida und...

—Berro, Mitkey...

—Und mirre lo que le ofrecemos a cambio, herr profesor: egsterminaremos a su beor enemigo... der ratas. A nosotros tamboco nos gustan. Und un batallón de mil matones, armados mit máscaras de gas y bequeñas bombas de gas bodría entrar en todos los agujeros en berrsecución de der ratas y egsterminar a todas las ratas de la ciudad en uno o dos días. Bodríamos egsterminar a todas las ratas del mundo en el plazo de un año; und al mismo tiempo atrabar y civilizarr a todos los ratones y embarrarlos hacia Ratonstralia, und... und...

—Berro, Mitkey...

—¿Qué, profesor?

—Bodría darr resultado, berro no darrá resultado. Vosotros bodríaís egsterminar der ratas, sí. Berro ¿cuánto tiempo transcurriría antes de que los conflictos de intereses hicierran que der ratones intentarran egsterminar a der berrsonas o der berrsonas intentarran egsterminar der...

—¡No se atreverían, profesor! Bodemos fabricar armas que...

—¿Lo ves, Mitkey?

—Berro no sucederá. Si der hombres respetan nuestros derechos, nosotros respetaremos...

El Herr Professor suspiró.

—Yo..., yo te haré de intermediario, Mitkey, und egbondré tu brobposición, und... Bueno, es verdad que librarse de der ratas serría una gran cosa barra der raza humana. Berro...

—Gracias, profesor.

—Borr cierto, Mitkey. Tengo a Minnie. Me imagino que es tu esbosa, aunque también había otros ratones por aquí. Está en der otra habitación; la puse allí justo antes de que tú llegaras, barra que estuvierra a oscuras y budierra dormir. ¿Quieres verla?

—¿Mi esbosa? —preguntó Mitkey. Había pasado tanto tiempo que realmente se había olvidado de la familia que tuvo que abandonar. Los recuerdos volvieron lentamente—. Bueno —dijo—, hum..., sí. Construiré rápidamente un bequeño broyectorr de X-19 und... Sí, sus negociaciones serrán más fáciles si der gobiernnos ven que somos varrios, y de este modo no crreerrán que soy un monstruo.

No fue algo deliberado. No pudo serlo, porque el profesor no sabía nada sobre la advertencia de Klarloth acerca de posibles descuidos con la electricidad... Der nuevo arreglo molecularr de tu centrro cerebrral... es inestable, und...

El profesor aún estaba en la habitación iluminada cuando Mitkey irrumpió en la estancia donde Minnie se hallaba en su jaula sin barrotes. Estaba dormida, y al verla... Los recuerdos de otros días volvieron en tropel y, de pronto, Mitkey se dio cuenta de lo solo que había estado.

—¡Minnie! —exclamó, olvidándose de que ella no podía comprenderle.

Y entró en la caja de madera donde dormía. Se produjo una descarga. La suave corriente eléctrica existente entre las dos tiras de papel de estaño le alcanzó de lleno.

Hubo un rato de silencio.

Después:

—Mitkey —llamó Herr Proffessor—, ven y hablarremos de todo esto...

Entró en la habitación y los vio, a la grisácea luz del amanecer, dos ratoncillos grises fuertemente abrazados. No habría podido decir cuál era cuál, porque los dientes de Mitkey habían rasgado las prendas rojas y amarillas que súbitamente se convirtieron en objetos extraños y molestos.

—¿Qué demonios...? —preguntó el profesor Oberburger. Entonces se acordó de la corriente, y adivinó lo sucedido—. ¡Mitkey! ¿Es que ya no buedes hablarr? ¿Acaso der...?

Silencio.

Después, el profesor sonrió.

—Mitkey —dijo—, mi bequeño rratón estelarr. Crreo que ahorra erres más feliz..

Los contempló un momento, afectuosamente, y después accionó el interruptor que eliminaba la barrera eléctrica. Claro que ellos no sabían que eran libres, pero cuando el profesor los cogió y los depositó cuidadosamente en el suelo, uno de ellos echó a correr hacia el agujero de la pared. El otro le siguió, pero volvió la cabeza y miró hacia atrás, con algo de estupefacción en los ojillos negros, una estupefacción que se fue desvaneciendo.

—Adiós, Mitkey. Así serrás más feliz. Und siembrre tendrrás queso en abundancia.

El ratoncillo gris lanzó uno de sus característicos chillidos, y se introdujo en el agujero.

«Adiós»... podría, o no, haber querido decir.

VEN Y ENLOQUECE

(Come And Go Mad)

1

Lo supo de alguna manera, cuando se despertó por la mañana. Ahora, situado junto a la ventana de la redacción, desde donde contemplaba el dibujo de luz y sombras proyectado por el oblicuo sol de la tarde sobre los edificios, estaba casi seguro. Sabía que muy pronto, quizá aquel mismo día, ocurriría algo importante. No sabía si sería algo bueno o malo pero lo intuía sombríamente. Y con razón; pocas cosas buenas pueden suceder inesperadamente a un hombre, es decir, cosas de verdadera importancia. El desastre puede atacar desde innumerables direcciones en formas extraordinariamente diversas.

Una voz dijo: «Hola, señor Vine», y él se apartó de la ventana, lentamente. Eso ya era extraño, pues no tenía la costumbre de moverse lentamente; era un hombre pequeño y vivaz, casi felino en la rapidez de sus reacciones y movimientos.

Pero en esta ocasión algo le hizo apartarse lentamente de la ventana, como si presintiera que jamás volvería a ver aquel claroscuro de una tarde al sol.

—Hola, Red —contestó.

El pecoso botones anunció:

—Su Señoría quiere verle.

—¿Ahora?

—A su conveniencia. Cualquiera día de la semana que viene, quizá. Si está ocupado, dele un plantón.

Él apoyó un puño en la barbilla de Red y le empujó, mientras el botones retrocedía con fingido arrepentimiento.

Se dirigió al depósito de agua. Apretó el botón y el agua llenó el vaso de papel.

Harry Wheeler fue a su encuentro y dijo:

—Hola, Napi. ¿Qué hay? ¿Te han llamado a capítulo?

—Sí, para un aumento —repuso.

Bebió y estrujó el vaso, que tiró a la papelería. Se dirigió a la puerta que ostentaba el letrero de «Privado» y la abrió.

Walter J. Candler, el director, alzó la vista de los papeles que llenaban su escritorio y dijo afablemente:

—Siéntese, Vine. En seguida le atiendo. —Después volvió a bajar la vista.

Tomó asiento en la silla que había frente a Candler, sacó un cigarrillo del bolsillo de la camisa y lo encendió. Examinó la parte posterior de la hoja que el director estaba leyendo. En aquel lado no había nada escrito.

El director puso la hoja sobre la mesa y le miró.

—Vine, esto es descabellado. Por lo visto, usted es un genio cuando se trata de escribir cosas descabelladas.

Sonrió lentamente al director y dijo:

—Si es un cumplido, gracias.

—Es un cumplido, desde luego. Usted nos ha hecho cosas bastante difíciles. Esto es diferente. Nunca he pedido a un reportero que hiciese algo que yo mismo no haría. Yo no haría. Yo no haría una cosa así, de modo que no voy a pedírselo.

El director cogió el papel que había estado leyendo y volvió a dejarlo sin mirarlo siquiera.

—¿Ha oído hablar alguna vez de Ellsworth Joyce Randolph?

—¿El director del manicomio? Claro que sí; incluso le conocí, casualmente.

—¿Qué impresión le produjo?

Observó que el director le observaba escrutadoramente, y le pareció que la pregunta no había sido demasiado casual. Replicó hábilmente:

—¿A qué se refiere? ¿En qué sentido? ¿Quiere saber si es una buena persona, un buen político, un psiquiatra competente, o qué?

—Quiero saber si le pareció un tipo equilibrado.

Miró a Candler y se dio cuenta de que Candler no bromeaba. Candler era estrictamente inexpresivo.

Se echó a reír, y después se puso súbitamente serio. Se apoyó sobre la mesa de Candler.

—Ellsworth Joyce Randolph —dijo—. ¿Se refiere a Ellsworth Joyce Randolph?
Candler asintió.

—El doctor Randolph ha venido esta mañana a verme. Me ha contado una historia bastante extraña. No quería que la publicara; quería que la comprobara, y que encargase de ello a nuestro mejor hombre. Me ha dicho que, si descubriéramos que era verdad, podríamos imprimirla en tipos de ciento veinte líneas y tinta roja. —Sonrió irónicamente—. Es lo que haremos.

Apagó el cigarrillo y estudió el rostro de Candler.

—Pero la historia es tan absurda que usted piensa que el doctor Randolph está loco.

—Exactamente.

—Y ¿qué tiene de difícil el trabajo en cuestión?

—El doctor dice que sólo podremos conseguir la historia actuando desde dentro.

—¿Entrando como paciente o algo por el estilo?

Candler repuso:

—Algo por el estilo.

—¡Ah!

Se levantó de la silla y se acercó a la ventana, de espaldas al director. El sol apenas se había movido. Sin embargo, el dibujo de luces y sombras reflejado en las calles parecía distinto, sombríamente distinto. Su estado de ánimo también era distinto. Comprendió que aquello era lo que había estado esperando que sucediese. Se volvió y dijo:

—No. Desde luego que no.

Candler se encogió imperceptiblemente de hombros.

—No le culpo. Ni siquiera se lo he pedido. Yo tampoco lo haría.

—¿Qué cree Ellsworth Joyce Randolph que está sucediendo en su manicomio? Debe ser algo bastante descabellado si usted mismo ha llegado a dudar de su cordura.

—No puedo decírselo, Vine. Le he prometido que no lo haría, tanto si aceptaba usted el trabajo como si no.

—¿Pretende decirme que, aunque aceptara el encargo, no sabría lo que debería buscar?

—Así es. Estaría predispuesto, su juicio no sería objetivo. Buscaría algo concreto, y podría creer que lo había encontrado sin tener una base firme. O, por el contrario, estaría tan predispuesto a no encontrarlo, que quizá no quisiera reconocerlo aunque lo tuviera delante de las narices.

Se apartó de la ventana y se acercó a la mesa sobre la que descargó un puñetazo.

—Maldita sea, Candler, ¿por qué yo? Ya sabe lo que me ocurrió hace tres años.

—Desde luego. Amnesia.

—Eso es, amnesia. Ni más ni menos. Nunca he ocultado que no me he recuperado de esa amnesia. Tengo treinta años, ¿no es así? Sólo recuerdo lo sucedido en el espacio de tres años. ¿Sabe lo que es tener un muro que te impide recordar lo sucedido antes de esa época?

»Oh, bueno, sé lo que hay al otro lado de ese muro. Lo sé porque todo el mundo me lo dice. Sé que empecé trabajando como botones hace diez años. Sé dónde y cuándo nací y que mis padres murieron. Sé como eran... porque he visto fotografías suyas. Sé que no tenía esposa ni hijos, porque así me lo dijeron todas las personas que me conocían. Téngalo bien presente: todas las personas que me conocían, no todas las personas que yo conocía. Yo no conocía a nadie.

»Desde entonces no me ha ido mal del todo. Cuando salí del hospital —ni siquiera recuerdo el accidente que me mandó allí— vine directamente aquí porque aún me acordaba de escribir artículos, a pesar de que tuviese que aprender el nombre de todo el mundo. No estaba en peor situación que un periodista novato empleado en un periódico de una ciudad desconocida. Y todo el mundo me ayudó mucho.

Candler abrió una mano para calmar la tempestad. Dijo:

—Está bien, Napi. Ha dicho que no, y eso es suficiente. No me parece que esto tenga nada que ver con el tema que nos ocupa, ya que lo único que tenía que hacer

era decir que no, así que olvídelo.

La tensión seguía dominándole. Dijo:

—¿No le parece que esto tenga nada que ver con el tema que nos ocupa? Usted me pide... o, de acuerdo, no me lo pide, me lo sugiere... que me haga pasar por loco, y entre en el manicomio. Cuando... ¿qué confianza puede uno tener en su propia cordura si no recuerda sus días de colegio, no recuerda el día que conoció a las personas que trabajan con él, no recuerda el día que empezó a trabajar, y no recuerdas... nada de lo sucedido antes de hace tres años?

Volvió a descargar un puñetazo encima de la mesa, y después miró a su alrededor. Dijo:

—Lo siento. No pretendía excitarme de este modo.

—Siéntese —dijo Candler.

—La respuesta sigue siendo no.

—Es igual; siéntese.

Se sentó, extrajo un cigarrillo y lo encendió.

Candler dijo:

—Ni siquiera tenía intención de mencionarlo, pero ahora me veo obligado a hacerlo. Es necesario, después de oírle hablar así. No sabía que aún estuviera tan trastornado por su amnesia. Pensaba que lo había superado.

»Escuche, cuando el doctor Randolph me ha preguntado qué periodista era capaz de hacer el trabajo, le he hablado de usted. Le he contado sus antecedentes. El también recuerda haberle conocido. Sin embargo, no sabía nada de su amnesia.

—¿Acaso me ha recomendado por eso?

—No me interrumpa. Me ha dicho que, mientras usted se encontrara allí, no tendría inconveniente en someterle a un nuevo tratamiento de choque que podría devolverle la memoria. Ha dicho que valía la pena intentarlo.

—No ha asegurado que diera resultado.

—Ha dicho que era posible; en cualquier caso, no le perjudicará.

Apagó el cigarrillo que acababa de encender. Miró fijamente a Candler. No tuvo que decir lo que pensaba; el director lo leyó en su rostro.

—Tranquícese, muchacho —dijo Candler—. Recuerde que no se lo he dicho hasta que usted mismo me ha confiado lo mucho que ese muro le preocupa. No es una baza que me reservase para el final. Se lo he dicho para hacerle un favor, después de oírle hablar de ese modo.

—¡Un favor!

Candler se encogió de hombros.

—Ha dicho que no. Yo he aceptado su respuesta. Después ha empezado a quejarse y yo no he tenido más remedio que mencionar algo que ya había olvidado. No le dé más vueltas. ¿Cómo va el artículo de los sobornos? ¿Algo nuevo?

—¿Asignará a otro el artículo del manicomio?

—No; usted es el único que puede hacerlo.

—¿De qué se trata? Debe de ser una historia muy insólita para que dude del buen sentido del doctor Randolph. ¿Acaso cree que sus pacientes deberían ocupar el lugar de los médicos, o qué?

Se echó a reír.

—Ya lo sé, no puede decírmelo. Es un atractivo cebo doble, la curiosidad... y la esperanza de derrumbar ese muro. ¿Puede contarme el resto? Si digo que sí en vez de no, ¿cuánto tiempo estaré allí, y en qué condiciones? ¿Qué oportunidades tengo de volver a salir? ¿Cómo entraría?

Candler repuso lentamente:

—Vine, ya no estoy seguro de querer asignarle la misión. Olvidemos el asunto.

—De ningún modo. Por lo menos, no hasta que conteste a mis preguntas.

—De acuerdo. Ingresaría anónimamente, de forma que nadie pudiese criticarle si la historia resultara falsa. En caso contrario, podría explicar toda la verdad... incluida la confabulación del doctor Randolph para hacerle entrar y salir nuevamente. Entonces, el secreto ya no será tal.

»Podría descubrir lo que quiere en unos cuantos días... y, de todos modos, no se quedaría allí más de dos semanas.

—¿Cuántos residentes del manicomio sabrían mis intenciones, aparte de Randolph?

—Ninguno. —Candler se inclinó hacia delante y alzó cuatro dedos de la mano izquierda—. Sólo cuatro personas estarían al corriente. Usted. —Señaló un dedo—. Yo. —El segundo—. El doctor Randolph —El tercer dedo—. Y otro de nuestros periodistas.

—No es que tenga nada que oponer, pero ¿por qué otro periodista?

—Sería un intermediario, en dos aspectos. Primero, le acompañaría a visitar a un psiquiatra; Randolph nos recomendará alguno que será relativamente fácil de engañar. Se hará pasar por su hermano y solicitará que le examinen. Usted convencerá al psiquiatra de que está chalado y él lo certificará. Se necesitan dos médicos para recluirle, pero Randolph será el segundo. Su supuesto hermano querrá que Randolph sea el segundo.

—¿Todo esto bajo un nombre falso?

—Si lo prefiere... Claro que no hay razón para que sea así...

—Lo prefiero. Naturalmente, no quiero que se publique. Diga a todos los de aquí..., excepto mi... oiga, en este caso no tendríamos que inventarnos un hermano. Charlie Doerr, de Circulación, es primo hermano mío y mi pariente más próximo. Podría servir ¿verdad?

—Desde luego. En ese caso, tendría que hacer de intermediario para todo lo

demás. Visitarle en el manicomio y traer todo lo que usted quiera enviar.

—Y si en un par de semanas no he descubierto nada, ¿me salvará?

Candler asintió.

—Se lo diré a Randolph; él le entrevistará y dictaminará su curación, para que pueda salir. Vuelve aquí y habrá estado de vacaciones. Eso es todo.

—¿Qué clase de locura debo fingir que tengo?

Le pareció observar que Candler se contorsionaba ligeramente en su asiento.

—Bueno... ¿y si recurriéramos a Napoleón? Según el doctor Randolph me dijo, la paranoia es una forma de locura que no tiene síntomas físicos. No es más que una ilusión apoyada en una estructura de racionalización. Un paranoico puede estar perfectamente cuerdo en todos los sentidos menos en uno.

Miró a Candler y vio que esbozaba una sonrisa irónica.

—¿Así que debo creer que soy Napoleón?

Candler hizo un gesto ambiguo.

—Escoja su propia personalidad. Sin embargo ¿no le parece que ésta resulta más natural? Es decir, los muchachos de la oficina siempre le llaman Napi, cuando quieren bromear un poco, y... —Terminó débilmente—: y todo lo demás.

Y entonces Candler le miró fijamente.

—¿Quiere hacerlo?

—Creo que sí. Se lo confirmaré mañana por la mañana, después de haberlo consultado con la almohada, pero, extraoficialmente, es que sí. ¿Le parece bien?

Candler asintió.

—Me tomo el resto de la tarde libre; iré a la biblioteca para informarme sobre la paranoia. De todos modos, no tengo otra cosa que hacer. Y esta misma noche hablaré con Charlie Doerr. ¿De acuerdo?

—Estupendo. Gracias.

Sonrió a Candler. Se acodó en la mesa de éste y dijo:

—Ahora que las cosas han llegado hasta este punto, voy a confiarle un pequeño secreto. No se lo diga a nadie. ¡Soy Napoleón!

Esto constituía un buen remate, así que salió.

2

Recogió el abrigo y el sombrero y salió a la calle, pasando del aire refrigerado al ardiente sol. Pasó del tranquilo manicomio que es la redacción de un periódico después de cerrar una edición, al manicomio más tranquilo de las calles en una bochornosa tarde julio.

Se retiró el sombrero panamá de la frente y se enjugó las gotas de sudor con un

pañuelo. ¿Adónde iba? No pensaba ir a la biblioteca para estudiar lo referente a la paranoia; esto había sido una excusa para tener el resto de la tarde libre. Hacía más de dos años que había leído todos los libros sobre paranoia —y temas afines— que había en la biblioteca. Era un experto en la materia. Podía engañar a cualquier psiquiatra del país y hacerle creer que estaba cuerdo... o loco.

Se dirigió hacia el parque que había al norte de la ciudad y se sentó en uno de los bancos situados a la sombra. Dejó el sombrero en el banco y volvió a enjugarse el sudor de la frente.

Contempló abstraídamente la gran extensión de césped, de un verde intenso bajo los rayos del sol, que se extendía a sus pies, las palomas y su absurda forma de andar moviendo la cabeza, y la roja ardilla que bajó por el tronco de un árbol, miró a su alrededor y se escabulló detrás del mismo árbol.

Y volvió a pensar en el muro de amnesia de tres años antes.

Un muro que no era un muro en absoluto. La frase le intrigó: un muro que no era un muro en absoluto. Palomas sobre el césped, ¡qué lástima! Un muro que no era un muro en absoluto.

No era un muro en absoluto; era un cambio, un brusco viraje. Una línea trazada entre dos vidas. Veintisiete años antes del accidente. Tres años desde el accidente.

No formaban parte de la misma vida.

Pero nadie lo sabía. Hasta aquella tarde no había insinuado la verdad —en caso de que fuera la verdad— a nadie. Recurrió a ello para dejar el despacho de Candler, sabiendo que Candler lo tomaría como una broma. De todos modos, había que tener cuidado si repetía con frecuencia una broma así, la gente empezaría a dudar.

El hecho de que las numerosas lesiones producidas por el accidente hubieran incluido una mandíbula rota era la causa de que actualmente estuviese en libertad y no en un manicomio. Esa mandíbula rota —la tenía enyesada cuando recobró el conocimiento cuarenta y ocho horas después de chocar de frente con un camión a quince kilómetros de la ciudad— le impidió hablar durante tres semanas.

Y al cabo de esas tres semanas, a pesar del dolor y la confusión que le atenazaban, había tenido la oportunidad de reflexionar con calma. Inventó el muro. La amnesia, la oportuna amnesia que resultaba mucho más creíble que la verdad.

Pero ¿acaso lo que él creía era la verdad?

Este era el fantasma que le había rondado durante los últimos tres años, desde el momento en que se despertó en una habitación completamente blanca y vio a un desconocido, vestido de forma muy extraña, sentado junto a su cama, una cama como jamás había visto en ningún hospital de campaña. Una cama con un armazón en la parte superior. Y cuando apartó la mirada del desconocido y la posó sobre su propio cuerpo, vio que le habían enyesado una pierna y ambos brazos, y que tenía la pierna levantada y sujeta a una polea por medio de una cuerda.

Trató de abrir la boca para preguntar dónde estaba, y qué le había sucedido, y fue entonces cuando descubrió el yeso que le inmovilizaba la mandíbula.

Miró fijamente al desconocido con la esperanza de que éste le proporcionara la información que deseaba, y el desconocido le sonrió y le dijo:

—Hola, George. Ya estás de nuevo con nosotros ¿eh? Te pondrás bien.

Notó algo extraño en el idioma... hasta que descubrió lo que era. Inglés. ¿Acaso se hallaba en poder de los ingleses? Era un idioma que no dominaba pero comprendió perfectamente al desconocido ¿Por qué le había llamado George?

Es posible que sus dudas, algo de su enorme estupefacción, se reflejaran en sus ojos, porque el desconocido se acercó más a la cama y dijo:

—Quizá aún estés un poco confundido, George. Has tenido un accidente. Tu cupé chocó con un camión. Esto fue hace dos días y hasta ahora no habías recobrado el conocimiento. Estás bien, pero tendrás que quedarte unos días en el hospital, hasta que se suelden todos los huesos que te has roto. Nada serio.

Entonces le sobrevino un acceso de dolor que borró toda su confusión, y cerró los ojos.

Otra voz dijo:

—Vamos a ponerle una inyección, señor Vine. —No se atrevió a abrir los ojos. Era más fácil luchar contra el dolor sin ver nada.

Sintió el pinchazo de una aguja en el brazo. Casi en seguido dejó de experimentar sensación alguna.

Cuando volvió nuevamente en sí —doce horas después, según le dijeron—, se encontró en la misma habitación blanca, y la misma extraña cama, pero esta vez había una mujer en la habitación, una mujer vestida con un extraño traje blanco, que miraba un papel sujeto a una tablilla a los pies de la cama.

Ella le sonrió al ver que había abierto los ojos. Le dijo:

—Bueno días, señor Vine. Espero que ya se encuentre mejor. Voy a decir al doctor Holt que se ha despertado.

Se marchó y regresó con un hombre que iba tan extrañamente vestido como el desconocido que le había llamado George.

El doctor le miró y se echó a reír.

—Por una vez tengo un paciente que no puede contestarme. Ni siquiera puede escribir una nota. —Después se puso serio—. ¿Le duele algo? Parpadee una vez si no le duele nada y dos, si siente dolor.

El dolor no era muy fuerte, así que parpadeó una vez. El doctor asintió con satisfacción.

—Ese primo suyo —dijo— ha venido a verle. Se alegrará de saber que pronto estará en posición de... de escuchar, ya que no puede hablar. Le diré que venga un rato esta tarde.

La enfermera le alisó las sábanas y después, compasivamente, ella y el médico le dejaron solo, para que ordenara sus caóticos pensamientos.

¿Ordenarlos? Esto había tenido lugar hacía tres años, y aún no había sido capaz de ordenarlos.

El sorprendente hecho de que todos hablaran inglés y que él entendiera perfectamente esa bárbara lengua, pese a sus escasos conocimientos de ella. ¿Cómo era posible que un accidente le hubiese capacitado para entender un idioma que sólo conocía superficialmente?

El sorprendente hecho de que le llamaran por un nombre distinto. «George» fue el nombre utilizado por el desconocido que se hallaba junto a su lecho la noche anterior. La enfermera le había llamado «señor Vine». George Vine, un nombre inglés sin duda.

Pero había algo mil veces más sorprendente que cualquiera de esas dos cosas: lo que el desconocido de la noche anterior (¿podía ser el «primo» del que el médico le había hablado?) le había dicho respecto al accidente: «Tu cupé chocó con un camión»

Lo realmente asombroso, lo contradictorio, es que él sabía lo que significaban las palabras «cupé» y «camión». No es que recordara haber conducido ninguno de ellos, ni el accidente en sí, ni ninguna otra cosa a partir del momento en que tomara asiento en su tienda después de Lodi... pero... pero ¿cómo era posible que la imagen de un cupé, un vehículo impulsado por un motor de gasolina, formara parte de sus recuerdos, si tal concepto jamás había figurado en su mente?

Lo más horrible era aquella loca mezcla de dos mundos, uno de ellos, nítido, claro y definido. El mundo en el cual había vivido durante veintisiete años, el mundo en el cual había nacido veintisiete años antes, el 15 de agosto de 1769, en Córcega. El mundo en el cual se había acostado —parecía que fuese la noche anterior— en su tienda de Lodi, como general del Ejército en Italia, tras su primera victoria importante en el campo de batalla.

Por otra parte, estaba aquel inquietante mundo en el que se había despertado, este mundo blanco en el que se hablaba inglés, un inglés que —pensándolo bien— era distinto del que había oído en Brienne, Valence, Toulon, y que, sin embargo, entendía a la perfección y estaba seguro de poder hablar si no tuviera la mandíbula enyesada. Este mundo en el que todos le llamaban George Vine, y en el cual todos utilizaban palabras que él no sabía, que no podía lógicamente saber, pero que producían imágenes en su mente.

Cupé, camión. Eran dos formas distintas de —la palabra acudió espontáneamente a su memoria— automóviles. Se concentró en lo que era un automóvil y en cómo funcionaba, y descubrió que poseía esa información. El bloque de cilindros, los pistones impulsados por explosiones de vapor de gasolina, encendido por la chispa de electricidad producida por un generador...

La electricidad. Abrió los ojos y alzó la vista hacia la lámpara que colgaba del techo, y supo, de alguna manera, que era una luz eléctrica, y se dio cuenta de que tenía una noción general de lo que era la electricidad.

El italiano Galvani... sí, había leído algo respecto a los experimentos de Galvani, pero éstos no habían desembocado en nada tan práctico como aquella luz. Y, mientras contemplaba aquella luz amortiguada por la pantalla, vio energía hidráulica accionando dinamos, muchos kilómetros de cables, motores accionando generadores... Contuvo la respiración ante el concepto que le proporcionaba su propia mente, o parte de su propia mente.

Los confusos e inseguros experimentos de Galvani, con sus débiles corrientes y ranas que pataleaban, apenas habían presagiado el obvio misterio de aquella luz que brillaba en el techo; y esto era precisamente lo más extraño; una parte de su mente lo encontraba misterioso y la otra parte lo consideraba normal y comprendía su funcionamiento de un modo general.

La luz eléctrica fue inventada por Thomas Alva Edison alrededor de... ¡Ridículo!, había estado a punto de decir alrededor de 1900, y sólo era el año 1796.

Entonces fue cuando se dio cuenta de lo más horrible de todo e intentó —con grandes dolores y en vano— incorporarse en la cama. Si su memoria no le engañaba, fue en 1900, y Edison falleció en 1931... Y un hombre llamado Napoleón Bonaparte murió ciento diez años antes de esa fecha, en 1821.

Entonces estuvo a punto de volverse loco.

Y, loco o cuerdo, únicamente el hecho de no poder hablar le salvó del manicomio; le dio tiempo para reflexionar, tiempo para comprender que su única oportunidad residía en fingir amnesia, en fingir que no recordaba nada de su vida anterior al accidente. No te recluyen en un manicomio por sufrir de amnesia. Te dicen quién eres, te dejan reanudar lo que dicen que era tu vida anterior. Te dejan atar cabos, mientras intentas recordar.

Era lo que había hecho hacía tres años. Ahora, al día siguiente, iría a un psiquiatra y le diría que el era... ¡Napoleón!

3

Los rayos del sol eran más oblicuos a cada minuto que transcurría. En el cielo, un avión alteró la quietud reinante con sus zumbidos; alzó la vista y se echó a reír silenciosamente, en su interior, con una risa que no tenía nada que ver con la locura. Una risa verdadera, porque surgía de la concepción de Napoleón Bonaparte viajando en un avión como aquél y de la abrumadora incongruencia de esa idea.

Entonces pensó que no recordaba haber viajado nunca en avión. Quizá George

Vine lo hubiese hecho; en algún momento de sus veintisiete años de vida, tenía que haberlo hecho. Pero ¿acaso eso significaba que él hubiera viajado en uno? Esta era una pregunta que formaba parte de la gran pregunta.

Se levantó y empezó a andar nuevamente. Eran casi las cinco; Charlie Doerr no tardaría en abandonar la sede del periódico e ir a su casa para cenar. Lo mejor sería telefonar a Charlie y asegurarse de que estaría en su casa aquella noche.

Se dirigió al bar más cercano y telefoneó; Charlie Doerr no tardó más de un minuto en ponerse al aparato. Dijo:

—Soy George; ¿estarás en casa esta noche?

—Desde luego, George. Iba a una partida de cartas, pero la he cancelado al saber que irías a verme.

—¿Al saber que...? Oh, ¿te lo ha dicho Candler?

—Sí. Oye, no sabía que me telefonarías porque entonces habría llamado a Marge, pero ¿qué te parece si salimos a cenar? Ella no tendrá ningún inconveniente; puedo llamarla ahora, si tu puedes.

—No, gracias, Charlie. Tengo un compromiso para cenar. Y, escucha, sobre la partida de cartas, puedes ir. Yo pasaré por tu casa hacia las siete y no es necesario que hablemos toda la noche; una hora será suficiente. De todos modos, tú no saldrías antes de las ocho.

—No te preocupes —dijo Charlie—; no tengo ningún empeño en salir, y tú hace mucho tiempo que no sales. Así que nos veremos a las siete, ¿de acuerdo?

Desde la cabina telefónica, se acercó a la barra y pidió una cerveza. Se preguntó por qué había declinado la invitación a cenar; probablemente porque, de un modo subconsciente, deseara estar solo un par de horas más antes de hablar con nadie, incluso con Charlie y Marge.

Bebió la cerveza a pequeños sorbos, porque quería hacerla durar; aquella noche tenía que estar sereno, muy sereno. Aún tenía tiempo para cambiar de opinión; se había dejado una puerta abierta, aunque pequeña. Aún podía hablar con Candler a la mañana siguiente y decirle que había resuelto no hacerlo.

Por encima del borde del vaso, se contempló en el espejo que había detrás de la barra. Bajo, rubio, con pecas en la nariz, corpulento. Lo de bajo y corpulento encajaba a la perfección, pero el resto... Ni el parecido más remoto.

Bebió lentamente otra cerveza, y así dieron las cinco y media.

Salió y reanudó su paseo, esta vez hacia la ventana del tercer piso por la que estaba mirando cuando Candler le hizo llamar. Se preguntó si alguna vez volvería a sentarse junto a esa ventana para contemplar la tarde bañada por el sol.

Quizá sí. Quizá no.

Pensó en Clare. ¿Deseaba verla aquella noche?

Pues no, sinceramente, no. Pero si desaparecía durante una o dos semanas sin

despedirse de ella, ya podía darla por perdida.

No tenía opción.

Se detuvo en un drugstore y telefoneó a su casa.

—Clare, soy George —dijo—. Escucha, mañana tengo que irme de viaje por un asunto del periódico; no sé cuánto tiempo estaré fuera. Se trata de una de esas cosas que tanto pueden durar días como semanas. ¿Podemos vernos a última hora, para despedirnos?

—Claro que sí, George. ¿A qué hora?

—Podría ser después de las nueve, aunque no mucho. ¿Te parece bien? Primero tengo que ver a Charlie, por negocios; quizá no pueda escaparme antes de las nueve.

—Desde luego, George. Cuando tú quieras.

Se detuvo frente a un puesto de hamburguesas, pese a no tener apetito, y consiguió tomar un bocadillo y un pedazo de tarta. Así dieron las seis menos cuarto, y si iba andando hasta casa de Charlie, llegaría a la hora fijada. Así que fue andando.

El propio Charlie le abrió la puerta. Llevándose un dedo a los labios, hizo un gesto con la cabeza en dirección a la cocina, donde Marge estaba lavando los platos. Susurró:

—No le he dicho nada a Marge, George. Se preocuparía.

Habría querido preguntar a Charlie por qué iba a preocuparse, pero no lo hizo. Quizá tuviera miedo de la respuesta. Significaría que Marge ya se preocupaba por él, y esto era mala señal. Él creía haber desempeñado muy bien su papel a lo largo de los tres últimos años.

De todos modos, no pudo preguntar nada, pues Charlie le condujo en seguida al salón y la cocina estaba al lado. Mientras tanto, Charlie le dijo:

—Me alegro de que hayas decidido venir a jugar una partida de ajedrez, George. Marge tiene que salir esta noche; quiere ver no sé qué película. Yo iba a esa partida de cartas por una cuestión de legítima defensa, pero no me apetecía nada.

Sacó el tablero y las piezas de un armario y lo colocó sobre la mesita auxiliar.

Marge entró con una bandeja en la que había dos grandes vasos llenos de cerveza y la dejó al lado del tablero. Dijo:

—Hola, George. Me he enterado de que te vas un par de semanas.

El asintió.

—Lo malo es que no sé dónde. Candler, el director, me ha preguntado si podía encargarme de un asunto fuera de la ciudad, y yo le he sido que sí pero no hablaremos hasta mañana.

Charlie tenía las dos manos extendidas, con un peón en cada una de ellas, y cuando tocó la mano izquierda de Charlie, palideció. Movié un peón hacia el rey y, cuando Charlie hizo lo mismo, adelantó el peón de la reina.

Marge se retocaba el sombrero frente al espejo. Dijo:

—Bueno, George, si ya te has ido cuando vuelva, hasta pronto y buena suerte.

—Gracias, Marge. Adiós.

Hizo unos cuantos movimientos antes de que Marge se acercara, dispuesta para irse, besara a Charlie, y después le besara a él en la frente. Dijo:

—Cuídate mucho, George.

Su mirada se cruzó con la de los azules ojos de Marge y pensó: «Está preocupada por mí». Eso le asustó un poco.

En cuanto la puerta se hubo cerrado tras ella, dijo:

—No es necesario que acabemos la partida, Charlie. Vayamos al grano, porque he quedado con Clare a las nueve. No sé cuánto tiempo estaré fuera, así que no puedo irme sin despedirme de ella.

Charlie alzó la vista hacia él.

—¿Acaso lo de Clare es serio, George?

—No lo sé.

Charlie cogió su cerveza y tomó un sorbo. De repente adoptó una voz brusca y práctica. Dijo:

—De acuerdo, vayamos al grano. Mañana por la mañana tenemos hora a las nueve para ver a un tipo llamado Irving, el doctor W.E. Irving, del Edificio Appleton. Es psiquiatra; el doctor Randolph nos lo ha recomendado.

»Le he telefoneado esta tarde después de hablar con Candler; Candler ya había telefoneado a Randolph. Le di mi verdadero nombre. Mi historia ha sido ésta: tengo un primo que últimamente se comporta de una forma muy extraña y con el cual deseo que tenga un cambio de impresiones. No le he dado el nombre de mi primo. Tampoco le he dicho en qué sentido te comportabas de un modo extraño; he esquivado la pregunta y le dicho que prefería que juzgara por sí mismo y sin ninguna clase de prejuicios. Le he explicado que te había convencido para visitar a un psiquiatra y que el único que yo conocía era Randolph; que había telefoneado a Randolph, que éste me había dicho que ya no ejercía privadamente y me había recomendado a Irving. Le he dicho que era tu pariente más próximo.

»Eso deja vía libre a Randolph para ser el segundo médico del certificado. Si logras convencer a Irving de que estás realmente loco y él quiere firmar tu reclusión, puedo insistir en que te vea Randolph, a quien quería desde el principio. Y, esta vez, como es natural, Randolph accederá.

—¿No has dicho absolutamente nada respecto a la clase de locura que sospechas que tengo?

Charlie meneó la cabeza. Repuso:

—Así que, de todos modos, ninguno de los dos iremos al Blade mañana por la mañana. Me iré de casa a la hora de siempre para que Marge no haga preguntas, y nos encontraremos en el centro —digamos, en el vestíbulo del Christina— a las once

menos cuarto. Si logras convencer a Irving de que has de ser recluso —si es que ésa es la palabra correcta—, llamaremos inmediatamente a Randolph y mañana estará todo arreglado.

—¿Y si cambio de opinión?

—Telefonaré para decir que no vamos. Eso es todo. Oye, ¿verdad que no hay nada más que hablar? Terminemos esa partida de ajedrez; no son más que las siete y veinte.

Él meneó la cabeza.

—Prefiero seguir hablando, Charlie. Te has olvidado de una cosa; pasado mañana. ¿Con qué frecuencia irás a verme para recoger los boletines de Candler?

—Oh, es verdad, lo había olvidado. Todos los días de visita... tres veces por semana: lunes, miércoles, y viernes por la tarde. Mañana es viernes, de modo que si consigues entrar, el lunes será el primer día que pueda visitarte.

—De acuerdo. Dime. Charlie, ¿te ha insinuado algo Candler respecto a la historia por la que debo entrar ahí?

Charlie Doerr meneó lentamente la cabeza.

—Ni una palabra. ¿De qué se trata? ¿Acaso es demasiado secreta para que hables de ella?

Miró fijamente a Charlie, sumido en un mar de dudas. Y de pronto comprendió que no podía decirle la verdad: que él tampoco sabía nada. Pasaría por un tonto. No pareció una tontería cuando Candler le dio la razón —una razón, de todos modos— para no decírselo, pero ahora sí que lo parecería.

Repuso:

—Si él no te ha explicado nada, me imagino que yo tampoco debo hacerlo, Charlie. —Y como esto no le pareció demasiado convincente, añadió—: Se lo he prometido a Candler.

Habían vaciado los dos vasos de cerveza y Charlie se los llevó a la cocina para llenarlos de nuevo.

Él siguió a Charlie, pues prefería la informalidad de la cocina. Se sentó a horcajadas en una silla de la cocina, acodándose en el respaldo, y Charlie se apoyó en el frigorífico.

Charlie dijo:

—¡Prosit!

Ambos bebieron, y después Charlie preguntó:

—¿Ya has pensado la historia que le contarás al doctor Irving?

El asintió.

—¿Te ha contado Candler lo que debo decirle?

—¿Que eres Napoleón? —contestó Charlie, reprimiendo una carcajada.

¿Por qué le dio la impresión de que su hilaridad era fingida? Miró a Charlie, y

comprendió que lo que pensaba resultaba completamente increíble. Charlie era una persona franca y sincera. Charlie y Marge eran sus mejores amigos; habían sido amigos suyos durante tres años. Según Charlie, mucho tiempo más, muchísimo más. Pero de lo ocurrido antes de esos tres años... él no podía dar fe.

Se aclaró la garganta para darse ánimos. Tenía que preguntar, tenía que asegurarse.

—Charlie, voy a preguntarte algo que quizá te extrañe. ¿Estáis actuando honestamente?

—¿Qué?

—Ya sé que es una pregunta extraña. Pero... mira, tú y Candler no creéis que estoy loco, ¿verdad? No habréis ideado todo esto entre los dos para recluirme —o, por lo menos, examinarme— sin que yo sepa lo que ocurre, hasta que sea demasiado tarde ¿verdad?

Charlie le miró fijamente. Dijo:

—Vamos, George, no me creerás capaz de hacerte una cosa así, ¿verdad?

—No, claro que no. Pero... quizá pensaras que era por mi propio bien, y eso podría haberte decidido. Escucha, Charlie, si estoy en lo cierto, si realmente piensas eso, déjame decirte que no es justo. Mañana iré a un psiquiatra para mentirle, para tratar de convencerle de que tengo alucinaciones. No para ser sincero con él. Y eso sería una gran injusticia. Lo comprendes, ¿verdad, Charlie?

Charlie palideció ligeramente. Repuso:

—Te juro, George, que no es nada de eso. Todo lo que yo sé es lo que Candler y tú me habéis dicho.

—¿Crees que estoy cuerdo, absolutamente cuerdo?

Charlie se humedeció los labios. Dijo:

—¿Quieres saber la verdad?

—Sí.

—Nunca lo he dudado, hasta este momento. A menos que... bueno, la amnesia es una forma de aberración mental, y tú no has podido superarla pero esto no es lo que tú querías decir, ¿verdad?

—No.

—En este caso, hasta ahora mismo... George, eso tiene todo el aspecto de una manía persecutoria, si es que realmente pensabas lo que me has preguntado. Una conspiración para... ¿Es que no te das cuenta de lo ridículo que es? ¿Qué razón podríamos tener Candler y yo para mentirte y querer recluirte?

El contestó:

—Lo siento, Charlie. Ha sido una idea absurda. No, claro que no lo creo. —Lanzó una ojeada a su reloj—. Terminaremos esa partida de ajedrez, ¿quieres?

—Estupendo. Espera a que llene otra vez los vasos.

Jugó distraídamente y consiguió perder al cabo de quince minutos. Declinó el ofrecimiento de Charlie para una revancha y se recostó en el sillón.

Dijo:

—Charlie, ¿has visto alguna vez unas piezas de ajedrez que sean rojas y negras?

—N-no. O blancas y negras, o rojas y blancas. ¿Por qué?

—Bueno... —sonrió—. Me imagino que no tendría que decírtelo, después de hacerte dudar sobre si estoy cuerdo o no, pero es que últimamente he tenido varias veces el mismo sueño. No es que sea más descabellado que otro sueño cualquiera, pero lo raro es que se repite una y otra vez. Es algo sobre una partida entre rojas y negras; ni siquiera estoy seguro de que sea ajedrez. Ya sabes lo que pasa cuando sueñas; las cosas parecen tener sentido aunque sean absurdas. En el sueño no me pregunto si las piezas rojas y negras son de ajedrez o no; lo sé, lo supongo, o creo saberlo. Pero cuando me despierto no lo recuerdo. ¿Sabes lo que quiero decir?

—Desde luego. Continúa.

—Bueno, Charlie, he estado pensando que quizá tenga algo que ver con o que hay al otro lado de un muro de amnesia que jamás he podido derribar. Esta es la primera vez en mi... bueno, no en mi vida, quizá, pero si en los tres años que recuerdo de ella, en que tengo varias veces el mismo sueño. Me pregunto si..., si no es un indicio de que estoy empezando a recobrar la memoria.

»¿He tenido alguna vez un juego de fichas rojas y negras, por ejemplo? O bien, en mi colegio, ¿tenían competiciones de baloncesto o béisbol entre equipos rojos y negros, o... algo por el estilo?

Charlie reflexionó unos minutos antes de menear la cabeza.

—No —dijo—, no recuerdo nada parecido. Claro que en las ruletas hay rojo y negro... *rouge et noir*. También son los colores de una baraja de cartas.

—No. Estoy completamente seguro de que no tiene nada que ver con las cartas ni con la ruleta. No es... nada de este estilo. Es un juego entre las rojas y las negras. En cierto modo, ellas son los jugadores. Piénsalo, Charlie; no en donde tú habrías podido asimilar esa idea, sino en donde yo habría podido.

Vio que Charlie reflexionaba y, al cabo de un rato, le dijo:

—Está bien, no sigas estrujándote el cerebro, Charlie. A ver si te dice algo esto: El brillante fulgor.

—El brillante fulgor, ¿de qué?

—Sólo esas palabras: el brillante fulgor. ¿Significan algo para ti?

—No.

—Está bien —dijo—; olvídalo.

Llegó temprano y dejó atrás la casa de Clare, llegando hasta la esquina, donde se detuvo bajo el gran olmo que allí había, para fumar el resto de su cigarrillo, mientras reflexionaba sombríamente.

En realidad, no había nada que pensar; lo único que tenía que hacer era despedirse de ella. Unas cuantas palabras. Y rehuir sus pregunta acerca del lugar a donde iba, y cuánto tiempo se quedaría. Tenía que mostrarse tranquilo e indiferente, como si no significaran absolutamente nada el uno para el otro.

Tenía que ser así. Conocía a Clare Wilson desde hacía un año y medio, y habían estado saliendo durante todo ese tiempo; no era justo. Esto debía ser el final, por el bien de ella. No tenía derecho a pedir a una mujer que se casara con él... ¡un loco que creía ser Napoleón!

Tiró el cigarrillo y lo aplastó furiosamente con la punta del zapato; después retrocedió hasta la casa, subió los escalones del porche, y tocó el timbre.

La propia Clare le abrió la puerta. la luz procedente del recibidor confirió un brillo dorado a su cabello, que rodeaba su cara en sombras.

Deseó con tantas fuerzas tomarla entre sus brazos que le costó un verdadero esfuerzo mantener los brazos estirados a lo largo del cuerpo.

Estúpidamente, dijo:

—Hola, Clare ¿Cómo va las cosa?

—No lo sé, George. ¿Cómo va las cosa? ¿No piensas entrar?

Se retiró del umbral para dejarle pasar y la luz iluminó su cara, dulcemente seria. Sabía que ocurría algo desusado, pensó él; su expresión y tono de voz se lo revelaron.

No quería entrar. Dijo:

—Hace una noche preciosa, Clare. Demos un paseo.

—De acuerdo, George —Salió al porche—. Una noche preciosa, y unas estrellas maravillosas. —Se volvió hacia él y lo miró—. ¿Alguna de ellas es tuya?

El se sobresaltó ligeramente. Después dio un paso adelante y la cogió por el codo, para ayudarla a bajar los escalones del porche. Contestó:

—Todas son mías. ¿Quieres comprar una?

—¿Es que no me la regalarías? ¿Ni una muy pequeña? Me conformaría con una que tuviera que mirar con un telescopio.

Se encontraron en la acera, donde ya nadie podía oírles, y su voz cambió bruscamente, perdiendo la nota festiva que tenía, para preguntar:

—¿Qué sucede, George?

Él abrió la boca para contestar que no sucedía nada, pero volvió a cerrarla. No podía decirle una mentira, pero tampoco podía decirle la verdad. El hecho de que ella le hubiese formulado esta pregunta de ese modo, tendría que haber simplificado las cosas, sin embargo, las hizo más difíciles.

Le hizo otra pregunta:

—Tienes la intención de despedirte... para siempre, ¿verdad, George?

El repuso:

—Sí. —Tenía la boca seca. No sabía si esa única palabra había salido como un articulado monosílabo o no, de modo que se humedeció los labios y lo intentó de nuevo—; Sí, me temo que sí, Clare.

—¿Por qué?

No tuvo el valor de mirarla, así que siguió con la vista fija en el infinito. Dijo:

—N-no puedo decírtelo, Clare, pero debo hacerlo. Es lo mejor para ambos.

—Dime una cosa, George. ¿Es verdad que te vas o sólo era... una excusa?

—Es verdad. Me voy; no sé por cuánto tiempo. No me preguntes adónde, por favor. No puedo decírtelo.

—Quizá yo sí que pueda, George. ¿Te importa que lo haga?

Le importaba, le importaba mucho. Pero ¿cómo iba a decírselo? No contestó, porque tampoco podía decir que sí.

Habían llegado al parque, el reducido parque del barrio que sólo ocupaba una manzana de extensión y no ofrecía demasiada intimidad, pero que tenía bancos. Él la siguió hacia allí... o quizá fue ella y tomaron asiento en un banco. Había otras personas en el parque, pero no demasiado cerca. Él aún no había contestado su pregunta.

Ella se sentó muy cerca de él, y comentó:

—Estás preocupado por tu estado mental, ¿verdad, George?

—Pues... sí, en cierto modo, sí, es verdad.

—Y tu viaje tiene algo que ver con eso, ¿no es así? ¿Vas a algún sitio para someterte a observación o tratamiento, o las dos cosas?

—Algo por el estilo. No es tan sencillo como todo esto, Clare, y yo... no puedo explicarte de qué se trata.

Ella apoyó una mano sobre las suyas, que descansaban sobre sus rodillas. Dijo:

—Sabía que era algo por el estilo, George, y no te pido que me expliques nada. Lo único que pido es que no me digas lo que querías decirme. Dime «hasta la vista» en vez de «adiós». Ni siquiera me escribas, si no quieres, pero no seas tan noble ni termines con todo en este mismo momento, pensando en mi bien. Por lo menos espera a que regreses. ¿De acuerdo?

Él tragó saliva. ¡Ella lo presentaba todo de una forma tan sencilla cuando, en realidad, era tan complicado! Tristemente, respondió:

—Está bien, Clare. Si tú lo prefieres...

Ella se levantó bruscamente:

—Volvamos, George.

Él también se levantó.

—Aún es temprano.

—Lo sé, pero a veces... Bueno, es el momento psicológico más adecuado para separarnos. George. Sé que parece una tontería pero, después de lo que hemos dicho, ¿no sería —uh— un anticlímax... seguir...?

Él se echó a reír. Dijo:

—Comprendo a lo que te refieres.

Regresaron a su casa en silencio. Él no habría podido decir si fue un silencio feliz o desgraciado; estaba demasiado confundido para saberlo.

En el oscuro porche, delante de la puerta, ella se volvió y le miró.

—George —dijo.

Silencio.

—¡Oh, George! Deja de ser tan noble o lo que sea. A menos, naturalmente, que no me ames. A menos que esto sólo sea una complicada forma de... evasiva. ¿Lo ves?

Sólo había dos cosas que él pudiera hacer. Una era echar a correr como alma que lleva el diablo. la otra era hacer lo que hizo, la rodeó con sus brazos y la besó, apasionadamente.

Cuando terminó, y no se dio prisa en terminar, respiraba entrecortadamente y tenía las ideas confusas, pues se concentró diciendo lo que no pensaba decir.

—Te quiero, Clare. Te quiero; te quiero mucho.

Y ella contestó:

—Yo también te quiero, amor mío. Volverás a buscarme, ¿verdad?

Y él dijo:

—Sí, sí.

Ella vivía a unos seis kilómetros de la pensión dónde él se alojaba, pero fue andando, y el paseo le pareció muy corto.

Se sentó junto a la ventana de su habitación, con la luz apagada, para pensar, pero sus pensamientos describían el mismo círculo cerrado que habían descrito durante tres años.

Fuera, en el exterior, las estrellas parecían relucientes diamantes en el cielo. ¿Sería una de ellas la estrella de sus destino? En ese caso, él la seguiría, la seguiría hasta el manicomio si es que le conducía hasta allí. En su interior existía la arraigada convicción de que aquello no era un accidente, que no podía considerarse una coincidencia el hecho de que le hubieran pedido que dijera la verdad bajo pretexto de una mentira.

La estrella de su destino.

¿El brillante fulgor? No, la frase de sus sueños no se refería a eso; no era una frase adjetiva, sino sustantiva. El brillante fulgor. ¿Qué era el brillante fulgor?

¿Y las rojas y las negras? Había pensado en todo lo que Charlie le sugiriese, y otras cosas también. Fichas de un juego de damas, por ejemplo. Pero no era eso.

Las rojas y las negras.

Bueno, cualquiera que fuese la respuesta, ahora se dirigía a toda velocidad hacia ella.

Al cabo de un rato se acostó, pero tardó mucho en quedarse dormido.

5

Charlie Doerr salió del despacho que ostentaba el letrero de «Privado» y alzó una mano. Dijo:

—Buena suerte, George. El doctor quiere hablar contigo.

Estrechó la mano de Charlie y repuso:

—Ya puedes marcharte. Nos veremos el lunes, el primer día de visita.

—Esperaré aquí —contestó Charlie—. Me he tomado el día libre ¿sabes? Además, quizá no tengas que ir.

Soltó la mano de Charlie y le miró fijamente a los ojos. Repuso lentamente:

—¿A qué te refieres, Charlie... con eso de que quizá no tenga que ir?

—Verás... —Charlie parecía desconcertado—. Quizá te diga que estás bien, o te sugiera que vengas regularmente a verle hasta que te repongas, o... —Charlie terminó con un hilo de voz—: O algo por el estilo.

Incrédulamente, siguió mirando a Charlie. Habría querido gritar: «¿Estoy loco o lo estás tú?», pero hubiera sido una locura en aquellas circunstancias. Pero tenía que asegurarse de que las palabras de Charlie no respondieran a sus más íntimos pensamientos; quizá hubiera caído en el papel que debía desempeñar al hablar con el médico. Preguntó:

—Charlie, ¿acaso no recuerdas que...? —El resto de la pregunta le pareció una locura, al ver la mirada inexpresiva de Charlie. La respuesta estaba en la cara del propio Charlie; no necesitaba que éste la tradujera en palabras.

Charlie volvió a decir:

—Esperaré, naturalmente. Buena suerte, George.

Él miró a Charlie y asintió, después de lo cual dio media vuelta y entró en el despacho con el letrero de «Privado». Cerró la puerta, mientras estudiaba al hombre sentado tras la mesa, que se había levantado al verle entrar. Un hombre corpulento, de anchas espaldas y cabello gris.

—¿El doctor Irving?

—Sí, señor Vine. ¿Quiere hacer el favor de sentarse?

Se dejó caer en el cómodo sillón tapizado que había al otro lado de la mesa del médico.

—Señor Vine —dijo el médico—, la primera de este tipo de entrevistas siempre resulta un poco difícil. Para el paciente, me refiero. Hasta que me conozca mejor, le

será un poco difícil superar ciertas reticencias y hablar libremente de sí mismo. ¿Prefiere hablar, contarme cosas a su manera, o que yo le haga preguntas?

Lo pensó. Tenía una historia preparada, pero sus pocas palabras con Charlie en la sala de espera lo habían cambiado todo.

Repuso:

—Quizá sea mejor que me haga preguntas.

—Muy bien. —El doctor Irving tenía una pluma en la mano y una hoja de papel sobre la mesa, frente a sí—. ¿Dónde y cuándo nació?

Suspiró profundamente.

—Si no me equivoco, nací en Córcega, el 15 de agosto de 1769. Naturalmente, no me acuerdo del momento de mi nacimiento. Sin embargo, recuerdo algunas cosas de mi adolescencia en Córcega. Estuvimos allí hasta que cumplí los diez años, y después me enviaron al colegio en Brienne.

En vez de escribir, el médico daba ligeros golpecitos en el papel con la punta de la pluma. Preguntó:

—¿En qué año y qué mes estamos?

—En agosto de 1947. Sí, sé que debería tener ciento setenta y tantos años. Quizá desee saber cómo me explico este hecho. No me lo explico. Tampoco me explico el hecho de que Napoleón muriese en 1821.

Se recostó en el sillón y cruzó los brazos, alzando los ojos al techo.

—No trato de explicarme las paradojas y discrepancias. Las acepto como tales. Pero, según mi memoria, y aparte de los lógicos pros y contras, fui Napoleón durante veintisiete años. No le cansaré explicándole lo que ocurrió durante ese tiempo; todo consta en los libros de historia.

»Pero en 1796, después de la batalla de Lodi, mientras estaba al mando de los ejércitos en Italia, me acosté. Que yo sepa, no ocurrió nada extraño, me acosté con la intención de dormir un poco. Pero me desperté —habiendo perdido el sentido del tiempo— en un hospital de esta ciudad, y me informaron de que mi nombre era George Vine, de que estábamos en el año 1944, y de que yo tenía veintisiete años.

»Lo de los veintisiete años de edad encajaba, pero era lo único. Absolutamente lo único. No recuerdo nada sobre la vida de George Vine, antes de que él... de que yo me despertara en el hospital después del accidente. Ahora sé algunas cosas de su vida anterior, pero sólo porque me las han contado.

»Sé cuando y dónde nació, dónde fue al colegio, y cuándo empezó a trabajar en el Blade. Sé cuándo se alistó en el ejército y cuándo fue licenciado —a finales de 1943— a causa de una lesión en la rodilla, producida por una herida en la pierna. No se la hizo en combate, y no había ninguna causa «psiconeurótica» en mi... en su licenciamiento.

El médico dejó de jugar con la pluma. Preguntó:

—¿Hace tres años que se encuentra así... y lo ha mantenido en secreto?

—Sí. Después del accidente tuve tiempo para reflexionar, y entonces decidí aceptar lo que me dijeron acerca de mi identidad. Me habrían recluido, naturalmente. Después, he tratado de encontrar la solución. He estudiado la teoría del tiempo de Dunne... ¡e incluso de Charles Fort! —Esbozó una súbita sonrisa—. ¿Ha leído algo sobre Casper Hauser?

El doctor Irving asintió.

—Quizá tuviera razón al hacer lo mismo que hice yo. Me pregunto cuántas personas que dicen sufrir de amnesia han simulado ignorar lo ocurrido antes de cierta fecha... para no admitir que tenían recuerdos muy distintos de los hechos.

El doctor Irving dijo lentamente:

—Su primo me informa de que usted estaba bastante... ah... «entusiasmado» ha sido su palabra... con el tema de Napoleón antes del accidente. ¿Cómo se lo explica?

—Ya le he dicho que no me explico nada de nada. Pero puedo verificar ese hecho, aparte de lo que diga Charlie Doerr. Aparentemente yo —George Vine, si es que alguna vez he sido George Vine— se interesaba mucho por Napoleón, había leído sobre él, le había convertido en su héroe, y había hablado bastante de él. Tanto, que sus compañeros de trabajo del Blade le pusieron el apodo de «Napi».

—Observo que hace usted distinción entre usted y George Vine. ¿Son una misma persona o no?

—Lo hemos sido durante tres años. Antes... no recuerdo haber sido George Vine. No creo que lo fuera. Creo que yo, hace tres años, me desperté en el cuerpo de George Vine.

—Y ¿qué había hecho durante cien años y pico?

—No tengo ni la menor idea. No dudo que éste sea el cuerpo de George Vine, y con el he heredado sus conocimientos, a excepción de sus recuerdos personales. Por ejemplo, sé desempeñar su labor en el periódico, aunque no me acuerde de la gente con la que antes trabajaba allí. Poseo su dominio del inglés y su habilidad para escribir. Sé escribir a máquina. Mi caligrafía es igual que la suya.

—Si piensa que usted no es Vine, ¿cómo se lo explica?

Se inclinó hacia delante.

—Creo que una parte de mí es George Vine, y la otra no. Creo que ha ocurrido una transferencia que no tiene nada que ver con las demás experiencias humanas. Esto no significa necesariamente que sea sobrenatural... ni que yo esté loco, ¿verdad?

El doctor Irving no contestó. En cambio, preguntó:

—Por razones muy comprensibles, ha mantenido este asunto en secreto durante tres años. Ahora, supongo que por otras razones, ha decidido revelarlo. ¿Cuáles son estas otras razones? ¿Qué ha sucedido para que cambiara de actitud?

Esta era la pregunta que más le había preocupado.

Muy lentamente, repuso:

—Porque no creo en la casualidad. Porque la situación en sí ha cambiado. Porque estoy dispuesto a que me recluyan en calidad de paranoico para descubrir la verdad.

—¿Qué ha cambiado en la situación?

—Ayer me sugirieron —mi director— que fingiera estar loco por una razón práctica. Y me sugirió que fingiera la locura que tengo en realidad, si es que la tengo. Desde luego, admito la posibilidad de que esté loco. Sin embargo, sólo puedo actuar sobre la base de que no lo esté. Usted sabe que es el doctor Willard E. Irving; puede actuar sobre esta base, pero ¿cómo sabe quién es? Quizá usted también esté loco, pero sólo puede actuar como si no lo estuviera.

—¿Cree que su director forma parte de un complot, ah, contra usted? ¿Creé que hay una conspiración para recluirle en un manicomio?

—No lo sé. Esto es lo que ha sucedido desde ayer por la tarde. —Suspiró profundamente. Después, comenzó a hablar. Explicó al doctor Irving toda la historia de su entrevista con Candler, lo que Candler le dijo respecto al doctor Randolph, su conversación de la última noche con Charlie Doerr y el sorprendente cambio de conducta de Charlie en la sala de espera.

Cuando hubo terminado, añadió:

—Eso es todo. —Miró la inexpresiva cara del doctor Irving con más curiosidad que preocupación, tratando de adivinar sus pensamientos. Con indiferencia, dijo—: Es natural que no me crea. Usted piensa que estoy loco.

Le miró a los ojos, y prosiguió:

—No tiene opción... a menos que quiera creer que le estoy contando una serie de mentiras para convencerle de que estoy loco. Es decir que, como científico y psiquiatra, usted no puede admitir siquiera la posibilidad de que las cosas que yo creo —que yo sé— sean objetivamente ciertas. ¿Tengo razón o no?

—Me temo que sí. ¿Qué me sugiere?

—Que siga adelante y firme el certificado. Yo seguiré el juego hasta el final. Incluso me someteré al detalle de que el doctor Ellsworth Joyce Randolph sea el segundo en firmar.

—¿No tiene ninguna objeción que hacer?

—¿Acaso serviría de algo que la tuviera?

—En un aspecto, sí, señor Vine. Si un paciente tiene ciertos prejuicios —o manías— contra un psiquiatra en particular, es mejor que no se someta a sus cuidados. Si usted cree que el doctor Randolph forma parte de un complot contra usted, le sugiero que escoja otro.

Él repuso serenamente:

—¿Aunque yo eligiera a Randolph?

El doctor Irving agitó una mano.

—Naturalmente, si usted y el señor Doerr prefieren...

—Lo preferimos.

La cabeza de grisáceos cabellos asintió gravemente.

—Quiero que comprenda una cosa: si el doctor Randolph y yo decidimos que lo mejor para usted es que ingrese en un sanatorio, no será para recluirle permanentemente. Será para someterle a tratamiento.

El asintió.

El doctor Irving se puso en pie.

—¿Quiere disculparme un momento? Voy a telefonar al doctor Randolph.

El doctor Irving entró en un despacho contiguo. Él pensó: «Aquí tiene un teléfono, pero no quiere que yo oiga la conversación»

Permaneció tranquilamente sentado hasta que el doctor Irving regresó y le dijo:

—El doctor Randolph puede recibirnos ahora mismo. He pedido un taxi para que nos lleve allí. ¿Querrá disculparme otra vez? Me gustaría hablar con su primo, el señor Doerr.

No se movió y ni siquiera volvió la cabeza para ver cómo el doctor salía. Podría haberse acercado a la puerta y tratado de oír la conversación que se desarrollaba en la sala de espera, pero no lo hizo. Permaneció sentado hasta oír que la puerta se abría y la voz de Charlie decía:

—Vamos, George. El taxi ya debe de haber llegado.

Bajaron en el ascensor, y el taxi ya estaba frente al edificio. El doctor Irving dio la dirección.

En el taxi, cuando estaban a medio camino, comentó:

—Hace un día precioso.

Charlie se aclaró la garganta y repuso:

—Sí, es verdad.

Durante el resto del trayecto no volvió a decir nada, y los demás tampoco.

6

Llevaba unos pantalones grises y una camisa gris, abierta en el cuello y sin corbata con la que pudiera ahorcarse. Tampoco llevaba cinturón, por la misma razón, pero los pantalones se ajustaban tanto a su cintura que no había peligro de que se le cayeran. Tampoco había peligro de que él se cayera por ninguna ventana; tenían barrotes.

Sin embargo, no estaba en una celda; era un gran pabellón en la tercera planta. En el pabellón había otros siete hombres. Los observó. Dos de ellos jugaban al ajedrez, sentados en el suelo y con un tablero entre los dos. Uno estaba sentado en una silla, y

miraba fijamente al infinito; otros dos se hallaban apoyados en los barrotes de una de las ventanas abiertas, mirando al exterior y hablando normalmente. Uno leía una revista. Otro estaba sentado en un rincón, tocando escalas en un piano que no se veía por ninguna parte.

Él estaba apoyado en la pared, mirando a los otros siete. Hacía dos horas que se encontraba allí; le habían parecido dos años.

La entrevista con el doctor Ellsworth Joyce Randolph se desarrolló sin dificultades; prácticamente fue un duplicado de la mantenida con el doctor Irving. Y resultó evidente que el doctor Randolph jamás había oído hablar de él con anterioridad.

Era lo que él esperaba, naturalmente.

Ahora se sentía muy tranquilo. Había decidido que por el momento, no pensaría, no se preocuparía por nada, ni siquiera sentiría nada.

Se apartó de la pared y observó el desarrollo de la partida de ajedrez.

Era una partida de ajedrez normal; se seguían todas las reglas.

Uno de los jugadores alzó la vista y preguntó:

—¿Cómo te llamas?

Era una pregunta perfectamente normal; lo único anormal era que este mismo hombre ya se la había formulado cuatro veces durante las dos últimas horas.

Contestó:

—George Vine.

—Yo me llamo Bassington, Ray Bassington. Llámame Ray. ¿Estás loco?

—No.

—Algunos de nosotros lo están y otros no. Él lo está. —Miró al hombre que tocaba el imaginario piano—. ¿Sabes jugar al ajedrez?

—No muy bien.

—De acuerdo. Aquí se come muy temprano. Cualquier cosa que quieras saber, pregúntamela.

—¿Cómo se sale de aquí? Espera, no es una broma, ni nada por el estilo. En serio, ¿cuál es el procedimiento?

—Compareces ante la junta una vez al mes. Te hacen preguntas y deciden si has de irte o quedarte. A veces te clavan agujas. ¿Qué ha pasado contigo?

—¿Pasar conmigo? ¿A qué te refieres?

—¿Imbecilidad, maníaco depresivo, demencia precoz, melancolía involutiva...?

—Oh. Paranoia, me imagino.

—Mala cosa. Es cuando te clavan agujas.

Se oyó un timbre.

—Es la cena —dijo el otro jugador de ajedrez—. ¿Has tratado de suicidarte alguna vez? ¿O de matar a alguien?

—No.

—Entonces, te dejarán comer en una mesa A, con cuchillo y tenedor.

En aquel momento abrieron la puerta de la sala. Se abrió hacia fuera, apareció un guardia y dijo:

—Adelante. —Todos salieron, excepto el hombre sentado en la silla que miraba al infinito.

—¿Qué hay de él? —preguntó a Ray Bassington.

—Se perderá la cena. Es un maníaco depresivo, en plena etapa de depresión. Te dejan perder una comida; si no vas a la siguiente, se te llevan y te dan de comer. ¿Eres un maníaco depresivo?

—No.

—Tienes suerte. Es horrible cuando estás en baja forma. Por aquí, por esta puerta.

Era una habitación muy grande. Mesas y bancos estaban ocupados por hombres vestidos con pantalones y camisa grises, igual que él. Un guardia le agarró por un brazo al entrar y le dijo:

—Aquí. Este es tu sitio.

Estaba al otro lado de la puerta. Había un plato de hojalata, lleno de comida, y una cuchara junto a él. Preguntó:

—¿Es que no me dan cuchillo y tenedor? Me habían dicho que...

—Periodo de observación, siete días. Nadie tiene cubiertos hasta después del periodo de observación. Siéntese.

Se sentó. Su compañeros de mesa tampoco tenían cubiertos. Todos comían, algunos ruidosa y torpemente. Él mantuvo la vista fija en su plato, a pesar de su aspecto repugnante. Juguetó con la cuchara y consiguió ingerir unos cuantos trozos de patata y uno o dos de los pedazos de carne que eran menos grasosos.

El café les fue servido en una taza de hojalata, y se preguntó por qué hasta darse cuenta de lo fácil que resultaba romper una taza normal y de lo mortífero que podía ser uno de los pesados tazones que usan en los restaurantes baratos.

El café era flojo y estaba tibio; no fue capaz de tomarlo.

Se apoyó en el respaldo y cerró los ojos. Cuando los abrió nuevamente, vio que su plato y su taza estaban vacíos y que el hombre situado a su izquierda comía rápidamente. Era el hombre que tocaba el inexistente piano.

Pensó: «Si me quedo mucho tiempo, llegaré a tener tanta hambre que me comeré toda esta porquería.» No le gustó la idea de quedarse tanto tiempo.

Al cabo de un rato sonó un timbre y todos se levantaron, mesa por mesa, respondiendo a una seña que no vio, y salieron del comedor. Su grupo fue el último en entrar y el primero en salir.

Ray Bassington le dio alcance en las escaleras. Dijo:

—Te acostumbrarás. ¿cómo has dicho que te llamas?

—George Vine.

Bassington se echó a reír, la puerta se cerró tras ellos y la llave dio la vuelta en la cerradura.

Vio que fuera estaba oscuro. Se acercó a una de las ventanas y miró al exterior a través de los barrotes. Una sola estrella brillaba justo encima del olmo del jardín. ¿Su estrella? Bueno, la había seguido hasta allí. Una nube la ocultó a sus ojos.

Alguien se hallaba detrás de él. Volvió la cabeza y vio que era el hombre que tocaba el piano. Tenía la piel aceitunada y aspecto de extranjero, así como unos ojos muy negros; en aquel momento sonreía, como animado por una secreta alegría.

—Eres nuevo aquí, ¿verdad? ¿O es que acaban de trasladarte a esta sala?

—Soy nuevo. Me llamo George Vine.

—Baroni. Músico. Por lo menos, lo era. Ahora... no importa. ¿Quieres saber algo en especial?

—Desde luego; cómo salir.

Baroni se echó a reír, sin demasiada alegría ni amargura.

—Lo primero es convencerles de que vuelves a estar bien. ¿Te importa decirme lo que te pasa... o prefieres no hablar de ello? A algunos les importa, y a otros no.

Miró a Baroni preguntándose a qué grupo pertenecería. Finalmente dijo:

—Creo que no me importa. Yo... creo ser Napoleón.

—¿Lo eres?

—¿Qué?

—¿Eres Napoleón? Si no lo eres, ya es algo. Entonces, quizá te dejen salir dentro de seis o siete meses. Si realmente lo eres... mala cosa. Lo más probable es que te mueras aquí.

—¿Por qué? Quiero decir, si lo soy, es que no estoy loco y...

—Esta no es la cuestión. La cuestión es que ellos crean que no lo estás. Tal como ellos lo ven, si crees que eres Napoleón, es que estás loco. *Quod erat demonstrandum*. Te quedarás aquí.

—¿Aunque les diga que estoy convencido de ser George Vine?

—Han tratado a mucho paranoicos, antes que a ti. Y a ti te consideran un paranoico, puedes estar seguro. Cada vez que un paranoico se cansa de un lugar, trata de largarse mintiendo. Ellos no son tontos, y lo saben.

—En general, sí, pero ¿cómo...?

Un repentino escalofrío le bajó por la espina dorsal. No tuvo que terminar la pregunta. Te clavan agujas... No le dio importancia cuando Ray Bassington se lo dijo.

El hombre de piel aceitunada asintió.

—El suero de la verdad —dijo—. Cuando un paranoico llega al punto de afirmar que está curado, se aseguran de que dice la verdad antes de soltarle.

Pensó que se había dejado atraer a una trampa perfecta. Probablemente moriría

allí.

Apoyó la cabeza en los fríos barrotes de hierro y cerró los ojos. Oyó unos pasos que se alejaban y comprendió que estaba solo.

Abrió los ojos y miró al cielo; las nubes también habían ocultado la luna.

«Clare —pensó—; Clare.»

Una trampa.

Pero... si era una trampa, debía haber un trampero.

Estaba cuerdo o estaba loco. Si estaba cuerdo, había caído en una trampa, y si había un trampa tenía que haber uno o varios tramperos.

Si estaba loco...

Que Dios le confiriera la gracia de estar loco. De este modo, todo sería mucho más sencillo, y algún día podría salir de allí, podría volver a trabajar en el Blade, posiblemente con todos los recuerdos de su vida anterior. O la vida de George Vine.

Esta era la dificultad. Él no era George Vine.

Y había otra dificultad. Él no estaba loco.

El frió hierro de los barrotes sobre su frente.

Al cabo de un rato oyó que se abría la puerta y miró a su alrededor. Habían entrado dos guardias. Una absurda esperanza surgió en su interior. No duró demasiado.

—Hora de acostarse, muchachos —dijo uno de los guardas. Miró al maniaco depresivo, que seguía sentado en la misma silla, y dijo—: Está como una cabra. Oiga, Bassington, ayúdeme a llevármelo.

El otro guardia, un hombre muy corpulento con el cabello cortado al rape como un luchador, se acercó a la ventana.

—Usted. Usted es el nuevo. Vine, ¿verdad?

El asintió.

—¿Quiere jaleo, o prefiere portarse bien? —Los dedos de la mano derecha del guardia se cerraron, y alzó el puño.

—No quiero jaleo. Ya he tenido bastante.

El guardia se relajó un poco.

—De acuerdo, siga así y todo irá bien. Ahí tiene una cama libre. —Señaló—. Esta de la derecha. Tiene que hacérsela por la mañana. Quédese en la cama y ocúpese de sus propios asuntos. Si hay ruidos o alboroto en la sala, venimos y nos ocupamos de solucionarlo. A nuestro modo. A usted no le gustaría.

No estaba seguro de poder hablar, así que se limitó a asentir. Dio media vuelta y traspuso la puerta del cubículo que el guardia le había señalado. Había dos camas; el maniaco depresivo que había visto sentado en la silla se hallaba acostado en una de ellas, mirando al techo con ojos muy abiertos. Le habían quitado los zapatos, pero estaba completamente vestido.

Se acercó a su cama, sabiendo que no podía hacer nada por el otro hombre, ya que no había forma de llegar a él a través del impenetrable caparazón de horrible tristeza que es el intermitente compañero de un maníaco depresivo.

Retiró una sábana manta que cubría su propia cama y vio otra sábana manta del mismo color gris de la primera sobre una dura almohadilla. Se quitó la camisa y los pantalones y los colgó de un clavo situado en la pared a los pies de su cama. Miró a su alrededor en busca de un interruptor con que apagar la luz del techo, pero no lo encontró. Sin embargo, en aquel momento, la luz se apagó.

Una sola luz seguía brillando en algún lugar de la sala, y gracias a ella pudo quitarse los zapatos y calcetines y meterse en la cama.

Permaneció inmóvil durante un rato, sin oír más que dos sonidos, ambos débiles y aparentemente lejanos. En un cubículo situado fuera de la sala, alguien cantaba en voz baja, para sí, una melodía sin palabras; en otro lugar, alguien sollozaba. En su propio cubículo, ni siquiera se oía la respiración de su compañero de cuarto.

Entonces se oyó el ruido ahogado de unos pies descalzos y, desde el umbral, una voz dijo:

—George Vine.

—¿Sí?

—Chist, no tan alto. Soy Bassington. Quiero decirte algo acerca de este guardia; tendría que haberte advertido antes. No se te ocurra provocarle.

—No lo he hecho.

—Ya lo he oído; eres muy listo. Te hará pedazos si le das la oportunidad. Es un sádico. Muchos guardias lo son; por eso son carceleros de manicomios, así es como se llaman a sí mismos, carceleros de manicomios. Si les echan de un sitio por ser demasiado brutales, se vengan en otro. Mañana volverá; he pensado que debería advertirte.

La sombra del umbral desapareció.

Permaneció tendido en la penumbra, en la casi total oscuridad, sintiendo más que pensando. Preguntándose muchas cosas. ¿Podían saber los locos que estaban locos? ¿Lo sabían? ¿Estaban todos seguros, tal como él lo estaba...?

Aquella criatura inmóvil que se hallaba acostada en la cama vecina a la suya, sufriendo en silencio, aislada de toda ayuda humana, y sumergida en una profunda tristeza incomprensible para los cuerdos...

—¡Napoleón Bonaparte!

Una voz muy clara, pero ¿procedía de su propia mente, o del exterior? Se incorporó en la cama. Sus ojos escudriñaron la oscuridad, no distinguió ninguna silueta, ninguna sombra, en el umbral de la puerta.

Repuso:

—¿Sí?

Sólo entonces, sentado en la cama y habiendo contestado «Sí», se dio cuenta del nombre con el que la voz le había llamado.

—Levántese y vístase.

Levantó las piernas sobre el borde de la cama, y se levantó. Cogió la camisa y estaba empezando a ponérsela cuando se detuvo repentinamente y preguntó:

—¿Por qué?

—Para saber la verdad.

—¿Quién es usted? —inquirió.

—No hable tan alto. Ya le oigo. Estoy dentro y fuera de usted. No tengo nombre.

—Entonces, ¿qué es usted? —Hizo la pregunta en voz alta, sin pensar.

—Un instrumento del Brillante Fulgor.

Dejó caer los pantalones que tenía en las manos. Se sentó lentamente en el borde de la cama, se inclinó hacia el suelo, y los buscó a tientas.

Su mente también buscaba algo, aunque no sabía qué. Finalmente encontró una pregunta... la pregunta. Esta vez no la formuló en voz alta; la pensó, se concentró en ella mientras recogía los pantalones y se los ponía.

«¿Estoy loco?»

La respuesta —No— le llegó tan clara y nítida como una palabra pronunciada en voz alta, pero ¿acaso había sido así? ¿O era un sonido que sólo estaba en su mente?

Encontró los zapatos y se los puso. Mientras anudaba los cordones en una especie de lazos, pensó: «¿Quién —qué— es el Brillante Fulgor?»

—El Brillante Fulgor es la misma esencia de la Tierra. Es la inteligencia de nuestro planeta. Es una de las tres inteligencias del sistema solar, una de las muchas existentes en el universo, la Tierra es una; se llama El Brillante Fulgor.

«No lo entiendo», pensó.

—Lo entenderá. ¿Está preparado?

Acabó de hacer el segundo lazo. Se levantó. La voz dijo:

—Venga. No haga ruido.

Fue como si le guiaran a través de la casi total oscuridad, a pesar de que no sintió ningún contacto físico; tampoco vio ninguna presencia física junto a él. Sin embargo, avanzó confiadamente, aunque de puntillas y sin hacer ruido, seguro de que no tropezaría con nada. Atravesó la gran estancia que constituía la sala donde le habían destinado, y su mano extendida tocó el pomo de la puerta.

Lo hizo girar lentamente y la puerta se abrió hacia dentro. la luz le cegó. La voz dijo: «Espere», y él se mantuvo inmóvil. Oyó un sonido —el crujido de un papel— al otro lado de la puerta, en el pasillo iluminado.

Después, en el fondo del rellano, se oyó un estridente chillido. El ruido de una

silla y unos pies que corrían hacia el lugar de procedencia del chillido. Una puerta se abrió y se cerró.

La voz dijo: «Venga», así que acabó de abrir la puerta y salió, pasando frente a la mesa y la silla vacía que estaba junto a la puerta de la sala.

Otra puerta, otro pasillo. La voz dijo: «Espere», la voz dijo: «Venga»; esta vez el guarda estaba dormido. Pasó de puntillas frente a él. Bajó las escaleras.

Pensó la pregunta:

«¿Hacia donde me dirijo?»

—Hacia la locura —dijo la voz.

—Pero usted ha dicho que yo no estaba... —Había hablado en voz alta y el sonido le sobresaltó más que la respuesta a su última pregunta. Y, en el silencio que siguió a las palabras que había pronunciado, oyó —procedente del pie de las escaleras— el zumbido de un interfono, y alguien dijo: «¿Sí...? De acuerdo, doctor. En seguida subo.» Pasos y el ruido de la puerta de un ascensor al cerrarse.

Terminó de bajar las escaleras, dobló una esquina, y se encontró en el vestíbulo principal. Había una mesa vacía con un interfono junto a ella. Siguió adelante y llegó a la puerta que daba a la calle. Estaba cerrada y descorrió el pestillo.

Salió al exterior, a la oscuridad de la noche.

Avanzó silenciosamente sobre cemento, sobre gravilla; después, sus pies avanzaron sobre hierba y dejó de andar de puntillas. La oscuridad era completa; sintió la presencia de árboles a su alrededor y las hojas rozaron ocasionalmente su cara, pero siguió andando rápidamente, confiadamente, y extendió la mano justo a tiempo para tocar un muro de ladrillos.

Levantó el brazo y tocó la parte superior; se encaramó a él. En la superficie de la pared había innumerables trozos de cristales; se hizo numerosos cortes en la ropa y la carne, pero no sintió dolor, sólo la humedad y la viscosidad de la sangre.

Siguió andando a lo largo de una carretera iluminada, a lo largo de calles oscuras y vacías, bajó por un callejón todavía más oscuro. Abrió la verja de un jardín y se dirigió hacia la puerta trasera de una casa. Abrió la puerta y entró. En la parte delantera de la casa había una habitación iluminada; vio el rectángulo de luz al final del pasillo. Enfiló el pasillo y entró en la habitación iluminada. Junto a él, procedente de la nada, se oyó la voz del instrumento del Brillante Fulgor.

—Mire —dijo—; he aquí El Ser de la Tierra.

Miró. No como si tuviera lugar un cambio exterior, sino uno interior, como si sus sentidos se hubiesen transformado para percibir algo que hasta entonces no se podía ver.

El globo que era la Tierra empezó a brillar; a relucir fulgurantemente.

—Está usted viendo la inteligencia que rige la Tierra —dijo la voz—; la suma de los negros, blancos, y rojos, que son uno, divididos tal como los lóbulos de un

cerebro, la trinidad que es una.

El brillante globo y las estrellas que había tras él se desvanecieron, y la oscuridad se hizo más impenetrable, al mismo tiempo que la mortecina luz se intensificaba, y se encontró en la habitación con el hombre situado junto a la mesa.

—Lo ha visto —dijo el hombre al que odiaba—, pero no lo entiende. Usted pregunta: ¿Qué he visto? ¿Qué es el Brillante Fulgor? Es una inteligencia colectiva, la verdadera inteligencia de la Tierra, una de las tres inteligencias del sistema solar, una de las muchas que hay en el universo.

»Entonces, ¿qué es el hombre? Los hombres son peones, en partidas de... para usted... una complejidad increíble, entre rojas y negras, blancas y negras, por diversión. El juego de una parte de un organismo contra otra parte, para entretenerse un instante de la eternidad. Hay unos juegos más largos, que se desarrollan entre galaxias. No con el hombre.

»El hombre es un parásito característico de la Tierra, que tolera su presencia durante cierto tiempo. No existe en ningún otro lugar del cosmos, y su existencia aquí será muy corta. Un poco de tiempo, unas cuantas guerras sobre el tablero, que creará haber provocado él mismo... Veo que empieza a comprender.

El hombre situado junto a la mesa sonrió.

—Quiere saber algo de sí mismo. No hay nada menos importante. Se hizo un movimiento, antes de Lodi. Se presentó la oportunidad de mover los rojos; se necesitaba una personalidad más fuerte y despiadada; fue un momento crítico de la historia... es decir, de la partida. ¿Lo comprende ahora? Se introdujo a un sustituto para que se convirtiera en Napoleón.

Consiguió articular dos palabras:

—¿Qué más?

—El Brillante Fulgor no mata. Teníamos que hacer algo con usted, trasladarle de lugar y de tiempo. Mucho después, un hombre llamado George Vine falleció en accidente; su cuerpo aún era utilizable. George Vine no estaba loco, pero tenía complejo de Napoleón. La transferencia resultaba divertida.

—Sin duda. —Nuevamente le fue imposible llegar al hombre de la mesa. El mismo odio era el muro que los separaba—. Así pues, ¿George Vine está muerto?

—Sí. Y usted, como sabe demasiado, tiene que volverse loco para que no sepa nada. El hecho de saber la verdad le volverá loco.

—¡No!

El instrumento se limitó a sonreír.

La habitación, el cubo de luz, se oscureció, pareció ladearse. Aunque seguía en pie, estaba inclinándose hacia atrás, y su posición se convirtió en horizontal en vez de vertical.

Tenía todo su peso apoyado sobre la espalda y debajo de su cuerpo había la blanda dureza de la cama, la aspereza de una sábana manta gris, y podía moverse; se incorporó.

¿Había sido un sueño? ¿Había salido realmente del manicomio? Extendió las manos, las unió, y notó que estaban pegajosas. La misma sustancia viscosa cubría la pechera de sus camisa y la parte delantera de sus pantalones.

Además, llevaba los zapatos puestos.

La sangre le indicaba que se había encaramado a la pared. La analgesia le abandonaba, y el dolor empezaba a hacer su aparición en las manos, el pecho, el estómago y las piernas. Un dolor penetrante.

En voz alta, dijo:

—No estoy loco, No estoy loco. —¿Lo había dicho a gritos?

Una voz contestó:

—No. Todavía no. —¿Era la voz que había oído antes en la habitación? ¿O era la voz del hombre que había visto en la estancia iluminada? ¿Acaso ambas eran la misma voz?

La voz dijo:

—Pregunte: «¿Qué es el hombre?»

Mecánicamente lo preguntó.

—El hombre es un callejón sin salida en el proceso evolutivo, que ha llegado demasiado tarde para competir, que siempre ha estado controlado y movido por el Brillante Fulgor, el cual era viejo y sabio antes de que el hombre adquiriese la posición erecta.

»El hombre es un parásito que vive en un planeta habitado desde antes de que él llegara, habitado por un Ser que es uno y muchos, un billón de células y una sola mente, una sola inteligencia, una sola voluntad... tal como ocurre en todos los demás planetas habitados del universo.

El hombre es una broma, un bufón, un parásito. No es nada; aún será menos.

«Ven y enloquece»

Salió nuevamente de la cama; empezó a andar. Salió del cubículo, atravesó la sala, llegó a la puerta que daba al pasillo; una delgada rendija de luz se veía debajo de ella. Pero, esta vez, no alargó la mano hacia el pomo. En cambio, permaneció inmóvil frente a la puerta, y ésta empezó a brillar; lentamente, se fue iluminando y se hizo visible.

Como iluminada por una invisible linterna, la puerta se convirtió en un visible rectángulo en la oscuridad circundante; tan claramente visible como la rendija que se

veía debajo.

La voz dijo:

—Ahí tiene una célula de su soberano, una célula que no es inteligente, por sí misma, pero que forma parte de una unidad inteligente, una del billón de unidades que constituyen la inteligencia que gobierna la Tierra... y a usted. También es una del millón de inteligencias que gobiernan el universo.

—¿La puerta? No...

La voz no contestó; se había retirado, pero en su mente estaba el eco de una silenciosa carcajada.

Se acercó un poco más y vio lo que tenía que ver. Una hormiga subía lentamente por la puerta.

La siguió con los ojos, mientras un creciente horror le dominaba, le invadía totalmente. Un centenar de cosas que le habían dicho y mostrado cobraban repentinamente sentido, un sentido hecho de espantoso horror. Los negros, los blancos, y rojos; las hormigas negras, las hormigas blancas, las hormigas rojas, los que jugaban con los hombres, los lóbulos separados de un solo cerebro, la inteligencia que era una. El hombre como accidente, parásito, peón; un millón de planetas en el universo, habitados por una raza de insectos que era la única inteligencia del planeta... y todas las inteligencias reunidas constituían la única inteligencia cósmica que era... ¡Dios!

Fue incapaz de articular esta única palabra.

Se volvió loco.

Golpeó la puerta, sumida otra vez en la oscuridad, con sus manos recubiertas de sangre, con las rodillas, la cara, todo su cuerpo, a pesar de que ya se había olvidado de la razón, ya se había olvidado de lo que quería aplastar.

Estaba loco —demencia precoz, no paranoia— cuando aliviaron su cuerpo al ponerle una camisa de fuerza, lo aliviaron del frenesí a la quietud.

Era una locura tranquila —paranoia, no demencia precoz— cuando le dieron de alta al cabo de once meses.

La paranoia es una enfermedad muy peculiar; no tiene síntomas físicos, es la presencia de una idea fija. Una serie de choques de metrazol curaron su demencia precoz y sólo le dejaron la idea fija de que era George Vine, periodista.

Los médicos del manicomio también creían que lo era, así que su manía no fue reconocida como tal y le dejaron marchar, entregándole un certificado que demostraba su completa recuperación.

Se casó con Clare; sigue trabajando en el Blade... para un hombre llamado Candler. Sigue jugando al ajedrez con su primo, Charlie Doerr. Sigue viendo —para someterse a revisiones periódicas— al doctor Irving y al doctor Randolph.

¿Cuál de ellos sonríe interiormente? ¿De qué les serviría saberlo?

No importa. ¿No lo comprenden? ¡Nada importa!

FIN

[1] En inglés «cero» se expresa a menudo como «nada» —*nothing*—, y *Sirius* —Sirio— suena exactamente igual que *serious* —serio—; de ahí el juego de palabras: Sirius 0 se convierte en *Nothing Sirius*, nada serio.